FRANCO DELLE DONNE

EPIDEMIA



DEL FASCISMO EUROPEO A SILICON VALLEY: ANATOMÍA DE UN FENÓMENO QUE ESTÁ CONQUISTANDO EL MUNDO

PENÍNSULA

Índice

Portada

Portadilla

Introducción. El día que nació la epidemia ultra

Primera parte. El proceso de incubación

1. Hace cien años...
2. Conquistar mentes
3. La batalla cultural por la identidad
4. «Somos inmunes»

Segunda parte. Los síntomas de la epidemia ultra

5. La voz del pueblo
6. La revolución trumpista
7. La gran teoría conspirativa
8. El club de las contradicciones
9. La manosfera, puerta de entrada a la ultraderecha
10. La vuelta a un pasado inexistente
11. La infección de los neopatriotas

Tercera parte. Secuelas: cuando la epidemia ultra llega al poder

12. El profeta ultra

13. El dictador más cool del mundo mundial
14. De vendedor de té a líder del supremacismo hindú
15. La arquitectura del contagio internacional
16. El caballero de la ilustración oscura

Cuarta parte. El tratamiento: ensayo y error

17. ¿Ignorarlos o combatirlos?
18. ¿Una socialdemocracia de ultraderecha?

Epílogo. Pronóstico reservado

Lecturas recomendadas

Notas

Créditos

Epidemia ultra

Del fascismo europeo a Silicon Valley: anatomía de un fenómeno que está conquistando el mundo

Franco Delle Donne

PENÍNSULA

Introducción

El día que nació la epidemia ultra

El resultado fue inesperado, incómodo y preocupante. El 21 de abril de 2002, Jean-Marie Le Pen recibía el voto de 4,8 millones de franceses y lograba pasar a la segunda vuelta de las elecciones presidenciales. Competiría contra Jacques Chirac, entonces presidente en funciones de la República.

Le Pen, excombatiente de las fuerzas armadas, había construido su carrera política sobre un discurso racista y antisemita. Lideraba el Frente Nacional (Front National, FN), un partido que reunía a herederos de la vieja extrema derecha de posguerra y que había crecido alimentándose de la xenofobia durante los años ochenta.

El impacto fue enorme porque Le Pen encarnaba una visión del mundo que desafiaba consensos sociales considerados intocables hasta aquel momento. Proponía una sociedad excluyente y discriminatoria, pues todos los problemas de Francia parecían tener un mismo culpable: los inmigrantes. Hablaba de ley y orden frente a la criminalidad, sostenía que los extranjeros quitaban trabajo y vivienda a los locales e insistía en que la identidad nacional estaba siendo erosionada por la presencia de culturas foráneas. En suma, su programa no buscaba el bienestar del país, sino generar un conflicto social a través de un chivo expiatorio que incentivara el odio hacia un «otro» construido a medida. ¿Acaso no habíamos aprendido nada del pasado?

Su plataforma electoral tampoco presentaba grandes novedades respecto a lo que venía diciendo desde mediados de los ochenta, cuando dejó de ser un grupo marginal para obtener sus primeros resultados significativos. Pero las claves de aquel sorpresivo resultado había que buscarlas en otro lugar.

Por un lado, tanto la Agrupación por la República de Jacques Chirac como el Partido Socialista de Lionel Jospin —primer ministro en ese momento— estaban desgastados por la llamada «tercera cohabitación», un gobierno en el que presidente y primer ministro pertenecían a partidos distintos. Por otro, la izquierda se encontraba fragmentada, lo que dispersó su voto. A ello se sumó una abstención récord en la Quinta República: 28,4 por ciento. El escenario era perfecto para Le Pen, que pudo presentarse como alternativa a un poder dividido y debilitado. Así, dio el salto a la segunda vuelta y mantuvo en vilo a Francia y al mundo hasta la celebración de aquella.

El solo hecho de que un candidato de ultraderecha tuviera opciones reales de alcanzar la presidencia encendió todas las alarmas. Muchos se preguntaban cómo había ocurrido, quiénes lo habían apoyado y por qué. Pero la pregunta que prevalecía en aquel abril de 2002 era otra: ¿cómo podemos evitar que Le Pen llegue al Elíseo?

La respuesta no era sencilla, ya que la figura de Chirac tampoco atravesaba su mejor momento. La cohabitación con los socialistas lo había desgastado y lo dejó en una posición de debilidad, reflejada en un 19,8 por ciento en la primera vuelta: apenas 800.000 votos por delante de Le Pen. ¿Estaría toda Francia —incluida la izquierda— dispuesta a votar al presidente?

El 5 de mayo de 2002, apenas dos semanas después del terremoto político, 25,5 millones de franceses acudieron a las urnas

para frenar a Le Pen y garantizar la victoria de Chirac. Los titulares lo celebraban: «Un triunfo para la república», «*Shock* y alivio», «La democracia a salvo». Pero afirmar que el conservador era el gran destinatario de aquel 82 por ciento de las papeletas sería exagerado. El verdadero ganador no fue un partido ni un líder, sino una expresión abstracta pero poderosa: la inmensa mayoría de una sociedad que se unió para rechazar la xenofobia, el autoritarismo y el antisemitismo del Frente Nacional. El miedo se disipó y la amenaza del fascismo pareció desvanecerse. Francia respiraba tranquila.

Sin embargo, aquel día marcó el inicio de un proceso lento pero persistente. Un germen que nunca había desaparecido del todo empezó a expandirse, portando las mismas ideas que Le Pen repetía desde hacía décadas: una sociedad autoritaria, violenta, racista, excluyente y desigual.

Ese día nació la epidemia ultra.

La historia de una negación recurrente

La derrota de Le Pen no fue un cierre ni un freno a la ultraderecha. En realidad, significó todo lo contrario: un reinicio. Débil, sí, pero presente al fin. Las elecciones de 2002, más allá de la masiva reacción popular, demostraban que las ideas ultras habían vuelto. Dejaban en claro que, ante la debilidad temporal o prolongada de los partidos democráticos, ya fueran de izquierda o de derecha; ante el cansancio de la población frente a la desigualdad, los problemas sociales sin resolver o las expectativas incumplidas; ante la incapacidad de atender y canalizar el descontento, el modelo de Le Pen estaba allí, agazapado, esperando su momento.

Esa advertencia se hizo patente casi una década después, cuando un país que debería haber tenido anticuerpos suficientes para rechazar cualquier resurgimiento del extremismo se contagió. En 2013, un partido euroescéptico con menos de un año de vida obtenía el 4,7 por ciento de los votos y quedaba a las puertas de ingresar al Parlamento Federal de Alemania.

Me sorprendió entonces la lectura de la mayoría de los analistas. Para políticos, periodistas y académicos no había motivos para preocuparse. La interpretación dominante era que Alternativa por Alemania (Alternative für Deutschland, AfD) no era más que un fenómeno pasajero, una expresión volátil de un malestar coyuntural. Algo propio de otros países, no de ellos: Francia con Le Pen y el Frente Nacional, los Países Bajos con Geert Wilders y su PVV, o Austria con Heinz-Christian Strache y el FPÖ.

Al leer esos análisis no podía evitar preguntarme: ¿por qué Alemania debía ser la excepción? ¿Acaso el pasado y los horrores del nacionalsocialismo habían generado realmente esas defensas? ¿O podíamos permitirnos dudar de esa máxima? ¿Cuán sólidos eran los valores de la educación política del Estado, resumidos en el artículo 1 de la Ley Fundamental: «La dignidad humana es intocable»?

Mis dudas se confirmaron rápido. En menos de diez años, AfD demostró que no era flor de un día. No solo ingresó en el Bundestag, sino que conquistó la agenda política. Se adueñó del debate migratorio y lo convirtió en la principal preocupación nacional. Y creció. Mucho. En febrero de 2025 alcanzó el 20,8 por ciento de los votos, duplicando el resultado de 2021. Su avance era aún más marcado en el este, en los territorios de la antigua República Democrática Alemana (RDA), donde superó el 35 por ciento en cuatro de los cinco estados federados. Para agosto de

2025 encabezaba las encuestas nacionales con un 25 por ciento de intención de voto.

Cuesta imaginar que uno de cada cuatro alemanes considere votar a un partido con una posición ambivalente respecto al nacionalsocialismo, que difunde teorías conspirativas para sembrar miedo y odio, y que propone el ultranacionalismo étnico como solución a todos los males de un país que, hace apenas ochenta años, aplicó una fórmula muy parecida y desató la mayor tragedia del siglo XX.

Y, sin embargo, si eso resulta difícil de aceptar, lo es aún más reconocer que no se trata de algo aislado. Lo mismo sucede en muchos otros lugares. En casi todos, siendo realistas. Es difícil encontrar un estado sin al menos una fuerza política relevante que enarbole la desigualdad como bandera, que defienda la exclusión como forma de preservar la identidad nacional y que promueva la persecución o la expulsión de quienes piensan, sienten o se perciben de forma distinta. La epidemia ultra se ha propagado y hoy es una realidad palpable. Desde comienzos del siglo XXI hemos sido testigos de la propagación de aquel germen y de su progresiva transformación en epidemia. El caso alemán demuestra que nadie es inmune.

Lo mismo sucede en España, donde muchos pensaban que Vox sería apenas una fuerza marginal condenada a la irrelevancia. En sus primeros años no superaba el 1 por ciento de intención de voto. Hoy no solo condiciona el debate público con propuestas como las deportaciones masivas, sino que también tiene la llave en la formación de gobiernos autonómicos. Portugal también se creyó inmune hasta la irrupción de Chega!

En el este de Europa se pensaba que la experiencia reciente del comunismo y la aparición de liderazgos jóvenes de corte liberal

blindarían a la región contra el autoritarismo. Pero la deriva de Fidesz en la Hungría de Viktor Orbán, del partido Ley y Justicia (PiS) en la Polonia de los hermanos Kaczyński, o de los gobiernos de Janez Janša en Eslovenia, demuestra lo contrario: la epidemia también ha cruzado el ya derruido telón de acero.

América tampoco es una excepción. No solo con partidos y discursos de ultraderecha, sino con líderes que ostentan el poder: en Estados Unidos, Brasil, El Salvador o Argentina. Este último caso me toca especialmente por razones personales. Allí también se repetía la teoría de la «inmunidad». Algunos atribuían al peronismo la función de barrera de contención; otros apelaban a la idiosincrasia nacional como antídoto. Pero en 2023 el triunfo de Javier Milei y de su proyecto paleolibertario demostró que la ultraderecha podía propagarse y ganar también en mi país.

La historia de la epidemia ultra es, en el fondo, la historia de una negación constante. Una subestimación repetida de un problema del que no queremos (o no sabemos) cómo librarnos. Deseamos que no exista. Nos aferramos a que, como en Francia en 2002, la democracia «se salve». Pero ella sigue su curso. O, peor aún, seguimos sin asumir que, nos guste o no, ya está en el poder. Basta mirar lo ocurrido en los últimos años: tarde o temprano, todos han ido cayendo.

¿QUÉ ES LA EPIDEMIA ULTRA?

A fines de 2019 estaba embarcado en un proyecto de divulgación con el que intentaba abordar, al menos en parte, esa debilidad que nos volvía proclives al crecimiento ultraderechista. Durante mi investigación sobre el caso alemán —iniciada varios años antes—

entendí que desde hace mucho tiempo se estudia el fenómeno desde múltiples disciplinas de las ciencias sociales. Historia, Sociología, Ciencia Política e incluso Psicología han buscado explicar la persistencia de ciertos grupos extremistas que, pese a su marginalidad, permanecen activos y a veces cristalizan en propuestas políticas con cierta relevancia, como hemos visto.

Lo llamativo era que, ante el avance reciente de la ultraderecha —la aparición de Vox o AfD, el ascenso de Marine Le Pen, el Brexit, Donald Trump o Jair Bolsonaro—, poco se aprovechaban esos trabajos previos. Con cada caso parecía que volvíamos a empezar de cero, observando el fenómeno solo desde lo local. Por eso me propuse divulgar lo ya investigado, y lo que se estaba investigando entonces, a través de un pódcast que acercara esos hallazgos, a menudo encerrados en el palacio de cristal de la academia, a audiencias más amplias.

Mi intención era recuperar ese conocimiento y convertirlo en herramientas útiles para elaborar estrategias de fortalecimiento democrático: construir una base de información y análisis que permitiera comprender el fenómeno y, en algún punto, desactivarlo. En ese recorrido descubrí lo poco que sabemos. Al rastrear su genealogía, entendí que sus raíces llegan mucho más atrás del auge del fascismo y que su estrategia actual se diseñó tras la Segunda Guerra Mundial, cuando parecía que aquellas ideas habían desaparecido. Lo más importante fue comprender que debemos hacernos más preguntas, porque quizá el problema no radica solo en la oferta de la derecha radical —su discurso y sus propuestas—, sino también en la demanda, en las disfuncionalidades del sistema.

Para entender esta epidemia, conviene una pregunta clave: ¿cuándo se fortalece un germen? O mejor aún: ¿cuándo logra contagiarnos? Suele ocurrir cuando estamos debilitados. Nos cuesta

percibirlo, sumidos en las preocupaciones diarias, pero las señales de alarma están ahí y, en lugar de hacerles caso, preferimos ignorarlas.

No es ninguna novedad afirmar que la desigualdad crece; que el miedo a lo desconocido, al futuro o a perder calidad de vida se expande; que la frustración con nuestros representantes aumenta y que la confianza en la democracia cae año a año. Hay grietas en nuestro sistema que nos cuesta asumir. Tenemos heridas abiertas y sin tratamiento: invitaciones a propuestas radicales que prometen soluciones mágicas y atractivas.

«*Let us make America great again*», proponía Donald Trump en 2016, cuando aún era un *outsider*. Pocos imaginaron que ganaría y que, con su triunfo, abriría una nueva era de la derecha radical a escala global. Su llegada demostró que los ultraderechistas habían sabido detectar las disfunciones del sistema y capitalizar los problemas actuales. Han construido su base sobre miedos y frustraciones. En muchos casos, su diagnóstico de la realidad no es del todo errado: han puesto sobre la mesa cuestiones que el sistema democrático y sus representantes no han resuelto de forma satisfactoria.

La ultraderecha ha aprovechado ese malestar para ofrecer una «solución» que en realidad apuesta por un orden basado en la desigualdad, la exclusión y el autoritarismo. Así ha convertido el supremacismo en alternativa dentro de la oferta democrática, y lo ha hecho jugando al despiste: sacando partido del declive cada vez más pronunciado de la confianza en el sistema.

En un mundo convulso, con más incertidumbre que hace treinta años —cuando Francis Fukuyama publicó *El fin de la historia*—, las fuerzas ultras ya no son marginales: compiten por gobernar, y a menudo lo consiguen. Y no es lo único.

Hoy las redes de conexión entre estos partidos permiten un tráfico de narrativas, agendas y estrategias mucho más intenso que hace pocos años. Los foros de ultraderecha son ya espacios globales de lanzamiento y revitalización mutua de liderazgos. Encuentros como la Conferencia de Acción Política Conservadora (CPAC), con capítulos en Estados Unidos, México, Brasil, Hungría, Australia o Corea del Sur, ilustran esa expansión.

A ello se suma la enorme eficacia de su comunicación política; por un lado, en el uso de redes sociales; por otro, en la creación y explotación de medios alternativos. El filtro que ejercían los medios tradicionales se ha reducido. Ningún líder ultra necesita ya de ellos para construir y sostener su base, al menos cuando alcanza suficiente notoriedad. Su provocación estratégica fluye por esos canales y, favorecida por los algoritmos, circula sin demasiados obstáculos.

Las ultraderechas actuales no solo explotan oportunidades históricas —como la que aprovechó Le Pen en 2002—; también buscan generarlas mediante una construcción lenta, simbólica y cultural. La victoria de la epidemia ultra se percibe en la normalización de su agenda y su visión del mundo. En algunos casos, han logrado que la erosión democrática, el deterioro institucional y la reducción de libertades se presenten como una supuesta salida válida.

La patogénesis

Este libro propone recorrer la epidemia ultra no solo en su fase actual, sino también en sus inicios, sus etapas y sus rasgos fundamentales. El análisis se organiza en cuatro momentos: el

proceso de incubación, la aparición de los síntomas, las secuelas que deja a su paso y, por último, las posibles vías de tratamiento.

En la primera parte abordaremos el periodo en que apenas era un germen hace más de un siglo. Haremos un repaso de los primeros ideólogos de la derecha radical durante la «revolución conservadora», una alternativa autoritaria frente al liberalismo político. Profundizaremos en el desarrollo de ese germen que pareció morir tras la Segunda Guerra Mundial, pero revivió gracias al grupo de intelectuales franceses que, como reacción al Mayo del 68, acuñaron el concepto de «nueva derecha». En esa base teórica, que alimenta hoy buena parte del discurso ultra, se resignificó la identidad nacional, ya no como lazo de cohesión, sino como justificación para la exclusión y la marginación. Cerraremos esta parte con el problema de la subestimación del fenómeno, que aceleró su expansión.

En los «síntomas» identificaremos, país por país, la expansión de la epidemia. El populismo, el desarrollo de corrientes más radicales dentro y fuera de partidos existentes, y la circulación de teorías conspirativas y narrativas radicalizantes. También el racismo cultural, la nostalgia revisionista y los brotes supremacistas, para dibujar el cuadro clínico de la enfermedad.

En las secuelas, la tercera parte, analizaremos qué pasa cuando la ultraderecha accede al poder y lo ejerce. En Europa, América e incluso Asia se observan reformas constitucionales orientadas a consolidar hegemonía política, autoritarismo y restricción de libertades. Examinaremos la conformación de una red internacional para traficar discursos y narrativas, y delimitaremos las visiones apocalípticas y neorreaccionarias, la llamada «ilustración oscura».

Y por último, revisaremos las «terapias» —en gran parte fallidas— aplicadas para contener el avance ultra: el cordón sanitario, el

pacto... e incluso la táctica, cada vez más frecuente, de copiar su discurso desde partidos tradicionales.

Tal vez ofrecer perspectiva y diseccionar el fenómeno no baste para frenarlo, pero, al menos, ayudará a dejar atrás la negación recurrente y la pura indignación. Y, con ello, a empezar a comprender cómo nos afecta y, sobre todo, cómo enfrentarlo. Confío en que aún tenemos una posibilidad de cambiar la historia.

Primera parte
EL PROCESO DE INCUBACIÓN

1

Hace cien años...

10 de diciembre de 2023. El flamante ganador de las elecciones, Javier Milei, asume un nuevo gobierno en Argentina y se dispone a hablar. Se cumplen cuarenta años de democracia y, como si fuese una paradoja del destino, el primer gesto político del nuevo presidente es darle la espalda al Congreso de la Nación. En lugar de realizar su discurso de investidura dentro del recinto como es habitual, opta por hacerlo fuera de él. Una decisión que tuvo varias lecturas. Algunos se preguntaron si era una demostración de desprecio hacia una institución democrática fundamental. Otros apuntaron a la puesta en escena, una copia del acto que realizan los presidentes estadounidenses al inaugurar su periodo. La gran mayoría lo interpretó como un desafío al *establishment*. Siguiendo su línea de campaña, Milei comenzaba su presidencia resaltando el rasgo más populista de su discurso: los políticos malvados contra el pueblo sufriente.

> Hoy comienza una nueva era en Argentina. Hoy damos por terminada una larga y triste historia de decadencia y declive y comenzamos el camino de la reconstrucción de nuestro país [...]. Durante más de cien años los políticos han insistido en defender un modelo que lo único que genera es pobreza, estancamiento y miseria.

«Decadencia.» Todos los discursos de las derechas radicales actuales se fundamentan en esta idea. Una suerte de piedra angular

que permite articular los distintos componentes de este tipo de discursos de forma relativamente sencilla. La decadencia por definición establece las bases para aplicar una lógica política radical, es decir, una que plantee cambios profundos, o como la palabra indica, de raíz. ¿Qué podría ser más deseable en una situación así que la aparición de un líder que se proponga darle fin?

El mensaje de Milei, además de aprovechar las ventajas de los números redondos y de otorgarle cierto aire épico a su intervención, refiere entonces a uno de los elementos primigenios del pensamiento ideológico que guía la esencia de la ultraderecha hasta nuestros días. Porque si bien es posible especular con que se refiere solo a una decadencia económica, en realidad, también lo lleva a lo social, lo cultural y hasta lo moral.

Esa idea de decadencia representa la semilla de la epidemia ultra y la convierte en el punto de partida conceptual para entender su fase de incubación. Estamos entonces obligados a hacerle caso a Milei y viajar cien años atrás en el tiempo. Pero no a esa Argentina desigual, sin democracia y sin derechos, sino a la Alemania de los años veinte o, mejor dicho, a la República de Weimar.

La eclosión del germen

En el año 1918 tuvieron lugar varios eventos muy importantes en Alemania. El primero de ellos fue el fin de la Primera Guerra Mundial. Un conflicto bélico sin parangón hasta ese momento en la historia, que dejó como resultado millones de muertos, países destruidos y endeudados, sociedades traumatizadas y un profundo recelo sobre las consecuencias del progreso.

Las condiciones de las potencias triunfantes fueron brutales para un país en ruinas. Alemania había perdido mucho más que la guerra: no solo se quedaba sin más del 10 por ciento de su territorio, gran parte de su Armada y su flota comercial, sino que también debía sufrir la ocupación y el pago de las reparaciones. La culpa de la guerra yacía en el país germano y, por lo tanto, debía hacerse cargo de las consecuencias. O al menos así lo habían establecido en París los impulsores del Tratado de Versalles.

Sin embargo, el impacto más grande fue posiblemente el psicológico. La Gran Guerra, como se la bautizó hasta el estallido del siguiente conflicto bélico en Europa, daba cuenta de los horrores de la destrucción masiva y del uso de la tecnología y la ciencia al servicio de la muerte y la destrucción. Soldados que habían logrado sobrevivir una temporada en el frente regresaban absolutamente en *shock*, en ocasiones mutilados. Era necesario repensarlo todo. Era necesario un cambio de raíz.

En segundo término, y como consecuencia de lo anterior, tuvo lugar la Revolución de noviembre, iniciada por el levantamiento de los marineros de Kiel y expandida en cuestión de pocos días al resto del Imperio alemán. La consigna apuntaba al establecimiento de una república que protegiese las libertades civiles fundamentales, como las de expresión, prensa, reunión y asociación. El nuevo sistema expresaba un contraste diametral con el del Reich vigente hasta ese momento. Pero no solo desde lo político, sino también respecto a las desigualdades sociales que padecía la inmensa mayoría de la población. Así fue como la nueva Constitución establecía el sufragio universal e incluía el concepto de justicia social. Se daba inicio a la primera democracia liberal en Alemania, más conocida como la República de Weimar, fundada oficialmente un año después, en 1919.

En tercer lugar, en aquel 1918, se publicaba el primer tomo de un libro titulado *Der Untergang des Abendlandes* [La decadencia de Occidente]. Parece algo descabellado completar la enumeración de eventos de aquel año, que incluye el fin de una guerra y la fundación de una república, con la aparición de un ensayo. Pero no estamos hablando de cualquier texto. Esta obra escrita por Oswald Spengler, filósofo e historiador alemán, representa la esencia de un movimiento intelectual desarticulado pero influyente que sentará las bases para un pensamiento político novedoso en aquel momento. Uno que los analistas actuales suelen denominar «derecha radical» y cuyo legado sigue proyectando una larga sombra hasta nuestros días.

En sus escritos, Spengler propone una visión de la historia de la humanidad donde divide el mundo en siete culturas (occidental, clásica, árabe, india, babilónica, china, egipcia y mexicana). Culturas homogéneas, paralelas entre sí y, a la vez, inalterables en su esencia. Señala que cada una de ellas posee una suerte de «tiempo de vida» similar al de una persona: nacimiento, juventud, madurez y ancianidad, o bien, decadencia. Según él, la cultura occidental se encuentra en la última fase.

Sus planteamientos coincidían con las sensaciones de una sociedad alemana de entreguerras derrotada, traumatizada y oprimida económica y políticamente. Sin embargo, su crítica excedía las consecuencias de la guerra. En efecto, su pesimismo se sustentaba en lo que él define como una crisis de identidad. Las ideas del progresismo liberal habían eliminado la capacidad creativa de Occidente, y lo habían llevado a abandonar las características que lo hacían único.

Sus tesis y argumentaciones fueron muy discutidas entre sus contemporáneos por mostrar debilidades metodológicas e

incongruencias a lo largo de las 1.200 páginas que comprende su texto. Pero la importancia de ese libro no radicaba en la robustez de sus planteamientos, sino en haber llegado en el momento justo en el lugar indicado: la caótica Alemania de los años veinte. Cuando escribía esas líneas y se explayaba en sus teorías, Spengler no sabía que lo que sucedería pocos años después en su país encajaría tan bien con sus ideas de decadencia, crisis y necesidad de cambios radicales. Posiblemente eso explique que vendiera más de seiscientos mil ejemplares durante esa década.

La crisis de la Alemania de entreguerras

La República de Weimar había prometido muchísimo, demasiado. El país sería más justo. Con ella se terminaría la desigualdad que producía el sistema imperial. El autoritarismo y la represión se convertirían en democracia y libertad. Los partidos políticos serían los articuladores de los conflictos en un parlamento elegido democráticamente, donde existiría la deliberación para facilitar la búsqueda de soluciones y el consenso.

Pero la realidad fue muy diferente. Alemania no era más justa que en la época del Reich. Pese al intento por deconstruir la concepción jerárquica y desigual del sistema, la situación económica impidió que aquellas loables ideas se convirtieran en hechos. El peso del Tratado de Versalles y las reparaciones exigidas por las potencias triunfantes ahogaban cualquier tipo de esfuerzo financiero. Con ello, desaparecía toda oportunidad de soñar siquiera con la prometida justicia social. A lo anterior se sumaba la hiperinflación sufrida entre 1921 y 1923, que multiplicó el coste de la vida en cantidades siderales y que hoy nos costaría imaginar. La devaluación era tan

veloz que los billetes perdían valor en cuestión de horas. Para aquellos que podían permitirse cenar en un restaurante era habitual pagar por adelantado para evitar la furibunda subida de los precios que seguro cambiarían si esperaban a terminar su comida. Asimismo, fotografías de la época muestran a niños jugando con fajos enormes de billetes que ya no valían nada.

Pero más allá de la ruina de miles de ahorradores, del deterioro del nivel de vida de los pobres y la clase media, y de la escasez de alimentos en muchas regiones, especialmente en las grandes ciudades, esta realidad dejó una semilla de resentimiento, frustración y, sobre todo, un profundo escepticismo hacia las instituciones democráticas. El sistema liberal, que apenas llevaba unos años de vida, no despertaba confianza en la población.

La violencia política y la represión no habían cesado. Los grupos extremistas proliferaban y sus actuaciones denotaban una absoluta falta de interés por articular compromisos o acuerdos. Ante ello, el gobierno respondía con las fuerzas de seguridad, que, cabe destacar, tampoco habían desarrollado un amor especial por los partidos democráticos, ya que su formación y entrenamiento habían tenido lugar bajo la lógica imperial y monárquica de antaño.

Al mismo tiempo, la fragmentación parlamentaria era de tal envergadura que los gobiernos carecían de estabilidad. En apenas catorce años de existencia, la República de Weimar (1919-1933) tuvo catorce cancilleres y veinte gobiernos diferentes. De hecho, el mandato más largo fue de solo veintiún meses. Los intentos de golpes de Estado, las diversas crisis y las tensiones constantes llevaron a adelantar todas las elecciones sin terminar ninguna legislatura.

La crisis económica y política se acentuaba en aquellos años con la profundización de una progresiva pérdida de la cohesión social. La

corriente nacionalista liderada por el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP) de Adolf Hitler no solo atizaba la mencionada inestabilidad política, sino que movilizaba odios mucho más profundos en la sociedad de la época. El antisemitismo crecía a fuego lento en Alemania, y el nacionalsocialismo lo aprovecharía para sus fines políticos. De hecho, el propio Hitler anticipó sus planes en *Mi lucha*, escrito en la cárcel tras el golpe de Estado de Múnich en noviembre de 1923.

En resumen, la República de Weimar tenía serios problemas en todos los frentes. Y con ello, la idea de un sistema democrático liberal perdía poco a poco la confianza de la población. A ojos de intelectuales como Spengler, los valores liberales eran sinónimo del fracaso, la gran causa de todos los males. La representación de la decadencia.

Pero él no fue el único. Él era apenas uno más de los exponentes de la Revolución Conservadora.

La Revolución Conservadora

En 1949, el año de la fundación de la actual República Federal de Alemania, el periodista y escritor suizo Armin Mohler publicaba su tesis doctoral. En ella reunía las ideas de un conjunto de pensadores e intelectuales contemporáneos a la República de Weimar.

Las ideas de Oswald Spengler, Carl Schmitt y Ernst Jünger, entre otros, llenaron las páginas del texto de Mohler. El denominador común que el autor había encontrado entre ellos iba más allá de la crítica que hacían a aquellos caóticos gobiernos. En realidad, lo que los unía era su rechazo a los principios liberales.

Pese a sus diferencias y matices, todos ellos sostenían una visión del mundo que despreciaba el sistema político de Alemania. La República de Weimar, en su opinión, constituía evidencia fehaciente de los efectos negativos de la democracia liberal. Para estos ideólogos, libertad, igualdad, y fraternidad —aquellas máximas nacidas de la Revolución francesa— no eran más que sinónimos de decadencia.

Lo interesante es que ninguno de ellos era representante de una posición restauradora que buscase el retorno del orden imperial previo a la guerra. Lo que proponían era un proyecto superador que no mirase hacia el pasado, sino un sistema que reemplazase al liberalismo en un futuro cercano. Tal vez por esta razón, Armin Mohler optó por titular su tesis *La revolución conservadora en Alemania 1918-1932*. De hecho, el concepto, pese a sonar contradictorio, quedará para la historia como la etiqueta para identificar a este grupo de pensadores.

El profesor Matthew Rose explica en su libro *A World After Liberalism* que, a pesar de ser un oxímoron, el término *revolución conservadora* describe adecuadamente «la ambición de sintetizar un pensamiento tradicional y moderno» a la vez. Ambos componentes se ven reflejados en tres dicotomías fundamentales: igualdad frente a jerarquía, razón frente a naturaleza y democracia frente a autoritarismo.

Igualdad frente a jerarquía

Los pensadores de la Revolución Conservadora rechazaban el concepto de igualdad al considerarlo incompatible con el supuesto orden natural que regía toda sociedad. Concluían que la igualdad disuelve las jerarquías necesarias para que una comunidad funcione.

Sin esas jerarquías reinaría el caos, se perderían los roles en la sociedad y, en consecuencia, se iniciaría la ya mencionada decadencia.

Pero la pregunta es: ¿a qué se referían estos autores cuando hablaban de *jerarquía*? Básicamente, a un determinado ordenamiento de las personas en distintos escalafones dentro de una comunidad, por el que se asignan papeles y funciones a cada miembro y, de ese modo, se espera que estos actúen según comportamientos predecibles. Si cada miembro hace lo que le corresponde, es decir, lo natural, reinará la armonía. Por eso mismo la idea de igualdad arruina todo aquello. La mera premisa de que todas las personas son iguales y, por lo tanto, gozan de los mismos derechos y obligaciones pone en riesgo ese orden y destruye el buen funcionamiento de una comunidad. Quien nació campesino debería morir campesino y quien nació noble debería disfrutar de esos privilegios. Esa condición inmutable de nacimiento se rompe cuando alguien dice que un agricultor y un aristócrata son iguales por el mero hecho de ser seres humanos. Y de aquí deriva la peor pesadilla de estos pensadores: ¿qué pasaría si un campesino exigiese más de lo que debería? ¿Y si se rebelase y no cumpliese con su función? La respuesta era obvia para Oswald Spengler, Edgar Julius Jung o Arthur Moeller: llegaría la decadencia.

En los escritos de estos autores destaca un profundo miedo al individualismo y a sus efectos negativos para la nación, donde trazan abiertamente su rechazo a aquellos principios básicos derivados de la Revolución francesa. Carl Schmitt la define de la siguiente manera en *La crisis de la democracia parlamentaria* (1923):

> [...] una democracia verdadera se basa en que no solo lo igual sea tratado como igual, sino que, inevitablemente, lo desigual no sea tratado como igual. Por lo tanto, la democracia requiere necesariamente, en primer lugar,

> homogeneidad y, en segundo lugar —si es necesario— la exclusión o eliminación de lo heterogéneo.

La frase del autor refleja una definición muy particular de la democracia: la existencia de distintos grupos de interés, de opiniones disonantes, de «personas que piensen diferente» no es ni legítima ni deseable. Por el contrario, es signo de desorden y precondición del caos; en consecuencia, es menester extirparla.

En el contexto de inestabilidad económica y política de la República de Weimar, Alemania era terreno fértil para que esta concepción tan particular de la democracia ganase adeptos. Si la hiperinflación empuja hacia la pobreza o incluso la indigencia, si los gobiernos se caen uno tras otro como fichas de dominó, si los intentos de golpes de Estado se multiplican y la violencia política es una constante, la propuesta de orden de estos pensadores se manifestaba como una conclusión no solo lógica sino necesaria.

En resumen, la Revolución Conservadora, en su cruzada contra la idea de igualdad, planteaba las causas y eventualmente las medidas para paliar los problemas de ese escenario: democracia sin díscolos, jerarquía en la comunidad, regreso a viejos valores sin necesidad de debates plurales. Y ni mucho menos la crítica hacia el modelo que encarnaba la democracia liberal de Weimar se quedaba ahí. Porque el problema, para los ideólogos de la Revolución Conservadora, también apuntaba a sus bases teóricas más profundas: la Ilustración.

Razón frente a naturaleza

Los horrores de la guerra estaban todavía frescos en la memoria de la Europa de los años veinte. Ya hemos hecho referencia a este trauma colectivo. La gente de la época debía revivir a diario sus

pesadillas cuando encontraba por la calle a un excombatiente amputado, o cuando algún ruido fuerte le recordaba la artillería pesada y el olor nauseabundo de las trincheras.

Aquel conflicto había generado un profundo escepticismo en la población respecto a «las mieles del progreso». Esos avances de la ciencia y la tecnología que nos llevarían a vivir en un mundo mejor, en realidad, se habían aplicado en el desarrollo de maquinaria de guerra. Los cuatro años de hostilidades demostraban que lo que se había vuelto más eficiente y sencillo no era la vida, sino la muerte.

En línea con esas dudas que circulaban entre la población afectada, la Revolución Conservadora planteaba una pregunta acorde: ¿era la Ilustración algo positivo para la humanidad? La respuesta de estos pensadores era contundente: la razón representaba más bien un desafío al orden natural.

El escritor Arthur Moeller van den Bruck sostenía que era necesario combatir la Ilustración, ya que representaba una inmoralidad. Según él, los principios de la razón obedecían a una lógica mecánica y opuesta a los principios de la naturaleza, a la esencia del ser humano. ¿Por qué hay que medirlo todo, por qué no disfrutar de la belleza natural de forma tradicional en lugar de controlar, evaluar y racionalizar?

Spengler también manifestaba su rechazo a la racionalidad que se desprendía de la Ilustración. De hecho, en 1920 tuvo lugar un debate académico entre él y Max Weber, el famoso sociólogo. La discusión se celebró en el ayuntamiento de Múnich y duró dos días. Las posiciones estaban claramente diferenciadas. Weber argumentó que el desarrollo, el crecimiento y la productividad de Occidente se debían a la racionalización, a la creación de instituciones burocráticas y al establecimiento de un Estado de derecho. Por su parte, Spengler discrepó de él al sostener que los pilares de

Occidente yacían en su pasión, en el instinto y, en consecuencia, en su irracionalidad.

Esa anécdota de la discusión entre Weber y Spengler escenifica la batalla que estaba dispuesta a dar la Revolución Conservadora. La razón no debía reemplazar aquellos valores eternos y esenciales, y eso incluía también dejar fuera de la ecuación a las bases del sistema democrático.

Democracia frente a autoritarismo

Ya hemos comentado que la Revolución Conservadora no solo defiende las jerarquías y el pensamiento único, sino que también apunta a un proyecto político, social y cultural novedoso que reemplace al liberalismo.

Pese a todo, cuando se analizan los escritos de estos pensadores, cuesta comprender cuál es exactamente el proyecto político alternativo que proponen. Se vislumbra una dirección a partir de los valores que defienden y de los que rechazan, pero el modelo nunca termina de concretarse. ¿Qué nuevas normas, reglas o autoridades deberían establecerse para superar la decadencia?

La pregunta queda sin respuesta, puesto que no hay visiones acabadas ni compartidas. Solo es posible vislumbrar una marcada tendencia hacia el autoritarismo. En los distintos escritos de la Revolución Conservadora se propone la necesidad de un tipo de gobierno autoritario o hasta de una dictadura totalitaria, aunque con matices.

En principio se apuesta por un nuevo nacionalismo. Uno que se componga de la entrega absoluta de cada uno de los miembros de la comunidad a los intereses de la nación. Esto último lo escribía Ernst Jünger, alguien que estaba convencido de que este era «el valor

supremo». Aquí ya no importan los individuos ni sus intereses, sino los de la nación. Pero ¿quién define los intereses de la nación? ¿Un líder? ¿Una aristocracia? ¿Un grupo de jefes superiores colocados allí por mandato divino?

Otros representantes de la Revolución Conservadora, en cambio, no rechazan la idea de democracia, pero sí la redefinen dentro de su propio marco. Es el caso de Carl Schmitt, que habla sobre la posibilidad de identificar la voluntad del pueblo a través de la aclamación, desestimando el pluralismo político y el debate. En este sentido, cualquier dictadura, si recibiese el apoyo masivo de dicho pueblo, no se diferenciaría de una democracia parlamentaria, concluye.

Oswald Spengler, por su parte, abandona los eufemismos y habla de «cesarismo»: «Es una dictadura, pero no la dictadura de un partido, sino la de un hombre contra todos los partidos, sobre todo contra el propio». El politólogo alemán Armin Pfahl-Traughber sostiene que al leer esta frase de Spengler muchos han pensado que se refería a Adolf Hitler, que se había encumbrado como una figura política desestabilizadora durante la República de Weimar. Aunque el referente del pensamiento conservador en realidad apuntaba a la figura de Benito Mussolini.

En cualquier caso, el análisis de Pfahl-Traughber sobre estos pensadores y sus escritos nos deja una lección muy importante para entender su relación con el proceso embrionario de la epidemia ultra. Este movimiento intelectual, con sus ideas y propuestas, no fue culpable directo de la caída de la República de Weimar y, por consiguiente, de la democracia liberal en 1933. Pero lo que sí afirma el politólogo es que «sus escritos allanaron intelectualmente el camino para que se iniciara la etapa más oscura de la historia del siglo XX: el ascenso del nacionalsocialismo».

Después de la Segunda Guerra Mundial, la Revolución Conservadora perdió relevancia. La derrota del fascismo pareció liquidar sus ideas y su proyecto alternativo para una nueva derecha radical se desvaneció. Sin embargo, hacia finales de los años sesenta, un grupo de estudiantes e intelectuales franceses revivieron aquel germen. Su intención era retomar la lucha contra el liberalismo triunfante de posguerra, aunque en un contexto muy distinto. Pondrían énfasis en el rechazo de la igualdad, en los derechos humanos y, sobre todo, en la idea de decadencia moral.

Una estrategia que resulta recurrente en la familia política de las derechas radicales. Una cualidad de la epidemia ultra que sobrevive un siglo más tarde y se refleja en discursos incluso al otro lado del mundo, por ejemplo, en el del presidente de Argentina, Javier Milei.

2

Conquistar mentes

«Nunca me lo voy a perdonar —le confiesa Marine Le Pen a un periodista de *Journal du Dimanche*—. Fue la decisión más difícil de mi vida. Y hasta el final de mi vida me voy a cuestionar si lo podría haber hecho de otra manera.» La líder ultraderechista se refiere a la medida que tomó en 2015 con la que posiblemente cambió el destino de su partido, en aquel entonces todavía denominado Frente Nacional: expulsar a su padre, el mismísimo Jean-Marie Le Pen, de su propia formación, esa que él había construido desde cero.

En aquel año, Marine Le Pen había concluido que su fuerza política necesitaba un cambio trascendental. El peso histórico que representaba el nombre de Jean-Marie se había convertido en un verdadero lastre y aunque en 2012 no había salido mal parado de las elecciones, al lograr el tercer lugar con el 17,9 por ciento de los votos, era imposible dar el salto si la sombra del racismo, la xenofobia y, sobre todo, el antisemitismo perduraba. Para Marine Le Pen era necesaria una depuración, o más precisamente una *desdiabolización* del Frente Nacional, como la propia líder política bautizó a este proceso.

La depuración de Le Pen

La clave de la desdiabolización demandaba extirpar del partido al mismísimo «diablo de la República», sobrenombre con el que se solía hacer referencia a su padre. Marine Le Pen decidió suspenderlo para, posteriormente, expulsarlo del Frente Nacional. Aquel hombre que había logrado competir por la presidencia en la segunda vuelta de 2002 era historia. Un gesto simbólico fundamental y a la vez profundamente doloroso para ella, su propia hija. Una traición que obedecía a un pragmatismo inescrupuloso.

Históricamente, el Frente Nacional se había apoyado en tres pilares: el discurso *antiestablishment*, el componente antiinmigración y el ultranacionalismo. Sin embargo, en los últimos años la retórica de Jean-Marie Le Pen había perdido gran parte del primero de los tres elementos. En esa tríada, el componente *antiestablishment* actuaba como legitimador de los otros dos y ayudaba a interpelar a sectores sociales desfavorecidos. Les señalaba que una élite malvada era la culpable de su situación, al no trabajar por el país y al no ocuparse de la inmigración.

Su hija comprendió cuál era el obstáculo que les cerraba las puertas del Elíseo. Advirtió que, por culpa de su padre, el discurso y la imagen del Frente Nacional se habían radicalizado, lo que hacía imposible atraer a otros sectores del electorado. Jamás podrían romper el techo electoral de entonces ni alcanzar la presidencia de la República.

Así fue como en 2015 se gestó la desdiabolización del partido. El objetivo consistía en volverlo más aceptable socialmente. Pero no desde un profundo cambio en su ideario o en su programa. De hecho, abandonar las propuestas antiinmigración y xenófobas, atenuar la crítica a las élites o desprenderse del ultranacionalismo nunca estuvo en sus planes y hasta hoy en día perduran en sus propuestas. El cambio apuntaba a la retórica. A reconstruir el

discurso del Frente Nacional como un partido que defendiera los valores de Francia, de la República, a ofrecer un proyecto que incluyera a las clases medias, a los trabajadores, y, sobre todo, a disputar al resto de las fuerzas políticas el significado de conceptos fundamentales para movilizar electorados. Entre otros, el del sentido común.

Un ejemplo revelador del giro en el discurso de Marine Le Pen es el uso intensivo del concepto de «estado de bienestar». Pero no en su formulación clásica, sino en una modificada. En su visión, el Estado debía ocuparse solo de los franceses. Una suerte de «estado de bienestar chauvinista». La idea mantiene los elementos xenófobos históricos de la ultraderecha, pero, al presentarlos con otro lenguaje, logra hacerlos pasar por una política patriótica. En cualquier caso, el uso de conceptos como el de estado de bienestar mostraba claramente la intención de Le Pen de disputar el terreno de las ideas —o mejor dicho, de los significados— que hasta entonces había sido patrimonio casi exclusivo de la izquierda. El objetivo era apropiárselos y resignificarlos, o en el peor de los casos, relativizarlos.

Hasta aquí hemos visto tres elementos clave de la desdiabolización y transformación que había iniciado Marine Le Pen. En primer lugar, la eliminación del racismo explícito de su discurso, después, el enfoque en el componente populista *antiestablishment*, y como tercer punto clave, la apelación a electorados más amplios a través de la disputa de conceptos. De hecho, a este tercer elemento, Le Pen agrega algo novedoso: su propia figura. Ella misma pasaba a ser parte central del mensaje del Frente Nacional. El proyecto político dejaba de ser el del partido y se convertía en el de la candidata. Ella encarnaba la agenda, ella quería otra Francia, ella representaba a esos sectores de la población olvidados. Con esa

estrategia, Le Pen lograba generar un efecto humanizante en los objetivos y propuestas del partido. Y al mismo tiempo, intentaba opacar la enorme sombra de su padre. ¿Era comparable el histórico liderazgo del fundador del partido con la nueva retórica populista de su hija? El plan tenía sus riesgos y demandaba que los cambios se diesen a lo largo de varios años. Por ejemplo, con el cambio del nombre de la organización política que, tres años después, en 2018, pasó a llamarse Rassemblement National (Agrupación Nacional).

El resultado en términos electorales le dio la razón a Marine Le Pen. No solo obtuvo importantes triunfos a nivel regional, sino que en dos ocasiones pasó a la segunda vuelta y compitió por la presidencia de la República. En ambas fue derrotada por Emmanuel Macron, pero no por amplia diferencia, como sucedió con su padre a inicios de la década. Al contrario, en 2017 la formación ultra sumó el 33,9 por ciento, más de diez millones de papeletas, y en 2022 llegó al 41,4 por ciento, es decir, trece millones votaron por su candidatura.

Más allá de los resultados en franco crecimiento, el caso de Le Pen y su decisión de desdiabolizar el partido nos sirve de ejemplo para entender la siguiente fase de la gestación de esta epidemia ultra. Y es que la decisión estratégica de la líder francesa, trascendental para la ultraderecha de todo el mundo, tiene una base intelectual profunda. No se trató de mero *marketing* político o de un simple lavado de cara, sino que, por el contrario, obedeció a un planteamiento teórico que se inició casi medio siglo antes. En el sur del país, más precisamente en Niza, podremos encontrar el momento y el lugar donde reaparece el germen ideológico al que había dado forma la Revolución Conservadora.

La *nouvelle droite*

Aunque solemos pensar que el Mayo francés solo supuso la eclosión del pensamiento de izquierdas, la realidad es que también conllevó una renovación de los movimientos al otro lado del espectro. En aquella Francia de 1968, un grupo de estudiantes comenzaron a reunirse regularmente empujados por una inquietud compartida: qué hacer con la extrema derecha de su país. Eran miembros de organizaciones derechistas como la Federación de Estudiantes Nacionalistas (FEN), de Europe-Action y del Movimiento Nacional del Progreso (MNP). Para pensar y debatir sobre aquel interrogante decidieron conformar una estructura de trabajo que denominaron Groupement de recherche et d'études pour la civilisation européenne (GRECE).

Allí se preguntaban por las lecciones que podían extraer de lo que ellos veían como derrotas, no solo de su país, sino de su visión del mundo. Reveses como la pérdida de Argelia, el ascenso del liberalismo y la globalización, el peligro de las izquierdas y la amenaza del comunismo y la caída y desprestigio del fascismo. Pero sobre todo buscaban desarrollar un nuevo pensamiento y con él generar una renovación en el nacionalismo francés. Tal vez todavía no eran conscientes de ello, pero estos estudiantes estaban generando un nuevo movimiento en la derecha del espectro político.

Sus reflexiones pasaban constantemente de lo intelectual a lo práctico, de la ideología al pragmatismo, de la teoría al desarrollo de impulsos para el activismo. Los interrogantes que abordaban no eran pocos ni sencillos: ¿cuál era el rumbo que necesitaba su corriente política? ¿Qué estrategia resultaba la más inteligente y rentable? ¿Cómo aplicarla en este contexto de crecimiento de la influencia de las izquierdas en todo el mundo?

Esa última pregunta fue clave, ya que coincidió ese mismo año con un evento mundialmente conocido: el Mayo francés. En aquel año 1968 una serie de protestas estudiantiles se extendieron por varias semanas en el país galo, con una agenda que representaba la explosión del dominio del pensamiento de izquierdas, esencialmente entre los más jóvenes. No era casual que paralelamente florecieran revoluciones en distintos puntos del globo, a la vez que se desarrollaban movimientos sociales con reivindicaciones de paz, libertad e igualdad.

Se trataba de la expresión de un fenómeno que el politólogo estadounidense Ronald Inglehart definió como la «revolución silenciosa». Un concepto que plantea la transformación de la escala de valores en las sociedades occidentales de posguerra. Dicho cambio revelaba una progresiva pérdida de importancia de los valores materialistas, como la seguridad, el orden o la inflación controlada. En su lugar, ganaban terreno nuevos valores que Inglehart definió como posmaterialistas y que hacían referencia a varios de los que movilizaban aquellas protestas del Mayo francés: la participación política, la protección de la libertad de expresión, la igualdad de género, la importancia de la calidad de vida y la satisfacción integral como ser humano, la tolerancia y la libre autodeterminación de las personas, entre otras.

Este protagonismo de una agenda posmaterialista no solo amenazaba el sistema de valores atado a una visión más tradicional, sino que representaba un desafío para aquellos jóvenes nacionalistas provenientes de formaciones diversas de la extrema derecha que no encontraban abrigo en las expresiones políticas contemporáneas. Darles un espacio político a esas juventudes era la tarea que habían asumido los miembros del GRECE, cuyo ideólogo más conocido, incluso hasta la actualidad, es Alain de Benoist.

De Benoist, miembro de la Fédération des Étudiants Nationalistes (FEN), tuvo un largo recorrido por formaciones y grupos de la extrema derecha. Allí entendió que su modelo de sociedad, en gran medida heredero directo del derrotado fascismo, era inaplicable en el mundo de posguerra. El racismo biológico, el supremacismo, la negación del genocidio, que seguían sosteniendo aquellas expresiones partidarias existentes durante los años cincuenta, solo recibían el rechazo de la sociedad.

Tal como explica el académico Mathew Rose, posiblemente los acontecimientos del Mayo francés terminaron de confirmar las hipótesis de De Benoist. Con ello ganaba fuerza la idea de generar una derecha disidente, alternativa, diferente a la que él percibía como fuera de su tiempo histórico. Pero en su diagnóstico existía un problema previo que impedía avanzar en esa dirección. Según él, había un vacío en la intelectualidad. ¿Quién representaba ese pensamiento y quién lideraría esa construcción de ideas que hacían falta? Aunque tal vez la pregunta más importante fuera: ¿cómo conseguirlo?

Así fue como bajo el liderazgo del filósofo, el GRECE, al igual que cualquier *think tank* de la actualidad, tomó el rol de desarrollar el pensamiento político de la nueva derecha, la *Nouvelle Droite*. Llegaba el momento de edificar las bases ideológicas y conceptuales de una corriente que debía hacer frente a muchos desafíos en aquel mundo convulsionado y dominado por las izquierdas.

La formación política e intelectual de Alain de Benoist y sus colegas se desarrolló en espacios donde circulaban viejas ideas de la extrema derecha. Allí fue cuando redescubrieron y recuperaron un legado que parecía olvidado después de los sucesos de la Segunda Guerra Mundial, más precisamente tras la derrota del fascismo. Se encontraron con los escritos de Spengler, Jünger y Moeller van den

Bruck, y las ideas de estos ideólogos de la Revolución Conservadora de entreguerras no solo alimentaron sus debates y sus desarrollos teóricos, sino que, como consecuencia de ello, influenciaron las bases ideológicas y conceptuales de GRECE.

Después de años de ostracismo, el germen de la epidemia ultra se había reactivado. Aquella idea de la decadencia moral regresaba. Volvía a esparcirse en las tertulias intelectuales y con ello nacía la nueva derecha de Francia y se iniciaba un lento pero continuo contagio que llega hasta nuestros días, pues el marco ideológico desarrollado por esa *Nouvelle Droite* ha influido en la totalidad del pensamiento y la estrategia política de la ultraderecha actual.

Pero antes de avanzar en esa influencia, detengámonos a analizar brevemente qué parte del compendio de ideas de la Revolución Conservadora es la que recuperan De Benoist y sus compañeros. En principio, podríamos reducirlo a dos grandes cuestiones: por un lado, el mencionado concepto de decadencia y, por otro, la crítica a los derechos humanos.

En el capítulo anterior hemos argumentado que la decadencia es un elemento recurrente en la ideología de la derecha radical. Esencialmente porque además de su componente emocional posee un carácter legitimador. Solo una sociedad en decadencia puede permitirse pensar y proponer soluciones de raíz, cambios trascendentales que, pese a ser dolorosos, sean necesarios.

En consonancia con aquella idea, De Benoist nunca dejó de hacer referencia a la decadencia. Lo hacía al escribir sobre los sinsentidos de la sociedad actual, la falta de rumbo de la humanidad y, sobre todo, la necesidad de proteger la identidad de las civilizaciones. De hecho, su concepción vital para la nueva derecha más que abrazar el supremacismo apuntaba a la necesidad de defender una cultura en peligro, en su caso, a proteger a Occidente.

Según De Benoist, la decadencia de Occidente comenzó hace dos mil años, con la expansión del cristianismo, al que considera un elemento ajeno a Europa. Para él, la cultura original de Europa era la tradición pagana y por ello su paulatino reemplazo por el cristianismo no había hecho más que corromper a la civilización occidental. En esencia, porque trajo un valor rechazado por el intelectual francés: el universalismo. El cristianismo promueve la idea de un bien común para todos los seres humanos, que entre ellos se comparte una hermandad y que a todos sin distinción nos espera el reino de los cielos. Para el filósofo aquel bien común para todos representa una contradicción en la naturaleza humana. En su lógica, un ser humano solo se puede sentir cercano a aquello que es similar a lo propio, a lo que considera bello y logrado. Por el contrario, rechaza todo lo que considera diferente, desagradable o débil. En ese sentido, el cristianismo nos estaría obligando a no respetar esa reacción que De Benoist considera natural, porque para él todos los seres humanos no somos iguales. En este rechazo de la condición de igualdad entre los hombres es donde aparece la conexión con la Revolución Conservadora. En resumen, la *Nouvelle Droite* rechaza la existencia de una comunidad universal y de allí decanta el rechazo a los derechos humanos, ya que son un concepto que considera a todas las personas como iguales.

Más allá de la reactivación de aquellas ideas que parecían eliminadas del pensamiento político, el GRECE realiza otra aportación clave para el proceso de incubación de la epidemia ultra. Se trata de un aspecto estratégico que diferencia a la nueva derecha de la vieja extrema derecha obsoleta. Un elemento que, pese a la intención inicial de De Benoist de ocupar el vacío en el mundo de las ideas, pone el foco en la eventual aplicación de estas y busca responder a

un interrogante mucho más pragmático: ¿cómo convencer a la población?

La exitosa estrategia de la *Nouvelle Droite*

En los años sesenta y setenta, el dominio del pensamiento de izquierdas era abrumador, lo que creaba un contexto poco propicio para el surgimiento de un nuevo discurso de derechas. Sin embargo —y contra toda intuición— los integrantes del GRECE se inspiraron en aquellos mismos movimientos y aprovecharon algunos recursos que ofrecían las izquierdas, no solo para construir sus propias ideas políticas, sino también para aprender a comunicarlas. Fue así como el grupo liderado por De Benoist comenzó a estudiar las ideas de Antonio Gramsci, uno de los referentes del pensamiento marxista.

Gramsci fue encarcelado en 1926 por el régimen fascista de Benito Mussolini. Durante los once años que pasó en prisión desarrolló una de las ideas más influyentes de su pensamiento: la hegemonía cultural. Sin intención de profundizar mucho, veamos brevemente en qué consiste este concepto y cómo la *Nouvelle Droite* se apropió de parte de él para avanzar en sus propios objetivos.

La hegemonía cultural sitúa el poder en el centro del debate. A diferencia de otras corrientes marxistas, Gramsci sostiene que los factores económicos, por sí solos, no bastan para dominar y gobernar a todas las clases sociales en una sociedad. El poder también depende de la capacidad para influir en las voluntades a través de la ideología: controlar los conceptos, sus significados y sus usos, así como modelar las expectativas colectivas. La hegemonía es, en ese sentido, cultural, porque actúa sobre todos los aspectos de la vida desde un plano simbólico: determina cómo pensamos, qué

deseamos, cómo lo expresamos y qué esperamos en un contexto dado. Quien logre construir esa hegemonía podrá ejercer influencia sobre todos los estratos sociales, desde los sectores más vulnerables hasta la clase media y la burguesía acomodada.

Estas ideas de Gramsci fueron objeto de interés de De Benoist. Obviamente, no por el contenido que pretendía transmitir el italiano, en el que se subrayaba cómo las clases dominantes oprimían al resto y a la vez justificaban el *statu quo*. Lo que fascinó al intelectual francés era justamente esto último: la posibilidad de convertir una situación de dominación en un escenario percibido como natural y hasta deseable. La idea de conquistar mentes antes que voluntades políticas se convirtió en el eje de la estrategia de esta nueva corriente.

Así fue como De Benoist, aprovechando el desarrollo teórico de un intelectual ubicado en las antípodas ideológicas de su pensamiento, construyó el concepto de «metapolítica» para la *Nouvelle Droite*. En contraposición con las acciones político-partidarias de la extrema derecha de aquel momento, propone una visión de largo plazo que domine en el mundo de las ideas: adueñarse de los conceptos, colonizar los debates teóricos, apoderarse del sentido común.

La estrategia de la metapolítica diseñada por De Benoist a partir de aquel «robo» a la izquierda marxista ha demostrado ser tan poderosa que se utiliza hasta el día de hoy. De hecho, como hemos visto al inicio de este capítulo, aquel proceso de desdiabolización de Marine Le Pen, que llevó a su partido a convertirse en opción de poder real en Francia, tiene su base en esa estrategia. Sin embargo, la influencia de la *Nouvelle Droite* va más allá del caso de Le Pen. En efecto, para el desarrollo de la actual epidemia ultra, las ideas de Alain de Benoist son la clave de su fase de incubación. Tanto desde lo ideológico como desde lo estratégico. Su enfoque ha servido de

inspiración para impulsores de varias corrientes y partidos ultraderechistas dentro y fuera de Europa. Por ejemplo, parte de la base ideológica de la *alt-right* —el movimiento político radicalizado autodenominado «derecha alternativa»— en Estados Unidos, bajo el liderazgo inicial de Richard Spencer (capítulos 6 y 7) se inspira en los textos y argumentaciones de De Benoist. De la misma manera sucede con formaciones de extrema derecha que descubrieron en el enfoque de la *Nouvelle Droite* una herramienta para canalizar sus ideas profundamente xenófobas y excluyentes, y convertirlas en reflexiones más elaboradas para brindarles una dimensión intelectual a las viejas ideas presuntamente derrotadas en 1945.

Lo consiguieron cuando entendieron que debían recalibrar el debate. Tal como lo recomendaba la metapolítica del filósofo francés, y tal como lo ilustra el ejemplo de la desdiabolización del Frente Nacional de Le Pen. Reformularon sus objetivos y apuntaron a dominar el debate, o más precisamente, a apropiarse de la idea de sentido común. En otras palabras, a imponer su visión del mundo, su modelo de sociedad y su agenda política y cultural.

En esa lucha por el significado de los conceptos, la *Nouvelle Droite* realizó otra aportación fundamental para las corrientes ultraderechistas posteriores. Se trata de la idea de la identidad o más precisamente, del uso del concepto. Como hemos mencionado previamente, De Benoist insistía en plantear la amenaza a la identidad y la erigía como el valor más importante, el que debía ser protegido, el que era preciso mantener puro y libre de cualquier contaminación foránea.

Lo que estaba haciendo el pensador francés era otorgar las bases para legitimar las ideas xenófobas que sobrevendrían. Un elemento clave para la fase de incubación de la epidemia ultra. Una herramienta intelectual potente para librar la batalla cultural.

3

La batalla cultural por la identidad

En 1984, Jean-Marie Le Pen, líder del Frente Nacional, publicaba un libro titulado *Les français d'abord* [Los franceses primero]. El contenido reflejaba pocas novedades respecto del discurso político del líder ultraderechista, y daba cuenta de un nacionalismo exacerbado que depositaba en la inmigración la causa de todos los problemas del país. Desempleo, inseguridad, falta de vivienda..., todo era culpa de los inmigrantes.

Más allá de la generación del chivo expiatorio, lo que destacaba en el mensaje político del ultraderechista era la incorporación del elemento identitario. De hecho, el título apunta directamente a esa cuestión. El accionar de Le Pen reflejaba la influencia de la *Nouvelle Droite* en varios aspectos. En primer lugar, aplica la estrategia de la batalla por la hegemonía cultural. En concreto, la disputa de conceptos. El libro ponía sobre la mesa el significado de «lo francés» y, sobre todo, lo que suponía una amenaza para esa identidad. En la retórica del candidato, poseer un pasaporte podía acreditar la ciudadanía, pero no garantizaba una identidad verdaderamente francesa. Al menos no la que el Frente Nacional consideraba legítima, pues esta dependía de una serie de condiciones vinculadas a la cultura, el idioma, el origen, el apellido e incluso la fisonomía.

En segundo lugar, el impacto de los intelectuales de la corriente liderada por De Benoist se manifiesta en el énfasis que pusieron en

la cuestión identitaria. Tal como se menciona en el capítulo anterior, la *Nouvelle Droite* convirtió la identidad en el valor más importante y que requería mayor protección. Esa premisa fue asumida por las extremas derechas de aquellos años y, con el tiempo, se convirtió en uno de los elementos fundamentales de sus discursos hasta la actualidad.

De ahí la importancia de comprender el concepto de identidad según lo ha desarrollado la *Nouvelle Droite*. Por eso, este capítulo lo examina en detalle a través del caso de la derecha radical en Bélgica.

«Nuestra gente, primero»

Bélgica es un país marcado por la dualidad, que se refleja, entre otros aspectos, en la coexistencia de dos lenguas oficiales: al norte, Flandes con el flamenco; al sur, Valonia con el francés. Lo interesante es que en cada territorio se han generado dos sistemas de partidos paralelos que, a su vez, han producido una cultura democrática bastante diferenciada, lo que hace que la política regional tenga mucho peso en las discusiones a nivel federal.

Este contexto ha sido propicio para el surgimiento hacia finales de los años setenta de una fuerza política que tenía como núcleo fundamental el discurso nacionalista, y como objetivo último, la independencia de Flandes. Fue bautizado como Vlaams Blok (VB), es decir, el Bloque Flamenco. En sus inicios, una de sus principales reivindicaciones fue la amnistía para los condenados por colaboracionismo con el régimen nazi durante la ocupación.

Su planteamiento se apoyaba en gran parte en la idea de identidad nacional flamenca. Al igual que Agrupación Nacional,

proponía la fórmula «nuestra gente, primero», lo que daba lugar a un discurso marcadamente excluyente. No obstante, y a diferencia del caso de Le Pen, el mensaje del VB se apoyaba en el idioma. Este partido supo crear alrededor del flamenco un discurso identitario que no solo funcionaba contra los extranjeros en general, sino que también construía otro enemigo de su causa: los francófonos, o lo que ellos denominaban «los mantenidos». En efecto, a partir de los años setenta, el histórico predominio económico de Valonia fue decayendo mientras que el de Flandes creció. El VB aprovechó esa inversión de los roles para fomentar el odio regional y plantear la superioridad de una sobre la otra, alimentando así la idea del separatismo. El idioma era la pieza simbólica y preferencial en la articulación de la identidad nacional que forzaba el VB. Una fuente inagotable de orgullo nacional, mezclada con cuentas pendientes del pasado y la falta de reconocimiento.

Esta aplicación del concepto de identidad nos lleva nuevamente a las propuestas de Alain de Benoist. En el caso del intelectual francés, se recurre a esta idea con el objetivo de condensar una ideología excluyente en algo supuestamente positivo para la sociedad. Va más allá de un orgullo por lo nacional y todo lo que ello implica pasa al plano de lo cultural. La identidad es la bandera pero también es el idioma, las costumbres, la gastronomía, la música y hasta el hábitat. La identidad incluye todo eso a la vez que excluye todo el resto.

Así fue como el VB configuró el primero de los tres pilares fundamentales de su programa político, el nacionalismo flamenco, y encontró razones para incorporar un segundo: la antiinmigración. No solo por ser congruente con aquel lema de «nuestra gente, primero», sino porque la figura del extranjero, definido por sus portavoces como un supuesto invasor, permitía activar la idea de que la identidad flamenca estaba en peligro. Esa situación de amenaza

generaba un margen para proponer acciones profundamente racistas y xenófobas, escudándose en ese bien superior que era la nación flamenca.

Tan profunda fue la radicalización en ese sentido que, en noviembre de 2004, el Vlaams Blok desapareció. Había sido condenado meses antes por la justicia belga a causa de una serie de propuestas segregacionistas, como la creación de escuelas separadas para extranjeros, la aplicación de un impuesto extra a los empleadores que los contratasen y la limitación o eliminación de prestaciones sociales. Los líderes del partido se limitaron a acatar la decisión judicial, no sin antes victimizarse. Su jefe en aquel tiempo, Frank Vanhecke, expresó: «Hoy nuestro partido ha sido asesinado. Pero no por el electorado, sino por los jueces». Apenas cinco días después del fallo, esa misma dirección se refundó en el Vlaams Belang (Interés Flamenco), que continuó como si nada hubiese pasado.

Al ultranacionalismo separatista y el componente xenófobo hay que agregarle el tercer pilar fundamental, que también caracteriza a las derechas radicales en general, y gira en torno a la cualidad populista de sus planteamientos. En ese sentido, los problemas anteriores, según el VB, obedecían en gran parte a la incompetencia y corrupción de los partidos políticos *mainstream*. Ellos terminaban siendo los mayores traidores a la causa nacional por acción u omisión. De todos modos, como el aspecto del populismo lo abordaremos en el capítulo 6, en este punto centraremos la atención en los dos primeros pilares.

El engaño del derecho a la diferencia

En el libro *Identity*, el sociólogo y lingüista Florian Coulmas explica que el uso de la identidad en el discurso político representa un dilema para el principio democrático de la igualdad. Coulmas sostiene que aquellos que enfatizan la identidad tienen serias dificultades en reconocer que es una construcción social. Por ello, para un partido ultraderechista como el VB la identidad flamenca es intrínseca e inmutable, siempre lo fue y siempre lo será.

Esta concepción deriva en una actitud inflexible sobre su definición y sobre la posibilidad de adquirirla o integrarse en ella. Así, aparece la noción de pureza o, más sencillamente, de racismo. En esta visión, poseer una identidad significa pertenecer a algo, y esa pertenencia otorga derechos y privilegios que se niegan a quienes quedan fuera.

Esa interpretación de la identidad también se relaciona con el rechazo a la igualdad, como decíamos en capítulos anteriores. Es decir, no somos todos iguales y hay algunos mejores que otros. Sin embargo, a diferencia de lo planteado por la Revolución Conservadora, los intelectuales de la *Nouvelle Droite* reelaboraron esa cuestión para intentar quitarle esa aura excluyente. De Benoist creó para ello el concepto de «derecho a la diferencia».

Si pudiésemos poner al germen de la epidemia ultra bajo el microscopio y buscásemos sus rasgos más distintivos, el más relevante y todavía perdurable sería esa idea del pensador francés. Con el derecho a la diferencia, De Benoist realizó un giro retórico clave para transformar una ideología racista y excluyente en una solidaria y hasta pluralista. Así plantea que cada cultura tiene derecho a mantener su identidad intacta, sin contaminación externa, no porque ese agente externo sea algo negativo, sino porque la pureza de las identidades debe protegerse. De esta manera

convierte al desprecio por lo foráneo y diferente en el amor por lo local y lo homogéneo.

El cambio es tan sencillo que parece obvio. En lugar de decir «tú eres diferente», De Benoist propone decir «nosotros somos diferentes». Este matiz asigna un valor positivo a la identidad y, sobre todo, prepara el terreno para pasar a la acción, ya que una vez se ha definido la identidad como propia, llega el momento de defenderla.

No debemos olvidar que la esencia de la *Nouvelle Droite*, como hemos descrito, no es pacífica. Al contrario, tanto De Benoist como sus colegas del GRECE hablan de la necesidad de restablecer el orden natural, del peligro en el que vivimos y el riesgo al que nos enfrentamos si «nuestra identidad» se disuelve. Esta retórica de la amenaza termina proyectando un escenario de confrontación constante.

El pluralismo a la inversa

Volviendo a Bélgica, en la lógica del Vlaams Blok, ese planteamiento resulta perfecto: le ha permitido construir una estrategia de inversión moral que le sirve para refutar las acusaciones de xenofobia o racismo, escudándose en una supuesta forma de defensa propia.

Los académicos Mona Moufahim y Michael Humphreys explican que esta táctica se basa en la victimización: el partido denuncia la existencia de una voluntad política para eliminarlo, como ejemplifica la decisión judicial de 2004. La prensa, los otros partidos, el sistema judicial: todos están en su contra. Alega ser discriminado no por lo que hace, sino por atreverse a pensar diferente o decir lo que otros

no quieren oír. En otras palabras, un partido que promueve la intolerancia denuncia que no es tolerado.

Puede parecer un círculo vicioso, como un perro que se muerde la cola, pero según los autores, esta lógica es muy efectiva, porque permite redirigir la atención hacia otro tema: el de los valores de la democracia liberal; en particular, la libertad de expresión. Asimismo, esta inversión moral también se apoya en la idea de defensa propia o en la necesidad de preservar la identidad nacional; en este caso, la flamenca. Para ello, el Vlaams Blok recurre a otro concepto tomado de los intelectuales de la *Nouvelle Droite*: el «etnopluralismo».

La homogeneidad como valor

El etnopluralismo es un concepto que propone que cada cultura posee una identidad y, al mismo tiempo, un lugar en el mundo que le corresponde: su hábitat natural. Mientras se mantenga allí, esa identidad sobrevivirá y seguirá siendo pura. Bajo esta lógica, la separación entre culturas no solo es deseable, sino beneficiosa. En otras palabras, excluir a los elementos foráneos y eliminar su influencia parece algo positivo.

Pero lo que en realidad se oculta detrás de todo este argumentario es un profundo racismo. No se trata del racismo biológico clásico, sino de una variante más sutil: el racismo cultural. Lo importante aquí es la homogeneidad. Con ello lo que se evita es hablar de la superioridad de una raza, ya que desde su planteamiento inicial tal cosa no se contempla. No se sabe si alguna está por encima de la otra, sino que lo relevante es que existan separadas entre sí, cada una en su lugar. Ni siquiera hay la

posibilidad de compararlas entre ellas, puesto que sencillamente deben coexistir sin mezclarse.

Así es como la homogeneidad de una sociedad se convierte en un valor y a la vez se resignifica el concepto de pluralismo. En efecto, *plural* —en términos de identidad— significa «diferenciadas entre sí»: la mezcla destruye la pluralidad porque contamina las identidades. El uso del concepto de «identidad» o «cultura» en lugar del de «raza» tampoco es casual. Recordemos que la *Nouvelle Droite* entendió muy bien la importancia del uso de las palabras y la influencia de estas.

Si bien el VB es un ejemplo de ello, en el territorio flamenco de Bélgica existe otro partido, llamado Nueva Alianza Flamenca (Nieuw-Vlaamse Alliantie o N-VA), que compite por el mismo electorado y que aprovecha esta lógica del etnopluralismo para legitimar sus políticas antiinmigración. Theo Francken, uno de sus líderes, acusó a la ONG Médicos Sin Fronteras de tráfico de personas. Para él, el hecho de proveer de asistencia sanitaria a gente a punto de morir en medio del mar Mediterráneo no era un acto de ayuda humanitaria, sino más bien una afrenta contra la pureza de su cultura, aunque en este caso no termina de quedar claro si se refiere a la europea, la belga o la flamenca.

Y así surge el problema de aplicar el etnopluralismo, al mismo tiempo que se evidencia el racismo oculto en él. Su empleo deja claro lo que rechaza, pero nunca termina de identificar lo que incluye. Se apoya en el concepto de etnia, incluyendo allí otras nociones sumamente abstractas como tradición, mentalidad, cultura. Todo unido forma una supuesta identidad homogénea, pero bastante difusa que nos lleva a plantearnos una cuestión más importante: ¿quién la determina? ¿Qué pasa con los antepasados de una persona? ¿Hasta qué generación una familia se puede considerar

flamenca de toda pureza? No es difícil entender que entre el etnopluralismo y el racismo en realidad no hay mayores diferencias que un argumentario bien elaborado para confundir.

4

«Somos inmunes»

Cuando llegué a Alemania en 2010, la ultraderecha no existía siquiera. De hecho, las pocas formaciones de esa parte del espectro político eran muy marginales y apenas habían logrado tener algún éxito aislado a nivel regional o municipal. Podríamos decir que en aquel país no existía ninguna oportunidad de que la agenda ultra tuviese tanta relevancia como para convertirse en un peligro. Por otra parte, la prohibición de reivindicar el nacionalsocialismo, ideas cercanas a él o incluso su simbología bloqueaba cualquier tipo de expansión del extremismo a nivel parlamentario. La ultraderecha en Alemania no solo era tabú, sino que no tenía espacio alguno que ocupar.

En 1987, el político de la Unión Social Cristiana de Baviera (Christlich-Soziale Union in Bayern o CSU) y ministro en varios gobiernos federales Franz Josef Strauß pronunció una frase que se mantuvo vigente durante al menos un cuarto de siglo: «A la derecha de la Unión [la derecha cristiana de la CDU y la CSU] no debe haber ningún partido legitimado democráticamente». En otras palabras, a la derecha de la derecha se acaba la democracia.

Tal vez por conocer esa máxima al pie de la letra me sorprendí al ver que en septiembre de 2013 el partido Alternativa para Alemania (AfD), fundado apenas unos meses antes, lograba el 4,7 por ciento de los votos. Esta irrupción fue subestimada por los analistas y,

sobre todo, por el resto de los partidos políticos. Se lo consideró un fenómeno volátil y temporal.

La profunda seguridad de que Alemania era absolutamente inmune a la aparición de un partido de derecha radical relevante como los de otros países era completa. Posiblemente la historia de la República Federal de Alemania hablaba a favor de esa postura. La experiencia indicaba que otros partidos parecidos a AfD ya habían surgido en el pasado: los Republicanos (Die Republikaner o REP), por ejemplo, que habían conseguido resultados importantes en los años ochenta y noventa a nivel regional, o la Unión del Pueblo Alemán (Deutsche Volksunion o DVU), que había logrado superar los dos dígitos en una elección regional al este del país. Ambos habían crecido al calor de un discurso populista que azuzaba miedos respecto a la cuestión migratoria y acusaba a las élites partidarias de no cuidar los intereses de la nación. Sin embargo, el tono nacionalista les quitó apoyos a medida que ganaron visibilidad. A ello se sumaba la incorporación de algunas de sus demandas a la agenda de los partidos tradicionales. En conclusión, después de los éxitos electorales, su caída fue tan rápida como su ascenso y en los comicios siguientes, en casi todos los casos, se derrumbaron.

¿Por qué iba a ser distinto con esa AfD de 2013? La historia reciente demostraba que Alemania contaba con los anticuerpos necesarios para impedir que surgiera una competencia a la derecha del espectro político.

El partido euroescéptico

AfD, al igual que REP y DVU, también aprovechó un tema coyuntural de aquel año: la crisis del euro o, mejor dicho, el rescate a los países

del Sur. Sus portavoces argumentaban que Alemania estaba empeñando sus intereses y financiando a países deudores que no merecían su apoyo. Y lo interesante era que dichos portavoces no eran agitadores o activistas cualquiera, sino académicos, profesores de economía en su mayoría. De hecho, en sus inicios se lo llamó el partido de los profesores. Pero lo más importante es que por primera vez en Alemania una formación con cierta relevancia y a la derecha del espectro político encarnaba un discurso euroescéptico.

AfD demandaba una reforma de la unión monetaria, insinuando incluso la salida del euro y la vuelta al marco alemán, pero sobre todo hablaba de devolver ciertas competencias delegadas a la Unión Europea a los Estados nacionales. Esto era inédito en Alemania. Ni siquiera la opción poscomunista de un partido como La Izquierda (Die Linke) tenía una postura tan radical frente a la Unión Europea, pese a su histórica exigencia de reformarla.

Durante toda la primera etapa de AfD, el euroescepticismo constituyó el núcleo de su discurso, aunque hubo una acentuación del componente populista. Se pasó de criticar a las élites europeas representadas por «la burocracia de Bruselas» a disparar abiertamente contra toda la élite política local.

Sus posiciones aumentaron progresivamente su visibilidad a partir de ese 2013, tras ganar relevancia pública a causa de su recurrente aparición en los medios de comunicación. Por supuesto, era muy jugoso para estos últimos, desde su lógica del entretenimiento, tener en la pantalla opiniones tan rupturistas. En cualquier caso, el tono casi nacionalista de sus reivindicaciones eurófobas comenzaba a circular como si no nos hubiésemos percatado de ello.

El punto de inflexión llegó un año después, en 2014, cuando, en tres elecciones regionales al este del país, AfD obtuvo alrededor del 10 por ciento de los votos. Y lo más importante fue que lo consiguió

en parte por la visibilidad obtenida gracias a aquellas demandas euroescépticas, pero sobre todo por una campaña que apuntaba a exponer otras problemáticas más relacionadas con una agenda derechista en la que se hablaba de temas como seguridad, política fiscal o incluso migración. Así, junto al cartel que rezaba «Rescate para las escuelas en lugar de para los bancos», en clara alusión a las políticas de la canciller Angela Merkel durante la crisis del euro, se leían otros que ponían «La inmigración precisa de reglas claras» o «No somos el servicio social del mundo». Esta última, que ya se había visto durante las europeas meses antes, era una frase que generó controversia, ya que también en esa elección europea la había utilizado el Partido Nacionaldemócrata de Alemania (Nationaldemokratische Partei Deutschlands o NPD), una formación de extrema derecha.

Pese a todo, en lugar de interpretar esta llamada de atención como un indicio del crecimiento de una nueva fuerza política en Alemania, se optó por seguir subestimando el fenómeno. Un año después, en 2015, tuvo lugar la crisis por la llegada de refugiados desde Siria y el discurso de AfD terminó por radicalizarse: «El policía de frontera debe evitar el traspaso de esta y en caso de emergencia debe abrir fuego, así lo dice la ley», sostenía Frauke Petry, presidenta del partido, en una entrevista de enero de 2016. Ese mismo día, otra miembro de la cúpula, Beatrix von Storch, publicaba en su cuenta de Facebook la ley a la que se refería Petry. Un usuario le preguntó si aplicaría «violencia armada» contra mujeres y niños, a lo que ella contestó afirmativamente.

Tal vez hoy, una década después de lo sucedido, sea sencillo señalar aquel error de políticos, periodistas y analistas. Pero resulta innegable que las señales estaban allí y eran inequívocas. Alemania se convertía en testigo del nacimiento de la nueva derecha radical

pese a creerse inmune. La historia del horror nazi no había producido los anticuerpos necesarios.

¿Extrema derecha o derecha radical?

Hemos descrito hasta aquí las ideas contra la igualdad y el uso de la decadencia como un elemento legitimador de las medidas radicales, y profundizado sobre la batalla por la hegemonía cultural y el aprovechamiento de la identidad como arma política para justificar racismo y xenofobia. Ahora llegamos al punto culmen del proceso de incubación, lo que en el fondo revela un profundo desconocimiento de su verdadera naturaleza.

Se trata de una situación paradójica, porque la academia ha escrito centenares de artículos, libros e informes sobre este fenómeno. Tal vez estamos tan acostumbrados a relacionar la imagen de la extrema derecha clásica —la de cabezas rapadas, botas negras y violencia callejera— que no hemos sido capaces de percibir que la ultraderecha ha cambiado de forma, estilo y funcionamiento. Ahora la ultraderecha está representada por gente con traje y corbata, aunque disruptiva: sus miembros son capaces de aparecer en fotos oficiales como cualquier político, pero expresan ideas impensables hace pocos años, forzando al límite los consensos de convivencia y respeto más básicos. Escuchamos a Donald Trump acusar a los inmigrantes de ser violadores y criminales, o asistimos a discursos de Javier Milei en el Foro Económico Mundial de Davos en los que llega a vincular la homosexualidad con la pedofilia. Pero más allá de casos concretos, que iremos abordando a lo largo de este libro, es importante entender la diferencia fundamental que existe

entre aquella extrema derecha clásica y la derecha radical: su posicionamiento respecto de la democracia como sistema político.

El investigador y experto en ultraderecha Cas Mudde sostiene que lo que se pretendía antiguamente era el fin del sistema democrático, con el objetivo de reemplazarlo por otro como, por ejemplo, un régimen fascista. En este sentido, la extrema derecha clásica busca derrocar la democracia desde todo punto de vista y utilizando todos los medios posibles, incluida la violencia. Formaciones de este tipo suelen expresar, en mayor o menor medida, esos fines y medios antidemocráticos en sus manifiestos o programas electorales. Esto da lugar a que en diversos países muchas expresiones extremistas se encuentren prohibidas o bajo vigilancia del Estado.

Por el contrario, Mudde explica que la derecha radical guarda una relación diferente con la democracia, o más bien con los instrumentos y marcos normativos que el sistema democrático ofrece a los partidos. En ese sentido, una fuerza de derecha radical recurre a los mecanismos democráticos para impulsar una agenda que, en gran medida, contradice los valores que la propia democracia pretende salvaguardar. Pese a parecer una contradicción, la estrategia ha demostrado ser útil para muchas formaciones políticas de este tipo. En efecto, refugiándose en las garantías que ofrece la libertad de expresión, por ejemplo, los portavoces de partidos como AfD han podido manifestar discursos de odio contra determinados grupos sociales concretos sin mayores consecuencias que un breve escándalo mediático. De hecho, ese tipo de acciones, denominadas «provocación estratégica» (capítulo 10), son una táctica recurrente de estos partidos para ganar visibilidad e instalar temas en la agenda pública.

La derecha radical utiliza entonces las ventajas que ofrece el funcionamiento democrático en contra de los valores del mismísimo

sistema. Y no solo eso: en lugar de querer derrumbarlo, como plantearía un viejo fascista, lo que intenta es aprovechar las oportunidades que la democracia le ofrece para llegar al poder. Así es como estos partidos compiten en elecciones y, como ya hemos visto, consiguen acceder a las instituciones públicas.

Una vez en el gobierno, estas formaciones comienzan el proceso de erosión del sistema. Una dinámica que paulatinamente deconstruye y reforma las instituciones, los mecanismos de control, los sistemas de rendición de cuentas, la separación de poderes, para luego restringir la actuación de los partidos opositores y las voces disidentes, hasta que poco a poco se construye una autocracia.

Las cuatro oleadas

El desarrollo de la derecha radical en Europa y en el mundo no es un fenómeno lineal, sino el resultado de un proceso histórico marcado por rupturas, crisis y reconfiguraciones. Tras la derrota del fascismo en 1945, los movimientos de extrema derecha quedaron profundamente desacreditados, pero con el tiempo fueron encontrando espacios para reorganizarse y adaptarse a nuevas coyunturas sociales, culturales y políticas. Cas Mudde lo divide en cuatro oleadas que marcan irrupciones y cambios en la fisonomía de la familia política de la ultraderecha.

La primera oleada abarca desde 1945 hasta 1955. Se trata de un tiempo en el que la extrema derecha estaba fuertemente golpeada por la derrota del fascismo. El desprestigio y el rechazo social la llevaron a desaparecer de la vida pública como movimiento político. Existieron algunas excepciones, como el Partido Socialista del Reich (Die Sozialistische Reichspartei o SRP) en Alemania, prohibido en

1952, y el Movimiento Social Italiano (Movimento Sociale Italiano) en Italia, tal vez el único partido de este tipo que se mantuvo en el tiempo. Pero, en líneas generales, las formaciones neonazis y neofascistas se dedicaron a trabajar en un plano más social, ofreciendo apoyo a antiguos soldados y sus familias, por ejemplo.

Posteriormente, entre 1955 y 1980, surge una segunda oleada de fuerzas políticas que incorporan paulatinamente la estrategia de la *Nouvelle Droite*. Si bien este enfoque no abandonaba el nacionalismo, sí rechazaba la violencia y el racismo biológico. Este último se reemplazaba por un racismo cultural basado en visiones etnopluralistas. Aquí se comienzan a difundir poco a poco los discursos antiinmigración en Europa. Un momento que coincidía con el aumento de los flujos migratorios hacia el Viejo Continente y el periodo de descolonización, algo que representaba una afrenta al orgullo nacional y a la identidad de los nacionalistas más extremos.

A partir de 1980 y hasta el fin de siglo, los partidos ultraderechistas inician un proceso de profesionalización, y con él cosechan los primero éxitos electorales relevantes. Ello da pie a una tercera oleada, donde la derecha radical incorpora estrategias populistas y antagónicas para vehiculizar sus contenidos. En su visión, el pueblo es víctima de las élites corruptas. La agenda profundiza en los temas de la fase anterior —inmigración, seguridad e identidad nacional—, pero con una nueva comunicación que intenta desprenderse de las categorías políticas tradicionales de izquierda y derecha, para reemplazarlas por una lógica mucho más reduccionista: la dicotomía nosotros o ellos.

Finalmente, entre los años 2000 y 2016, surge la cuarta oleada. Es el momento en el que se inicia la normalización de la ultraderecha mencionada en capítulos anteriores. Un proceso que funciona en dos niveles: el de la oferta, es decir, lo que los partidos proponen, y el de

la demanda, el comportamiento electoral. Por el lado de la oferta, la agenda ultraderechista presenta un discurso identitario que fusiona el nacionalismo étnico y segregacionista con los intereses económicos y hasta culturales de la nación. Allí la inmigración, la desigualdad y el descontento con las élites se convierte en un relato que apela a la frustración de sectores marginalizados y al miedo de las clases medias y los más acomodados a perder su calidad de vida. Su punto álgido son los eventos de 2016, la primera victoria de Donald Trump en Estados Unidos y el triunfo del Brexit en el Reino Unido. Pero tal vez aún más relevante que la normalización de esas agendas es la incorporación de sus temas y reivindicaciones a otros partidos: formaciones de todo el espectro político, desde la centroderecha cristiana, pasando por socialdemócratas y liberales, hasta la izquierda, aunque suene contradictorio, han sumado a sus plataformas y discursos muchos elementos de la oferta de la derecha radical.

La normalización no estaría completa sin la progresiva aceptación popular reflejada en las elecciones. El voto oculto, la vergüenza de elegir a esos partidos, se ha ido reduciendo poco a poco entre su electorado. De hecho, se ha dado el proceso inverso, es decir, el orgullo de votar a un partido fuera del *mainstream* se ha convertido en un mantra que las formaciones ultraderechistas suelen reforzar en sus intervenciones públicas.

La quinta oleada

Más allá de las cuatro oleadas planteadas por Cas Mudde, me atrevo a afirmar que a partir de 2016 asistimos a una quinta oleada. Se trata de una nueva fase marcada por la consolidación de estos

partidos como parte del paisaje político cotidiano de casi cualquier país. No solo se ha normalizado su agenda, sino también su forma de hacer política. Un escenario caracterizado por la polarización afectiva y, en algunos casos extrema, donde el rechazo es visceral y emocional más que ideológico o de contenido. Son discursos que reemplazan el concepto de adversario con otro proyecto político por la idea de enemigos del pueblo o traidores a la patria. En ocasiones hasta se presenta a esos enemigos como personas inmorales. En ellos se exalta el debate y se plantean escenarios apocalípticos como la guerra de culturas.

A lo anterior, esta quinta oleada agrega otra cuestión que se ha acentuado en los últimos años: la llegada de la ultraderecha al poder. Si bien en algunos casos los partidos o líderes ultraderechistas ya habían ganado elecciones o participado en un gobierno, actualmente esa es una situación mucho menos excepcional. El triunfo de Trump en Estados Unidos, el de Jair Bolsonaro en Brasil, el de Javier Milei en Argentina, el de Giorgia Meloni en Italia, la reelección de Nayib Bukele en El Salvador, la consolidación de Narendra Modi en India y de Viktor Orbán en Hungría son solo algunos ejemplos de la propagación actual de la epidemia ultra.

Lo más importante de esta fase es que ya no estamos frente a líderes desconocidos o discursos que dan lugar a dudas. Trump inicia su segundo mandato después de que fuéramos testigos del asalto al Capitolio que él mismo fomentó; Milei explicó sin eufemismos que la igualdad era una aberración; Modi fue reelegido tras perseguir y discriminar a millones de musulmanes en India, al igual que Bukele, que obtuvo no solo la reelección sino un gran apoyo popular dentro y fuera de su país pese a dar muestras de su deriva autoritaria con reformas políticas, persecución a la prensa y reducción de libertades individuales.

La expansión ultra se encuentra en esta quinta oleada y sus límites parecen desvanecerse. Hace apenas unos años, en 2017, uno de los líderes de AfD más radicalizados, Björn Höcke, se refería al monumento al Holocausto en Berlín como un «monumento de la vergüenza». La indignación fue enorme, y la condena, inmediata y generalizada. Pero sus palabras mostraban la existencia de un grieta en el consenso general del «nunca más». AfD estaba consiguiendo decir lo impensable.

Ocho años más tarde, lejos de moderarse, otra representante de la ultraderecha subió la apuesta. En el marco de la campaña electoral de las federales de 2025, la candidata y presidenta de AfD, Alice Weidel, en un evento *online* con Elon Musk expresó que «Hitler era un comunista» y, después, en la televisión alemana, cuando le preguntaron sobre esa afirmación, agregó: «Soy economista y está claro que Adolf Hitler era de izquierdas. Considerarlo de derechas y conservador fue el mayor error de la historia».

Lo que hasta ahora era obvio, Weidel se atreve a ponerlo en duda. Alimenta una estrategia de la ultraderecha que se venía gestando hacía tiempo: desacreditar otras opciones políticas al relacionarlas con el nazismo. Sin embargo, tal como explica el experto en extremismo Jürgen Lang, a diferencia del pensamiento de izquierdas, la premisa fundamental del nacionalsocialismo sostenía una visión del mundo supremacista en la que las personas no son iguales. El Holocausto es consecuencia directa de ello.

Lo que pone de manifiesto la frase de Weidel es que la epidemia ultra ha llegado a un nivel en el que se puede permitir el debate de conceptos, significados y hasta valoraciones históricas incluso sin argumentos. Han construido legitimidad discursiva basándose en el mero hecho de la enunciación. La razón ya no es relevante, basta con la opinión personal de cualquiera en cualquier circunstancia.

Pero ¿estamos preparados para hacerle frente a este nuevo escenario? Antes de ensayar una respuesta es preciso entender mejor cómo hemos llegado a este estadio, pero sobre todo cómo se ha manifestado en diferentes lugares y momentos. Ha llegado el momento de diseccionar los síntomas de la epidemia ultra.

Segunda parte
LOS SÍNTOMAS DE LA EPIDEMIA ULTRA

5

La voz del pueblo

Para abordar con rigurosidad la epidemia ultra es importante conocer cada uno de sus síntomas. Y si bien es cierto que en muchos casos coinciden y hasta se entrelazan, es posible poner el foco en cada uno de ellos por separado para facilitar el análisis. En los siguientes capítulos identificaremos estos síntomas y profundizaremos en algunos casos concretos de diferentes lugares del mundo. Esto nos permitirá entender mejor cada uno y, sobre todo, obtener un mapa de cómo y por qué se fue propagando de país en país.

Comenzamos con uno de los síntomas más importantes, tal vez la herramienta estratégica más eficaz de los partidos ultraderechistas para capitalizar el descontento y, a la vez, consolidar y justificar su agenda política: el populismo.

El pionero

Era un *outsider* absoluto. Un millonario que entró en política sin seguir los caminos tradicionales de un partido y sin haber formado parte nunca de la administración pública. Alguien que lanzaba su campaña electoral con intenciones de llegar a lo más alto del poder político en su país.

Alguna mente veloz podrá pensar que estoy hablando del Donald Trump de 2015, aquel que buscaba por primera vez la presidencia de Estados Unidos de América. Pero no; pese a las similitudes, la persona en cuestión proviene de la Italia de los noventa: una Italia sumida en la mayor crisis política de su historia reciente, la de los partidos políticos desprestigiados por la corrupción endémica y transversal. Hablo de Silvio Berlusconi.

En 1993, casi dos décadas antes de la aparición de Trump en la escena política mundial, el magnate de los medios de comunicación decidió postularse para las elecciones a primer ministro. Los analistas le pronosticaban un fracaso electoral, más allá de que según algunas encuestas era el político con mayor visibilidad, consecuencia de su alta exposición mediática, y con niveles de aprobación importantes. Y es que el resultado era impredecible, los indecisos ascendían al 45 por ciento apenas un mes antes de la votación y existía cierto consenso demoscópico en que la ventaja la llevaba la alianza de izquierdas. Sin embargo, *il Cavaliere* se burló de todos esos vaticinios y ganó las elecciones de 1994. Lo hizo con un partido creado a su medida apenas unos meses antes, al que bautizó como Forza Italia. Obtuvo más del 20 por ciento de los votos y logró así liderar la coalición de derechas de su país. Comenzaba una era que marcaría la política europea durante al menos dos décadas.

Marco Revelli, autor del libro *The New Populism*, sostiene que Italia se adelantó al menos veinte años a la expansión del fenómeno populista en la forma en que lo vivimos hoy en día. La irrupción berlusconiana representa el punto de partida. El populismo de este país mediterráneo, miembro fundador de la Unión Europea y una de sus economías más importantes, marcaría las características, los

procesos y los estilos de lo que vendría posteriormente y se expandiría por el resto del mundo.

La personalización extrema es el rasgo más evidente de este nuevo populismo que inaugura Berlusconi, donde los partidos pasan a un segundo plano y los ojos de la ciudadanía se posan en un líder carismático, en su cercanía, en su humanidad y sobre todo en su supuesta falta de conexión con el pasado reciente y corrupto de la política italiana. Y es que gran parte del ascenso del magnate se explica por un largo proceso de erosión de la confianza en los partidos políticos que explotó con el caso de corrupción más espectacular de la historia de Italia: *tangentopoli*.

Manos limpias

El concepto *tangentopoli* comenzó a circular en la prensa nacional para referirse a una investigación judicial iniciada en 1992 que dejaba entrever que Italia era «la ciudad de los sobornos». Como pronto se descubrió, todos los partidos políticos estaban manchados por una trama de corrupción casi cinematográfica que daba cuenta de un sistema estructural donde empresarios pagaban por recibir adjudicaciones de una licitación o contratos públicos.

Tras estallar este gran escándalo, más de 4.500 personas fueron investigadas en un proceso denominado Mani Pulite (manos limpias), que acabó con la condena de más de 1.200 de ellas. Pero el *tangentopoli* provocó algo más que detenciones y procesos, también fue el epicentro de un verdadero terremoto institucional que dejó a la sociedad italiana sin confianza en la política y con algunos partidos heridos de muerte. Democracia Cristiana (DC), una fuerza mayoritaria creada en 1943 que había encabezado casi todos los

gobiernos de posguerra, perdió la mitad de los votos tras el Mani Pulite y terminó disolviéndose. El Partido Socialista Italiano (PSI) no corrió mejor suerte, ya que su líder, Bettino Craxi, fue uno de los involucrados en la investigación, y decidió huir a Túnez para evitar caer entre rejas. En noviembre de 1994, el PSI también fue disuelto. Por su parte, la principal fuerza de la oposición, el Partido Comunista Italiano (PCI), ya había sido golpeada por el efecto de la caída de la Unión Soviética, y sufría luchas intestinas y escisiones internas. El sistema de partidos que había regido Italia desde el fin del fascismo había quedado literalmente en ruinas.

El Mani Pulite provocó una conmoción profunda en la sociedad italiana y se transformó en un momento bisagra para la política. Las protestas espontáneas y enfurecidas de la ciudadanía reflejaron ese desencantamiento y, posiblemente, marcaron el punto álgido del desprestigio de aquella clase política marcada por la corrupción, la extorsión y el engaño. El descreimiento fue de tal magnitud que se hizo evidente la necesidad de un replanteamiento absoluto del sistema político. Se había generado la necesidad de un cambio de época en Italia... y pocos lo interpretaron mejor que Berlusconi.

Metamorfosis cultural

En el caso del Mani Pulite, los medios de comunicación desempeñaron un papel fundamental. Cada día, la cobertura diaria de los hechos sacudía a la opinión pública y alimentaba el desencanto hacia la política en general y los partidos en particular. Un contexto que explica bastante la llegada y el éxito de un *outsider* como Berlusconi. No solo por la búsqueda de una propuesta política novedosa y descontaminada del barro de *tangentopoli*, al menos en

apariencia, sino también por las capacidades extraordinarias del millonario para aprovechar la oportunidad que le brindaban los medios de comunicación.

Berlusconi enamoraba a la población con su sonrisa carismática y un discurso distendido y libre de las fórmulas complejas de un político de carrera. Lo interesante es que esa conexión tenía lugar en el mismísimo corazón de los hogares, ya que la televisión era el lugar predilecto para encontrarse con aquella sonrisa. Su clave era aparecer lo máximo posible en la caja tonta ubicada en el salón de cada familia italiana. Mucho más que asistir a los típicos actos públicos que solían organizar los partidos políticos tradicionales.

El magnate había comprendido que tenía una ventaja comparativa con el resto al ocupar ese espacio preferencial y a la vez informal en cada casa. Y es que en esa Italia de inicios de los noventa, que buscaba una salida a la putrefacción que se había descubierto tras décadas de corruptelas en las sombras, se podían observar los inicios de un cambio profundo en la comunicación política. La imagen y el vídeo habían llegado para reemplazar a la palabra y al argumento. Es decir, la forma de adquirir conocimiento migraba hacia lo visual y lo perceptivo. Giovanni Sartori acuñó el término *Homo videns* para dar cuenta de esa transformación. Según el politólogo italiano, estábamos frente a una metamorfosis cultural que nos dejaba como resultado principal un empobrecimiento de nuestra capacidad de abstracción y de desarrollar el pensamiento crítico. Así, la simpatía, la cercanía o el entretenimiento terminaban reemplazando a la reflexión, la argumentación y el contenido. Los espectáculos televisivos en esa última década del siglo xx reflejaban de manera fiel ese análisis de Sartori en el mencionado contexto de decepción con la política.

¿Era Berlusconi distinto a aquella élite política corrupta? Nadie podía saberlo, al menos no todavía. Lo cierto es que el magnate encarnaba algo nuevo. Traía consigo un discurso que los italianos necesitaban, o querían escuchar. La propuesta planteaba la inexistencia de la ideología. Es decir, en consonancia con el clima de la época tras la caída del muro de Berlín, las izquierdas y las derechas eran categorías obsoletas para explicar y, sobre todo, para enfrentar los problemas de aquel presente. El fin del bloque comunista transmitió la idea del inicio de una fase posideológica, ya solo quedaba una ideología triunfante. Tanto es así que los partidos políticos antes antagónicos iniciaban un proceso de homogeneización, al adoptar proyectos clave enmarcados en la globalización y las directrices del capitalismo. La falta de alternativas generó una progresiva desafección entre los ciudadanos, que no veían diferencias entre los programas de unas y otras formaciones. Con ello, la batalla ideológica pasó a ser una cuestión del pasado, al igual que lo eran las viejas élites políticas, blanco de todas las críticas.

Este reduccionismo también alegaba la necesidad de simplificar el mismísimo hecho de hacer política y de gobernar. En esa visión se desconoce el carácter complejo de las problemáticas sociales, económicas y políticas en una sociedad. Para Berlusconi todo era mucho más simple, más fácil, más accesible que lo que contaban aquellos partidos y sus representantes. Los intereses de Italia, es decir, la voluntad del pueblo, se presentaban como algo mucho más fácil de entender y, por tanto, de resolver. Solo había que seguir el «sentido común».

Las puertas abiertas a la ultraderecha

En mayo de 1995, Berlusconi se convirtió en primer ministro y conformó una coalición de gobierno inédita. Forza Italia, su partido, se unió a dos fuerzas que no solo no habían cogobernado hasta el momento, sino que pertenecían a la franja de la derecha radical del espectro político. Por un lado, la Liga Norte (Lega Nord o LN), liderada por Umberto Bossi, que planteaba la independencia de la Padania —las regiones del valle del Po, en el norte de Italia—, y por otro, Alianza Nacional (Alleanza Nazionale o AN), la formación posfascista de Gianfranco Fini, heredera directa del Movimiento Social Italiano (Movimento Sociale Italiano o MSI), partido fundado por seguidores de Mussolini y veteranos del fascismo.

Con esta jugada, Berlusconi abría las puertas de la política a la ultraderecha. Esto tendría consecuencias en el futuro, pues su acción legitimaba a estas formaciones como oferta política, es decir, las ayudaba a superar el rechazo de gran parte de la opinión pública. Cabe destacar que la ciudadanía recelaba de estos partidos, a los que condenaban por su pasado cercano al fascismo, por un lado, o por sus reivindicaciones separatistas y despectivas hacia gran parte de la población, por otro. Pero de la mano de Berlusconi, tanto AN como LN comenzaron a transitar un lento proceso de normalización. Italia no solo se convertía en una suerte de vanguardia del nuevo populismo, tal como marcaba Revelli —algo que se vería dos décadas más tarde—, sino que también se volvía pionera a la hora de permitir que partidos políticos con un modelo de sociedad excluyente tuvieran la oportunidad de cogobernar.

Es evidente que esta decisión política solo pudo producirse gracias al alto desprestigio que sufrían el resto de los partidos por el Mani Pulite. Una crisis de la que nunca se volverían a recuperar del todo. El contexto de desprecio hacia las élites habilitó la estrategia populista de Berlusconi y la volvió aún más efectiva. Es precisamente

en ese aspecto donde las fuerzas políticas del incipiente gobierno del millonario de Forza Italia encontraron su común denominador. Cada una, desde su punto de vista y con diferencias de contenido e incluso de objetivos políticos, aprovechaba la estrategia populista para vehicular su discurso y sus narrativas. Ponían como enemigo principal del pueblo a aquella casta política corrupta que había perdido el control de la situación pública o, peor aún, que se había aprovechado de ella. Esta dinámica nos obliga a reflexionar sobre el papel tan importante que tiene el concepto de élite en cualquier estrategia populista.

EL POPULISMO COMO AGENTE (DES)DEMOCRATIZANTE

Los politólogos Cristóbal Rovira Kaltwasser y Cas Mudde escribieron hace algunos años un pequeño libro titulado *Populismo. Una breve introducción*. En él desarrollan un modelo muy útil para entender la función que cumple el populismo como ideología y, al mismo tiempo, como estrategia política. Para comprender ese modelo es importante aclarar la definición de este concepto tan utilizado en la actualidad.

El uso de la palabra *populista* es tan frecuente que en ocasiones puede dar la sensación de haber perdido su sentido. Se emplea como sinónimo de malversación de fondos, de gasto público indiscriminado o, sencillamente, de demagogia. Esta multiplicidad de usos impide entender su función principal en términos políticos, así como comprender las razones de su eficacia.

Rovira Kaltwasser y Mudde sostienen que el término *populista* refiere a una ideología que considera que la sociedad se divide en dos grupos homogéneos pero a la vez antagónicos entre sí. Por un lado, el pueblo; por otro, la élite. El primero es puro, mientras que la

segunda es corrupta. El pueblo, que debería ser soberano, sufre la opresión de la élite, que solo busca satisfacer sus intereses e ignora los problemas de la gente común. El conflicto entre esos dos grupos, según la ideología populista, es irreconciliable. La clave de esa lucha está dada por quien define el significado del tercer concepto del populismo: la voluntad general. En efecto, el pueblo oprimido soportará el *statu quo* solo mientras la élite sea capaz de convencerlo de que los intereses egoístas de esta en realidad son los intereses de la ciudadanía.

Esa situación solo puede cambiar con la aparición de una fuerza populista que denuncie esa manipulación de la casta. Esto produce una grieta en ese *statu quo*, ya que se pone de manifiesto que la voluntad general difiere de lo que pretenden los de arriba. Se trata de un grito a favor de ese pueblo que, según aquella fuerza populista, necesita deshacerse de los que gobiernan siempre y recuperar el rol de soberano.

Este modelo explica que la función emancipadora de un movimiento populista puede conseguir que en el marco de una dictadura, una autocracia o un autoritarismo se produzca una tendencia hacia un proceso democratizador. Es decir, que frente a la opresión de la élite gobernante, el pueblo reaccione, eventualmente se organice y hasta produzca las condiciones para iniciar una transición democrática. Sin embargo, este planteamiento también prevé que una propuesta populista que triunfe en aquella liberación y logre obtener el poder democráticamente pueda terminar por empujar en la dirección opuesta. En otras palabras, el proyecto populista en el gobierno, al intentar sostener su lógica de sociedad dividida entre pueblo y élite, fomenta un discurso polarizante y dicotómico que rechaza visiones críticas, que considera peligrosas para la voluntad general. Así se profundizan actitudes

antidemocráticas que terminan por coartar libertades y activar una deriva autoritaria.

Estas dos caras del populismo reflejan la particular característica que permite que tanto propuestas de derechas como de izquierdas lo utilicen. De ahí que Rovira Kaltwasser y Mudde la consideren una «ideología permeable» —o «fina», si la traducimos directamente del inglés *thin-centered ideology*—, porque necesita adherirse a otra que le aporte el contenido. Es decir, necesita de un soporte doctrinal que le permita definir quién es el pueblo, quién es la élite y cuál es la voluntad general.

En el caso de la ultraderecha, y en particular de las fuerzas políticas italianas mencionadas en el apartado anterior, el populismo le permite vehicular una ideología radicalizada que define al pueblo a través de un marco xenófobo y excluyente. Para la Liga Norte de Bossi, por ejemplo, «el pueblo» hacía referencia a la región de la Padania, un territorio próspero económicamente que, según su discurso, se veía afectado y hasta expoliado por el sur del país, una región más pobre que supuestamente se aprovechaba de la riqueza producida por el norte. La Liga Norte construía una narrativa victimista que exponía la injusticia de sufrir la actitud parásita del sur que en teoría expresaría una supuesta falta de cultura del trabajo y el esfuerzo. En la mirada de Bossi, esto solo era posible gracias a la complicidad de la élite gobernante de la capital, que ignoraba aquel despojo: «Roma ladrona» era el epíteto que resumía en dos palabras esta narrativa.

La propuesta de la Liga Norte era simple: separar esas dos partes de la sociedad, homogéneas internamente, pero antagónicas entre sí. Exactamente lo que propone la ideología populista. El separatismo es la respuesta más directa y lógica para eliminar el antagonismo y que cada región siga su camino. Esta propuesta le

valió a la Liga Norte importantes resultados electorales en regiones como el Véneto y la Lombardía: en ocasiones llegaron a superar el 30 por ciento de los votos e incluso a ocupar la presidencia regional.

Este sirve como ejemplo bastante ilustrativo de la aplicación de la ideología populista. Para avanzar en nuestra tarea de identificar y describir este síntoma en relación con la epidemia ultra, profundicemos un poco más en los dos partidos italianos que acompañaron a Berlusconi en reiteradas ocasiones. Esta vez poniendo el foco en su versión actual y sobre todo en sus figuras más relevantes. Empecemos por Matteo Salvini para luego pasar a Giorgia Meloni.

El «nuevo pueblo» de la Liga

La imagen de Mateo Salvini sacándose *selfies* en la playa, como si en lugar de un representante público fuera un ídolo de la música pop o una estrella de cine, es una buena muestra del enfoque de su carrera política. Corría el año 2019 y las encuestas lo ubicaban como uno de los políticos más populares de Italia con el 37 por ciento de intención de voto.

Pero ¿cómo había llegado Salvini a obtener tanta popularidad? Todo comenzó un año antes, tras las elecciones generales de 2018. El Movimiento 5 Estrellas (Movimento 5 Stelle o M5S) se había impuesto con el 32,7 por ciento de los votos. Este partido populista *antiestablishment*, fundado por el cómico Beppe Grillo, representaba un impulso que supo encarnar el descontento transversal de las clases medias sin mayores distinciones ideológicas tradicionales. Esos mismos comicios también dejaron a la Liga de Salvini en una buena posición con el 17,4 por ciento, lo que dio lugar al inicio de

negociaciones entre ambas fuerzas para constituir un nuevo gobierno. Finalmente Salvini y Luigi Di Maio (M5S) acordaron una coalición que meses antes habría sido inimaginable: los populistas antisistema se aliaban con los separatistas del norte. Giuseppe Conte, un profesor universitario sin experiencia previa en política, fue designado primer ministro, aunque no pasó mucho tiempo hasta que la personalidad avasallante de Salvini, nuevo ministro de Interior, se volviese el verdadero protagonista del ejecutivo al poner entre las prioridades del gobierno el tema principal de su cartera: la política migratoria.

Sus anuncios y sus medidas antiinmigración, a los que sumaba un discurso euroescéptico y nacionalista, habían consolidado su posición ante la opinión pública. El salto a primer ministro parecía estar al alcance de la mano, o al menos eso creía.

Salvini cosechaba lo que venía sembrando desde hacía varios años tanto hacia dentro de su partido como hacia fuera. En la propia Liga, la larga batalla que había librado contra la cúpula desde su llegada empezaba a rendir frutos. No le fue sencillo ocupar el espacio que había dejado Bossi tras su retirada de la política. Tuvo que pacificar al partido, tarea no menor, pero ínfima si la comparamos con la compleja labor de convencer a los poderosos caudillos regionales de su nueva estrategia electoral. Salvini tenía pensado dejar a la Liga sin apellido, borrar el «Norte» y reorientar el discurso político cambiando el objeto de sus embestidas. Su idea era abandonar, al menos en parte, el anticuado ataque al «sur parasitario» y, en lugar de ello, abrazar la crítica hacia el extranjero, en especial hacia los inmigrantes que venían desde África y llegaban en balsa a las costas de Lampedusa.

La decisión no tenía tanto que ver con un profundo convencimiento ideológico sino más bien con el sentido oportunista

característico del líder italiano. La crisis por la llegada de refugiados a partir de finales de 2015 había generado un clima propicio para los discursos antiinmigración de toda la familia política de la derecha radical europea. Salvini se consideraba una parte importante de dicho grupo y decidió adherirse a dicha agenda. Así fue como el líder de la Liga puso empeño en reforzar sus expresiones euroescépticas y a la vez fortalecer las narrativas xenófobas, al entender que ese era el momento indicado para reorientar la definición de voluntad popular que sostenía su partido. Dicho giro —que alejaba poco a poco a la Liga del perfil regionalista original y la ubicaba en la lista del típico partido de derecha radical populista europeo— le había dado enormes réditos en las elecciones europeas de 2019. De hecho, su formación se convirtió en el partido más votado de Italia, tras fijar su récord histórico en el 34,2 por ciento de los votos, o lo que es lo mismo, más de nueve millones de italianos veían en Salvini la posibilidad de expresar no solo su descontento, sino también sus miedos y su incertidumbre. Pero lo más interesante de este proceso no radica en el impactante resultado, sino en el mencionado cambio en el discurso de la Liga que impuso su nuevo líder.

Tras décadas de desprecio, insultos y otras ofensas contra los habitantes del sur, Salvini buscaba una suerte de reconciliación. La cuestión migrante tocaba una fibra emocional y, sobre todo, le permitía explotar el miedo y la incertidumbre en muchas regiones pobres de la península itálica. Ya no importaba su vieja narrativa que sostenía que el sur estaba poblado de parásitos que vivían de la riqueza que generaba el norte y que se aprovechaban de los subsidios del Estado al negarse a esforzarse y trabajar. Nada de eso tenía importancia en la nueva retórica de Salvini, que visualizaba la necesidad de nacionalizar la causa de la Liga. Su objetivo era construir una identidad diferente o al menos reformarla. Ya no solo

había que proteger la esencia de la Padania: ahora lo que había que cuidar era la identidad italiana.

Este reordenamiento discursivo dejaba algunas consecuencias con relación a la estrategia populista de la Liga. Por un lado, el concepto de pueblo sufría una suerte de extensión territorial. Con ello también se modificaba la concepción de voluntad popular. Se pasaba de las expresiones separatistas, es decir, de la independencia de la Padania y el rechazo al sur, a las reivindicaciones antieuropeístas y nativistas, combinando el ultranacionalismo con la xenofobia. Por otro lado y en relación con esto último, si bien la definición de «élite» se mantenía, aparecían algunos matices. «Roma ladrona» se ampliaba tanto a los «burócratas de Bruselas» como a los partidos progresistas que, según Salvini, parecían preocuparse más por los intereses de los migrantes y los refugiados que por los propios italianos.

Una escena de marzo de 2019, con el líder de la Liga en su apogeo de popularidad, ilustra la aparición de estos matices. Se trata de un acto político en el centro de Melfi, una pequeña ciudad en el sur de la península. En cada pausa que realizaba Salvini durante su discurso, un grupo de manifestantes gritaban a lo lejos «¡Fascista! ¡Fascista!». Pero el político continuaba hablando: «Aquí hay un problema de trabajo, un problema de infraestructuras, un problema de seguridad. A alguien le molestará, pero con voluntad y decisión hemos reducido los desembarcos en un 95 por ciento en este país. A Italia se llega si se tiene permiso para llegar; de lo contrario, a casa».

En ese momento, los asistentes aplaudieron a rabiar, pero cuando las palmas se silenciaron se volvieron a escuchar las voces de los que protestaban y le gritaban «fascista». Salvini, que todavía disponía del micrófono sobre el improvisado escenario, respondió:

> *Madonna!* Siempre las mismas cosas, ¡qué aburrimiento! Fascista, nazi, racista, populista, soberanista... Yo soy orgullosamente italiano y lucho por el bien de los italianos. ¿Ese es mi defecto? Sí, tengo este terrible defecto. Pero en democracia lo bueno es que quien piensa diferente, el domingo 24 de marzo, va y vota al Partido Democrático, vota a la izquierda. *Así ayudarán a todo el mundo*.

A esas alturas, la vieja guardia de la Liga ya había sucumbido hacía tiempo ante los planes de Salvini. Con dolor habían aceptado tanto el cambio de nombre, de Liga Norte a sencillamente «Liga», como el giro en la causa de su partido. La estrategia parecía funcionar y Salvini ganaba visibilidad, incluso internacional, al reunirse con otros líderes y mostrarse como un político en responsabilidad gubernamental con capacidad para implementar las ideas xenófobas de su familia política europea. Era el ejemplo que buscaba la derecha radical para mostrar que frenar la decadencia era posible y que la clave estaba en defender la identidad nacional.

Sin embargo, la arrogancia del ministro le jugó una mala pasada y subestimó las consecuencias de dejar caer al gobierno. En agosto de aquel 2019, tras suponer su triunfo electoral en las elecciones posteriores, anunció su renuncia. Al mismo tiempo expresó: «Pido a los italianos plenos poderes para hacer las cosas como se debe». Alba Sidera, periodista experta en ultraderecha y especialista en el caso italiano, explica que no se trata de una frase casual, sino de un guiño al fascismo latente en Italia. En efecto, se trata de una frase de Benito Mussolini de 1922 cuando asumió el cargo de primer ministro del Reino de Italia. Salvini mostraba sin tapujos una tendencia evidente hacia el autoritarismo.

Pese a todo, su apuesta no salió bien. La anticipada convocatoria de elecciones, en la que muy probablemente hubiese ganado, nunca tuvo lugar, ya que otros partidos se aliaron y formaron un nuevo gobierno. Esto llevó a Salvini a la oposición, y con ello se inició su

caída. Para las elecciones de 2022 había perdido más de la mitad de los votos de 2018, del 17,5 por ciento a un magro 8,7 por ciento. Su popularidad se había derrumbado. En parte por aquella arrogancia del verano, cuando se creyó primer ministro virtual y, posiblemente, no calculó bien la estrategia política del resto de los partidos. Pero la razón principal se conectaba con el fulgurante ascenso de una figura política alternativa de la derecha radical italiana: la sucesora del partido posfascista Alianza Nacional. Una mujer que se vanagloriaba de no haber pactado con ningún partido gobernante y haberse mostrado fiel a sus principios. Que, pese a tener una agenda muy parecida a la de Salvini, encarnaba una imagen muy diferente. Su nombre era Giorgia Meloni y en ese 2022 cumpliría el sueño truncado del líder de la Liga: convertirse en primera ministra de Italia.

El «otro social» de Meloni

María Esperanza Casullo y Pierre Ostiguy, dos politólogos especialistas en populismo, desarrollaron en 2017 la idea del «otro social» para explicar las diferencias entre populismos de derechas y de izquierdas. Mientras que los primeros ponen el acento en el extranjero, los migrantes o los refugiados, los segundos lo hacen sobre los representantes del poder económico, como los ricos, los banqueros o las grandes corporaciones.

Más allá de esta diferenciación ideológica, lo importante del concepto del otro social radica en introducir la idea de que el discurso populista necesita un cuarto elemento que se sume a los de élite corrupta, pueblo puro y voluntad general. Se trata de un grupo que, sin ser de la casta necesariamente, compite con el pueblo por

los recursos, el espacio o incluso la identidad cultural en una sociedad determinada.

Volviendo a la diferencia entre izquierdas y derechas, según la teoría de Casullo y Ostiguy, los populismos de izquierdas apuntan «hacia arriba» en la escala social, al poner como enemigo de los sectores populares a quienes detentan privilegios materiales y económicos; mientras que los de derechas definen la confrontación «hacia abajo» o «hacia los lados», al enfrentar al pueblo con inmigrantes, minorías o quienes no se ajusten a los valores tradicionales que defienden. Así, en el discurso ultraderechista ese otro social se vuelve una verdadera amenaza para lo que ellos consideran el pueblo autóctono.

La evolución del discurso político de Giorgia Meloni ha aprovechado más que nadie esta noción del otro social. Es cierto que, como hemos visto en el caso anterior, Salvini buscó cambiar al «Sur ladrón» por el «extranjero invasor» a la hora de redefinir su discurso. Pero también Meloni llevaba años delineando una narrativa en un marco nacionalista y a la vez identitario. Ejemplo de ello es la mismísima creación de una nueva fuerza política a la que bautizó Hermanos de Italia en diciembre de 2012 tomando prestadas las primeras palabras del himno nacional: «Fratelli d'Italia».

Hermanos de Italia fue una escisión del partido El Pueblo de la Libertad (Il Popolo della Libertà o PdlL) que había creado Berlusconi unos años antes. Meloni, junto con otras figuras del momento, decidieron recoger las cenizas de la desaparecida Alianza Nacional, absorbida por el PdlL. Con ello, la nueva formación se inscribía en la tradición posfascista no solo de esta, sino también del antiguo Movimiento Social Italiano. Hermanos de Italia se convertiría muy lentamente en el refugio de aquellos que buscaban un discurso de seguridad, orden y conservadurismo. La nueva propuesta poseía una

carga ideológica mucho más marcada y coherente, interna e históricamente, que la Liga de Salvini. El discurso de sus portavoces daba cuenta de que estaban dispuestos a dar la batalla cultural en todos sus órdenes. Y aquí es donde el constructo populista de Meloni pudo establecer cimientos mucho más robustos que los que desarrollaba Salvini.

Meloni no estaba obligada a justificar ningún cambio de rumbo, a diferencia de Salvini, que había pasado del regionalismo separatista al nacionalismo identitario. Tampoco tenía que defender ninguna acción gubernamental ni explicar ninguna alianza, porque hacía tiempo que estaba en el llano de la política sin pactar ni votar a favor de propuestas gubernamentales. Además, como ya hemos mencionado, Meloni se vendía como una política seria, ordenada, creíble, todo lo contrario al jefe de la Liga, que proponía un estilo más descarado e irreverente.

Pero tal vez lo más relevante para entender el uso eficiente del otro social en la propuesta populista de la líder fue haberlo asociado directamente con la identidad italiana y, a la vez, con los valores cristianos y conservadores que, según ella, correspondían y definían esa identidad. En otras palabras, la líder aplicaba las ideas de la batalla cultural de la *Nouvelle Droite* de forma mucho más coherente y fundamentada que su competidor. Así los intereses del pueblo, o sea la voluntad popular, adquirían un componente identitario en el discurso de Meloni mucho más arraigado y con la misma carga emocional que la que podía plantear la xenofobia de Salvini. Para Hermanos de Italia, lo que ignoraba la élite corrupta era la propia esencia de los italianos.

> Vivimos en una época en la que todo lo que representamos está bajo ataque: nuestra libertad individual está amenazada, nuestros derechos están siendo atacados, la soberanía de nuestra nación, la prosperidad y el bienestar de nuestra familia, la educación de nuestros hijos. Frente a esto, la única forma de

> ser rebeldes es preservar lo que somos, la única forma de ser rebeldes es ser conservadores [...]. No seremos parte de sus círculos porque preferimos las plazas públicas, no seremos parte de ese *mainstream* porque estamos del lado del pueblo.

En febrero de 2022, cuando Meloni pronunciaba ese discurso en el marco de la Conferencia Política de Acción Conservadora (CPAC), no sabía que siete meses más tarde ganaría las elecciones de Italia. Aunque no sería exagerado decir que ya lo podía presentir. Las encuestas la ponían a la misma distancia que su opositor en la izquierda, el Partido Democrático. La Liga de Salvini no dejaba de caer, al igual que el Movimiento 5 Estrellas, mientras que Forza Italia no superaba los diez puntos. Era una carrera de dos caballos: progresismo versus ultraderecha. Y Meloni se benefició de ese duelo que le dio la oportunidad de disfrazar su pertenencia histórica a la familia de las derechas radicales europeas. La situación hacía que el adjetivo *radical*, el de *ultra* e incluso el de *extrema* se desvanecieran por el efecto del duelo directo contra el progresismo. Así, la líder italiana se quedaba con la etiqueta de conservadora, o incluso se podía afirmar que representaba a la derecha tradicional. Una oportunidad única para aprovechar lo que había construido durante años y para desplegar la estrategia populista sin mayores inconvenientes. En su discurso, el pueblo encarnaba esa italianidad restringida, humillada y bajo ataque. Su candidatura venía a despertarlo frente a la tiranía de una élite progresista que le decía cómo vivir o, incluso, le quitaba libertades. No es casual que Meloni, además de atacar a inmigrantes y burócratas de Bruselas, también incluyese a fuerzas progresistas feministas o activistas LGTBIQ+. La jefa de Hermanos de Italia identificaba varios «otros sociales» en función del relato que decidía expresar. Hasta llegó a mencionar como enemigos del pueblo a los grandes bancos del mundo

financiero, así como a las ONG responsables de los barcos de rescate en el Mediterráneo.

Adueñarse del conservadurismo

Desde que reinició su carrera política con Hermanos de Italia, el objetivo de Meloni fue tomar el control del espacio conservador, o mejor aún, convertirse en la líder del conservadurismo, al que transformó en una marca indeleble del «ser italiano». En esa visión del mundo, la cuestión del género ocupa un lugar relevante. De hecho, Meloni aumentó fuertemente su notoriedad ante la opinión pública con un discurso que realizó en Roma en octubre de 2019:

> Ahora están hablando de eliminar los términos *padre* y *madre* de los documentos porque la familia es un enemigo, la identidad nacional es un enemigo, la identidad de género es un enemigo. Todo lo que nos define para ellos es un enemigo. Es el juego del pensamiento único. Quieren quitarnos todo lo que somos porque cuando ya no tengamos identidad ni raíces, estaremos privados de conciencia, incapaces de defender nuestros derechos. Es su juego. ¡Yo soy Giorgia, soy una mujer, soy una madre, soy italiana, soy cristiana! ¡No me lo quitarán! ¡No me lo quitaréis!

El vídeo con los gritos de Meloni, largamente aplaudidos por la multitud presente, se viralizó rápidamente en las redes sociales. Hasta tal punto que un DJ editó un *remix* con algunas de sus frases que alcanzó los cuatro millones de reproducciones en muy poco tiempo. Dicha intervención eclipsó a los otros protagonistas del acto, Salvini y Berlusconi. Los tres partidos habían decidido coorganizar una manifestación que titularon «Orgullo italiano» en la Piazza San Giovanni, tradicionalmente asociada a la izquierda italiana, lo que simbolizaba una gesto de provocación. Lo más importante de aquel día, además de quedar en evidencia que Meloni comenzaba a

sobresalir como la figura más relevante en la derecha, era que ella avanzaba en la consecución de aquel objetivo mencionado previamente: adueñarse del discurso más conservador.

La romana plantea una faceta particular que posiblemente la diferencie de otros líderes similares en términos ideológicos. Al igual que muchos discursos ultraderechistas, ella habla de familia tradicional, de identidad nacional, de cristianismo y del rol de la mujer, pero sobre todo del rol de la madre. La politóloga de FLACSO Ecuador, Lina Camacho, explica que en el caso de la italiana se aplica el concepto de «supermadre». La supermadre es aquella que toma la maternidad como un elemento central de su identidad política y de sus preocupaciones. Y aquí Meloni plantea su interés por aquellas mujeres que no pueden trabajar porque tienen que criar a los hijos o porque están embarazadas, se queja de que no puedan acceder a un cargo directivo. Meloni ubica a la mujer italiana, madre y trabajadora en su relato, y con ello le otorga protagonismo especial, algo que la diferencia claramente de lo que pueda representar alguien como Salvini. Esto no significa en absoluto que sea feminista; al contrario, nunca lo fue ni tampoco lo será. En todo caso, la jefa de Hermanos de Italia es una portavoz más de una estrategia muy inteligente que invoca los intereses de las mujeres para justificar, por ejemplo, sus posicionamientos políticos xenófobos. Sin embargo, el enemigo que construye Meloni incluye a cualquiera que no comparta su idea de moral, cualquiera que no se atenga a su concepción de familia heterosexual. Ahí ya no importan los derechos, ni de mujeres, ni de hombres, ni de nadie.

La puerta hacia la política *mainstream*

Los ejemplos de Salvini y Meloni nos permiten identificar cómo la derecha radical utiliza el populismo con éxito. Roger Griffin, historiador y experto en fascismo, considera que este funciona como una puerta de acceso para ideologías radicalizadas hacia la política *mainstream*. Es decir, el populismo permite convertir sus reivindicaciones en supuestas causas justas. Causas de un pueblo oprimido frente a una élite corrupta. Y ofrece una posibilidad de pertenencia para aquellos que se sientan marginados o desatendidos por la política. Muchas personas decepcionadas encuentran en los discursos populistas de la ultraderecha un camino para mostrar su desencanto.

Las derechas radicales de la cuarta oleada —como vimos en el capítulo 4— incorporan ese elemento populista en casi toda Europa. El Frente Nacional de Marine Le Pen con la desdiabolización, la nueva ultraderecha de Alternativa por Alemania o el Partido de la Independencia del Reino Unido (United Kingdom Independence Party o UKIP) liderado por Nigel Farage, que hizo posible el Brexit, son algunos ejemplos a los que podríamos añadir otros más recientes de distintas regiones del mundo, como son los casos de Nayib Bukele en El Salvador y Donald Trump en Estados Unidos.

Podríamos afirmar que sin el componente populista la epidemia ultra nunca hubiese existido. Lo que nos lleva a pensar nuevamente en Berlusconi. ¿Debemos entender el populismo de los años noventa, aquel que abrió la puerta a los posfascistas y los xenófobos, como una alarma desoída o mal interpretada? ¿Una suerte de profecía de lo que vendría décadas más tarde? Más allá de interpretar si aquello fue una causa o sencillamente un proceso inevitable que con el tiempo se trasladaría al resto de los países, el caso del magnate italiano demuestra que, desde lo estratégico, la

ultraderecha implementó con éxito la ideología populista. Fue la llave para crear una manera de expresar y transmitir su visión del mundo.

El poder simplificador del populismo les permitió capitalizar el descontento y, en ocasiones, disfrazar su agenda xenófoba y autoritaria de causa justa a favor del pueblo. De ahí que el eslogan del pódcast Epidemia Ultra rece: «Lo que esconde la derecha radical». Sin embargo, dicho lema creado en 2020 parece haberse quedado anticuado, puesto que la ultraderecha ya no oculta su ideario tanto como antes. En esta quinta oleada, como hemos visto, no parece necesario disfrazar el modelo de sociedad que proponen.

Continuemos con el siguiente indicio cruzando el océano Atlántico y poniendo el ojo en una chispa que desataría una revolución de largo aliento en Estados Unidos. Su efecto se verá décadas después de iniciarse, cuando el otro millonario mencionado al inicio de este capítulo, Donald Trump, la utilice para sus fines. Así como lo hizo Silvio Berlusconi.

6

La revolución trumpista

El 6 de enero de 2021 presenciamos con incredulidad las imágenes de la toma del Capitolio en Washington D. C.: militantes y fanáticos envueltos en la bandera estadounidense, entonando el lema «Stop the steal» (Detened el robo), saqueaban el edificio, destruían todo a su paso y se sacaban *selfies* dentro del recinto para subirlas a sus redes sociales. Muchos iban disfrazados, en sintonía con las teorías conspirativas que los habían movilizado.

El más famoso de ellos fue Jacob Chansley. Llevaba un gorro con cuernos, pieles sobre el cuerpo, el torso desnudo y la cara pintada con los colores patrios. Su obsesión consistía en desbaratar la presunta red secreta de políticos, empresarios y estrellas de Hollywood que supuestamente promovía actividades criminales como el tráfico sexual de menores y el satanismo. Chansley creía al pie de la letra la teoría conspirativa de QAnon. Y tal como rezaba esta narrativa, estaba convencido de que el único capaz de enfrentar esta conspiración global era Donald Trump. Por ello había decidido irrumpir en el Capitolio y convertirse en el símbolo de aquel día.

El «chamán de QAnon», como le solían llamar en esos círculos, fue condenado a 41 meses de prisión. Sin embargo, en enero de 2025 Donald Trump lo indultó junto con otras 1.500 personas que participaron en aquel ataque. Fue una de las primeras medidas del presidente estadounidense nada más llegar al poder y con ella

marcó el tono que tendría su nuevo periodo al frente del gobierno: Estados Unidos volvía simbólicamente al 6 de enero de 2021, como si nada hubiera ocurrido. Como si el presidente fuese capaz de anular todo lo sucedido tras su derrota y el no reconocimiento de esta. Pero, sobre todo, Trump decidió legitimar lo acontecido aquel día. Demostró que seguía convencido de que aquel era el camino correcto.

Horas antes del ataque de aquel enero de 2021, en un discurso que dio a tan solo treinta minutos del Capitolio, Donald Trump había incitado a los asistentes a avanzar:

> No aceptas la derrota cuando hay un robo de por medio. Nuestro país ha tenido suficiente, no lo soportaremos más. [...] Tendrán un presidente ilegítimo y no podemos permitir que eso suceda. [...] Si no luchan con todas sus fuerzas, ya no van a tener país. [...] Avancemos por la avenida Pennsylvania, vamos a intentar darles a nuestros republicanos, a los débiles, porque los fuertes no necesitan nuestra ayuda, vamos a tratar de darles el tipo de orgullo y valentía que necesitan para recuperar nuestro país. Así que avancemos por la avenida Pennsylvania.

Cada frase del millonario era como echar más leña al fuego.

Así, los manifestantes enardecidos, y totalmente seguros de estar en el lado correcto de la historia, avanzaron. Para ellos, los procesos y las instituciones democráticas estaban equivocados, o lo que es peor, habían sido corrompidos, manipulados para evitar que su candidato fuese reelegido. Esta narrativa formaba parte de una estrategia de Donald Trump para deslegitimar no solo los resultados electorales, sino también a su adversario político. No reconocer la derrota fue el artilugio del republicano para sembrar dudas en la opinión pública y, a la vez, para desligarse de la imagen de fracasado. Porque si hay algo que Trump no puede soportar es que le tilden de perdedor.

La estrategia no fue utilizada solo tras la derrota con Joe Biden en 2020, sino que ya la venía ensayando desde 2016. Durante su primera campaña insinuó en varias ocasiones un posible fraude en su contra que le daría una eventual victoria a Hillary Clinton, algo que no sucedió. Trump llegó a afirmar que «ante todos mis votantes y todo el pueblo de Estados Unidos prometo aceptar los resultados de esta grandiosa e histórica elección... si gano». La condición del empresario se cumplió al pie de la letra, y olvidamos reflexionar sobre qué habría sucedido si no hubiera ganado. Supusimos que su velada amenaza era solo parte de su estilo provocador y disruptivo. Apenas tuvimos que esperar cuatro años para darnos cuenta de que hablaba en serio.

Así fue como las palabras se volvieron hechos, y sus seguidores más radicales decidieron tomar el Capitolio para evitar una supuesta injusticia. Marcharon en nombre de la revolución trumpista y causaron daños profundos en las instituciones democráticas estadounidenses.

Después de las detenciones de muchos de los manifestantes, del comportamiento de Trump, de su expulsión de algunas redes sociales por su lluvia desinformativa y su incitación a la violencia, la conclusión generalizada era que la democracia había sido golpeada, pero volvía a estar a salvo. Y además, todo lo sucedido —retransmitido en tiempo real durante horas por todos los canales y plataformas posibles, a lo largo y a lo ancho del país y del resto del mundo—, era garantía de que la carrera política de Donald Trump había llegado a un punto de inflexión. ¿Qué posibilidad tenía de ocupar de nuevo el despacho oval de la Casa Blanca?

Pasaron cuatro años para que la respuesta más obvia a esa pregunta se desvaneciera. Tal vez porque no era la más obvia, sino tan solo la más deseada. Donald Trump volvió a ganar las elecciones

en noviembre de 2024. Y no solo eso, sino que lo hizo con holgura, imponiéndose incluso en el voto popular. Estamos hablando de que 77 millones de estadounidenses, un 4,1 por ciento más que en 2020, decidieron volver a elegir al republicano y con ello aceptar su relato, su desprecio por las instituciones democráticas y su predisposición a difundir teorías conspirativas en favor de sus intereses. Pero, sobre todo, el nuevo triunfo de Trump nos obliga a aceptar que la revolución trumpista no había terminado aquel 6 de enero de 2021, sino que ese día apenas cerraba su primera etapa.

La traición conservadora

> Una nueva derecha estadounidense debe reconocer que sus valores y objetivos se sitúan fuera y en contra del *establishment*, y que sus aliados naturales no están en Manhattan, Yale y Washington, sino en los estratos cada vez más alienados y amenazados de la *Middle America*. La estrategia de la derecha debería ser acentuar la polarización de los *Middle Americans* frente al régimen vigente, no construir coaliciones con los defensores y beneficiarios de ese régimen [...]. Las preocupaciones más relevantes de los *Middle Americans* [...] son el crimen, el colapso educativo, la erosión de su estatus económico y la subversión calculada de su identidad social, cultural y nacional por fuerzas que sirven a los intereses de la élite por encima de ellos y de la subclase por debajo, pero a expensas de la clase media. Una nueva Derecha, posicionándose en oposición tanto a la élite como a su aliada, la subclase, puede afirmar su liderazgo sobre los estadounidenses medios alienados y movilizarlos en una oposición radical al régimen.

Así culmina el libro de Samuel L. Francis titulado *Beautiful Losers: Essays on the Failure of American Conservatism* [Hermosos perdedores. Ensayos sobre el fracaso del conservadurismo estadounidense], un texto que reúne una serie de ensayos que critican profundamente a los neoconservadores en Estados Unidos. Los acusa de haber caído en una deriva liberal y con ella haber

abandonado los verdaderos valores conservadores. Un «error» que necesitaba ser rectificado, según el autor.

Francis fue un periodista y escritor que a partir de los años ochenta intentó darles ciertos fundamentos conceptuales a aquellos que se oponían al neoconservadurismo. Crítico con el rumbo del Partido Republicano desde la presidencia de Reagan en 1980, según él, el partido prefería centrar sus esfuerzos en política exterior, primero luchando contra el comunismo, después liderando una cruzada democratizadora, y posteriormente combatiendo terroristas en todo el globo. En definitiva, imitaba la agenda internacional de los demócratas y, al hacerlo, desatendía las causas nacionales internas.

Para Francis, esta deriva tenía consecuencias profundamente negativas. Trabajadores no cualificados, granjeros, habitantes de suburbios, pequeños empresarios, en definitiva, los grupos que representaban la clase media del país, quedaban a la deriva y sin representación política. Ese grupo social, que Francis llamaba *Middle Americans*, sufría el desaire de un partido que había olvidado a su sujeto político fundamental.

La crítica no se limitaba en la equivocada política exterior del gobierno. También les reprochaba no solo poner sus intereses por encima de los problemas de la clase media, sino además priorizar a las clases más bajas, los más vulnerables, las minorías incluso, en perjuicio de los *Middle Americans*. Lo consideraba un error estratégico e ideológico imperdonable. Los conservadores estaban olvidando a su votante histórico, esa porción del electorado representada por el hombre blanco de aquella clase media que terminaba huérfano, sin representación política y pagando con su esfuerzo los intereses de todos, pobres y ricos, excepto el suyo.

> El resultado es una economía que no funciona, una democracia que no vota, familias sin padres, sin propiedad, un gobierno que aprueba cada vez más leyes, un pueblo cada vez más anárquico, y una cultura que ni piensa ni se siente a

> salvo cuando se le dice cómo tiene que pensar y sentir. [...] Sus descontentos y temores, si se movilizan adecuadamente, podrían revivir a la derecha estadounidense y eventualmente tener éxito en algunos de sus proyectos.

Un escenario nefasto a los ojos de Francis, donde las diferencias entre republicanos y demócratas se habían difuminado, al menos en los temas que para el pensamiento conservador eran fundamentales. Sin embargo, su visión no era del todo pesimista, ya que planteaba un plan para escapar de la decadencia. Si se lograba restablecer como prioridad los intereses de la mencionada clase media, reflejada en ese hombre blanco, había esperanza. El autor bautizó a esta estrategia con un nombre peculiar pero contundente: la *Middle American Revolution*.

El primer paso consistía en regresar a la defensa de los valores más tradicionales, como la familia y la religión, así como restaurar la estabilidad social basada en la jerarquía y la preservación del orden. Proponía una sociedad enmarcada en ideas previas a los cambios progresistas que habían surgido hacia los años sesenta. A este tradicionalismo debía sumarse el gobierno pequeño y limitado en sus funciones, la autonomía local y los derechos de los estados federados, entre otros elementos históricos del conservadurismo estadounidense. Esto implicaba una posición crítica no solo hacia las élites, sino también hacia los burócratas. La máxima rezaba: los de arriba y los que gobiernan son el problema. Una narrativa antigubernamental, antirregulación y antiintervención estatal que aunaba visiones conservadoras en lo social y libertarias en lo económico. De ahí el carácter casi sagrado de la propiedad privada como un valor intocable.

Si bien es cierto que hacia los años setenta surgen tensiones entre visiones tradicionalistas y libertarias —puesto que estas últimas otorgaban mucha más importancia al valor de la libertad individual

—, el planteamiento de Francis pretendía reducirlas al mínimo. Su intención era restar importancia a esas diferencias para poner énfasis en el *common ground*, es decir, en la esencia conservadora. No estaba solo en esa tarea. El académico estadounidense Paul Gottfried compartía tanto el diagnóstico de Francis como su llamada a recuperar las raíces del conservadurismo estadounidense. La falta de norte era evidente en el Partido Republicano dominado por los neoconservadores. La *Middle America* necesitaba una alternativa, y en ese afán de reformulación Gottfried comienza a delinear la idea del «paleoconservadurismo».

El paleoconservadurismo en la era pre-Trump

Si la gran disputa de los conservadores descontentos era, precisamente, su rechazo al neoconservadurismo, qué mejor manera de marcar distancia que acuñando un término que se le opusiera incluso desde el nombre. Así fue como, en 1986, Paul Gottfried adoptó el prefijo *paleo-* para dar forma al concepto de paleoconservadurismo. Con ello no solo buscaba diferenciarse de los *neocons*, sino también poner el acento en los valores tradicionales que, a su juicio, la élite política e intelectual había dejado de lado.

En el paleoconservadurismo de Gottfried, al que obviamente también se adhería Francis, se mantenían nociones como las del Estado pequeño y poco intervencionista. Según él, el estado de bienestar o las políticas sociales expansivas eran perjudiciales para el orden ciudadano. A lo anterior se sumaba también la intangibilidad de la propiedad privada, así como una visión más proteccionista y nacionalista en términos económicos y comerciales. La doctrina en política exterior marcaba un interés por el aislacionismo en

detrimento de la apertura y, en especial, de la participación de Estados Unidos en guerras ajenas alrededor del globo.

Sin embargo, lo que definitivamente tenía un papel trascendental en este pensamiento era el componente social y simbólico. Tanto para Gottfried como para Francis, la exaltación de las identidades cultural, religiosa y nacional era indispensable para restaurar el conservadurismo original. Una postura que derivaba en el rechazo al multiculturalismo y a la inmigración. Estos aspectos dejaban al descubierto las connotaciones racistas subyacentes en su discurso, aunque disfrazadas de otros valores como el supuesto arraigo local. El acercamiento con ideas exclusionistas como las del supremacismo blanco resultaba cada vez más evidente y derivará en la conformación del movimiento de la *alt-right* o derecha alternativa que veremos más adelante.

Por otra parte, se activaba con fuerza la reacción a ciertos cambios culturales y legales como el derecho al aborto o las reformas educativas, entre otros. Algo que ya se había iniciado con la politización de algunas comunidades religiosas, esencialmente el sector más fundamentalista de los protestantes, años atrás. La lucha contra los avances progresistas impulsaron un agenda política reflejada en consignas que todavía perduran, como las acciones provida, profamilia y promoral.

Tuvieron que pasar varios años para que estas ideas políticas confluyeran en candidaturas concretas. No era fácil penetrar en el sistema de partidos estadounidense con estas propuestas y lograr construir una representación política institucional, pero aun así hubo varios intentos.

Uno de los pioneros, y probablemente el más conocido durante los años noventa, fue Patrick Buchanan, periodista y destacado asesor de tres presidentes republicanos: Richard Nixon, Gerald Ford y

Ronald Reagan. Después de sus años en la Casa Blanca se concentró en su carrera de comentarista y tertuliano político en distintos programas de televisión. Allí comenzó a desarrollar un perfil que buscaba atraer al sector descontento con los conservadores. Mientras denunciaba el *establishment* bipartidista, criticaba la globalización y proponía el aislacionismo en política exterior, apuntaba a una restricción de la inmigración y la necesidad de proteger la identidad cultural y religiosa.

Buchanan intentó llegar a la presidencia en tres ocasiones. Durante la primera, en 1992, contó con Paul Gottfried como asesor y referente intelectual, pero fue aplastado en las primarias republicanas por George Bush padre. Volvió a intentarlo en 1996, nuevamente dentro de las filas republicanas, y sufrió su segunda derrota en las primarias. En esta ocasión, lo acompañó Samuel Francis como su principal asesor estratégico.

En ese momento el autor había publicado varias de sus obras, entre las que destaca *From Household to Nation* [Del hogar a la nación], un texto que expresa las bases de ese paleoconservadurismo que hemos descrito: nacionalismo económico, crítica a las élites, movilización de la clase media blanca y protección de la identidad nacional y cultural. No son pocos los analistas que encuentran en ese texto las bases del *Make America Great Again* que catapultaría a Donald Trump a la presidencia veinte años más tarde. Sin embargo, antes de la llegada del magnate, hubo otros intentos por convertir el paleoconservadurismo en un proyecto político con estructura de partido propia.

En el año 2000 tuvo lugar la tercera y última candidatura de Buchanan, esta vez fuera del Partido Republicano. Como era de esperar, no consiguió su objetivo. Parecía imposible que las ideas de Francis y Gottfried se impusieran. De hecho, un año más tarde, el

ataque a las Torres Gemelas reforzó el rumbo de la política exterior de los neoconservadores. Era el momento de las guerras preventivas y de una renovada cruzada por la exportación de la democracia a otras regiones del mundo.

Esta situación perjudicó a los paleoconservadores que osaron criticar las decisiones del presidente George W. Bush. Una postura extremadamente impopular en Estados Unidos dado el contexto y la estrategia comunicativa del primer mandatario apoyada en el patriotismo y la defensa nacional frente al enemigo externo.

El Tea Party y el factor Obama

Cuando todo parecía perdido para el paleoconservadurismo, Barack Obama llegó en 2008 a la Casa Blanca y su triunfo reactivó a casi todo el espectro conservador, pero en especial al sector más racista, que no podía aceptar la idea de tener un presidente negro. Paradójicamente, aquella corriente en vías de extinción revivía gracias a la victoria de un adversario político, tal vez el más despreciado por ella.

Aquel descontento se materializó en 2009 con la irrupción del Tea Party. En él encontraron refugio no solo aquellos paleoconservadores de capa caída, sino también evangélicos, libertarios, tradicionalistas y hasta ciertos sectores supremacistas. Pese a la heterogeneidad del movimiento, el pensamiento paleoconservador ocupaba un lugar relevante en el partido. Por ejemplo, el estilo populista que defendía al pueblo, o más precisamente a la clase media estadounidense, frente a las élites corruptas encarnadas por los demócratas de Obama en el poder. Decisiones gubernamentales como los rescates bancarios de 2009 o la reforma del sistema de salud, conocida como

Obamacare, alimentaban la nostalgia por aquel viejo valor conservador del Estado pequeño y no intervencionista.

El Tea Party no era un partido político formal, sino una red integrada por grupos locales, políticos con y sin cargo, y algunos líderes mediáticos como la exgobernadora de Alaska Sarah Palin, el presentador en Fox News Glenn Beck o el ministro de Exteriores de la segunda administración Trump, Marco Rubio, cuando todavía era senador por Florida. Sin embargo, tuvo cierta capacidad de influencia legislativa como movimiento en la oposición que dificultaba el funcionamiento del Congreso y priorizaba la confrontación sobre la negociación. En algún punto, esas actitudes del Tea Party ya mostraban facetas propias de las derechas radicales de la fase actual de la epidemia ultra.

Las bases de esta fuerza estaban formadas sobre todo por hombres blancos, de mayor edad y con simpatía política por el Partido Republicano. Sus actitudes combinaban autoritarismo con miedo al cambio y hostilidad hacia la inmigración. Se presentó como la voz de la «América olvidada», equivalente al concepto de *Middle America* de Francis. Profundizaba en la idea nacionalista de poner a Estados Unidos por delante, es decir *America first*, con lo que intentaba justificar sus posturas antiinmigración. Pero, sobre todo, recuperaba la posición conservadora en las preguntas sociales, al resaltar la dimensión moral y religiosa compartida por todas sus corrientes: tradición, familia, rezo en las escuelas o eliminación del aborto, entre otros elementos de una larga lista.

Pero el Tea Party no consiguió trascender ni constituirse como fuerza política con peso propio, más allá de lograr cierta influencia temporal en la gestión interna del Partido Republicano. Algunos sectores se radicalizaron y el financiamiento comenzó a desaparecer poco a poco. Más allá de su ocaso, el movimiento dejó una huella

importante, ya que demostró que en Estados Unidos se estaba gestando un descontento no menor. Aquella reacción a la presencia de Obama en el gobierno mostraba una sintonía cada vez más cercana a los planteamientos paleoconservadores. Especialmente si estos se vehiculaban a través de una estrategia discursiva populista.

El Tea Party no solo revivió gran parte de las ideas del paleoconservadurismo y las llevó al debate público, sino que también dejó algunos elementos discursivos que aprovecharía Donald Trump pocos años más tarde, al convertirse en candidato para las elecciones de 2016. Un ejemplo de esa herencia es el eslogan *Washington doesn't listen* (Washington no escucha) que luego el millonario reformularía como *Drain the swamp* (Hay que drenar el pantano). Ambos expresaban a través de una metáfora muy visual la crítica a las élites políticas gobernantes que ignoraban al pueblo y debían ser expulsadas de su lugar de privilegio.

Su capacidad para canalizar el descontento social y mezclar elementos del conservadurismo clásico con nuevas formas de radicalización y con estrategias de polarización política convirtió a este movimiento en un vaticinio de la epidemia ultra que llegaría a Estados Unidos.

La lenta llegada del *showman*

Nadie podía imaginarse que la revolución que proponía Francis, desarrollada intelectualmente por Gottfried y que había visto ciertos chispazos de vida en el Tea Party, estallaría de la mano de un personaje de la élite neoyorquina como Donald Trump. Hasta 2015, su mayor éxito había sido el *reality showThe Apprentice*, donde había popularizado la frase «estás despedido». En la década que

duró el programa, Trump construyó un perfil de hombre de negocios sin escrúpulos aunque aparentemente justo; un juez salomónico con cierto olfato para reconocer un talento y a la vez capaz de gritar y hasta humillar a un participante cuando no cumplía con las expectativas.

La imagen que supo transmitir Trump en *The Apprentice* fue la que el lingüista y experto en comunicación George Lakoff denomina «padre autoritario». En su libro *No pienses en un elefante*, Lakoff sostiene que en la moral conservadora el rol del padre como agente disciplinador —y, por ende, ordenador en una familia tradicional— es ineludible. Cualquier comportamiento que se desvíe de los carriles de lo «correcto», lo «normal» o lo «esperable» debe ser inmediatamente castigado para que la lección sea aprendida. Según el autor, cuando tomamos decisiones políticas y tenemos esa forma de ver al mundo, es decir ese enfoque o *frame* conservador, buscaremos votar un candidato que evoque a ese padre autoritario, que traiga orden y disciplina al país.

Trump tenía la oportunidad de ocupar ese espacio simbólico, al menos desde sus habilidades comunicativas. Sin embargo, eso no era suficiente. Para dar el salto a la política todavía restaban varios pasos. En efecto, pese a su éxito televisivo y sus niveles de visibilidad, el magnate no dejaba de ser un *outsider*, y para la política partidaria estadounidense esa característica solía convertirse en un muro inexpugnable.

Tal como explican Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, autores de *Cómo mueren las democracias*, nunca había sido sencillo para un *outsider* de la política lograr imponer su candidatura. Incluso el propio Henry Ford quiso ser presidente. Sin embargo, pese a tener un imperio automovilístico detrás, miles de millones para financiarse y una influencia política enorme, Ford fue incapaz de conseguirlo. La

élite política del momento conocía sus inclinaciones ideológicas cercanas al fascismo europeo, razón suficiente para activar el sistema de *gatekeeping* o 'filtros internos' y eliminarlo de la contienda.

Los politólogos señalan en su libro estas barreras de los partidos como el factor clave para evitar que ciertos extremistas y demagogos siquiera se acerquen a una nominación para una precandidatura. Durante más de un siglo, las élites políticas de Estados Unidos habían sostenido ese sistema. Así, los popes del partido, sentados en alguna habitación de hotel, terminaban «filtrando» a quienes consideraban indeseables. Levitsky y Ziblatt explican que este sistema fue perdiendo fuerza con el tiempo y hacia inicios del siglo XXI sufrió un cambio transcendental: las decisiones finales sobre candidaturas pasaron del férreo control de las élites del partido a la decisión de los delegados en las primarias. Según los autores, ese quiebre es clave para entender por qué Trump tuvo una oportunidad. Sin ese cambio el magnate se hubiese tenido que conformar con seguir gritando «estás despedido» a algún pobre participante de su exitoso *reality*.

Y es que Trump era un líder que proponía un discurso profundamente populista cargado de ataques a las instituciones democráticas, azuzando teorías conspirativas propias de sectores de la extrema derecha de su país y, especialmente, dando rienda suelta a una agresividad desmedida contra adversarios políticos, mujeres en general y migrantes de toda procedencia. Este discurso generaba escepticismo entre los analistas y, hasta bastante entrada su precampaña electoral, muy pocos confiaban en que llegaría muy lejos. Se equivocaron. Todos.

La ansiada revolución

Pese al ablandamiento de los antiguos filtros internos, Trump todavía debía superar un importante escollo. Porque con su estilo disruptivo y su perfil comunicativo de padre autoritario no era suficiente. Le faltaba el contenido. No había un trasfondo teórico que sostuviera un discurso político para seducir e interpelar a la ciudadanía. ¿Qué lugar podría ocupar en el espacio político frente a sus competidores? O mejor aún, si hacemos un paralelismo con su programa de televisión, la pregunta sería: ¿cuál sería la audiencia que debía verle y finalmente votarle?

Es entonces cuando Trump recurre al pensamiento del paleoconservadurismo. La revolución de la *Middle America* se convierte en su arma discursiva por excelencia. El pueblo blanco de la clase media había sido ignorado durante mucho tiempo y Trump, con su capacidad comunicativa extraordinaria, lo resumía en la frase más potente de su campaña: *Make America Great Again* (MAGA).

Esta frase es muy relevante porque da un marco conceptual a un movimiento de descontento amorfo pero presente que carecía de un objetivo claro. Como sucede en cada país al que llega la epidemia ultra, debe existir una porción del electorado que evidencie un desencantamiento con la política, con los partidos, con el resto de las instituciones democráticas y, sobre todo, con las élites en general, incluso con la prensa. En esos sectores se respira un clima de decepción, se sienten desatendidos o, peor aún, olvidados.

Las ideas de la revolución de Francis, las quejas contra las élites, la necesidad de reenfocarse en *the real America*, que daban lugar también a discursos xenófobos y excluyentes, regresaban dos décadas más tarde. Se convirtieron en el combustible que contribuyó al ascenso y triunfo de Donald Trump. El 20 de enero de 2017, el

showman televisivo se convertía en el 45.º presidente de Estados Unidos de América. Contra todo pronóstico, la política ultra había llegado al corazón de la democracia liberal.

TRUMP Y LA *ALT-RIGHT*

Existe un consenso generalizado entre quienes estudian a la ultraderecha: la llegada de Trump al poder inicia el proceso de normalización. Es decir, hasta ese momento, los partidos con discursos nativistas, autoritarios y populistas podían obtener resultados electorales relevantes e incluso disputar la formación de un gobierno. Sin embargo, su agenda ocupaba un lugar marginal en el debate público. Más allá de momentos puntuales como se habían vivido en Francia con Jean-Marie Le Pen, en Alemania con el partido de Los Republicanos o la Unión del Pueblo Alemán, en Italia con la Liga Norte, o en Bélgica con el Bloque Flamenco, devenido en Interés Flamenco, la derecha radical populista luchaba por legitimar su discurso. Por obtener un espacio de reconocimiento bajo el paraguas del nacionalismo conservador.

La victoria del neoyorkino en 2016 se convierte en la bisagra histórica que hizo realidad uno de los miedos más grandes desde la Segunda Guerra Mundial: no solo que la ultraderecha volviese a ser una opción, sino que pudiese operar como tal en un marco democrático. Trump, al llegar a la Casa Blanca y especialmente al tomar el control del Partido Republicano, del histórico Grand Old Party (GOP) de Lincoln, de Eisenhower, de Reagan, convirtió en *mainstream* a la ultraderecha. Y al hacerlo, la normalizó. Ya no era incómodo expresar discursos xenófobos, incluso racistas, ya no se ocultaba la pulsión autoritaria que exige desobedecer a las

instituciones o censurar a la prensa cuando es crítica, ya no importaba establecer como ciertas teorías conspirativas o insinuaciones de todo tipo sin pruebas o evidencia que las respalden. Con Trump se produjo una liberación de las responsabilidades políticas más básicas para el funcionamiento de un sistema democrático.

En dicho contexto, el presidente estadounidense, con su estilo populista y provocador que solía empujar los límites de lo políticamente correcto, se convirtió en el héroe de otro movimiento político que se había intensificado algunos años atrás y que era conocido como la *alt-right*, la derecha alternativa.

En la esfera digital se había constituido una suerte de ecosistema de grupos políticos con intereses específicos y fragmentados pero con un denominador común, o mejor aún, un imperativo: Estados Unidos necesitaba una derecha alternativa. Se habían gestado en paralelo con el Tea Party, pero ocupaban espacios, estrategias, estructuras y objetivos distintos. Mientras que el movimiento de Sarah Palin buscaba influir en la política tradicional y canalizar el descontento de la clase media blanca, la *alt-right* era una corriente más radical, además de digital y abiertamente identitaria. Algunos de sus componentes promovían el nacionalismo blanco y el racismo explícito. El rechazo a las élites políticas era total, incluyendo el conservadurismo tradicional. En resumen, el Tea Party operó dentro del sistema para influenciarlo, en cambio la *alt-right* buscaba subvertirlo desde fuera.

Los objetivos paleoconservadores estaban presentes en el nuevo movimiento y no es casual que el término *alt-right* haya sido acuñado por el ya mencionado Paul Gottfried y su colega Richard Spencer, un joven intelectual muy influenciado por los escritos de la *Nouvelle Droite*. Sin embargo, esta tendencia iba mucho más allá de

lo que teorizaban o pretendían aplicar los paleoconservadores. Como decíamos antes, los niveles de radicalización superaban las intenciones de controlar el Partido Republicano.

El movimiento contenía todo tipo de expresiones políticas y culturales del espectro de la derecha radical y extrema. Desde libertarios hasta ultraconservadores, pasando por etnonacionalistas, separatistas y supremacistas blancos. También grupos antifeministas y misóginos como activistas de los derechos de los hombres (*men's rights activists* o MRA), hombres que siguen su propio camino (*men going their own way* o MGTOW) y parte del sector *incel* (*involuntary celibates*), además de neorreaccionarios, antisemitas y todo tipo de ideologías segregacionistas y racistas.

Esta multiplicidad da cuenta del carácter rizomático de la *alt-right*, es decir, un movimiento sin jerarquía centralizada, compuesto por diversos y simultáneos grupos y subgrupos que pueden poseer conexiones transversales pero que destacan por ser caóticas y desestructuradas. Sus fronteras son difusas y destaca por su heterogeneidad cultural y hasta ideológica.[1]

El 19 de noviembre de 2016, en un acto del National Policy Institute en Washington D. C., Richard Spencer, en aquel momento el líder más importante y más conocido de la *alt-right*, terminaba su discurso levantando su brazo derecho y gritando: «*Heil Trump! Heil our people! Heil Victory!*».

Apenas habían pasado diez días del triunfo de Donald Trump frente a Hillary Clinton. El movimiento veía en él a la única persona que podía representar sus intereses. Spencer, aunque no lo expresaba abiertamente todavía, veía una amenaza. Trump era la única persona que le podía quitar protagonismo y hacerle perder

influencia. Pero tal vez el peligro mayor era justamente volverse *mainstream*. Gracias al discurso del presidente electo, que no tenía inconvenientes en repetir algunas de sus consignas o de banalizarlas, la *alt-right* perdía parte de su esencia subversiva. Dejaba de ser alternativa al poder para incorporarse en el sistema que venía a cambiar.

Se podría decir que en cierto sentido Spencer estaba en lo cierto, aunque es necesario agregar algunos matices. Por un lado, efectivamente Trump le quitó el protagonismo, y para 2017 la figura de Spencer había pasado a la irrelevancia absoluta. Pero por otro, la *alt-right*, o más concretamente, sus grupos y sobre todo su fragmentada agenda, habían cobrado una visibilidad inusitada e inalcanzable sin la presencia del presidente. La legitimidad de la agenda antifeminista, de los grupos supremacistas y racistas y del pensamiento neorreaccionario creció gracias a Trump. Con su apoyo visible y tácito, el presidente hizo que un fenómeno casi exclusivo del mundo digital, de las redes sociales, de los foros y hasta de la *dark web*, pasase a ocupar un espacio relevante en el mundo real, y en especial, en el debate político.

El atentado de Charlottesville en agosto de 2017 es un triste ejemplo de las consecuencias de lo anterior. Tras la embestida de un automóvil a toda velocidad contra un grupo de personas, suceso que se hizo mundialmente conocido, el saldo fue de diecinueve heridos y un muerto. La manifestación había sido organizada por supremacistas y nacionalistas blancos que protestaban contra el retiro de la estatua de Robert E. Lee, un general estadounidense del Ejército Confederado asociado a la defensa de la esclavitud. Ante el descontrol, la violencia y el trágico desenlace, el presidente Trump se expresó de la siguiente manera:

> He condenado a los neonazis. He condenado a muchos grupos distintos, pero no todas esas personas eran neonazis, créanme. Ni mucho menos todas eran supremacistas blancos [...] muchas de esas personas estaban allí para protestar contra el retiro de la estatua de Robert E. Lee. [...] Así que esta semana es Robert E. Lee, he visto que la estatua de Stonewall Jackson también será retirada. Me pregunto ¿la próxima semana será George Washington? ¿Y Thomas Jefferson la semana siguiente? Sabes, uno realmente tiene que preguntarse: ¿dónde termina esto?

El enfoque de Trump le otorgaba entidad a la protesta de los supremacistas y así ponía en primer plano su agenda, sin importar las motivaciones ideológicas y racistas detrás del hecho. El caso de Charlottesville es apenas uno de tantos ejemplos en este sentido.

«*STOP THE STEAL*»

La epidemia ultra llega a su culmen con Donald Trump en muchos aspectos. La revolución trumpista ha restaurado las ideas de Francis y Gottfried, ha rescatado aquellas intenciones de revisar el conservadurismo, de cambiar el rumbo y la agenda del Partido Republicano. El resultado ha sido la construcción de una oferta política más radical, más xenófoba y menos democrática. Las expresiones más extremistas se sienten habilitadas para actuar sin restricciones y las consecuencias de ello se vieron aquel enero de 2021 con la toma del Capitolio.

Nos volvimos a equivocar al analizar ese suceso, cuando supusimos que el capricho de desconocer los resultados y adjudicarlos a fuerzas malévolas y ocultas solo serviría para demostrar la irracionalidad del millonario y de su propuesta política. Fueron apenas cuatro años de pausa. Posiblemente hayamos subestimado el impacto de la normalización de la ultraderecha y sesgado nuestros análisis. O tal vez la explicación se encuentre en

que Trump ha sido capaz de poner en duda consensos que creíamos inalterables. En esa semilla de la discordia radica la revolución trumpista. El respeto a ciertas reglas, instituciones y valores ha sido cuestionado y no se reconstruirá. El regreso de Trump en 2024 es prueba de ello.

Aquel grito de «detened el robo» se convirtió en un hito para los seguidores de esta corriente política. La ley, los hechos, las instituciones democráticas dejaron de ser importantes aquel día.

7

La gran teoría conspirativa

En mayo de 2024, durante la Convención de la Asociación Nacional del Rifle (NRA), Donald Trump lanzó una de sus promesas más contundentes: «Vamos a demoler al *deep state*». Con ello dejaba claro que, según su visión y la de sus seguidores, había llegado la hora de acabar con lo que consideran un entramado corrupto que mueve los hilos de Washington. Para Trump, ese «Estado profundo» estaría integrado por fuerzas ocultas, burócratas y funcionarios que, bajo la apariencia de servir al público, actuarían en realidad al servicio de intereses privados. Según su relato, estas élites controlarían las agencias estatales para mantener privilegios y silenciar a las voces críticas. En esa lógica, quienes denuncian esa supuesta conspiración —entre ellos él mismo— se convierten en objetivo de ataques, persecución y campañas de descrédito. Sin embargo, exponerlo también comporta una recompensa, porque en esta historia el presidente es un héroe, no solo por denunciar el complot maligno, sino por estar decidido a terminar con él.

Sin duda, el *deep state* encaja plenamente en lo que se considera una teoría conspirativa. Reúne todos sus rasgos: la idea de fuerzas ocultas, un complot planificado, un relato internamente coherente y, al mismo tiempo, una premisa falsa y manipulada que, en este caso, resulta políticamente útil para ciertos actores. Trump recurre a ella sin reparos, pues le permite difundir la imagen de una élite maligna

con un poder casi ilimitado, siempre oculta y difícil de detectar. Y con ello establece un campo de batalla en el que separa a los buenos de los malos, a los que están de su lado y a los del bando contrario, los peores enemigos del pueblo.

Sin embargo, esto no es una invención del norteamericano, sino que el *deep state* como concepto posee raíces bastante profundas. Su origen es discutido, aunque existe cierto consenso en señalar el término *derin devlet* como su antecedente directo. Esta expresión proviene de Turquía y hace referencia a una red compleja y oculta de miembros del poder fáctico de un país que procuran socavar a un líder democrático en caso de que este desobedezca o perjudique sus intereses. El desempeño de dicha red tiene lugar en los márgenes de la ley o incluso fuera de ella y representa un peligro constante no solo para la democracia, sino para las libertades y hasta para los derechos humanos. Esta idea no solo aparece en un contexto de régimen democrático frágil, también en países con sistemas de autoritarismo competitivo, donde la democracia es una fachada. El *deep state* expresa ese sistema subyacente que persigue opositores, disciplina a los desobedientes o calla las voces díscolas de activistas o periodistas.

Trump, al aplicar esta definición, representa a la democracia liberal estadounidense como una fachada. Un imperio oculto al servicio de unos pocos y con tanto poder como para poner en riesgo su integridad y, sobre todo, su libertad de expresión. Lo interesante es el oportuno uso que le ha dado a esta narrativa durante su primera presidencia. Frente a ciertas investigaciones de agencias estatales, Trump desplegó poco a poco la teoría del *deep state* en Estados Unidos. Y le funcionó. De hecho, ha sido su mayor argumento para explicar qué fue lo que le habría impedido cumplir con su cometido durante su primer periodo gubernamental. Según un estudio de la

iniciativa Ciudadanos por la Responsabilidad y la Ética en Washington (CREW), durante la campaña electoral de 2024, el presidente de Estados Unidos se refirió en más de cincuenta ocasiones a aquel entramado oculto.

Esta teoría conspirativa funciona porque, por un lado, vehicula el resentimiento de muchos sectores que se sienten olvidados y marginados por la clase gobernante. Canaliza el odio de los grupos más radicalizados y lo enfoca en un enemigo común, difuso pero identificable. Y por otro lado, se transmite mediante una historia relativamente sencilla, que explica todo y es fácil de contar y de entender.

La falacia narrativa

En el año 2007 el filósofo y matemático Nassim Nicholas Taleb publicó el libro *El cisne negro*, donde se pregunta por la idea de lo inesperado, o más precisamente, de lo impredecible, y del impacto que esto tiene en nuestra mente. Según él, los seres humanos somos incapaces de observar una secuencia de hechos sin atribuirle una explicación. Estamos programados para encontrar patrones en todo lo que percibimos y con ello predecir situaciones, consecuencias, efectos. Esto nos brinda la sensación de control sobre lo que nos rodea. El problema surge cuando la explicación brilla por su ausencia.

Taleb sostiene que cuando no la encontramos, la forzamos. Es decir, nos obligamos a ver una conexión lógica donde posiblemente no exista tal cosa. El autor lo llama «falacia narrativa» y su único objetivo es satisfacer nuestra necesidad por encontrar coherencia en lo que observamos a nuestro alrededor para sentirnos más seguros.

Si hallamos una narrativa que nos ayude a atar cabos, con la correspondiente reducción de incertidumbre, somos capaces de aceptarla, aunque se trate de un invento sin evidencia de ningún tipo. Solo nos importa que tenga coherencia interna dentro del relato.

La falacia narrativa demuestra que a nuestro cerebro le importa mucho más la certidumbre que la verdad, lo que nos vuelve vulnerables a creer en historias manipuladas, aceptar afirmaciones engañosas o alimentar prejuicios contra otras personas. En ese sentido, es posible afirmar que dicha falacia narrativa puede ser empleada como un arma por aquellos que quieran aprovecharse de nuestra debilidad por encontrar causas y consecuencias. Aquí es donde las teorías conspirativas entran al juego.

¿Cómo funciona una teoría conspirativa?

En su libro *The Psychology of Conspiracy Theories* [La psicología de las teorías de la conspiración], el profesor Jan-Willem van Prooijen define una teoría conspirativa como «la creencia de que un grupo de actores se unen en un acuerdo secreto, para lograr un objetivo oculto que a la vez es percibido como malicioso». Esta definición permite identificar cinco elementos fundamentales que caracterizan a toda teoría de la conspiración.

El primero es la existencia de un patrón. En este punto impera la creencia de que las casualidades no existen y nada es aleatorio; al contrario, se resaltan las conexiones, incluso cuando son vagas o irrelevantes. En segundo lugar, y como consecuencia de lo anterior, existe un plan que está detrás de todo lo que sucede. Y dicho plan está diseñado cuidadosamente y ejecutado por un grupo de actores

en complot. Estos últimos son el tercer elemento de una teoría conspirativa.

Finalmente, los dos últimos le otorgan la carga emotiva y emocionante a la vez. Por un lado, aparece la hostilidad, ya que el fin de la conspiración es, en general, maligno, y por otro, el secreto, lo que la hace aún más atractiva. El mero hecho de conocer la teoría conspirativa implica saber algo que pocos saben y ubica a esa persona en un grupo selecto. Solo sus miembros se dan cuenta de lo que está pasando mientras que el resto sigue la vida normal como si nada sucediese. Y por otra parte, esa condición de complot secreto también explica la falta de pruebas, es decir, no hay evidencia alguna de las actividades de los conspiradores más allá de las suposiciones, las especulaciones y la posterior lógica que de ellas deriva. Una característica bastante conveniente para cuando se exigen pruebas de su existencia. Sin embargo, eso no importa, porque nuestro afán para encontrar explicaciones es mucho mayor. En otras palabras, las teorías conspirativas no pueden ser probadas y viven de la gente que cree en ellas y las reproduce.

Una teoría conspirativa se sostiene entonces en dos pilares, uno psicológico y otro social. Mientras se alimenta de la falacia narrativa, es decir, de nuestra necesidad de encontrar explicaciones a todo, ofrece la posibilidad de pertenecer a una comunidad. Estos lazos fortalecen el apego a la narrativa y una progresiva necesidad de mantenerla en el tiempo, pues se convierten en un componente de la identidad de sus defensores.

> Digamos que pierdes la fe en todo esto. ¿Qué pasa entonces con mis relaciones personales? ¿Qué beneficio tendría para mí hacer eso? ¿Me recibiría de vuelta la gente del mundo convencional? No, les importaría un comino [...]. ¿Perdería a mis amigos de esta comunidad? Sí. Entonces, de repente, estás doblemente aislado [...]. Se convierte en una cuestión de identidad: «¿Quién soy yo en este mundo?».

Estas frases pertenecen al psicólogo Per Espen Stoknes. Se trata de una de sus intervenciones en la película *Tan plana como un encefalograma* sobre el fenómeno de los terraplanistas. Su planteamiento apunta a explicar que el arraigo emocional hacia la comunidad es incluso más fuerte que la propia fe en la veracidad de la teoría conspirativa. De hecho, el líder del movimiento, Mark Sargent, insinúa en ese mismo film que no podría dejar el terraplanismo aunque así lo quisiera, ya que sus propios seguidores se lo impedirían.

Anatomía del enemigo perfecto

Decíamos que aquellos que conozcan nuestra debilidad por encontrar coherencia ante lo que percibimos pueden utilizarla en su favor. Algunas teorías conspirativas circulantes se aprovechan para fomentar determinadas actitudes o aversiones hacia una situación u objeto. Por ejemplo, el uso que realiza Trump de la teoría del *deep state* le sirve para erosionar la confianza en las instituciones democráticas que controlan su labor.

Ahora bien, una teoría conspirativa también puede diseñarse desde el inicio y propagarse de forma intencionada. Uno de los casos más conocidos fue investigado por Hannes Grassegger y publicado en 2019. En su artículo titulado «El judío malvado», este periodista desarrolla la trama casi cinematográfica que dio vida a la leyenda de George Soros y su supuesto plan para llevar a Occidente hacia la decadencia absoluta.

En el año 2008, Viktor Orbán, jefe del partido húngaro Fidesz, conoció a dos personas que le iban a cambiar la vida. Su amigo Benjamín Netanyahu, el primer ministro israelí, le presentó a Arthur

Finkelstein y a George Birnbaum, dos expertos en comunicación que también habían trabajado para Ronald Reagan. Su especialidad era la campaña negativa, es decir, estrategias centradas en destruir al oponente más que en remarcar las virtudes del propio candidato. Orbán apostó por ellos y en 2010 logró recuperar la presidencia. Su victoria fue tan abrumadora que dejó a la oposición en absoluta descomposición. Tiempo después, cuando Orbán ya comenzaba a preparar su campaña para la reelección en 2014, Finkelstein y Birnbaum se volvieron a involucrar en un nuevo diseño estratégico. Según los especialistas en comunicación, para mantener movilizado al electorado era preciso construir un enemigo. La oposición política local continuaba sin representar un verdadero contrapunto para el primer ministro húngaro, lo que motivó el desarrollo de una idea alternativa cuya autoría correspondería a Finkelstein.

El experto sostenía que no bastaba con polarizar solo en términos políticos, sino que la confrontación también debía extenderse al plano moral. Esto permitiría fortalecer la visión del mundo del líder húngaro y, a la vez, legitimar el curso gubernamental que ya comenzaba a mostrar signos de una deriva autoritaria. Finkelstein planteó desarrollar una teoría conspirativa basada en sentimientos antisemitas preexistentes y en el rechazo popular al *establishment* financiero; y tendría como protagonista principal y causante de todos los males del país a George Soros. El banquero reunía las características ideales para el plan de Finkelstein. En primer lugar, era húngaro como Orbán, algo que le ubicaba como un contendiente propio del líder político; en segundo término, era judío, lo que despertaba aquellos resentimientos antisemitas históricos en parte de la población; en tercer lugar, era un representante de aquella élite multimillonaria de Nueva York que fomentaba el globalismo frente al interés nacional (como veremos en el capítulo 11). Para

Finkelstein, al igual que para su socio Birnbaum, George Soros era más que una contrafigura, era el enemigo perfecto.

El artículo de Grassegger también describe que para testear el grado de conocimiento de la figura del magnate ante la opinión pública húngara se mandaron hacer estudios y encuestas telefónicas sobre él y otros posibles adversarios. El resultado fue alentador y el plan se llevó a cabo. Se comenzó a difundir que Soros lideraba una conspiración internacional para desestabilizar la nación a través de una narrativa en la que se lo ubicaba como el líder del gran capital extranjero que supuestamente buscaba destruir la identidad cristiana de Hungría.

La estrategia funcionó tan bien que se convirtió en una teoría conspirativa transnacional. En Hungría, en Alemania, en Estados Unidos y hasta en Latinoamérica esta narrativa sigue presente. Todo discurso de un portavoz ultraderechista recurre a Soros como símbolo del mal, como causante de la decadencia moral de Occidente. Una conspiración que se manifiesta como otro síntoma inequívoco de la epidemia ultra. Grassegger escribe que Finkelstein ensayó una suerte de arrepentimiento al referirse a su trabajo en Hungría antes de morir: «Quería cambiar el mundo. Lo hice. Lo hice a peor».

Quien no tuvo remordimiento alguno fue Orbán, que no solo sostuvo la estrategia de desprestigio contra Soros, sino que la intensificó agregando elementos a la teoría conspirativa. Por ejemplo, lo acusó de ser el autor intelectual y el financiador de lo que la ultraderecha suele calificar de inmigración masiva. Sus ONG con su visión cosmopolita y progresista eran el blanco de sus ataques, ya que, según él, ponían en riesgo la buena moral del pueblo. En efecto, Soros, como representante de la ideología progresista, promovía todo lo que Orbán estaba decidido a combatir:

igualdad de género, respeto por las minorías y derechos reproductivos, entre otras cuestiones. Lo que el líder húngaro no suele destacar es que sus estudios en el Reino Unido, cuando el telón de acero no había caído y su ideología era profundamente liberal y democrática, fueron pagados por las becas de Hungarian Soros Foundation, la fundación de George Soros (véase el capítulo 12).

Radicalización latente

El caso de Soros y Orbán demuestra que la ultraderecha es capaz de integrar teorías conspirativas casi de forma orgánica en sus estrategias comunicativas. Esto funciona, en principio, porque son congruentes con su enfoque populista en el cual un grupo de actores, la élite, trabaja en contra de los intereses del pueblo de forma oculta y planificada. Es por ello por lo que no sorprende que muchos de sus discursos se presenten en formato de teoría conspirativa. Los ultraderechistas suelen resaltar el supuesto carácter secreto de los complots que denuncian, donde varios actores se han unido para manejar el país a favor de sus intereses. Y bajo esta premisa se construyen narrativas *ad hoc* para explicar casi cualquier cosa. Por ejemplo, para atribuirle un carácter negativo a la inmigración y sus efectos, se omite deliberadamente que se trata de un fenómeno constante en la historia de la humanidad. En su lugar, se enuncia un plan maquiavélico supuestamente financiado por ciertas fuerzas políticas interesadas en perjudicar a la población autóctona en determinado territorio.

Asimismo, gracias al carácter de plan secreto, cualquier conspiración que denuncie la ultraderecha goza de una cierta

impunidad respecto a todo intento de contraste público. En otras palabras, cualquiera que la cuestione por la falta de evidencia empírica recibirá la respuesta más obvia: «No hay pruebas porque alguien se ha ocupado de borrarlas». Como decíamos antes, el único requisito para que las teorías conspirativas funcionen es que su narrativa sea coherente; el sesgo de confirmación reemplaza la inexistencia de pruebas, es decir, tendemos a aceptar todo lo que afirme nuestras creencias preexistentes. De esta forma, la ultraderecha subsana la necesidad de certidumbre en los sectores del electorado más vulnerables psicológicamente, aquellos que suelen vivir con mayores miedos e inseguridades, y peor informados.

Las teorías conspirativas, además de permitir la circulación de mentiras, manipulaciones y rumores infundados, pueden tener efectos más profundos entre quienes creen en ellas. Desde ese punto de vista, se las puede definir como narrativas que inician o profundizan un proceso de radicalización. Esto significa que las teorías conspirativas facilitan el desplazamiento de algunas personas hacia posiciones extremistas que legitiman la violencia, el comportamiento antidemocrático y, en especial, favorecen la polarización.

Arie Kruglanski, junto con sus colegas de la Universidad de Maryland, desarrollaron en 2014 el modelo de las tres N, con el que explican estos procesos poniendo el foco en tres componentes. Uno motivacional, que tiene que ver con la búsqueda personal de un significado para poder hacer frente a la sensación de alineamiento o pérdida del sentido de la vida que sufren algunas personas. Al anterior se agrega el componente cultural o ideológico, que es brindado justamente por la narrativa. Aquí es donde funcionan las teorías conspirativas. Ellas ofrecen la justificación moral de todas las acciones, incluyendo las violentas, que apuntan a la consecución de

una causa determinada. Finalmente, el modelo se completa con el componente social, que se refiere a las dinámicas de grupo. Allí se refuerza el convencimiento mutuo, y al mismo tiempo funciona como espacio de reclutamiento de nuevos miembros y de difusión de la narrativa.

El modelo de las tres N —necesidad, narrativa y red (*network*, en inglés)— fue testeado en experimentos en Canadá, Pakistán, España y Estados Unidos. Los resultados demostraron que la conjunción de los tres componentes incrementa o acelera las tendencias hacia el extremismo.

El gran reemplazo

La teoría conspirativa del gran reemplazo es un ejemplo muy ilustrativo de cómo funciona el modelo de radicalización en los círculos de la ultraderecha. Esta idea se apoya en la concepción etnopluralista apuntalada por la *Nouvelle Droite* y luego desarrollada por diversos movimientos xenófobos posteriores. Según su relato, Europa estaría sufriendo una supuesta invasión a través de la inmigración masiva desde culturas foráneas. Esto impactaría negativamente en la pureza de la identidad y la cultura local. Sin embargo, no se trataría de un movimiento migratorio normal, sino de uno fomentado y financiado por diversas élites con el fin de reemplazar a la población autóctona.

Las contradicciones internas y las inconsistencias de esta conspiración saltan a la vista con su mera formulación. Solo con preguntarnos cuál sería el beneficio de dicho plan, bastaría para percatarnos de su irracionalidad. No obstante, su capacidad de penetración no ha perdido potencia; al contrario, es una de las más

poderosas dentro del imaginario ultraderechista global. Según la autora del libro *Hate in the Homeland* [Odio en la patria], Cynthia Miller-Idriss, la teoría del gran reemplazo funciona porque ofrece una estrecha conexión con el concepto de patria. Las raíces identitarias, la nostalgia por un supuesto pasado añorado y a la vez perfecto, la conexión con lo local, lo tradicional, lo propio, son elementos que se ven exaltados por esta narrativa. Así, la llegada del extranjero es vista como un factor intrusivo que pone fin al idilio y, en el mejor de los casos, representa una amenaza latente.

El escenario profetizado por esta teoría manifiesta distintas escalas del horror, según quien la formule, que van desde el reemplazo de una cultura, la local y autóctona, por otra foránea y diametralmente opuesta en términos de valores, idiosincrasia o costumbres, hasta el reemplazo literal de la población en sí misma. En esta última variante se inscribe el libro publicado en 2011 por el novelista francés Renaud Camus titulado *Le Grand Remplacement*. Allí advierte sobre ese supuesto proceso sistemático de reemplazo de los europeos originales por inmigrantes no europeos, particularmente musulmanes. Su planteamiento se acerca mucho a otra teoría conspirativa que funciona como subnarrativa de la anterior y se conoce como «Eurabia». En ella la víctima sería la cultura europea, concebida como un conjunto supuestamente homogéneo e identificable, algo que sin lugar a dudas ignora la realidad del continente. La cultura agresora por su parte, puede variar según cada relato: árabe, musulmana o, en algunos casos, africana.

El caso del Movimiento Identitario (MI) en Europa, creado durante los años 2000 en Francia con el nombre de Bloc Identitaire, lo ilustra de forma fehaciente. Dicho movimiento, que con los años ha adquirido un perfil transnacional al expandirse en varios países de Europa occidental como Austria y Alemania, se ha conformado en

torno a un objetivo fundamental: la preservación de la identidad cultural europea, definida esta última desde una concepción étnica. Con ello, el MI se arroga el derecho a dictaminar un perfil étnico europeo y contraponerlo a lo que considera extraño. Bajo esta premisa, toda actitud xenófoba o incluso racista queda legitimada en la medida en que se disfraza de una supuesta acción de defensa de la civilización europea.

Así, la teoría conspirativa del gran reemplazo provee al MI, calificado como movimiento de extrema derecha en países como Alemania —por lo que está siendo vigilado por el servicio secreto germano que busca la protección de la Ley Fundamental y la democracia en dicho país—, de una justificación ideológica para sus acciones. Además de suministrar nuevas herramientas discursivas para captar miembros, alimentando así a la red, y otorgar las bases para que personas con tendencia a la radicalización encuentren razones para sumarse a una agrupación racista.

Una de las figuras centrales del MI es el austríaco Martin Sellner. Este *youtuber* comprendió el alcance de esta narrativa y se convirtió en un divulgador de ella y, por consiguiente, de su trasfondo teórico proveniente de la *Nouvelle Droite*, con el etnopluralismo como bandera conceptual fundamental. Así, a través de sus vídeos, sus directos y sus intervenciones en pódcast y diversas redes sociales, ha construido una comunidad digital muy potente con cientos de miles de visualizaciones en torno a aquellas ideas. Su reputación lo ha llevado incluso a presentar sus planes de deportaciones masivas ante importantes empresarios y representantes de partidos políticos como Alternativa para Alemania.

En noviembre de 2023, en la casa de campo Adlon, a orillas del lago Lehnitz, en las afueras de Potsdam, Sellner tuvo la oportunidad de exponer un *masterplan* titulado «Remigración». El planteamiento

no era demasiado complejo, ya que giraba en torno a la idea de «remigrar» a aquellos que no pertenecían a la etnia local. Solicitantes de asilo, extranjeros con y sin permiso de residencia, incluso alemanes no asimilados, según los criterios de Sellner, debían abandonar el país. El austríaco, sin embargo, evitaba hablar de deportaciones. Consciente del impacto de las medidas, prefería utilizar eufemismos como los verbos «repatriar» y, sobre todo, «remigrar». En concreto, su proyecto no era más que un listado que mezclaba reformas administrativas o resoluciones gubernamentales con medidas de disuasión social para forzar a los extranjeros a abandonar el país de manera voluntaria. Por ejemplo, hablaba de revocar permisos de residencia a todo no europeo o de promulgar leyes que dificultasen la presencia de restaurantes extranjeros.

El *affaire* del encuentro con Sellner fue expuesto unas semanas más tarde en enero de 2024 por una investigación periodística del colectivo Correctiv. Esto generó una reacción social importante en la población alemana que llevó a cientos de miles de personas a protestar en las calles y manifestar su rechazo al racismo y la xenofobia.

El Brexit y el poder incremental de las teorías conspirativas

¿Qué sucede cuando estas teorías conspirativas penetran en la política, es decir, cuando dejan de ser parte de las fantasías apocalípticas de grupos extremistas como el MI y consiguen repercusión en los discursos políticos de los grandes partidos? La teoría del gran reemplazo o Eurabia, en concreto, son un ejemplos relevantes para comprender que este tipo de narrativas produce también un impacto acumulativo a lo largo del tiempo, silencioso

pero profundo. Más allá de los daños directos y fácilmente observables, como cuando fomenta acciones radicalizadas que culminan en ataques racistas con agresiones físicas o incluso asesinatos, estas teorías dejan una huella latente en el debate público.

A veces, esa latencia es retomada por un partido político o un líder oportunista que ve en ella la ocasión para aprovecharse de los miedos o las inseguridades de una parte del electorado. Así, en determinados contextos somos testigos del poder potenciador que poseen estas teorías, por ejemplo, en momentos tan trascendentales como el del Brexit en el Reino Unido.

En 2013, el entonces primer ministro David Cameron prometió que en caso de ganar las elecciones de 2015 convocaría un referéndum para determinar si su país debía permanecer o no en la Unión Europea. El resultado es conocido: el 51,89 por ciento de los votantes se inclinaron por la salida del Reino Unido. Dicho plebiscito le dio un fuerte espaldarazo a un partido político euroescéptico que desde 2004 venía creciendo en el país. Bajo la dirección de Nigel Farage, el Partido de la Independencia del Reino Unido (United Kingdom Independence Party o UKIP), consiguió rentabilizar el discurso eurófobo y se adueñó del *leave*, es decir, de votar a favor de la salida de la Unión Europea.

Lo interesante del crecimiento de la visibilidad del UKIP yacía en que era un partido que desde hacía tiempo intentaba captar el descontento de ciertos sectores obreros a través de posicionamientos antiinmigración. En la base de sus consignas se vislumbraban posiciones nativistas e influenciadas por la teoría conspirativa del gran reemplazo. Según un estudio de la Universidad de Cambridge, el 31 por ciento de quienes votaron por el Brexit manifestaron creer en la conspiración. Aceptaban la idea de que la

inmigración musulmana era parte de un plan, cuyo objetivo consistía en convertir a ese grupo en la mayoría. El dato no debería sorprender si tenemos en cuenta que durante años el debate público en el Reino Unido procuró relacionar el sentimiento euroescéptico con los mencionados posicionamientos antiinmigración. Que el voto a favor del Brexit contenga un fuerte componente nativista es una consecuencia lógica.

Ahora bien, aquella característica llegó aún más lejos, pues el discurso del UKIP penetró en otros partidos políticos. Entre los *tories* se agudizó una profunda división interna. Casi la mitad de los representantes del Partido Conservador en el Parlamento promovían la salida de la Unión. Dicho sector, buscando satisfacer a parte de su electorado euroescéptico, abrazó no solo el Brexit, sino la agenda radicalizada que lo acompañaba. En otras palabras, normalizaron por completo una narrativa cuyas raíces se entrelazan con la teoría conspirativa del gran reemplazo.

El resultado del Brexit es multicausal y adjudicarlo solo al componente antiinmigración sería reduccionista. Sin embargo, en el marco de la búsqueda de los síntomas de la epidemia ultra, en particular con relación a sus narrativas, es evidente que el proceso de la salida del Reino Unido de la Unión Europea representa otro ejemplo del efecto de las ideas identitarias de los ideólogos de la *Nouvelle Droite* de finales de los años sesenta y de su expresión más radicalizada: las teorías conspirativas.

El supremacismo blanco

En Estados Unidos, la teoría del gran reemplazo también ocupa un lugar fundamental para las corrientes extremistas. Al igual que el MI

en Europa, diversos grupos en el país norteamericano han adoptado la visión identitaria al importar las ideas de la *Nouvelle Droite* francesa. Así, dentro de la extensa tradición del supremacismo blanco histórico de Estados Unidos ha cobrado fuerza un sector que propone la creación de un etnoestado blanco separado del resto del país. La premisa de este separatismo es la concepción etnopluralista, es decir, la idea de que cada cultura debe permanecer homogénea y separada del resto. Con ello intentan alejarse del racismo biológico clásico, aunque no dejan de plantear un modelo segregacionista.

«Lo necesitamos para defendernos.» Así respondía Richard Spencer al periodista de *The Guardian* Gary Young en una entrevista realizada en julio 2017. Tal como mencionamos en el capítulo anterior, Spencer se había volcado en el discurso identitario que había conocido en sus viajes a Europa. Además de la construcción de la hegemonía cultural y la lucha por el significado de los conceptos, sostenía que la solución para la raza blanca en su país dependía de la dimensión de la identidad cultural europea. Supuestamente, esa era la legítima ocupante del territorio de Estados Unidos.

Para Spencer, los blancos necesitaban su propio hábitat libre de contaminación foránea. Y en lugar de plantear el exterminio o la «remigración» del no blanco, proponía la separación del territorio en diversos estados con el fin de construir un etnoestado blanco. Desde el punto de vista narrativo, esta idea se apoya en una variante de la teoría del gran reemplazo conocida como el «genocidio blanco» (*The White Genocide*). El relato es bastante simple: la raza blanca, descendiente de los europeos, estaría sufriendo una eliminación sistemática a causa de una supuesta inmigración masiva de latinos y otras culturas foráneas, lo que convertiría a los blancos en una minoría, en primer término, para desembocar en su desaparición.

«Ninguna estrella brilla más en el cielo de los nacionalistas blancos que la idea de un etnoestado.» Así define a esta corriente la autora Alexandra Minna Stern en su libro *Proud Boys and the White Ethnostate* [Los chicos orgullosos y el etnoestado blanco]. Y la frase es muy atinada, ya que captura el aire mesiánico de esta teoría conspirativa y de su supuesta solución. Casi emulando la idea de pueblo elegido, los separatistas blancos se autoperciben víctimas de una persecución. Así logran convertir el racismo y el supremacismo intrínseco en su discurso en una suerte de destino sagrado. Se trata de un sueño de pureza y liberación que, volviendo a citar a Stern, tiene como misión principal «proteger y fortificar la blanquitud; una prueba fehaciente del concepto de palingenesia ultranacionalista que Roger Griffin identifica como la piedra fundacional del fascismo». En otras palabras, se plantea el renacer del pueblo autóctono como tal, una cuestión que vamos a retomar en capítulos posteriores.

Volvamos a aquella entrevista del periodista Gary Young a Richard Spencer. En algún pasaje de esta Spencer expresó sin titubear: «Los africanos se beneficiaron de la experiencia del supremacismo blanco». La reacción de incredulidad en la cara de Young le impedía hablar. Una oportunidad que Spencer no dejó pasar para profundizar: «Mira el nivel de vida medio de los afroamericanos en Estados Unidos. Es mucho mejor que el de cualquier africano en África».

Esta entrevista demuestra el cinismo de Spencer, del nacionalismo blanco en general, así como de todas las ideologías que se desprenden de este pensamiento. No existe un auténtico aprecio por las culturas, por su pureza ni por sus particularidades. Solo se trata de disfrazar el desprecio por aquel que es diferente. El derecho a la diferencia de De Benoist que planteamos capítulos atrás no es más

que un recurso retórico deshonesto para ocultar el racismo preexistente.

Las teorías conspirativas que usa la ultraderecha colaboran con aquel cinismo de Spencer, de Sellner y de De Benoist. Y el problema que nos toca enfrentar es su difusión cada vez más amplia. Líderes como Nigel Farage, Donald Trump o Viktor Orbán las han incorporado a la arena política y, con ello, al debate público. Ya no circulan solo entre grupos radicalizados y marginales, ni siquiera son artilugios exclusivos de partidos de la derecha radical y sus portavoces. Su expansión ha penetrado en las discusiones interpersonales y ha hecho que se conviertan en relatos recurrentes a la hora de justificar el odio o el miedo ante lo diferente y lo desconocido.

8

El club de las contradicciones

Con su carpeta en la mano izquierda, y saludando con la derecha a un auditorio lleno que lo vitoreaba de pie, Javier Milei entraba sonriente a la sala principal del CPAC México 2022, la versión latina de la Conferencia Política de Acción Conservadora estadounidense.

Se disponía a dar un discurso de casi una hora en el que desplegaría cantidades ingentes de datos, metáforas, anécdotas y comparaciones difíciles de contrastar, aunque bastante efectivas. Evidentemente, su énfasis, su verborrea y sus gestos histriónicos reforzaban una disertación por momentos inconexa, en ocasiones sobresaltada, pero con un objetivo inconfundible: defender la desigualdad.

Ante una audiencia cómplice, proclive al aplauso y a festejar sus ironías, Milei inició el relato de la sociedad de Procusto, una de sus alegorías preferidas, cuando se acercaba el minuto 47 de su alocución:

> Procusto era una persona que vivía en la antigua Grecia. Estaba obsesionado por la igualdad. Llamaba a personas a cenar a su casa, les daba alcohol [...] y los invitaba a quedarse a dormir. Entonces si [el invitado] era muy largo respecto a la cama, le cortaba las piernas, y si era muy ancho le cortaba los brazos, y si era muy corto, lo estiraba. [Procusto] era un torturador, un criminal. Eso es la tiranía de la igualdad.

La audiencia de la CPAC, cautivada por el relato de Milei, aplaudía las conclusiones del economista sobre la igualdad y el acto «sangriento» que esconde su aplicación:

> En las sociedades donde todos son iguales no hay libertad [...]. Y les voy a decir algo: cuanto más progrese una sociedad, más desigualdad habrá.

Con sus palabras, el político y economista argentino, elegido presidente de su país en 2023, expresaba la base que sostenía la Revolución Conservadora cien años antes, durante la República de Weimar. Para Milei, el problema fundamental radica en la búsqueda de la igualdad, esa es la semilla de la decadencia.

Lo más interesante de su planteamiento llega hacia el final de su discurso, cuando propone lo que él define como batalla cultural:

> Cuando se tengan que enfrentar a un socialista nunca bajen la cabeza. Den la batalla de frente porque somos superiores en lo productivo y además tenemos valores morales superiores. Porque ellos se basan en la envidia, en el odio, en el resentimiento, en el trato desigual ante la ley, en el asesinato. Nosotros solamente pensamos en cómo crear un mundo mejor para que todos estemos mejor. Por lo tanto, vamos con todo, no pueden con nosotros. ¡Viva la libertad!

El economista deja de manifiesto los vectores sobre los que transitar una lucha por la hegemonía. Sin citar a la *Nouvelle Droite*, y mucho menos a Antonio Gramsci, Milei llama a la conquista de la hegemonía cultural no solo desde el ordenamiento económico y social, sino también desde la vara moral que debe regir en una sociedad. Y eso es algo llamativo, ya que alguien que se autodefine como libertario no establecería criterios de superioridad moral, es decir, no llamaría a la imposición de valores morales colectivos.

Milei representa una corriente dentro del pensamiento libertario que es parte de la expansión de la epidemia ultra. Un desprendimiento que suele calificarse como libertarismo de derechas o paleolibertarismo. En él se fusionan distintas expresiones del

conservadurismo tradicional de Estados Unidos con otras escuelas de pensamiento económico europeo, cuyas conclusiones llevadas al extremo están reñidas con los valores democráticos más básicos.

Paradojas libertarias

Actualmente se suele relacionar las ideas libertarias con la ultraderecha, especialmente en Estados Unidos y en sus filiales en Latinoamérica, como en el caso de Javier Milei en Argentina o incluso en el de Costa Rica con el Movimiento Libertario de Otto Guevara. Sin embargo, desde su concepción ideológica, una propuesta libertaria debería tener muy poco que ver con la ultraderecha. Y aquí es donde aparece una de las contradicciones más importantes del fenómeno que debemos despejar para entender su impacto y su rol en la epidemia ultra.

Para empezar, es preciso señalar que el libertarismo plantea su base conceptual en dos aspectos correlacionados: el plano individual y el plano económico. Se trata de una ideología que sitúa a la persona y a sus intereses por encima de cualquier otro fin colectivo o social. Donde un mundo más justo y, por consiguiente, mejor, solo es posible si la libertad individual es protegida ante cualquier ataque.

En esencia, el libertarismo se sostiene en algunos principios fundamentales como la idea de la autopropiedad, un fundamento ético que afirma que cada persona es propietaria de sí misma y, por ende, de su fuerza de trabajo, de su cuerpo y de su vida. El principio de no agresión, mediante el que se prohíbe el uso de la fuerza contra personas o propiedades, es otro pilar de este pensamiento. La propiedad privada, entendida como derecho a poseer, usar y

transferir bienes obtenidos legítimamente, completaría los cimientos del libertarismo.

A lo anterior se agrega la responsabilidad individual, según la cual somos responsables de nuestros actos, además de la importancia de los acuerdos voluntarios en las relaciones comerciales en el marco de un mercado libre de regulaciones e intervenciones.

Todos estos principios llevan a los libertarios más radicales a exigir la eliminación o la reducción al mínimo del Estado. De hecho, para ellos este constituye la fuente principal de los ataques contra la libertad de las personas, porque su actuación interfiere negativamente en el plano individual, ya que afecta nuestro comportamiento al limitar nuestros deseos o intereses. El mismísimo cobro de impuestos se señala como una suerte de confiscación de bienes, y aquí es donde aparece el plano económico de esta ideología.

Uno de los representantes más importantes de esta concepción, padre ideológico de la escuela austríaca, Ludwig von Mises, sostenía que el Estado debía limitarse a proteger la vida y la propiedad privada. Tanto para Von Mises como para su discípulo Friedrich von Hayek, la sociedad funciona como un orden espontáneo. Esto significa que instituciones sociales como el mercado, el lenguaje e incluso el derecho emergen espontáneamente sin planificación ni diseño previo. Esta lógica explica la concepción del Estado como agente distorsionador de la armonía.

Bajo esas premisas, el libertarismo despliega todas sus derivaciones y corrientes internas. Incluso dentro de este pensamiento coexisten posturas como el minarquismo y el anarcocapitalismo. El primero acepta la presencia de un Estado mínimo, también llamado «Estado guardián», restringido a la defensa, la justicia y la seguridad. El segundo lo desarrollaremos en

el próximo apartado, pues antes es importante explicar brevemente la historia del conservadurismo estadounidense. Esto nos permitirá entender cómo este pensamiento radical consigue ocupar lugares de influencia en la política.

Después del crac de 1929, el presidente de Estados Unidos Franklin Delano Roosevelt puso en marcha un programa social integral conocido mundialmente como el *New Deal*. Esta decisión del gobierno generó una importante resistencia desde la derecha del espectro político y por parte de algunos grandes empresarios. Según sus detractores, la política social que planteaba aquel programa ponía en cuestión algunas ideas conservadoras históricas respecto del rol del Estado, como su intrusión en el libre mercado, y despertaba resquemores en relación con la intangibilidad de la propiedad privada.

El académico alemán Thomas Kestler, en su investigación sobre el conservadurismo estadounidense, explica que aquella resistencia generó una paradoja, ya que puso en pie un movimiento populista que, en lugar de pelear por los intereses del pueblo, defendía los de los grandes miembros del *establishment* económico. Dicha paradoja radicaba en que la oposición al gobierno y a su política intervencionista afirmaba que el *New Deal* atentaba contra la autonomía de instituciones conservadoras fundamentales, como la familia y la comunidad. En este contexto, ciertas ideas libertarias, en parte provenientes de la escuela austríaca, comenzaban a ganar algo de influencia a la hora de construir argumentos económicos y políticos. Sin embargo, no fue hasta la profundización de la Guerra Fría y de la doctrina anticomunista cuando las ideas de Estado mínimo obtuvieron mayor relevancia.

Anarcocapitalismo

Si bien existían coincidencias entre libertarios y conservadores, las diferencias persistieron, por lo que aparecieron escisiones que dieron lugar a espacios nuevos. El anarcocapitalismo fue una de esas nuevas corrientes. La impulsó Murray Rothbard, un economista discípulo de Von Mises y regularmente citado por Javier Milei en sus alocuciones. Rothbard disentía del minarquismo en la idea de que un gobierno mínimo era necesario para administrar y gestionar determinadas cuestiones básicas como la defensa, las fuerzas de seguridad y la justicia para dirimir conflictos legales; esto también incluía actividades que no pueden ser solventadas por el mercado, como la existencia de un cuerpo de bomberos, por el hecho de no ser rentables.

Rothbard no estaba de acuerdo con esta visión en absoluto ya que, desde su punto de vista, el Estado constituía un elemento ilegítimo cuya acción, cualquiera que fuera, representaba un ataque a la libertad individual. Tal vez el ejemplo más ilustrativo sea su posición respecto al cobro de impuestos:

> Todas las personas y grupos en la sociedad —salvo los criminales [...]— obtienen sus ingresos de manera voluntaria: ya sea vendiendo bienes y servicios al público consumidor, o mediante donaciones voluntarias [...]. Solo el Estado obtiene sus ingresos mediante la coerción, amenazando con severas sanciones si no se entrega el dinero requerido. Esa coerción se conoce como «imposición tributaria», aunque en épocas menos reglamentadas solía llamarse «tributo». Los impuestos son pura y simplemente un robo. Un robo a gran escala que ningún criminal reconocido podría siquiera aspirar a igualar. Es una confiscación forzosa de la propiedad de los habitantes o súbditos del Estado.

Este fragmento corresponde al libro *La ética de la libertad* (1982), donde Rothbard plantea las bases de su teoría. En el anarcocapitalismo no solo es importante la desaparición de todo

impuesto o regulación; también se menciona la necesidad de privatizar tanto la justicia como la seguridad interna.

Esos conceptos, como ya se ha mencionado, son los que retoma Javier Milei. De hecho, el economista argentino se hizo famoso en la televisión al repetir incansablemente los postulados de Rothbard en cada *talk-show* al que lo invitaban. Con un estilo vehemente y en ocasiones violento, agitaba el debate con sus consignas antiestatales. En apenas unos años de presencia en los medios consiguió formar una fuerza política que lo llevó a convertirse en diputado nacional en 2021. En ese momento, Milei se autodefinía como anarcolibertario, un posicionamiento que sufriría cambios a medida que avanzaba su carrera política.

Un giro estratégico

La situación en Argentina presentaba un escenario de oportunidad para una propuesta política novedosa y rupturista que solo podía liderar un *outsider*. Los últimos dos periodos de gobierno habían quedado lejos de las expectativas que habían levantado en sus inicios. Tanto el peronismo de Cristina Fernández de Kirchner, que regresó al poder en 2019 como vicepresidenta, como la coalición liderada por Mauricio Macri que la había precedido, no pudieron cumplir con lo prometido. Al contrario, las dificultades económicas del país se profundizaron y derivaron en una desconfianza cada vez mayor hacia estos liderazgos políticos. El problema es que se trataba de las dos opciones mayoritarias. No había alternativa, ¿o sí?

En 2023, cuando se inició la campaña de las elecciones presidenciales, pocos veían posibilidades de que una tercera opción se impusiera. La mencionada ventana de oportunidad que generaba

la desconfianza y decepción en las propuestas políticas del kirchnerismo y del macrismo pasó desapercibida para los analistas. El proyecto político libertario liderado por los solitarios diputados Milei y Victoria Villarruel desde sus escaños en el Congreso había sido apenas un espasmo temporal para vehicular el descontento en las elecciones legislativas dos años antes. Pero de ninguna manera representaba una amenaza para las ambiciones políticas de los partidos históricos.

¿Quién votaría por el histriónico economista despeinado que gritaba e insultaba en los platós de televisión durante la tarde? ¿Cómo confiar en una persona como Javier Milei, que hablaba de dinamitar el Banco Central, desguazar el estado de bienestar, reemplazar la escuela pública por la privada con la entrega de vales a cada familia y hasta de la creación de un mercado de órganos? ¿Por qué tendrían éxito las ideas de Rothbard en un país como Argentina, donde el papel del Estado ha sido tradicionalmente concebido como garante de derechos y equilibrio social?

De hecho, los resultados de un estudio publicado en 2024 por el Programa de Investigación Regional Comparada de la Estructura Social Argentina, formado por quince universidades, indicaba que la inmensa mayoría de la población estaba a favor de la presencia estatal en diversos ámbitos sociales, como por ejemplo mantener la gratuidad de los hospitales públicos (78 por ciento a favor) y de la educación pública (86 por ciento), o sostener las regulaciones sobre el mercado inmobiliario y los topes de alquileres (76 por ciento).

Frente a este escenario, alguien le recomendó a Milei agregar otra dimensión a su estrategia comunicativa. Era necesario condimentar sus intervenciones públicas con una estructura narrativa que no se centrara solo en las ideas libertarias. Las primeras muestras de este cambio se escucharon el día en que se convirtió en diputado

nacional, el domingo 14 de noviembre de 2021. Frente a una veintena de periodistas que lo esperaban en la puerta de la escuela en la que ejerció su derecho a voto, el libertario decía lo siguiente:

> Yo no soy un político, yo soy un *outsider* [...] entiendo las reglas del juego, me meto al sistema para justamente terminar con esta casta política que nos ha empobrecido a todos [...] es entrar al sistema para barrer el *statu quo*.

Estas palabras reflejan el giro estratégico de su discurso, que sin lugar a dudas desvela un enfoque populista clásico en el que señala la existencia de una élite corrupta y perjudicial, en este caso la «casta política», que debe ser derrotada por el bien de todos. Por un lado, la incorporación del concepto de casta le permite a Milei construir un enemigo mucho más identificable que el ente abstracto que representa el Estado como tal. Desde el punto de vista emocional y movilizador, es mucho más fácil indignarse, repudiar y hasta odiar a un político con nombre, apellido e historia detrás de él que al Estado como concepto. Pero por otro lado, con esta estrategia, Milei también consigue añadir otro relato a su repertorio. Uno mucho más épico y bastante común en las expresiones políticas de la derecha radical: el de la batalla cultural.

Aquel domingo de noviembre de 2021, unas horas después de la primera entrevista, otra periodista lo abordó para consultarle por sus primeras sensaciones al conocerse que efectivamente sería diputado: «Hemos logrado correr el eje del debate, hemos ganado la batalla cultural».

La tiranía de la igualdad

El discurso citado al inicio de este capítulo tuvo lugar durante el periodo de dos años en el que Javier Milei ejerció como diputado

nacional. En ese tiempo fue modificando poco a poco varias facetas tanto de su perfil público como de su repertorio ideológico. Por un lado, abandonó paulatinamente las apariciones televisivas que lo mostraban desencajado para reemplazarlas por entrevistas más tradicionales. Por otro, incorporó posicionamientos políticos que no habían estado tan presentes hasta el momento. Temas que tenían mucho más que ver con la agenda ultraderechista que con sus posiciones estrictamente libertarias.

Así fue como aumentó su participación en diferentes foros internacionales como la CPAC o la Cumbre de la Iberosfera, donde se reunían los portavoces de la derecha radical global. En dichos espacios, Milei forjó amistades políticas con líderes de partidos de la derecha radical como Santiago Abascal o Hermann Tertsch, ambos de Vox, Giorgia Meloni (Italia), Jair Bolsonaro y su hijo Eduardo (Brasil), José Antonio Kast, del Partido Republicano de Chile, y Eduardo Verástegui, del movimiento ultraconservador Viva México.

En cada una de las conferencias a las que asistía, Milei se involucraba en debates que hasta hacía muy pocos años eran inexistentes en su discurso. Y no solo eso, sino que las opiniones que expresaba manifestaban una estricta adhesión a los marcos interpretativos de la ultraderecha. Como si necesitase probar su acercamiento ideológico a esa familia política. Un ejemplo de ello es su negacionismo sobre la crisis climática. Milei descalificaba los diagnósticos científicos al asegurar que el cambio climático no es más que un proceso natural y no una consecuencia de las acciones del hombre. Aunque también le agregaba su prisma anarcolibertario para realizar propuestas, como cuando planteó privatizar los ríos para que la contaminación de estos represente una violación de la propiedad privada y, en consecuencia, sea condenable. En caso contrario, al ser de dominio público, el hecho de contaminar un río

no sería un problema. El aspecto social de cuidar el medio ambiente quedaba así absolutamente eclipsado.

Otro tema bastante revelador de este acercamiento hacia la ultraderecha y sus valores fue su rechazo al aborto. Más allá de argumentar el porqué de su posicionamiento, Milei no vacilaba a la hora de difundir teorías conspirativas que explicaban las supuestas razones del progresismo para defender la interrupción voluntaria del embarazo. Según él, se habría celebrado un pacto secreto en el Club de Roma que, siguiendo la teoría malthusiana y ante la escasez de recursos, habría decidido reducir la población mundial mediante la promoción del aborto. Un relato que fue largamente aplaudido en aquellos foros ultraderechistas, como la CPAC de 2022 en México.

Pero lo más importante del discurso de Milei en esa conferencia radica en el concepto de tiranía de la igualdad que mencionamos al inicio. Una idea sobre la que su referente intelectual, Murray Rothbard, ya había escrito en su ensayo *El igualitarismo como revuelta contra la naturaleza*, publicado en los años setenta. El ideólogo libertario sostenía que la igualdad va contra la naturaleza humana, esencialmente porque somos distintos. Según su visión, las diferencias biológicas, intelectuales y de comportamiento, inherentes al ser humano, indican que buscar la igualdad implica renegar de lo evidente. Pero también plantea que el verdadero problema de la búsqueda de la igualdad es que deviene en tiranía. Solo mediante la coerción es posible modificar la realidad, es decir, la naturaleza desigual del ser humano.

La conclusión de Rothbard, y también de Milei, es que luchar por la igualdad es algo absurdo, un error y hasta un crimen. Dicho planteamiento se convirtió en un arma discursiva clave para avanzar en su batalla cultural en Argentina. Y es que Milei consiguió dañar el amplio consenso en el debate público sobre el estado de bienestar

en su país. No porque no haya habido críticos en el pasado, de hecho los hubo y muchos, sino porque fue capaz de plantearlo dentro de una narrativa populista y en un contexto de desazón y desconfianza en todo el resto de la oferta política presente. En otras palabras, Milei llegó al lugar adecuado en el momento indicado.

Con la idea de que la igualdad es un crimen, Milei podía argumentar fácilmente que las políticas de justicia social implementadas durante décadas en Argentina eran la causa de la decadencia presente. Su narrativa populista que apuntaba contra la casta política hizo el resto del trabajo.

A pocos días de las elecciones presidenciales, el candidato expresaba lo siguiente en una entrevista:

> A los argentinos de bien yo les quiero devolver esa plata, a los argentinos de bien, los que laburan como usted, como él, como él, como cada uno de esos y sacárselo a los políticos ladrones. [...] Yo le hago una pregunta, ¿robar a usted qué le parece? ¿Está bien o está mal? [...] Los que estamos en el pensamiento de que robar está mal de un lado, y del otro lado están los chorros [ladrones] [...]. La grieta no es ideológica [...] es moral.

El economista tenía muy claro que discursivamente necesitaba construir ese enemigo moral. Sin embargo, la batalla cultural de Milei no era solo contra los políticos, eso era apenas un medio; la verdadera batalla fue contra la idea de Estado presente, contra la lógica histórica que había regido en el país sudamericano durante tanto tiempo. Su mayor victoria fue instalar en la agenda pública la idea de la tiranía de la igualdad.

PALEOLIBERTARIO: ¿OXÍMORON O PRAGMATISMO?

Volviendo a Rothbard y a la transición ideológica de Milei en su acercamiento a la ultraderecha, suena raro formular que un libertario

coincida con las ideas conservadoras. Sin embargo, lo que sí parece imposible es pensar que el libertarismo y la ultraderecha puedan ser compatibles. Es decir, una ideología individualista debería ser hostil a una visión identitaria, como la que plantea la ultraderecha. Se trata de una disonancia cognitiva evidente. Sin embargo, una cosa es la teoría y otra la práctica.

En el libro *La derecha alternativa internacional*. *¿Fascismo para el siglo XXI?*, Patrik Hermansson y sus colegas dedican un capítulo entero a este oxímoron. Explican que la cercanía entre estas dos corrientes políticas se debe a un solapamiento en ciertos temas, aunque sus motivaciones y razones para defender un determinado posicionamiento político sean muy diferentes. Por ejemplo, el rechazo a la discriminación positiva es compartido por ambas, pero por causas distintas. Pensemos en el caso de la cuota femenina, es decir, en la obligación de una determinada organización a contratar un porcentaje mínimo de mujeres. Mientras que los libertarios lo ven como una medida que ignora el mérito y las aptitudes de un candidato para un puesto de trabajo, además de considerarlo una agresión a la libertad de la empresa a elegir a quién contratar sin imposición externa, los ultraderechistas ponen el foco en el antifeminismo. Para estos últimos el problema radica en una discriminación hacia los hombres, que se ven perjudicados por leyes impulsadas por el feminismo, o lo que ellos denominan ideología de género.

Hermansson plantea muchas coincidencias como la anterior en la agenda de libertarios y ultraderechistas: el discurso antigubernamental, que incluye la defensa de teorías conspirativas como las del *deep state*, la cuestión del control de armas o la instrumentalización de la libertad de expresión, que utilizan como herramienta para justificar discursos de odio o desinformación. Se

podría decir que el libertarismo y la ultraderecha son como viajeros que comparten el camino, se llevan bien entre sí y hasta coinciden en alguna cuestión particular, pero en esencia son dispares, piensan diferente y actúan movilizados por razones distintas. ¿Cómo es posible que esta alianza perdure en el tiempo? Un interrogante que ofrece solo dos respuestas: una ruptura o una asimilación.

El nacimiento de los paleolibertarios es una muestra de que se ha impuesto la segunda opción. Pensadores como el mencionado Murray Rothbard o su discípulo Lew Rockwell, fundador del Instituto Mises, encabezaron en los años noventa esta nueva corriente que asimila valores sociales más tradicionalistas, incorpora el nativismo como prisma moral y añade incluso visiones darwinistas en términos de diferencias raciales y posiciones jerárquicas. Al mismo tiempo, en cuestiones económicas, mantiene sus premisas básicas de Estado mínimo, gobierno limitado, propiedad privada sacralizada y libertades individuales como valor máximo. Treinta años más tarde, Milei se ha convertido en el exponente político que ha logrado llevar esta ideología mixta a lo más alto del poder en un país.

Este pensamiento paleolibertario se diferencia del paleoconservadurismo (véase el capítulo 6) en aspectos como el proteccionismo y el nacionalismo. Es decir, mientras que los primeros ponen énfasis en visiones radicales sobre el libre mercado y sus virtudes, los paleoconservadores apuntan a la protección de los intereses nacionales, incluso apelando a cierta intervención estatal. De ahí deriva la segunda gran diferencia: su relación con la autoridad y con el rol del gobierno. Y es que los paleoconservadores, además de aceptar que el Estado debe estar presente hasta cierto punto para garantizar la soberanía económica del país, también son proclives a su intervención para dictar ciertos límites morales y fomentar las tradiciones. Esto último representa un problema para

los paleolibertarios, que pueden coincidir y defender esos valores tradicionales, pero rechazan el involucramiento estatal para forzar su respeto. Más allá de las diferencias entre sí, en la actualidad ambas corrientes han coincidido bajo el gran paraguas de la *alt-right* en Estados Unidos y de la ultraderecha a nivel global.

«El dios que falló»

En 2001, uno de los principales referentes de la esfera intelectual paleolibertaria, Hans-Hermann Hoppe, publicó el libro *Monarquía, democracia y orden natural* (también conocido por algunas traducciones como *Democracia: el dios que fracasó*). Este pensador alemán se propuso demostrar que la democracia no es el punto culminante de la evolución política de Occidente, sino, por el contrario, su fase más decadente.

Hoppe sostiene que la democracia, o lo que él define como un *publicly-owned government* (gobierno de propiedad pública), incentiva el pensamiento a corto plazo entre los políticos que ocupan cargos de la Administración, obcecados exclusivamente en satisfacer los intereses de los grupos más poderosos, en busca de apoyos para lograr su reelección. Esa lógica, basada en el egoísmo de los representantes públicos, conduce inevitablemente —según Hoppe— a un aumento del gasto estatal, a mayores cargas impositivas y a una expansión continua de las regulaciones. En resumen, para el autor, un gobierno democrático elegido por el pueblo acaba trabajando en su contra.

Siguiendo su razonamiento, el intelectual plantea la monarquía absoluta como un sistema mucho más útil que el democrático. Lo llama *privately-owned government* (gobierno de propiedad privada)

y su principal característica, a diferencia de la democracia, es que su líder, es decir el rey, tiene muchas más razones para pensar en el largo plazo, ya que quiere preservar su propiedad y sostener su dinastía en el tiempo. Según Hoppe, ese monarca tendría muchas más motivaciones que un político para observar y proteger los intereses del país.

En cualquier caso, el paleolibertario concluye que ambos sistemas, monárquico y democrático, no dejan de ser inferiores a lo que él considera el «orden natural» y que describe como una sociedad sin Estado, basada en la propiedad privada. Sus miembros se asociarían libremente y todo estaría dado por la libre competencia entre proveedores de todos los bienes y servicios necesarios para la vida en armonía, incluyendo educación, salud, transporte y medios de comunicación. En su visión, el anarcocapitalismo es la clave, y en dicho sistema hasta la defensa, la seguridad interna y las leyes serían producto de la iniciativa privada dentro de un libre mercado. Sobre estas ideas de Hoppe hablaremos más adelante en el capítulo 16, que trata sobre el magnate tecnológico Peter Thiel y el movimiento neorreaccionario.

La utopía, o tal vez distopía, de Hoppe ha inspirado a miles de libertarios en todo el mundo. En el libro *Un libertario se encuentra con un oso*, el periodista Matthew Hongoltz-Hetling narra la historia de Grafton, un pequeño pueblo estadounidense en el que un grupo de simpatizantes intentó fundar en 2004 el Free State Project. El objetivo era replicar el modelo de Hoppe. Así, lograron reducir el presupuesto municipal y con ello eliminaron servicios esenciales como el mantenimiento de rutas y la calefacción de edificios públicos, entre otras acciones. Sin embargo, el plan no salió como esperaban y las consecuencias fueron nefastas, ya que la falta de todo tipo de regulaciones y servicios básicos promovió la

criminalidad, aumentó la delincuencia sexual y hasta fomentó la presencia de osos en la zona por la cantidad de basura y comida disponible en el pueblo tras la falta de un plan para el tratamiento de los residuos.

Aquel supuesto orden natural defendido por Hoppe, presentado como una sociedad armoniosa y autorregulada, terminó por convertirse en la ley del más fuerte. Si el Estado desaparece y todo queda a merced de la competencia sin límites, es evidente que solo quienes posean recursos, poder económico o influencia serán capaces de imponer sus intereses. Así, el anarcocapitalismo acaba desembocando en un darwinismo social extremo, que en la práctica se parece mucho a las utopías autoritarias de la *alt-right*. Retomando lo mencionado por Hermansson, los caminos ideológicos y las motivaciones pueden ser distintos, pero el resultado converge en lo mismo: jerarquías rígidas, desigualdad y marginación de quienes no pueden competir por esa supuesta libertad absoluta.

¿Crees en la democracia?

Hay destellos de la visión más radicalizada de libertarismo en algunas expresiones de Javier Milei, quien ha mostrado ciertas reticencias a expresarse a favor del sistema democrático. En medio de la campaña presidencial de 2023, durante otra de las tantas entrevistas televisivas que brindó, una periodista le preguntó si creía en la democracia. El economista, entre balbuceos, respondió lo siguiente: «¿Conoces el teorema de la imposibilidad de Arrow?».

Además de negarse a decir que sí, lo cual ya es todo un mensaje en un contexto electoral —sobre todo en un país que tuvo reiteradas interrupciones democráticas, incluyendo la última dictadura cívico-

militar que dejó treinta mil desaparecidos—, Milei cita al economista Kenneth Arrow. El teorema desarrollado por este autor plantea que no existe un sistema de votación perfecto que convierta las preferencias individuales en una decisión colectiva justa y coherente cuando hay tres o más opciones. En otras palabras, la voluntad popular no se refleja fielmente tras una votación.

Pese a que es importante conocer las limitaciones de la democracia, también es importante comprender que los valores democráticos van más allá de las votaciones. Una democracia y sus instituciones garantizan los derechos y libertades de su ciudadanía, ofrecen instancias para resolver conflictos sin recurrir a la violencia ni a la ley del más fuerte, bloquean el ascenso del autoritarismo a partir de sus mecanismos de control formales e informales. Y si bien es cierto que estos elementos pueden corromperse o necesitan de correcciones en determinados momentos y lugares, también es innegable que sin la democracia tendríamos serios problemas para ser libres, asociarnos, desarrollar un proyecto, apoyarnos mutuamente y ser prósperos viviendo en armonía y con leyes justas para cada persona. Casi todo lo que supuestamente exige un libertario.

¿LIBERTARIO POR CONVENIENCIA?

El 10 de diciembre de 2023, Javier Milei asumió la presidencia de Argentina y se convirtió en el primer mandatario anarcocapitalista de la historia. Al menos, así podría definirse si nos atenemos a sus promesas electorales. Una vez sentado en el sillón de Rivadavia —nombre con el que se conoce a la silla presidencial de la Casa

Rosada—, su postura frente al papel del Estado empezó a matizarse, al menos en la práctica.

El 29,9 por ciento de los votantes en la primera vuelta y el 55,6 por ciento en la segunda respaldaron a un candidato que proclamaba su intención de dinamitar el Banco Central, eliminar el peso como moneda nacional para reemplazarlo por el dólar estadounidense, reducir al mínimo indispensable las estructuras del Estado y privatizar todo lo que pudiera privatizarse. Según su visión, ese era el camino para que Argentina se convirtiera en una potencia en apenas tres décadas.

Pero ¿se imaginaba realmente un periodo tan extenso en el poder o se trataba de una forma de hablar? Sus declaraciones públicas, como hemos visto, permiten dudarlo, ya que nunca ha dejado del todo claro cuál es su verdadero compromiso con la democracia. Lo relevante, sin embargo, es que desde su llegada al poder Milei aplicó la crudeza del anarcocapitalismo en algunos aspectos muy concretos, mientras que en el resto adoptó una postura más cercana al paleolibertarismo. Esta corriente, como ya hemos señalado, combina el fundamentalismo del mercado con rasgos autoritarios y conservadores en el terreno social y cultural.

Con el objetivo de eliminar lo que en economía se conoce como déficit fiscal —es decir, reducir el gasto público—, el gobierno de Milei no dudó en desmantelar programas sociales y ayudas destinadas a distintos grupos vulnerables. En su discurso, recibir apoyo estatal se asocia a la pereza del beneficiario y se contrapone a la figura de quien tiene un empleo formal y registrado. En otras palabras, se presenta como una forma de injusticia.

Las sociólogas y especialistas en discurso de odio Micaela Cuesta y Lucía Wegelin, en su libro *Política y prejuicio*, desarrollan el entramado conceptual que sustenta la narrativa de Milei y, al mismo

tiempo, sirve para justificar gran parte de sus decisiones de gobierno. Según las autoras, existe un prejuicio antiestatal que señala a ciertos grupos como incapaces de ser autosuficientes, de acuerdo con el mandato del emprendedor que defiende la visión libertaria. En este marco, «los dependientes» se convierten en objeto de hostilidad y, a la vez, en pieza clave para legitimar sus políticas.

Ese prejuicio abre la puerta a un discurso deshumanizante que elimina o reduce la empatía hacia quienes reciben algún tipo de apoyo estatal. Bajo esa lógica, la eliminación de medicamentos gratuitos para jubilados y pensionados de bajos ingresos, el veto presidencial al aumento de las jubilaciones, los recortes en programas para personas con discapacidad, la suspensión de 27.000 planes sociales o el cese del envío de alimentos a comedores comunitarios se presentan como medidas racionales y necesarias contra quienes —según ese prejuicio— se aprovechan de los recursos públicos.

El gobierno es consciente de que golpear a jubilados que trabajaron y aportaron toda su vida, a personas con discapacidad o a familias que apenas llegan a fin de mes resulta impopular. Por eso, su estrategia narrativa consiste en ignorar las consecuencias de estas decisiones, desatender cualquier reclamo o incluso cuestionar a quienes denuncian los perjuicios ocasionados.

Ahora bien, esa visión anarcocapitalista, reforzada con un componente populista que le permite hablar de las élites —o, en su retórica, «la casta»—, no se ha aplicado como se esperaba en todos los ámbitos. Un ejemplo claro es el fortalecimiento del aparato de seguridad e inteligencia del Estado, que en los primeros meses de gestión recibió un incremento presupuestario superior al 250 por ciento. Más allá de la falta de transparencia que supone destinar

buena parte de esos fondos a «gastos reservados» —lo que exime a la Agencia de Inteligencia de rendir cuentas sobre su uso—, la apuesta por un Estado vigilante contradice de manera evidente las posiciones libertarias más ortodoxas.

Otro aspecto que lo aleja de la visión anarcolibertaria son las intervenciones de su gobierno en el mercado laboral, donde ha impedido que sindicatos y patronales negocien salarios de manera libre al imponer topes o desestimar acuerdos alcanzados. También implementó controles de precios en sectores específicos, como el de la sanidad privada.

En el plano internacional, la política exterior aparece fuertemente condicionada por las posiciones ideológicas del presidente. Esto podría interpretarse como una decisión lógica en la construcción de alianzas, pero al mismo tiempo ha generado tensiones diplomáticas que debilitaron la relación con países como los integrantes de los BRICS. Un movimiento que contradice, en la práctica, la defensa irrestricta del libre comercio propia del ideario libertario.

Incluso Hans-Hermann Hoppe, uno de los principales referentes teóricos del anarcocapitalismo, ha cuestionado la gestión de Milei. En una entrevista concedida a una publicación austríaca vinculada a la extrema derecha, afirmó estar de acuerdo con sus reformas, aunque las consideró insuficientes: «No fueron gran cosa». Señaló que ni la eliminación del Banco Central ni la reducción del Estado se cumplieron realmente. El primero sigue funcionando y los cambios en la estructura estatal se redujeron a simples reorganizaciones burocráticas. Su crítica más severa se centró en la política exterior, donde acusó a Milei de traicionar los principios libertarios de neutralidad y antiintervencionismo al acercarse a la OTAN, negociar con el FMI y, sobre todo, abandonar el espíritu *antiestablishment* que —según Hoppe— define al libertarismo auténtico.

¿Es Milei un traidor a la causa libertaria? ¿Aprovechó su perfil rupturista y novedoso en un contexto de desasosiego social tras el fracaso de los grandes partidos? ¿O, simplemente, al llegar al poder comprendió que aquella ideología era inviable, o peor aún, descubrió que no le convenía aplicarla?

Las respuestas a estos interrogantes llegarán con el tiempo, cuando su gobierno pueda evaluarse en perspectiva. Lo evidente, en esta primera etapa, es su apuesta por acentuar el carácter autoritario y ultraconservador de su estilo y de su agenda política. Desde su llegada a la presidencia, la narrativa oficial ha promovido la necesidad de un orden social rígido y tradicionalista, de la obediencia a las decisiones gubernamentales sin mayor cuestionamiento y de reducir la crítica al mínimo indispensable.

En esa línea, Agustín Laje —ideólogo y publicista argentino, presidente de la Fundación Libre (antes Faro), un *think tank* ultraconservador estrechamente ligado a Milei— sostiene que el mandatario es «un libertario de derechas con una agenda cultural conservadora». Una definición que ayuda a entender su insistencia en polemizar sobre cuestiones de género, feminismo y derechos reproductivos, cada vez más atravesadas por un componente religioso de tintes casi esotéricos. El cristianismo, las referencias al judaísmo en actos públicos y las alianzas con sectores evangélicos y neopentecostales marcan ese giro ultraconservador que comenzó años atrás, en sintonía con referentes de la ultraderecha global, y que se ha profundizado tras su llegada al poder.

Un ejemplo reciente fue su intervención en el Foro de Davos en enero de 2025, donde, alejándose de la agenda económica que caracteriza al encuentro, dejó en evidencia el peso creciente del componente ultraconservador del paleolibertarismo en su discurso.

Allí no tuvo filtros: vinculó la homosexualidad con la pederastia y calificó al *wokismo* como «el cáncer que hay que extirpar».

El descalificador profesional

Decíamos que, además del componente ultraconservador, Milei se caracteriza por un marcado estilo autoritario, probablemente el rasgo que menos ha escondido desde su irrupción política. Su tono agresivo ha sido siempre su marca registrada: lo que para algunos era una debilidad, para otros se convirtió en virtud. Al fin, alguien se atrevía no solo a decir, sino a gritar con vehemencia lo que muchos pensaban.

En un estudio sobre narrativas radicalizantes que llevé adelante en el Merian Center for Advanced Latin American Studies (CALAS), el análisis del caso Milei reveló una estrategia discursiva recurrente: la descalificación y deslegitimación del adversario. Los resultados mostraban un denominador común entre varios exponentes de la derecha radical analizados —José Antonio Kast, Fabricio Alvarado, Eduardo Verástegui y Javier Milei—: la conversión del adversario político en enemigo de la nación. En este esquema, el opositor no encarna un proyecto diferente, sino un peligro para la patria, pues su agenda es presentada como criminal, siniestra o incluso inmoral.

No obstante, el caso de Milei mostraba una diferencia sustancial. Sus narrativas, además de descalificar moralmente al competidor, buscan inicialmente ridiculizarlo. Señala incoherencias lógicas, cita datos para exponer supuestas falsedades y marca falacias de todo tipo con el fin de desestimar cualquier visión distinta a la suya.

Ese estilo, marcado por la descalificación y a menudo por la burla, no solo se ha mantenido en la presidencia, sino que se ha extendido

a casi toda la comunicación del gobierno argentino. Ministros, portavoces e incluso militantes de su partido, La Libertad Avanza, replican esta estrategia, desacreditando cualquier crítica o disenso frente a la línea oficial.

Nadie queda a salvo, ni quienes denuncian el veto sistemático a proyectos legislativos aprobados por un Congreso también elegido democráticamente, ni quienes cuestionan el uso recurrente de decretos de necesidad y urgencia que eluden el debate público. Ante la más mínima crítica, el presidente reacciona con una indignación desmesurada y lanza ataques que alcanzan tanto a economistas y opositores como a periodistas y figuras de la cultura. El caso de la cantante pop Lali Espósito, mencionada y descalificada en varias ocasiones en discursos oficiales, se ha convertido en símbolo de su necesidad de exigir sumisión total.

Entonces, ¿qué queda en pie de la máxima libertaria de respetar la vida y la libertad del prójimo, de defender la expresión y el pensamiento distintos? ¿Acaso la palabra del presidente Javier Milei debe ser tomada como incuestionable y sagrada? ¿Se trata de un cambio ideológico genuino, de una adaptación pragmática al poder o, simplemente, de que nunca creyó en la libertad que proclamaba?

Ante tantas contradicciones, cuesta comprender qué significa realmente el pensamiento libertario cuando se enfrenta a la prueba del gobierno.

9

La manosfera, puerta de entrada a la ultraderecha

¿Es el antifeminismo una puerta de acceso a la ultraderecha? Esa fue la pregunta que le hice a Silvia Díaz Fernández, académica experta en el tema. Fue en el marco de un seminario sobre la genealogía del pensamiento político de las nuevas derechas.[1] Su respuesta fue afirmativa. Según sus investigaciones, la ideología antifeminista se solapa con muchos posicionamientos ultraderechistas. Sin embargo, Díaz Fernández me aclaró que no se trataba de una novedad, porque el feminismo siempre había sido históricamente un problema para el pensamiento reaccionario. El cuestionamiento del rol tradicional de la mujer a partir del inicio de la revolución silenciosa (véase el capítulo 2) desató un conflicto con los sectores más conservadores, que veían amenazado el orden social establecido. En otras palabras, el movimiento feminista ponía en riesgo el *statu quo* de mediados del siglo XX.

«Lo que estamos viendo ahora es un recrudecimiento del antifeminismo», comenta Díaz Fernández poniendo el acento rápidamente en la clave para entender la relevancia de esta reacción en el contexto actual. De hecho, es imposible entender gran parte de la proliferación acelerada de la epidemia ultra en los últimos años sin situar el foco en la rasante expansión del discurso antifeminista y en los procesos de radicalización que ha desatado. En efecto, el antifeminismo alimenta procesos de radicalización, especialmente

entre varones jóvenes, al vehicular narrativas extremas que incluyen teorías conspirativas, victimización exacerbada y justificación de la violencia, como hemos visto en el capítulo 7.

Para entender mejor este fenómeno y su vinculación con la expansión ultra, profundicemos en el caso que Díaz Fernández identifica como un punto de quiebre histórico: la irrupción de Vox en el gobierno autonómico de Andalucía.

El fin de la excepción ibérica

Uno de los elementos que mejor explica el avance de la epidemia ultra es la negación de esta. Analistas, académicos, medios de comunicación, así como actores políticos de todo el espectro, se han empeñado en subestimar el crecimiento de partidos alineados con la derecha radical. Esto lo hemos mencionado en la primera parte de este libro, cuando describimos la incredulidad con la que se recibían los buenos resultados electorales en varios países como Alemania, Argentina o incluso Estados Unidos.

En lugar de formar anticuerpos, nos hemos empeñado en intentar ignorar la enfermedad. Una de los maniobras evasivas para hacerlo había sido recurrir a la narrativa de las «excepciones». Es cierto que había países que parecían inmunes a la amenaza ultra. En algunos no se observaban partidos políticos relevantes que propusieran una agenda ultraderechista con éxito. Uno de esos casos era la llamada excepción ibérica: tanto en España como en Portugal, el contagio no había llegado. En este espacio no tenemos intenciones de discutir las razones detrás de esa singularidad circunstancial, sino de concentrarnos en por qué aquella excepción se ha desvanecido a partir del surgimiento de los partidos políticos Chega! (¡Basta!) en

Portugal y Vox en España. En el primer caso, el fenómeno se demoró algún tiempo pero se produjo efectivamente tras la pandemia, en 2022. En el segundo, el español, la inmunidad se resquebrajó un poco antes, más concretamente en 2018.

Vox, fundado en diciembre de 2013, ya llevaba casi cuatro años presentándose a todas las elecciones posibles y cosechando resultados paupérrimos. En las generales de 2015 y 2016 apenas había superado el 0,2 por ciento. En las autonómicas de 2015, su mejor resultado había sido en Ceuta, con apenas el 1,2 por ciento. Un año después, en las elecciones al Parlamento Vasco lograba 771 votos, es decir el 0,07 por ciento. Las europeas también le habían sido esquivas en 2014, con apenas el 1,5 por ciento. Todo indicaba que el pequeño partido político fundado en diciembre de 2013 por un conjunto de políticos y militantes que se habían alejado del Partido Popular estaba condenado al fracaso.

Sin embargo, algunos factores se conjugaron para construir una ventana de oportunidad. En primer lugar, las secuelas de las crisis económica española iniciada en 2008 todavía se percibían, especialmente en relación con el desencanto con los partidos tradicionales. Si bien la nueva formación de izquierdas, Podemos, había capitalizado gran parte del descontento, una porción de votantes conservadores seguían huérfanos políticamente. En segundo término, el proceso independentista en Cataluña, cuyo punto álgido fue el referéndum de 2017, generó un debate en torno a la unidad de España. Esto despertó los miedos de quienes veían amenazada la integridad territorial y creó las condiciones para el crecimiento de un discurso nacionalista, anclado en parte a reminiscencias históricas relativas a la dictadura franquista y la mismísima guerra civil. A lo anterior se sumaba una cierta decepción

por el desempeño del gobierno del Partido Popular, a cargo del presidente Mariano Rajoy.

Si los jefes de Vox hubiesen podido imaginar un escenario ideal para su irrupción, jamás habrían soñado con tanto: descontento creciente en espacios conservadores, un discurso nacionalista centrado en la unidad de España y una derecha tradicional debilitada y sin liderazgo claro. En definitiva, un contexto plenamente alineado con las bases fundacionales del partido. Tal como explica el sociólogo Xavier Casals, el partido había nacido a partir de una plataforma que planteaba acabar con las autonomías mediante una recentralización de España. A lo anterior se agrega el componente nacionalista innato ya presente en el discurso del fundador y líder del partido, Santiago Abascal, que presidía la Fundación para la Defensa de la Nación Española (DENAES), una organización apoyada por el gobierno de la Comunidad de Madrid —cuando estaba a cargo de Esperanza Aguirre, del Partido Popular—, que defiende una visión de unidad nacional y contraria a los nacionalismos periféricos. Incluso los otros fundadores del partido también aportaban ese perfil: Alejo Vidal-Quadras, exmiembro del Partido Popular (PP) y reconocido anticatalanista, y José Antonio Ortega Lara, exmilitante del mismo partido. En resumen, las condiciones de España en esos momentos coincidían con el espíritu nacionalista original de Vox y, a la vez, se había gestado un descontento de peso con la dirección del PP, la fuerza política de derechas por excelencia. Era la tormenta perfecta para que un partido que vivía de derrota en derrota lograra resucitar.

La cita electoral en Andalucía de diciembre de 2018 demostró que Vox estaba en condiciones de aprovechar esa oportunidad histórica. Con el 10,9 por ciento de la cuota electoral, casi cuatrocientos mil votos, el partido ultraderechista abandonaba el ostracismo y pasaba

a ocupar un lugar relevante en el sistema político al conseguir por primera vez representación parlamentaria. Pero eso no es todo, su protagonismo creció cuando tomó el rol de árbitro para la formación de un nuevo gobierno. Inesperadamente, Vox se convirtió en la llave para desalojar al histórico PSOE, que había gobernado Andalucía de manera ininterrumpida desde la creación de la comunidad autónoma.

El partido ultraderechista supo aprovechar su posición de poder al exigir condiciones para su apoyo a la coalición entre el PP y Ciudadanos. Y lo más llamativo fue que entre sus exigencias figuraba la eliminación de ayudas y subvenciones a organizaciones feministas y contra la violencia de género. Vox argumentaba que la «ideología de género» dictaba el comportamiento de esas asociaciones y por ello debía eliminarse el apoyo estatal. Posteriormente, cuando se estaban negociando los presupuestos, el partido de Abascal logró que se incluyera el concepto de «violencia intrafamiliar», diluyendo así la especificidad de la violencia del hombre hacia la mujer.

Después de lo sucedido en Andalucía, la historia de Vox cambió para siempre y se transformó en la expresión de la derecha radical populista de España, con proyección internacional —como veremos en capítulos posteriores— y con una agenda política rupturista que potenciaría el debate público en términos ideológicos y morales. Temas como la memoria histórica, la inmigración, el nativismo y la igualdad de género pasaban a ocupar un espacio sobredimensionado en las tertulias de los medios de comunicación, en la interacción en redes sociales y en las discusiones diarias. De pronto, la agenda ultraderechista marcaba el pulso político en España. La epidemia ultra había llegado a la península ibérica.

Pegamento simbólico y polarizador

El discurso de Vox, al igual que otros partidos de la misma familia política en Europa, presenta características concretas que el académico Cas Mudde ha sintetizado en tres elementos. El primero de ellos es el autoritarismo, referido a la búsqueda de un orden social estricto y conservador que implica una total sumisión hacia la autoridad y una aceptación de la jerarquía natural entre las personas. El segundo es el nativismo, que combina el ultranacionalismo con una visión etnopluralista y xenófoba de la sociedad. Y finalmente estaría el populismo, una ideología que divide a la sociedad en dos grupos antagónicos pero homogéneos entre sí: por un lado, el pueblo; por otro, la élite corrupta.

Esta potente definición de Mudde nos permite entender el marco ideológico general, no solo de Vox, sino también de partidos como Hermanos de Italia, Fidesz, Ley y Justicia o Alternativa para Alemania. Ahora bien, según el caso, algunos elementos más concretos pueden tener una importancia diferenciada dependiendo del contexto, el momento histórico y la estrategia de cada partido.

En ese sentido, la investigadora de la Universidad de Santiago de Compostela Alba Alonso Álvarez insiste en una hipótesis relevante para comprender completamente el marco ideológico de la derecha radical y en particular de Vox. Ella considera la cuestión de la igualdad de género otro elemento constitutivo del discurso ultraderechista. Lejos de ser una cuestión secundaria o puntual, Alonso asegura que alrededor de ese tema se articulan los aspectos más importantes del discurso ultraderechista que hasta le permiten conciliar los más contradictorios. Por ejemplo, Vox considera que no existe la desigualdad entre el hombre y la mujer, razón por la cual no es necesario que el Estado actúe. Por el contrario, las acciones

estatales que buscan apoyar a las mujeres en realidad le están otorgando privilegios innecesarios y, por tanto, perjudicando a los hombres. En otras palabras, la negación de la existencia de una desigualdad no se basa en el rechazo a la misma, sino en ignorar deliberadamente el problema.

La ultraderecha realiza una instrumentalización política y discursiva de la igualdad de género. Más precisamente de su relato contra las políticas que apuntan a garantizarla. En la narrativa de partidos como Vox se difunde la idea de que el orden social estaría en peligro por culpa del proyecto emancipatorio guiado por élites progresistas, o incluso conservadoras pero traidoras, que cuestionan las formas tradicionales de vida. Los modelos de familia, de comportamiento y de sociedad ordenada y predecible se ponen en riesgo por una ideología contestataria y supuestamente alejada de la realidad y de los verdaderos problemas de la gente.

Silvia Díaz Fernández sostiene que en la última década el uso del género por parte de la ultraderecha ha funcionado como un «pegamento simbólico» para aglutinar distintos actores de sectores derechistas con diferentes tradiciones ideológicas: conservadores, ultracatólicos, reaccionarios, posfascistas... Asimismo, su función se desdobla, ya que mientras unifica a los mencionados grupos, polariza con los opuestos, lo que permite generar el antagonismo político que suele alimentar la estrategia política de fuerzas como Vox.

Este esquema de pensamiento se cristaliza en lo que la ultraderecha de diversos países del mundo llama la «ideología de género». Lo define como la doctrina promovida por un feminismo opresor y totalitario que supuestamente busca imponer una noción de igualdad y de identidad que atenta contra los valores tradicionales. El concepto tiene un recorrido que arranca en los años

noventa y se vincula a las reacciones conservadoras de sectores religiosos y políticos frente a la inclusión de la perspectiva de género y los derechos sexuales y reproductivos. Sin embargo, a través del discurso de la derecha radical ha cobrado mayor importancia en los últimos años, hasta el punto de volverse un concepto utilizado en la política de masas.

En la narrativa de la ideología de género, el feminismo estaría ocultando sus verdaderas intenciones. En lugar de promover la igualdad, en realidad trabaja por la discriminación del varón. Un relato que como veremos posteriormente facilita la formación de la «manosfera» (o machosfera). Pero antes de profundizar en este concepto es interesante hacer mención al análisis de Laura Arranz, que en un artículo de 2022 titulado «El marco de la "ideología de género" en el discurso de Vox», explica la estrategia antifeminista del partido español.

Arranz señala que la formación de ultraderecha utiliza una «triple vía de actuación». En primer lugar, la destructiva, que tiene como objetivo deslegitimar al movimiento feminista y con ello fortalecer sus argumentos para revertir toda política que apunte a fomentar la igualdad de género. En segundo término, la constructiva, que, como hemos mencionado, aglutina sectores ideológicos en torno al rechazo al feminismo a través de la elaboración de un relato de victimización masculina. Finalmente aparece un tercer elemento, que no hemos comentado hasta ahora, que Arranz llama oportunista y apunta a instrumentalizar la retórica feminista sobre los derechos de las mujeres para estigmatizar la inmigración, especialmente procedente de países con mayoría musulmana. En la literatura se lo conoce como «feminacionalismo» y ha sido muy utilizado no solo por Vox, sino por otras fuerzas políticas como la Agrupación Nacional de Marine Le Pen o Hermanos de Italia de Giorgia Meloni.

El término fue acuñado por la socióloga Sara Farris en su libro *In the Name of Women's Rights: The Rise of Femonationalism* [En nombre de los derechos de las mujeres: el auge del feminacionalismo]. Además de estigmatizar inmigrantes al argumentar que el machismo es un problema exclusivo de determinadas comunidades, el feminacionalismo justifica el posicionamiento negacionista de la ultraderecha respecto de la violencia de género, la desigualdad y otras problemáticas relacionadas. Según su narrativa, las políticas de género serían innecesarias en Occidente ya que, a diferencia de otras sociedades, aquí no existe tal discriminación. En todo caso, siguiendo ese razonamiento del feminacionalismo, lo único necesario para favorecer y proteger a las mujeres serían políticas de restricción migratoria, para evitar la llegada de extranjeros con valores distintos a los occidentales, que no respetan a las mujeres. En consecuencia, para el caso español, Vox sería el único partido que garantizaría la verdadera igualdad con su visión nativista y xenófoba.

«No hables en mi nombre» fue el lema de la campaña que Rocío Monasterio lanzó con motivo del Día Internacional de la Mujer en marzo de 2019, y que volvió a repetir en 2020. La líder de Vox en Madrid buscaba así reforzar la postura de su partido contra las reivindicaciones feministas, alegando, por ejemplo, que las políticas de igualdad supuestamente criminalizan a los hombres «por haber nacido varón». En una entrevista radial, Monasterio llegó a hablar de un «feminismo supremacista» que intentaría «amordazar a aquellas mujeres que discrepan de la doctrina que quieren imponer otros».

Al mismo tiempo, la campaña expresaba con claridad los postulados del feminacionalismo: advertía sobre la violencia machista de los inmigrantes musulmanes. Resultaba paradójico que, mientras Vox buscaba negar la existencia de la violencia de género,

instrumentalizara selectivamente ese concepto para legitimar posiciones xenófobas, presentándose como el único partido dispuesto a defender a las españolas.

EL ANTIFEMINISMO EN EL PODER

El caso español expone la utilidad práctica y política del antifeminismo para la ultraderecha, uno de los aspectos más diferenciadores de la etapa actual de la epidemia ultra. Cada una de las fuerzas o movimientos políticos que lo han empleado han dado con una forma de responder a quienes se han sentido afectados negativamente por las consecuencias de la revolución silenciosa. El antifeminismo es un eje del discurso ultraderechista porque funciona como refugio simbólico de los sectores más tradicionalistas y ultraconservadores que se han visto huérfanos políticamente. La amenaza a su sistema de valores se representa en ese feminismo y, en consecuencia, su oposición termina por ofrecer una alternativa.

Para ilustrar la transversalidad del antifeminismo en el mundo de la ultraderecha abordaremos brevemente el caso polaco que, a la par de la propuesta política de Viktor Orbán en Hungría, ha mostrado el impacto de esta narrativa en el mismísimo retroceso democrático en esos países al afectar derechos y, además, atacar minorías.

El partido Ley y Justicia (PiS), fundado en 2001 por los hermanos Lech y Jarosław Kaczyński, ha gobernado Polonia brevemente entre 2005 y 2007 y, durante dos legislaturas consecutivas, entre 2015 y 2023. Si bien en un principio el PiS no era considerado un partido populista ni parte del espectro ultraderechista, sino que en realidad representaba a una centroderecha democratacristiana tradicional y

moderada, en 2010 cambió su discurso. En ese año falleció en un accidente aéreo Lech Kaczyński y el partido quedó en manos de su hermano gemelo, Jarosław. A partir de ese momento, el PiS comenzó a profundizar el componente nacionalista en su retórica mientras que, al mismo tiempo, transformaba su agenda para brindar más espacio a cuestiones sociales desde una perspectiva ultraconservadora. Por ejemplo, la narrativa de la ideología de género comenzó a estar presente junto con referencias a la defensa de una identidad polaca homogénea, católica y libre de «ideologías extranjeras». Con esto último, los portavoces del PiS se referían, entre otras cuestiones, a las reivindicaciones del feminismo y también de la comunidad LGTBIQ+.

Cuando efectivamente el partido de Kaczyński regresó al poder en 2015, la retórica ultraconservadora se tradujo en decisiones gubernamentales concretas. Por ejemplo, se redujeron las campañas públicas contra la violencia de género, se retiraron las subvenciones a organizaciones feministas, se dificultó el divorcio para mujeres víctimas de violencia machista al incorporar nuevas tasas, se eliminó la educación sexual en las escuelas y se restringió el acceso a anticonceptivos, entre muchas otras medidas.

Debido a un proceso de erosión paulatina del Estado de derecho, a partir del cual se facilitó la capacidad de influencia del gobierno sobre otros poderes, la justicia quedó bajo la órbita del PiS. Esto se vio reflejado en una sentencia del Tribunal Constitucional de 2020 que prohibió el aborto en caso de malformación fetal y con ello convirtió la legislación polaca sobre la interrupción voluntaria del embarazo en la más restrictiva del continente. Solo en caso de violación, incesto o peligro para la salud o la vida de la persona embarazada está permitido el aborto en Polonia. Las protestas multitudinarias, con miles de personas llevando perchas para

simbolizar los abortos clandestinos provocados por estas restricciones del gobierno ultraconservador, no cambiaron mucho.

Otra muestra de la influencia del gobierno y del poder de su narrativa especialmente en sectores conservadores del país es el acuerdo entre un tercio de los gobiernos regionales y municipales al este de Polonia para impulsar lo que llaman «zonas libres de LGTBIQ+». Cabe destacar que en esa parte del país el PiS ha llegado a obtener más del 70 por ciento de los votos en 2019, lo que revela cierta correlación entre el discurso de odio contra las minorías y el impacto concreto en las decisiones políticas y sociales a diferentes niveles. La Unión Europea ha reaccionado a esta iniciativa en 2021, al anunciar la retirada de las ayudas europeas a las comunas y regiones que se sumen a ella. Una medida que la Comisión Europea considera una violación de los derechos fundamentales de las personas afectadas.

Hemos visto que la retórica antifeminista del PiS ha servido para justificar sus políticas y, al mismo tiempo, ha influenciado en las decisiones de otros poderes de la república. Esto incluso se extendió a las acciones de otros niveles de gobierno, como el regional y el local. Sin embargo, eso no es todo, ya que el efecto de la difusión ininterrumpida durante años de esta narrativa ultraconservadora persiste en el tiempo.

Tras las elecciones de octubre de 2023, el PiS perdió el gobierno a manos de la Coalición Cívica (Koalicja Obywatelska) liderada por Donald Tusk, quien había sido presidente del Consejo Europeo y primer ministro de Polonia entre 2007 y 2014. Este giro político alimentó las esperanzas de la ciudadanía polaca que confiaba en que el país tomara otro rumbo. No obstante, en algunos aspectos el esperado cambio no ha llegado. Hasta junio de 2025, el nuevo gobierno todavía no ha revertido la modificación del PiS a la ley

sobre el aborto, por ejemplo, algo que ha llamado la atención de la comunidad internacional y sobre todo de organizaciones no gubernamentales, como Amnistía Internacional.

La teoría conspirativa del ginocentrismo

En aquel seminario que citamos al inicio de este capítulo, Silvia Díaz Fernández explicó la instrumentalización del antifeminismo para polarizar y capitalizar política y electoralmente el debate. Mencionó la intensificación de la narrativa sobre la ideología de género, algo que caracteriza la fase actual de la epidemia ultra a nivel global. Y también describió el concepto de feminacionalismo y su intento de aprovechamiento de algunos principios del feminismo para justificar propuestas xenófobas.

En resumen, ofreció un panorama integral del fenómeno que completó con el análisis etnográfico y pormenorizado que elaboró sobre la manosfera, junto con su colega Elisa García-Mingo, socióloga de la Universidad Complutense de Madrid. En dicho estudio, publicado por la Fundación Fad Juventud, se explica la conformación de un fenómeno que, como decíamos al principio, fomenta procesos de radicalización hacia el extremismo de derechas, especialmente entre adolescentes varones.

La manosfera es un espacio digital en el que confluyen diversas comunidades de internet caracterizadas por una oposición amplia al feminismo y a la igualdad de género. Está conformada mayormente por hombres y funciona en redes sociales abiertas, así como en foros menos conocidos o incluso exclusivos de grupos específicos. El elemento que unifica a estas comunidades es la creencia de que la masculinidad está en crisis a causa del feminismo. Dicha creencia se

alimenta de un sentimiento de pérdida de privilegios o de protagonismo social por parte de los hombres. Esa narrativa se articula en forma de una teoría conspirativa que se conoce como «ginocentrismo».

El ginocentrismo es esencial para la manosfera, puesto que a través de él se comprende la visión del mundo que tienen sus miembros. En principio, se trata sencillamente de un supuesto complot planificado por las mujeres para obtener privilegios mediante una estrategia de victimización y el discurso de la igualdad de género. Pero más allá de la pretendida conspiración, la verdadera potencia de esta narrativa es que logra revertir la perspectiva feminista y resignificarla en exactamente lo opuesto. La manosfera cree que existe la desigualdad al igual que el feminismo, pero considera que los perjudicados por ella son los varones. La figura del patriarcado y el resto de las construcciones conceptuales del feminismo son consideradas meras artimañas para ocultar la verdadera naturaleza del problema: el feminismo impondría una ideología que busca sencillamente la humillación del varón.

La consecuencia directa de este marco de pensamiento, expresada con claridad en el estudio de Díaz Fernández y García-Mingo, es la banalización, la normalización y hasta la legitimación de la violencia contra las mujeres, el desconocimiento de la situación de desigualdad que sufren y el incremento del discurso misógino y polarizador.

Ante ese relato, como en toda narrativa radicalizante, se ofrece un marco de acción concreto para potenciarlo que se denomina *redpilling*. Se trata de una metáfora que proviene de la película *Matrix* y hace referencia a la escena en la que el personaje principal, Neo, tiene que elegir entre una pastilla roja que le hará ver la realidad o una azul para continuar inmerso en la mentira. Aceptar,

descubrir, entender que en realidad vivimos en una sociedad ginocéntrica dominada por el feminismo corresponde a optar por la píldora roja en el código de la manosfera. Tras ese despertar, los hombres pueden iniciar el camino de la liberación, o al menos eso es lo que se promete.

El efecto psicológico de ese proceso repercute en un sentimiento de pertenencia muy potente a la comunidad masculina y, al mismo tiempo, produce una sensación de satisfacción por haber encontrado una explicación ante el sufrimiento y, sobre todo, el sentimiento de pérdida. Y es que la manosfera está compuesta por hombres inseguros que añoran un pasado dominado por el sexo masculino, que desean una restauración de los privilegios que consideran arrebatados por las mujeres, y especialmente por la hegemonía cultural progresista.

Radiografía de la manosfera

La formación de la manosfera es un proceso extenso que se inicia hace unos treinta años y se compone de tres oleadas. El libro de Hermansson *La derecha alternativa internacional. ¿Fascismo para el siglo xxi?*, que ya mencionamos en el capítulo 8, sitúa la primera oleada a inicios de los años 2000. Y está caracterizada por el surgimiento de autodenominados gurús de la seducción, que en inglés se conocen como *pick-up artists* (PUA), que proponían consejos para «enseñar a los hombres a manipular mujeres y conseguir sexo». En el estudio mencionado, que desmenuza la manosfera y caracteriza a todas sus subculturas, se explica que debido a la expansión del uso de internet, este grupo se concentró en la creación de contenido *online*, pero con el mismo objetivo de

hace décadas: ofrecer estrategias para conquistar mujeres a través de foros virtuales, en los inicios, y de redes sociales, en la actualidad.

Los gurús de la seducción sostienen que solo los hombres alfa están destinados y equipados genéticamente para tener éxito en la conquista, mientras que los beta son incapaces de conseguirlo. Su motivación principal, que suelen convertir en el producto que comercian a través de sus vídeos y sesiones de *coaching*, son las prácticas de seducción. Su método no acepta el no de las mujeres, que interpretan como una resistencia temporal, ya que consideran que siempre terminarán cediendo ante un hombre con un estatus socioeconómico o genético superior. En su estudio, Díaz Fernández y García-Mingo atribuyen este comportamiento a que estos gurús aplican una psicología evolucionista con «pretensiones de cientificidad». Esto los lleva a banalizar el abuso sexual y justificar cualquier tipo de acoso. Para Hermansson, esta primera fase fue clave para iniciar una cultura *online* de resentimiento masculino.

La segunda oleada muestra un cambio relevante en la composición de la manosfera, ya que se desarrollan subculturas que no se enfocan en la conquista, sino en el desprecio a las mujeres o bien al feminismo. Por un lado, se intensifica la presencia de los *incels*, posiblemente el grupo más conocido actualmente. El nombre refiere a una abreviatura de su nombre en inglés: *involuntary celibates*, es decir, 'célibes involuntarios'.

Este grupo se podría entender como la cara opuesta de los gurús de la seducción, pues se caracterizan por su rabia hacia el sexo opuesto motivada por la sensación de rechazo que perciben de forma constante. En general son hombres jóvenes que se consideran incapaces de establecer relaciones sexuales y se adhieren a la filosofía del *blackpilling*, derivada del *redpilling*. La píldora negra es

la que te hace ver que lo único que importa es el aspecto físico y que, en caso de no cumplir con determinados estándares de belleza, el hombre está condenado a una vida de soledad y rechazo eterno. Díaz Fernández y García-Mingo señalan que los *incels* se consideran subordinados y suelen desarrollar un profundo recelo hacia las mujeres, a las que consideran culpables de sus males, acusándolas de ser crueles por su comportamiento y superficiales por su supuesta forma de evaluar a los hombres. Es evidente que la distancia entre este pensamiento y la legitimación de la misoginia es muy pequeña. Si bien los *incels* ya habían aparecido en la primera ola, su importancia crece en la segunda, donde se observa un proceso de radicalización de sus miembros. El aumento de la hostilidad se ve reflejado en ataques como el sucedido en California en 2014, en el cual Elliot Rodger asesinó a seis personas para luego suicidarse. El perpetrador había dejado un vídeo y una carta en los que contaba su odio hacia las mujeres. Se lo ha definido como un acto de terrorismo misógino.

Más allá de los *incels*, la cara nihilista de la manosfera, en esta segunda oleada aparecen dos subculturas que ponen particular énfasis en su rechazo al feminismo. La primera de ellas son los «hombres que siguen su propio camino». Su nombre proviene del inglés *men going their own way* (MGTOW) y su hostilidad hacia el feminismo es más pronunciada, es decir, en ellos la teoría conspirativa del ginocentrismo tiene un papel todavía más importante que en los anteriores. En ese marco han desarrollado una interpretación propia de los roles de género en los que consideran al hombre en una posición de sometimiento, reducidos a ser proveedores y trabajadores, mientras que las mujeres se dedicarían solo al consumo y a satisfacer su narcisismo. Otro elemento importante de la narrativa de la comunidad MGTOW es el

estoicismo, del cual toman algunos principios selectivamente, descartando otros que contradicen sus comportamientos. En principio, ponen énfasis en la cuestión de la autosuficiencia y el control emocional. Para un hombre de esta subcultura es fundamental el dominio de las pasiones y concentrarse exclusivamente en sí mismo. Se plantea la necesidad de desvincularse de todo lo externo, como las relaciones, para enfocarse solo en lo que se puede controlar, como el desarrollo personal, la situación económica propia o el estado físico y de salud. Este individualismo repercute en el rechazo al matrimonio, a las relaciones estables e incluso a la paternidad tradicional. En otras palabras, se suele plantear la idea de un separatismo social, para evitar con ello cualquier tipo de relación afectivo-sexual con mujeres y, en casos extremos, hasta con cualquier otra persona.

Así como hablamos de hombre alfa y beta, cuando nos referimos a los gurús de la seducción, en la manosfera también se maneja el concepto de «hombre sigma» o «macho sigma». Esta figura se ubica en una posición diferente a la de los dos primeros, ya que busca la independencia y la soledad. Prefiere vivir alejado de las jerarquías sociales existentes aunque por alguna razón sigue siendo atractivo y exitoso. Este arquetipo sigma suele estar relacionado con la subcultura de los MGTOW.

El segundo grupo que surge con fuerza durante la segunda oleada son los «activistas de los derechos de los hombres» (*men's rights activists* o MRA). Se trata del grupo más movilizado política e ideológicamente contra el feminismo. Está enfocado en la supuesta discriminación institucional contra el sexo masculino, pero llevándolo un poco más allá consideran que el hombre ha sido invisibilizado y criminalizado. Se consideran a sí mismos como los ideólogos de la

manosfera y manifiestan una profusa producción de teorías y narrativas antifeministas.

A diferencia de los grupos anteriores, los MRA se organizan de forma activa para promover acciones o incluso intentar influir en campañas políticas. Y si bien existen diversas corrientes internas dentro del movimiento, todas asumen una suerte de defensa colectiva y solidaria de los hombres que apunta al plano legislativo y judicial. Por ejemplo, cuestionan leyes como las Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género en España, a la que consideran discriminatoria contra los varones, y critican el derecho de familia y todo lo referido a la custodia de los hijos. A partir de esta última, han fundado grupos como la Asociación de Silenciados o Papá Maravilla, entre otras, y han desarrollado el concepto de «síndrome de alienación parental», es decir, el rechazo del niño hacia el padre causado por la influencia o manipulación de la madre, con la que intentan litigar por la custodia de los hijos tras el divorcio o denuncias de maltrato. Cabe destacar que la evidencia científica del mencionado síndrome es inexistente y tampoco está reconocido por las principales asociaciones de psicología y psiquiatría.

Díaz Fernández y García-Mingo explican que gran parte de los hombres que participan en esta subcultura han sufrido situaciones que perciben como discriminatorias. El MRA ofrece a estas personas un refugio psicológico, pero también un asesoramiento para enfrentar las mencionadas situaciones de litigio a través de las redes de apoyo legal. En otras palabras, se les ofrece una comunidad de pertenencia en la que fortalecen visiones misóginas y victimistas, donde la violencia sexual se reinterpreta hasta el punto de negar su existencia.

La tercera oleada de manosfera

En cada una de las subculturas de la manosfera se aprecia el discurso antifeminista. Todas manifiestan ese fuerte rechazo hacia las mujeres y para justificarlo han desarrollado sus propias lógicas que derivan en posicionamientos, comportamientos u acciones concretas, por ejemplo, ante la misoginia, que suelen considerar legitimada. Ahora bien, esta visión del mundo repercute en todos los aspectos y uno de ellos es el político. Ese es el punto en el que se inicia la tercera oleada: a partir de mediados de la década de 2010 y en coincidencia con el ascenso de la epidemia ultra a nivel global, la manosfera cobra aún mayor coherencia ideológica y conceptual. A partir de ello se evidencian las coincidencias y solapamientos entre sus ideas y la agenda de las formaciones ultraderechistas.

Hermansson y sus colegas ubican el punto de inflexión que inicia esta tercera oleada en el «Gamergate». Se trató de una discusión dentro de la comunidad *gamer* que comenzó con la crítica hacia una desarrolladora mujer, acusada falsamente de infidelidad. El conflicto escaló hasta convertirse en una campaña masiva antifeminista dentro de los foros. De hecho, en ese momento se popularizó el concepto del *redpilling*, a la vez que se activó una politización profunda. Esto culminó en la conformación de una narrativa común de resistencia que unió a varias subculturas de la manosfera, otrora aisladas entre sí, en su resentimiento antifeminista.

Un grupo de investigadores de la École Polytechnique Fédérale de Lausanne (EPFL) desarrolló un estudio llamado «Are anti-feminist communities gateways to the far right?» («¿Son las comunidades antifeministas puertas de entrada a la extrema derecha?») en el que trabajó empíricamente sobre la cuestión. Para ello, se analizaron más de trescientos millones de comentarios en YouTube y Reddit

para encontrar una respuesta a la cuestión planteada al inicio de este capítulo y en el título de este análisis. En definitiva, los datos confirman la hipótesis inicial: hay una superposición significativa entre los perfiles de la manosfera y los del ecosistema ultraderechista. Estos usuarios no solo acceden a ese tipo de contenidos, sino que participan activamente en su circulación.

No obstante, la investigación también señala que esa conexión con la ultraderecha no es igual en cada una de las subculturas, sino que hay dos comunidades específicas que tienen una cercanía mayor. Se suele creer que el grupo más cercano a la ultraderecha son los *incels*, posiblemente por la notoriedad que genera esa particularidad por la que se definen como célibes involuntarios y el morbo asociado a su figura, pero en realidad el mencionado estudio señala que los MGTOW y el MRA son quienes mantienen una conexión más directa y consistente con aquella ideología. Las razones principales de este solapamiento son los contenidos compartidos entre la agenda ultraderechista y los principios que defienden aquellas comunidades de la manosfera. Por ejemplo, la negación de la existencia de la violencia de género que defienden tanto los MGTOW como los MRA es algo que ocupa un lugar relevante en la agenda de la derecha radical. En efecto, Vox utiliza la narrativa de «la violencia no tiene género» para argumentar en contra de las leyes y políticas que apuntan a proteger a las mujeres. Coinciden en victimizar al hombre y acusar al feminismo de esa supuesta injusticia.

También hemos mencionado el trabajo de argumentación simbólica, e incluso jurídica, que aporta la manosfera, en particular la comunidad del MRA. Los portavoces ultraderechistas aprovechan estos recursos para fortalecer sus discursos y apuntalar sus propuestas políticas. Para visualizar esta relación entre ambos, Díaz

Fernández y García-Mingo usan la metáfora de la «correa de transmisión» de pensamientos misóginos. La manosfera logra hacer circular sus ideas y que estas lleguen no solo a los partidos políticos, sino a la sociedad en general.

La polinización

Una clave de esa circulación la constituyen los *youtubers* antifeministas, también considerados parte de la manosfera. Se trata de creadores de contenido que reproducen y difunden el discurso misógino mediante vídeos provocadores y con un estilo irónico y hasta humorístico. Con ello logran capturar a un público más amplio que se expone a aquella narrativa. El formato de vídeos breves permite simplificar al máximo las problemáticas sociales que derivan de la desigualdad de género y con ello ganan en impacto las ideas reduccionistas, efectistas y convenientes de la manosfera.

El trabajo de los *youtubers* es generador de un proceso de «polinización» de la cultura *mainstream* con los mensajes de antifeministas. Allí se combinan, de forma ligera, casi todos los elementos mencionados en esta caracterización de la manosfera. Desde fomentar el despertar (*redpilling*) desvelando la verdadera naturaleza negativa que portaría el feminismo, hasta la victimización del hombre a través de la interpretación forzada y manipulada de datos sobre asesinatos y violencia. Todo ello envuelto en un discurso burlón y un tono descontracturado. En resumen, los *youtubers* antifeministas constituyen un puente digital entre las comunidades de la manosfera y sus ideas con el resto del mundo.

Otro grupo que apoya a la manosfera, y que Díaz Fernández y García-Mingo destacan por su poder legitimador, es el de las mujeres

antifeministas. No ocupan un lugar central, pero desde su rechazo al feminismo y su aceptación de la narrativa victimista del hombre discriminado colaboran con la manosfera en su cruzada contra la igualdad de género.

Muy cercano a ese grupo, aunque con algunas diferencias, aparecen las *tradwives*: se trata de mujeres que reivindican el rol tradicional femenino como ama de casa, esposa y madre. Su inspiración radica en los años cincuenta y, pese a no presentarse como parte de la manosfera, su visión está en estrecha sintonía con el discurso de la jerarquía entre géneros. Para las *tradwives*, la felicidad de una mujer radica en estar al servicio del marido.

Con todo lo que acabamos de ver, resulta evidente que la manosfera se ha constituido como un refugio digital ante el feminismo, pero sobre todo como un espacio en el cual la ultraderecha puede alimentar su discurso contra la igualdad y las minorías. Su impacto es relevante, ya que fortalece la estrategia de polarización constante de la derecha radical y genera tensiones sociales sustentadas en el miedo, el odio y la inseguridad.

No se trata solo de canalizar el resentimiento masculino por cambios en la concepción tradicional de la sociedad, donde el hombre ocupaba un lugar de privilegio frente al rol secundario al que estaba condenada la mujer, sino que también apunta a revertir esa situación mediante el desprestigio, la descalificación y hasta la violencia contra cualquiera que se oponga.

Esto se potencia con la dinámica de la endogeneidad comunicativa, o efecto de cámara de eco. El funcionamiento actual de las redes sociales y de otras plataformas como YouTube se basa en ofrecernos constantemente contenido que considera «interesante» para el usuario. Esto genera un bucle conceptual por el cual leemos, escuchamos y vemos más de lo mismo y con el

mismo enfoque. Es decir, si el algoritmo detecta que consumimos contenido de un gurú de la seducción, no solo nos ofrecerá más vídeos suyos, sino también alguno de una *youtuber* feminista, que luego nos derivará a un MGTOW hablando del hombre alfa, para culminar en un abogado del MRA argumentando contra el último 8 de marzo.

Una parte de internet ha pasado a ser un espacio hostil en la medida en que la manosfera ha ido conquistando espacios en los antiguos foros de discusión, los de *gamers*, las redes sociales y las plataformas de pódcast y vídeos. La proliferación de sus ideas representa una contribución enorme al crecimiento de la epidemia ultra. Algo que nos obliga a pensar si la manosfera, después de casi tres décadas desde su aparición con los gurús de la seducción, ya no es solo una puerta de entrada a la ultraderecha, sino su herramienta predilecta para generar hegemonía cultural.

10

La vuelta a un pasado inexistente

En noviembre de 2020, el profesor Daniel Rueda, investigador en el King's College de Londres, aceptó grabar conmigo un episodio del pódcast *Epidemia Ultra* sobre Polonia. Muy al inicio de la charla me dijo la siguiente frase: «Todo nacionalismo es victimista. Todas las naciones han tenido siempre mucha mala suerte, siempre está ese enemigo que les ha hecho la vida imposible, esa leyenda negra. Se ven como víctimas históricas, siempre afirman haber tenido pocas oportunidades para expresar la fuerza de la nación». Y la verdad es que esa frase arruinó toda mi planificación, porque en ese momento me di cuenta de que tenía que reorganizar el enfoque completo del episodio. Rueda me hizo ver que para entender la conexión entre la idea ultranacionalista y la expansión de la epidemia ultra tanto en el Occidente europeo como en el bloque postsoviético, había que poner el énfasis en el poder de la narrativa, pero sobre todo en la importancia de la historia, de lo que contamos sobre ella, de lo que dejamos fuera, de lo que exaltamos. Cada una de esas decisiones contribuye a la elaboración de un relato que permite justificar lo que fuimos, lo que somos y lo que queremos ser.

La epidemia ultra vive de la construcción de ese relato. En Polonia, Alemania, Italia, España y en cada lugar en el que ha proliferado, demuestra cómo distintas fuerzas políticas comparten un mismo mecanismo de manipulación histórica. Se trata de una herramienta,

o mejor aún, un arma comunicativa que funciona como elemento movilizador que da sentido a acciones, a decisiones y a ideologías extremistas.

Como hemos visto a lo largo de este libro, ese relato tiene tanto poder que puede justificar el racismo al disfrazarlo de identidad, hacer comprensible el exclusionismo al transformarlo en legítima defensa y volver aceptable el autoritarismo al asociarlo con fantasías apocalípticas y nostalgias sobre un pasado que nunca existió. «Más que historia, es fabulación. El nacionalismo no puede existir sin tergiversación de la historia intentando a toda costa construir un pasado o un futuro (destino) a la medida», explican José Antonio Sanahuja y Camilo López Burian en el libro *Mitos y cuentos de la extrema derecha*, editado por Steven Forti.

Ese uso del relato histórico y revisionista por parte de la ultraderecha adquiere formas y aplicaciones diferenciadas. Mientras que el partido Hermanos de Italia, de Giorgia Meloni, apela a una estrategia del olvido respecto del fascismo y sus crímenes que impulse una reconciliación con aquella época porque su objetivo es el fin de la condena histórica, Alternativa para Alemania da muestras de una visión más clásica del revisionismo, que apunta a la banalización del nazismo.

El caso alemán es posiblemente el más representativo del revisionismo que caracteriza a la epidemia ultra. Por un lado, por el pasado nacionalsocialista que parecía haber dejado anticuerpos suficientes en Alemania para impedir que el horror vuelva a tener lugar. Por otro, porque existe una legislación muy potente que criminaliza cualquier intento que apunte en esa dirección. Pero especialmente porque, en poco más de una década de su existencia, AfD ha conseguido el apoyo de uno de cada cinco alemanes en las elecciones federales de 2025. Y esto ha sucedido pese a que sus

portavoces rechazan abiertamente la política de memoria e insisten en relativizar la dictadura del NSDAP, el partido nazi. Prometen así un país mejor sobre la base de ignorar el pasado, olvidarlo y resignificarlo.

Nunca más

Los artículos 86a y el 130 del Código Penal de Alemania prohíben el uso de simbología contraria a la Ley Fundamental, como se llama en aquel país a la Constitución. Esto incluye el saludo nazi y expresiones como «*Heil Hitler!*», entre otras. También tipifican como delito la incitación al odio, lo que incluye la negación del Holocausto y la difusión de consignas que justifiquen o minimicen el nacionalsocialismo y sus crímenes.

Estas disposiciones de la ley penal en el país germano son un correlato de una política de Estado conocida como «nunca más» (*nie wieder*) que busca eliminar y desalentar cualquier tipo de renacer nacionalsocialista. El horror del funcionamiento del NSDAP ha quedado en la memoria colectiva y hasta el día de hoy, generación tras generación, se mantiene ese sentimiento de responsabilidad histórica por lo sucedido entre 1933 y 1945. Las atrocidades de Adolf Hitler produjeron una cultura política muy alejada de valores como el orgullo nacional o el patriotismo, muy comunes en otros países. De hecho, el portar los colores nacionales, negro, rojo y oro, el izar una bandera o ponerla en un balcón, la mera insinuación de una consigna nacionalista suelen ser objeto de una condena social inmediata, ya que se establece una relación directa con el nazismo. Hasta el Mundial de Fútbol de 2006 era muy poco habitual ver en Alemania ondear una bandera, salvo en edificios oficiales del

gobierno. El evento deportivo generó un cierto manto de justificación al hecho de portar referencias a símbolos nacionales. No obstante, la conexión entre estos últimos y el nacionalsocialismo no ha desaparecido.

Tal vez por eso una escena televisiva en octubre 2015 causó estupor y escándalo durante semanas. En el *talk-show* más visto de los domingos en el canal de la televisión pública ARD, el líder de Alternativa para Alemania en Turingia, Björn Höcke, al sentarse en su silla sacó de su bolsillo una pequeña bandera alemana y la posó a su derecha sobre el apoyabrazos. La reacción del público, perceptible a través de los micrófonos abiertos, fue inmediata. El presentador, incrédulo ante lo que veía, mostraba un gesto de desconcierto que contrastaba con la sonrisa leve, orgullosa y a la vez amenazante de Höcke.

En ese momento, justo antes de que se desatara la crisis humanitaria por la llegada de miles de refugiados a Alemania, AfD no estaba muy bien posicionada. Su intención de voto había bajado y las ideas euroescépticas ya no movilizaban al electorado como en el pasado. Hasta las críticas hacia el gobierno de Angela Merkel, una gran coalición entre democratacristianos y socialdemócratas, ya no generaban tanta simpatía como en 2013. Sin embargo, al este del país, es decir, en los territorios que formaban la República Democrática de Alemania, se observaban otras dinámicas. Allí AfD lograba buenos resultados y el apoyo social crecía.

Las promesas incumplidas tras la reunificación, la desigualdad en el trato entre alemanes de un lado y del otro, y la falta de integración cultural y social entre dos visiones del mundo que habían estado separadas durante casi medio siglo eran algunos de los factores en los que radicaba cierta frustración en la población del

este. Un terreno fértil para la propuesta de AfD y, sobre todo, de personajes como Björn Höcke.

Höcke era maestro de Historia en una escuela secundaria. Dejó su cargo cuando asumió su mandato en el Parlamento regional de Turingia en 2014. Se trata de un personaje marcado por su biografía familiar. Sus abuelos pertenecen al grupo de alemanes expulsados de Prusia Oriental tras la Segunda Guerra Mundial. Llegaron en calidad de refugiados, al igual que otros doce millones de germanos. Ese destierro sufrido por su familia tiene un papel decisivo en la configuración de su pensamiento político, esencialmente en su adhesión a la idea de identidad nacional nativista. No es casual que en la producción intelectual de las nuevas derechas, Höcke haya encontrado un refugio. Allí descubrió que las ideas de los pensadores de la mismísima Revolución Conservadora de entreguerras podían recuperarse.

El contacto con esos círculos intelectuales en su región se volvió habitual, algo que quedó reflejado en sus colaboraciones bajo el seudónimo Landolf Ladig en varias publicaciones vinculadas a la extrema derecha, aunque él nunca lo haya reconocido públicamente. En esa interacción se topó con uno de los ideólogos actuales más representativos de las nuevas derechas en Alemania, Götz Kubitschek. En el año 2000, este editor fundó el Institut für Staatspolitik (IfS), una suerte de *think tank* de las nuevas derechas que se constituyó como un órgano articulador de diversas iniciativas de divulgación de ese pensamiento político, como la editorial Antaios, publicaciones como el periódico ultraderechista *Junge Freiheit* o la revista *Sezession*, e incluso la organización de seminarios y jornadas de debate. La esencia del IfS era recuperar las ideas de Spengler, Schmitt y Jünger, entre otros, y al mismo tiempo difundir las máximas pseudocientíficas del etnopluralismo, pasando

incluso al negacionismo del Holocausto y las teorías conspirativas propias de estas corrientes. En 2021, el IfS fue categorizado por la Oficina Federal de Protección de la Ley Fundamental como una organización de extrema derecha y contraria a los valores constitucionales. Tres años más tarde, Kubitschek decidió evitarse mayores problemas y lo cerró, aunque no tardó en constituir otras entidades similares con los mismos objetivos.

Desde 2014, Kubitschek apoyó a Höcke, y juntos configuraron la estructura más radicalizada de AfD. Mientras el primero proveía de recursos para la esfera intelectual y de argumentos para la discusión pública, el segundo se ocupaba de introducir y diseminar ese discurso a la política regular, al menos la de Turingia. Así, Höcke se convirtió en un polo de poder dentro del partido. Básicamente, porque encarnaba el discurso más radicalizado, más al límite, más propenso a decir lo que muchos piensan pero prefieren callarse. Ocupó el liderazgo de Der Flügel (el ala), una facción dentro de AfD que agrupaba a los más cercanos a posiciones de extrema derecha. Algunos habían participado en otros partidos u asociaciones neonazis, otros se mostraban todavía activos en esos círculos.

Con el tiempo, Höcke fue derrotando uno a uno a los moderados, dentro de lo que cabe en un partido ultraderechista. Estos últimos luchaban por mantener un perfil de partido ultraconservador y nacionalista, aunque sin ribetes radicales. Pero Höcke no veía ventajas en aburguesarse, para él la estrategia de oposición fundamental a todo el resto del espectro político era la clave del éxito. Incluso cuando la mencionada Oficina Federal de Protección de la Ley Fundamental también lo clasificó como extremista de derechas, el exmaestro siguió acumulando poder en su partido. Es cierto que, hasta el momento, siempre ha procurado no quedar a la cabeza de la fuerza política, pero su influencia en la toma de

decisiones y sobre todo en la caída en desgracia de antiguos jefes del partido es innegable.

Así, AfD ha adoptado la posición radicalizada de Höcke, que combina dos elementos. Por un lado, los contenidos de aquellos círculos intelectuales de la nueva derecha; por otro, un estilo político bastante recurrente en los exponentes de la epidemia ultra: la provocación estratégica.

Provocación estratégica y culto de la culpa

AfD ha establecido una diferencia cualitativa en su comunicación política respecto de otras expresiones ultraderechistas del pasado. Sus portavoces han aplicado las ideas de la *Nouvelle Droite* en términos de metapolítica, es decir, de luchar en el ámbito de las ideas, tratando de imponer una visión del mundo. Para dicho objetivo su herramienta más importante no ha sido la violencia física ni las manifestaciones callejeras multitudinarias, sino la difusión inteligente y quirúrgica de sus marcos interpretativos, o *frames*, como suelen denominarse en la literatura sobre comunicación política. Un marco o *frame* ofrece una visión determinada sobre una temática que muestra una parte de ella y a la vez oculta otra. Es como observar un paisaje a través de una ventana: lo visto equivale a ese panorama en nuestro cerebro, pero esa visión está limitada a lo que muestra el contorno, es decir el marco de la ventana.

En comunicación política se utiliza esta herramienta para ofrecer puntos de vista que favorezcan una determinada posición o decisión política. Pero la tarea no acaba con el diseño del marco a transmitir, sino que uno de los objetivos más importantes, y difíciles, es lograr

que ese marco se difunda, que ocupe un espacio en la agenda pública.

La ultraderecha tiene una receta muy eficiente para conseguirlo: aplica la provocación estratégica. Una táctica casi infalible, ya que consigue que todos los actores relevantes en un debate determinado se manifiesten en favor o en contra de su marco. En efecto, mediante una provocación, se violan los límites de lo políticamente correcto, de lo aceptable, de lo que se sale de un consenso moral preexistente. Y a partidos como AfD esta violación no solo no le importa, sino que la ven como una ventaja. Con ella alimentan su perfil de partido que «dice lo que nadie se atreve a decir», agitan el debate y polarizan de forma compulsiva, pues resulta casi imposible no referirse al tema. O por indignación o por obligación, el que calla otorga, cada actor termina por manifestarse. Veamos un ejemplo.

Cuando Höcke pronunció su discurso del martes 18 de enero de 2017 en la ciudad de Dresde, Alemania se estremeció:

> Nosotros los alemanes, nuestro pueblo, somos el único del mundo que ha plantado un monumento a la vergüenza [*Denkmal der Schande*] en el corazón de su capital. Y en lugar de poner en contacto a la próxima generación con los grandes benefactores, los famosos filósofos que han sacudido el mundo, los músicos, los brillantes descubridores e inventores, de los que tenemos tantos [...]. Y en lugar de poner a nuestros alumnos en contacto con esta historia en las escuelas, se burlan y ridiculizan la historia, la historia alemana. Esto no puede ni debe continuar. No puede, no debe y no seguirá así, queridos amigos. No hay obligación moral de disolvernos. No existe tal cosa.

El monumento al que se refiere Höcke es el que conmemora el Holocausto junto a la Puerta de Brandemburgo en Berlín. Fue inaugurado en 2005 y ocupa 19.000 metros cuadrados en pleno centro de la ciudad. El líder de AfD lo considera una vergüenza porque según él deja en segundo plano la grandeza alemana. No le importa tener en cuenta que está hablando del asesinato de seis millones de personas. Como decíamos anteriormente, negar el

Holocausto está prohibido y penado en Alemania. Y si bien este fragmento del discurso de Höcke no lo plantea abiertamente, es muy sencillo leer entre líneas su dirección revisionista.

Está hablando del concepto del *Schuldkult*, es decir, «el culto de la culpa». Una idea que resume gran parte de su pensamiento político y se ha convertido en una cruzada para él. Se trata de un concepto que suele estar relacionado con extremistas de derechas y con las ideas producidas por los intelectuales de las nuevas derechas. Para estos grupos, la cultura de la memoria en Alemania, nacida tras la Segunda Guerra Mundial con el objetivo de no olvidar los crímenes del nacionalsocialismo y construida en torno a la máxima «nunca más», representa una supuesta opresión de Alemania y una carga para generaciones posteriores. Se configura así un discurso revisionista que no solo rechaza y relativiza las acciones de los nazis, en especial la conmemoración del Holocausto, sino que también elabora una narrativa victimista de la nación.

La idea de un supuesto culto de la culpa no es más que una construcción revisionista. En 2018, un estudio de la Universidad de Bielefeld indagó sobre esta cuestión con una afirmación concreta: «Aunque yo mismo no he hecho nada malo, me siento culpable por el Holocausto». Apenas un 10 por ciento de los encuestados estuvo de acuerdo con ella.

El estudio subrayaba así la diferencia entre un sentimiento de culpa individual —muy bajo— y una conciencia de responsabilidad histórica —mucho más significativa—. Es precisamente esta responsabilidad la que la sociedad alemana asume y que se refleja en las políticas estatales de memoria, orientadas a no olvidar los crímenes y a rendir homenaje a las víctimas. Exactamente lo contrario de lo que pretende Björn Höcke.

Pero no hay que perder de vista el objetivo real del líder de AfD. Lo que consigue Höcke con intervenciones como la de Dresde es activar el debate público gracias a la aplicación de la provocación estratégica. Él sabe muy bien lo que hace, no ignora que habrá reacciones, entiende que exigir «un cambio de 180 grados en la política de la memoria» del país es una forma solapada de transmitir sus intenciones revisionistas. Tras el discurso, todos hablamos sobre ello, todos los medios cubren la noticia y la replican durante días y, por supuesto, la frase inunda las redes sociales y se expande como una epidemia ultra.

No hay rubor en Höcke, al igual que en otros portavoces ultraderechistas, para llevar adelante este tipo de acciones comunicativas y políticas a la vez. El jefe de AfD en Turingia entiende la oportunidad que aquello representa, pero a la vez está convencido de esas ideas. No es un mero oportunista, sino que quiere una Alemania sin memoria. O al menos con otra memoria.

Arcadia

El discurso político de Höcke posee todas las características regulares de las derechas radicales según las definiciones que hemos planteado previamente. Apela a una visión autoritaria de la sociedad, donde la obediencia, la jerarquía y la disciplina son los valores superiores; utiliza una estrategia populista, con la que antagoniza con la élite o el *establishment* y procura erigirse como portavoz del pueblo oprimido ante el poder de turno; y finalmente, propone una percepción nativista, que combina el ultranacionalismo con una visión xenófoba basada en el etnopluralismo y camuflada como defensa de la identidad cultural y nacional.

El revisionismo del líder de AfD se apoya principalmente en el último elemento de esa definición. Él plantea un renacer de Alemania mediante el regreso a una instancia incierta del pasado. Se basa en mitos identitarios sobre un mundo premoderno que, según su visión, vuelve a poner a su nación en la cúspide del pensamiento, la producción cultural y el liderazgo político y hasta militar. Un momento previo a la decadencia actual caracterizado por la armonía social y alimentado por algunas fantasías pseudomedievales con elementos del folclore nacional. Esa imagen de la Alemania perfecta genera un sentimiento de nostalgia artificial, ya que todo es un constructo tradicionalista, caprichoso y selectivo de un pasado inexistente.

En un debate sobre este tipo de fantasías que suelen plantear los discursos ultraderechistas, los historiadores Camilo López Burian y José Antonio Sanahuja han podido captar la esencia de esos delirios con el concepto de Arcadia. La idea refiere a la región de la antigua Grecia evocada por Virgilio, en la que una comunidad imaginaria vivía en paz y armonía total. Sin embargo, su particularidad reside en que no es producto de la creación humana, no es una utopía como la que expresaba Tomás Moro, sino que, por el contrario, es producto espontáneo de la vida. No hay contaminación alguna. López Burian y José Antonio Sanahuja lo asocian al discurso de los neopatriotas (véase el capítulo 11). Según su análisis, Arcadia se convierte en un horizonte político, en un puerto al que arribar, en un destino alcanzable. El problema es que este lugar idílico solo existe en el plano de la imaginación de gente como Höcke. Su valor no está en su realismo, sino en lo que simboliza. Cobra fuerza porque representa todo lo opuesto a los valores de un Occidente liberal corrupto, que no respeta las tradiciones ni la memoria gloriosa de las naciones.

Para Höcke, aunque no la nombra, existe una Arcadia a la cual «regresar». En su Arcadia, el nacionalsocialismo no fue más que un momento de la historia como cualquier otro. Poner el foco en sus atrocidades sería, según su visión, un obstáculo, un error y hasta una injusticia con la grandeza de la nación. Höcke apuesta por el renacer del país y con ello se desvelan las vetas fascistas y antidemocráticas de su concepción política. Según Roger Griffin —uno de los académicos más reconocidos por sus estudios sobre el fascismo, a quien hemos citado en capítulos anteriores—, la palingenesia, es decir, la regeneración o renacimiento de la nación es un componente fundamental de esa ideología. Es el mito refundacional que se apoya en el ultranacionalismo populista. Todo ello deriva en la necesidad de una revolución política, social y ética que enaltezca al pueblo, sus valores y lo rescate de la decadencia.

> Los ataques de los adversarios políticos son omnipresentes. A veces son insuperables en su perfidia, a veces son violentos, son engañosos, no tienen escrúpulos, y tendremos que sufrir, soportar y aguantar aún más estos terribles ataques antes de las elecciones federales de 2017. Pero resistiremos estos ataques. Porque estamos librando una lucha justa. Una lucha que no terminará con las elecciones al Bundestag y que decidirá a largo plazo si nosotros y nuestros hijos seguimos teniendo un futuro en el centro de Europa o si nuestra prosperidad, nuestro Estado, nuestra cultura y nuestro querido pueblo se hundirán en el caos.

Así finaliza el discurso de Höcke de enero de 2017 mencionado anteriormente. En esas elecciones, AfD ingresó al Parlamento Federal (Bundestag) y por primera vez en la República Federal de Alemania, es decir desde 1949, un partido ultraderechista obtuvo representación parlamentaria a nivel federal. Más de cinco millones de ciudadanos votaron por la formación de Höcke, lo que equivalía a un 12,6 por ciento y a convertirse en el tercer partido del país, tras los democratacristianos (CDU) y los socialdemócratas (SPD). Si contabilizamos solo el este del país, el porcentaje ascendía al 21,9.

Siete años más tarde, en septiembre de 2024, en las elecciones regionales de Turingia, Höcke logró la victoria: el 32,8 por ciento votó a AfD. Casi diez puntos por encima de su inmediata perseguidora, la CDU. Fue el primer triunfo de AfD en una elección regional en Alemania. Ya ha conseguido no solo instalar su discurso revisionista, que banaliza los crímenes del nacionalsocialismo, sino que lo ha transformado en una supuesta salida para la decadencia, para los miedos y las inseguridades de millones de alemanes. Pero todavía no ha llegado a lo más alto de su partido. El día que lo haga, ¿será capaz de impulsar su Arcadia? Y lo que es aún más importante, ¿será esa Arcadia muy parecida a lo que imaginó el nazismo hace casi cien años?

El revisionismo histórico, la provocación estratégica y la nostalgia por un pasado inexistente son parte del mismo virus de la epidemia ultra. Un síntoma que nos muestra que la manipulación de la historia puede abrir la puerta a nuevas formas de barbarie.

11

La infección de los neopatriotas

En octubre de 2022, en Madrid, se celebró la segunda Cumbre de la Iberosfera, patrocinada por Vox Europa y el grupo de acción política ECR-Eurolat. Por sus paneles desfilaron voces como la de José Antonio Kast, líder del Partido Republicano de Chile, que afirmó:

> Toda la institucionalidad estaba en contra de este régimen marxista que se iba a instalar como una dictadura. Y este llamado del pueblo a las fuerzas armadas hace que se produzca este golpe militar. Y eso es algo que muchas veces en Europa no se conoce.

La intervención hacía referencia al derrocamiento de Salvador Allende el 11 de septiembre de 1973. Kast suele realizar estos ejercicios de justificación de la dictadura militar de Augusto Pinochet en cada foro en que tiene la oportunidad. En parte lo dice por convencimiento; de hecho, de joven hizo campaña a favor de la continuidad del dictador en el poder durante el plebiscito de 1988. Pero también lo utiliza como parte de una narrativa más amplia que apunta a demonizar a la izquierda, a exponerla como un ente maquiavélico y amenazante. Según él, la historia oficial sobre Pinochet no es más que una deformación producida y difundida por esa izquierda ideológica o radical. Una nueva expresión del comunismo que no reconoce los supuestos puntos positivos de la dictadura en Chile, aquellos que Kast destaca regularmente. El extracto que expongo a continuación es una transcripción literal de

un fragmento de su ponencia. El texto no tiene errores de mecanografiado aunque ciertos pasajes suenen inconexos o incoherentes. Lo que van a leer transmite la forma de expresarse oralmente del jefe de la ultraderecha en el país andino:

> La izquierda reescribe la historia. Por lo tanto, ellos empezaron a trabajar el 12 de septiembre del año 73 en contra del pueblo chileno. Este golpe también fue respaldado por el expresidente Frei, por el futuro presidente Aylwin, por el expresidente Videla, por la curia de la iglesia. Por lo tanto, es desmitificar un poquito de dónde surge el éxito y el progreso de Chile. [...] Yo creo que ahí se comete un error, el mismo presidente Pinochet va a dar a una un plebiscito, lo pierde y eso abre en la época democrática. Y ahí vienen los gobiernos de Frei, perdón, al gobierno de Aylwin de cuatro años, el gobierno de Frei y el gobierno de Lagos. Tres gobiernos democráticos seguidos que mantienen las políticas públicas desarrolladas durante este gobierno militar que permitieron sacar Chile de la pobreza.

Pese a las dificultades para formular oraciones, esta exposición del líder chileno es reveladora y muy útil para entender el desarrollo actual de la ultraderecha en Latinoamérica. En estos fragmentos destaca su alegato a favor de la dictadura y, a la vez, una narrativa obsesionada con la izquierda. A lo largo de toda su ponencia de aquel día, Kast demostró que es uno de los representantes más característicos de los neopatriotas, un grupo de ultraderechistas que han encontrado un espacio de relevancia en la disputa política en sus países y que han hallado una ventana de oportunidad gracias a la crisis orgánica que vive la globalización. La emergencia de este grupo se suma a la lista de síntomas que explica el ascenso de la epidemia ultra, en este caso, en gran parte de Latinoamérica.

EL ANTIGLOBALISMO

La crisis financiera de 2008 desveló las grietas de la globalización, un sistema que había prometido un progreso económico y social sin techo basado en el multilateralismo, la cooperación internacional y el comercio entre países, libres de presiones ideológicas o geopolíticas como las que habían caracterizado todo el periodo de la Guerra Fría. A partir de aquel año esa expectativa chocó con la realidad, y la cara más cruda del capitalismo se hizo visible: desigualdad, concentración de la riqueza, pobreza extrema, explotación, impacto climático.

Todos los países, en mayor o menor medida, pero sin excepción, padecieron las consecuencias negativas de aquella crisis. Gran parte del impacto lo sufrieron los denominados «perdedores de la globalización». Este concepto no solo señala que el sistema en sí estaba en crisis, ya que dejaba en la marginalidad a millones de personas en todo el mundo, sino que también daba cuenta de la formación paulatina de una base social —y con posterioridad, política — que parecía no tener representación en el debate público. Estaban silenciados, algunos se sentían olvidados o incluso expulsados por no haberse adaptado a las nuevas reglas del juego. En ese terreno sembrado con decepción, apatía y frustración se propaga la epidemia ultra: como un virus que muta para sobrevivir y expandirse, esta ha encontrado en Latinoamérica un cuerpo social debilitado por la desigualdad, la desconfianza institucional y las frustraciones acumuladas.

Sin embargo, más allá de las grandes pinceladas sobre el escenario global, es importante poner el foco en las diferencias contextuales, geográficas e históricas. Eso han hecho José Antonio Sanahuja y Camilo López Burian, con especial atención al caso latinoamericano. En sus trabajos desarrollan el concepto de «neopatriotas» para definir las expresiones políticas que, en un primer vistazo, entrarían en la familia global de las derechas

radicales pero que poseen detalles y dinámicas particulares dignas de mencionar. Son diferencias relevantes, ya que permiten entender, por ejemplo, por qué los portavoces de la ultraderecha de este continente no apelan tanto a las cuestiones étnicas o culturales como sus equivalentes europeos. O bien, por qué líderes como el citado José Antonio Kast o Jair Bolsonaro, de Brasil, pueden reivindicar abiertamente y sin eufemismos las dictaduras militares de los setenta, mientras que en otros lugares ese revisionismo todavía presenta fuertes resistencias en el debate político público, pese a que no está desterrado, como hemos visto en el capítulo anterior. En resumen, con el concepto de neopatriota, Sanahuja y López Burian nos ayudan a afinar el lápiz y entender mejor las similitudes y diferencias entre ultraderechas a ambos lados del Atlántico.

Si hablamos de las diferencias entre las ultraderechas europeas y las latinoamericanas —la principal ya la hemos insinuado—, esta radica en la escasa presencia del componente nativista en el discurso de las segundas. Es cierto que existen excepciones, por ejemplo el plan antiinmigración de Kast en Chile o la persistencia del antisemitismo en Argentina —investigada por el Laboratorio de Estudios sobre Democracias y Autoritarismos de Argentina—, pero la explotación política de la xenofobia y el racismo como herramienta discursiva y movilizadora no ha tenido gran protagonismo en las ultraderechas de allí. Tampoco la narrativa de la guerra de culturas, basadas en la islamofobia, ha sido parte del repertorio.

La estrategia de los neopatriotas latinoamericanos, por diversas razones, abandona el componente étnico y pone énfasis en otros aspectos. En particular, en dos ejes principales. El primero es su posicionamiento contra la igualdad, en cuanto principio fundamental del pensamiento liberal heredero de la Revolución francesa. Este es un eje común en todas las ultraderechas actuales y apunta a la base

histórica del pensamiento radical: la desigualdad como valor, o bien su equivalente inverso, el rechazo a la igualdad. Estas ideas, que nos llevan a los escritos de los intelectuales de entreguerras del siglo pasado y a la fase de la incubación de la epidemia ultra, destacaban la importancia de la jerarquía, del orden, de la tradición y de los intereses nacionales y soberanos de un país. La igualdad es considerada antinatural y, por lo tanto, un valor despreciable.

El segundo eje es el antiglobalismo, que también comparten las ultraderechas en distintas latitudes, aunque en el caso de los neopatriotas ocupan un lugar preferencial. Se trata de una narrativa basada en el ultranacionalismo y la reacción contra las élites, pero no las locales, sino las extranjeras, aquellas representadas por los organismos internacionales, como la Organización de las Naciones Unidas o la Corte Interamericana de Derechos Humanos, y las organizaciones no gubernamentales, como Amnistía Internacional o Reporteros sin Fronteras. Todas ellas representan al globalismo, es decir, el mayor enemigo de los neopatriotas.

En líneas generales, el globalismo consiste en una concepción del mundo que enfatiza las virtudes de las conexiones globales y la libre circulación de personas, bienes, servicios, información e incluso ideas, más allá de los límites fronterizos. Esta visión llega incluso a sostener que los intereses de todo el planeta están por encima de los nacionales, no solo en el ámbito de lo comercial, sino también de lo militar y lo medioambiental. Como hemos mencionado, esta concepción entra en crisis en 2008 y deja al descubierto que sus bondades tenían una cara muy negativa. Los neopatriotas encuentran entonces en ese incumplimiento de expectativas un espacio para activar sus narrativas.

Los portavoces ultraderechistas como Kast o Bolsonaro, entre otros, denuncian ese globalismo. Pero no solo por las mencionadas

consecuencias negativas en términos económicos, sino también por otros elementos más complejos que ayudan a vehicular su mensaje. Estos argumentan que a través de las mencionadas organizaciones globalistas se difunde un pensamiento foráneo y peligroso que, además de ignorar y dañar los intereses nacionales de cada país, está reñido con la moral y las buenas costumbres. Lo describen como un ataque a la tradición y a la identidad autóctona. Es aquí donde aparece la clave del pensamiento neopatriota: la amenaza disgregante.

Este concepto alude a la percepción, propia de esa corriente, de que fuerzas externas —encarnadas en el globalismo y en las organizaciones internacionales— introducen deliberadamente elementos culturales, políticos e incluso morales que erosionan la cohesión social, debilitan los valores tradicionales y, sobre todo, fragmentan la identidad nacional.

Lo decisivo es que dicha amenaza no se concibe como algo accidental, sino como el resultado de un proyecto internacional articulado por las izquierdas, orientado a desintegrar las sociedades desde dentro y a sustituir sus fundamentos históricos y morales por un nuevo orden cosmopolita. En las primeras páginas de este libro hablamos sobre la decadencia como concepto clave que conecta a la epidemia ultra de principio a fin. El miedo a perder la identidad cultural, lo que conocemos, la vara moral que nos permita tener un balance entre el bien y el mal, reside en muchas personas. En la expresión discursiva de los neopatriotas, la amenaza disgregante equivale a esa decadencia.

Es la que contiene los síntomas que hemos ido enumerando: populismo, ultraconservadurismo e instrumentalización de la religión, nacionalismo, crítica a la derecha tradicional, empleo de teorías conspirativas, antifeminismo y revisionismo. Pero tal vez uno de sus

elementos más interesantes a destacar es que en ella se construye al «otro», es decir, a ese enemigo casi omnipresente que no solo es causante de la decadencia, sino que es portador y símbolo de todo aquello que está corrupto en la sociedad actual. No se trata, en este caso, de una amenaza meramente local, sino que, debido al globalismo, es parte de una tendencia internacional y articulada. El experto en ultraderechas Pablo Stefanoni lo ha bautizado como «anticomunismo zombi».

El anticomunismo zombi

> Nosotros fuimos exitosos en lo económico un país vigoroso, un país potente pero descuidamos el tema educacional. Y si hay algo que la izquierda hace ser paciente, metódica y profesional. Y se fueron tomando el tema de la educación, se fueron tomando el tema de la justicia. Por lo tanto aunque nosotros quisiéramos cambiar los currículos, los profesores siguen siendo de izquierda. Y como dije anteriormente a la izquierda no le interesa el progreso, el desarrollo. A ellos le interesa lo que es la esclavitud moderna que se sostiene sobre la existencialismo sobre la ignorancia sobre la debilidad del ser humano.

La docena de personas que asistían a la charla de José Antonio Kast en la Cumbre de la Iberosfera asentían con la cabeza. Estaban escuchando lo que habían venido a oír: el mundo está mal por culpa de una izquierda siniestra que ha sabido corromper las mentes de la juventud. Kast recurre a la idea del adoctrinamiento como jugada maquiavélica y a la vez eficiente de esa izquierda que no representa más que a una versión moderna del comunismo, el del siglo XXI.

Es innegable que esta idea también cobra potencia cuando se hace referencia a una tendencia que marcó la primera década de este siglo: la «marea rosa», un término que el periodista Larry Rohter, de *The New York Times*, creó para referirse a la ola de gobiernos de izquierdas que gobernaron simultáneamente en casi

todos los países de Sudamérica. Los neopatriotas han utilizado el devenir político y económico de ese periodo como una referencia negativa y reciente de los males que provocaban las izquierdas.

Pablo Stefanoni escribió en noviembre de 2021 un artículo en la revista *CTXT* titulado «Anticomunismo zombi». Y pese a lo llamativo de esta expresión, lo mejor estaba en el antetítulo: «Política ficción». El periodista logra reflejar en ese texto la gran problemática que plantea la epidemia ultra a nivel discursivo, posiblemente el daño más grande. Los portavoces de la ultraderecha, en su afán de luchar y eventualmente ganar la batalla cultural, es decir, en esa carrera por adueñarse de los conceptos, ya no reparan en su significado, o peor aún, en su relación con la realidad.

Ya no importa que las palabras signifiquen algo, tan solo que te pertenezcan. Un ultraderechista no quiere que lo que diga tenga respaldo alguno o evidencia para contrastar, lo que busca es que su discurso se active. En este sentido, el anticomunismo zombi es un síntoma clásico de la epidemia ultra: revive un enemigo muerto para mantener vivo el miedo. Necesita del temor irracional y del resentimiento para sostenerse, sin importar que la amenaza real ya no exista.

A Kast no le importa el concepto de comunista, ni su definición ni su relación con la historia. Solo busca conectar todas las connotaciones negativas atribuibles al mismo con un sujeto político amorfo pero identificable que en su discurso es definido como la izquierda. Ya no importa el contenido del concepto, sino que sirva como arma discursiva, que otorgue espacios para la metáfora forzada, para la comparación absurda.

> La izquierda cambió su método, ya no es la lucha de clases, ya no es la lucha armada, sino que es la lucha por las causas. Ellos encuentran ciertas causas que pueden ser el animalismo, el ambientalismo, el género, el abuso, y luego lo reflejan en un caso puntual y ese caso puntual lo extrapolan a que todos son

> iguales. [...] Ellos están ahí agazapados, preparándose, trabajando, esperan un momento y dan el golpe.

Kast no es un gran orador, pero sabe bien lo que está haciendo. Entiende que debe profundizar el antagonismo hasta el punto de que el otro partido sea más que un adversario político. Debe convertirlo en un enemigo, y con ello hacerlo causante necesario de la amenaza disgregante.

La estrategia de los neopatriotas les ha permitido librar sus batallas culturales con una capacidad de fuego mucho mayor que en el pasado. La búsqueda de eufemismos ha pasado a ser una actividad obsoleta, pues ya no es necesario justificarse; al contrario, el antagonismo puede forzarse para crear dicotomías caprichosas, infundadas pero eficientes: comunismo o libertad, diversidad o soberanía, *woke* o incorrección política, feminismo o tradición. Sobre cada una de ellas se desarrolla una narrativa particular que activa un posicionamiento político dictado por aquel antagonismo: el miedo al comunismo, aunque tal cosa ya no exista salvo en contados países, la defensa de una supuesta identidad amenazada, con el consiguiente peligro de perder tradiciones, o incluso las teorías conspirativas del ginocentrismo que denuncian que el mundo está dominado por mujeres malvadas (véase el capítulo 9).

Cada una de esas narrativas apuntalan el discurso neopatriota. Y el elemento que termina de cerrar aquel argumentario es la apropiación del sentido común como concepto legitimador desde las perspectivas moral y racional. Kast es un ejemplo de ello. Desde que abandonó la Unión Demócrata Independiente, el partido histórico de derechas en Chile, buscó erigirse como un político independiente que decía solo obedecer al sentido común. Así buscaba ubicar sus posicionamientos ideológicos en una suerte de espacio suprapartidario sobre el que no cabe debate alguno. No es el único

representante de la ultraderecha que recurre a esta estrategia que busca desactivar el debate y concentrarse en desprestigiar al adversario político.

Dictaduras relativizadas

Una de las narrativas más movilizadoras y provocadoras que impulsa la ultraderecha es la que suelen titular como «memoria completa» y que apunta básicamente al revisionismo histórico. Tal como hemos visto en el capítulo anterior, el objetivo fundamental es la reivindicación o relativización de un pasado cuestionable y criminal; en el caso latinoamericano, las acciones de gobiernos dictatoriales.

En gran parte, existe una coincidencia ideológica entre los neopatriotas actuales y el plan llevado adelante por aquellas dictaduras. Al principio de este capítulo hemos mencionado el *reframing* positivo que ensaya regularmente José Antonio Kast cuando defiende que la dictadura de Pinochet en realidad habría salvado a Chile de una inminente dictadura comunista. Una que nunca existió. Pero para no insistir con los malabares narrativos del chileno, veamos el caso de Jair Bolsonaro.

En Brasilia, el 17 de abril de 2016, cada uno de los 513 diputados fue llamado al micrófono para expresar su voto sobre el *impeachment* de Dilma Rousseff, un proceso que terminaría con su destitución. Pese a que los representantes políticos solo tenían permitido decir sí o no, algunos aprovecharon la ocasión para realizar declaraciones de todo tipo. Bolsonaro, que en ese momento todavía era diputado, fue uno de ellos. En su intervención, gritó entre otras frases: «A la memoria del coronel Carlos Alberto Brilhante Ustra». Ustra fue un reconocido torturador durante la

dictadura militar en Brasil y dirigió el centro de represión en San Pablo en el que fue torturada la propia Rousseff cuando fue presa política. El militar nunca reconoció sus acciones, pese a que la justicia brasileña lo declaró torturador en una sentencia de 2008. Ustra se limitó a esgrimir que sus actividades en el tiempo de la dictadura obedecían al objetivo de luchar contra el comunismo, aunque admitió que se habían cometido ciertos «excesos».

La defensa de Ustra contiene todos los elementos que suele recuperar la ultraderecha cuando se refiere al terrorismo de Estado practicado principalmente durante los años sesenta y setenta en diversos países sudamericanos. Por un lado, se utiliza la idea de «guerra», que serviría de justificación general para casi cualquier tipo de actuación. Toda guerra tiene una causa y la de los militares era sostener el orden y, sobre todo, eliminar la amenaza comunista. Esta última se agigantaba en un contexto mundial de Guerra Fría, a lo que se sumaba la existencia de grupos guerrilleros en actividad. Líderes como Kast, Bolsonaro, Antonio Manini Ríos, exmilitar y líder del partido Cabildo Abierto en Uruguay, y la vicepresidenta actual de Argentina, Victoria Villarruel, entre otros, no dudan en apegarse en mayor o menor medida a este tipo de argumentaciones.

Según los neopatriotas, en nombre del orden, de la autoridad, de la patria y de los valores de la nación, las dictaduras militares habrían cumplido su misión y con ello habrían salvado a su pueblo de la amenaza. De lo cual se desprende que sus acciones políticas, es decir, la ejecución de un golpe de Estado y del ejercicio del poder, habrían estado justificadas. Se avala así el abandono de la condición de apoliticidad que las fuerzas armadas deberían resguardar para proteger el régimen democrático.

En la lógica anterior se apoya gran parte de la crítica de la ultraderecha a las condenas judiciales a los líderes militares por las

torturas, que se extendieron mucho más allá del supuesto bando comunista al que decían combatir, y por otros crímenes como la apropiación de bebés.

Los neopatriotas despliegan una línea narrativa paralela, aún más potente y que ya mencionamos cuando citamos a Ustra. En lugar de priorizar la defensa de las acciones de la dictadura, buscan redefinir a los militares como las víctimas de una injusticia histórica. Y es que su sacrificio por la patria habría sido tergiversado por la izquierda actual, que se lo había apropiado culturalmente al desarrollar una versión ideologizada de los hechos. Así, la ultraderecha actual construye una narrativa que promueve la idea de calificar de «excesos», incluso aislados, las atrocidades de los militares, buscando así una relativización de sus crímenes. A la vez, reclama justicia a favor de los militares enjuiciados y condenados.

Además, los neopatriotas expresan que es injusto que solo se condene a los militares y no a lo que ellos denominan el «enemigo». Una estrategia que les permite reclamar para su causa el concepto de memoria alegando que la visión dominante corresponde a una versión incompleta de ella. Y aquí es donde apelan a la confusión, ya que desestiman la gravedad de cometer delitos de lesa humanidad y ejecutar violaciones sistemáticas contra los derechos humanos utilizando el poder del Estado.

¿EL REGRESO DE LOS MILITARES?

Pero más allá de la mirada hacia el pasado y el impacto simbólico que esto representa, la necesidad de reivindicar a las dictaduras de la región tiene un reflejo en la actualidad. Entre los neopatriotas existe una tendencia creciente de incorporar lo que algunos suelen

llamar la «familia militar» al ámbito de la política. Una actitud que pone en cuestión aquella máxima de unas fuerzas armadas al servicio de la democracia y de sus instituciones.

Existen varios casos que evidencian este nuevo abandono de la apoliticidad y el apartidismo de los militares. En Uruguay, en 2019, el general retirado Antonio Manini Ríos fundó el partido Cabildo Abierto, cuya vinculación con el mundo castrense es de conocimiento público. Además de su líder, son varios los oficiales retirados que participan en esta formación. Manini Ríos considera que las fuerzas armadas son el bastión principal de la identidad nacional, el espacio para preservarla de cualquier amenaza.

Aunque el caso de este partido uruguayo, que participó en el gobierno entre 2020 y 2025 ocupando dos ministerios, es relevante, el de Bolsonaro, presidente de Brasil entre 2019 y 2023, resulta mucho más ilustrativo. El político brasileño fue diputado federal durante veintisiete años por el estado de Río de Janeiro. En 1987 se vio involucrado en una operación que tenía como objetivo explotar bombas en algunas dependencias castrenses. Su intención era protestar por los bajos sueldos del ejército en aquel momento. Un año más tarde fue absuelto por un tribunal militar y justamente en ese momento inició su carrera política como concejal, en cuyo desempeño se destacó por intentar dar visibilidad a las causas del ejército, algo que ha sostenido durante toda su carrera política.

Bolsonaro fue durante mucho tiempo un político relativamente desconocido. Sin embargo, a raíz de una conjunción de factores tuvo la oportunidad de dar un salto y convertirse en candidato presidencial. A partir de 2014 se configuró un escenario de fuerte crisis política vinculada a la operación Lava Jato, posiblemente la mayor investigación anticorrupción de la historia de Brasil, que involucró a empresas como Petrobras y Odebrecht junto con

decenas de políticos y funcionarios a todo nivel, incluyendo al expresidente Lula da Silva. Esto culminó con la destitución de la propia presidenta, Dilma Rousseff, en 2016. En todo ese tiempo, Bolsonaro aprovechó el contexto y se erigió como el candidato que decía representar la lucha contra la corrupción y, sobre todo, contra la ideología izquierdista de Dilma y Lula. Con un estilo políticamente incorrecto y de continua provocación estratégica, construyó un perfil atractivo para muchos sectores decepcionados con la situación económica del momento y, especialmente, con la política tradicional manchada por la corrupción. Además, dicho estilo resultaba muy compatible con la viralización en redes sociales, recurso que aprovechó al máximo. A ello se sumaron sus alianzas con sectores pentecostales, que coincidían en gran parte con su visión ultraconservadora en temas como la homosexualidad, el matrimonio igualitario, el aborto, el feminismo, etcétera. Este conjunto de factores lo llevó a quedarse con la presidencia en la segunda vuelta con el 55,1 por ciento de los votos.

Durante su mandato, la presencia militar fue masiva en todos los órdenes de la administración pública, donde se han contabilizado más de seis mil cargos ocupados por miembros de las fuerzas armadas. De hecho, en 2020 ocho oficiales formaban parte de su gabinete de ministros.

En resumen, Bolsonaro es un partidario de la activación civil de los militares y considera que deben desempeñar un papel político en su país. Esto encuentra un correlato en otros neopatriotas de la región que ya hemos mencionado, y enciende un cierto nivel de alerta para Latinoamérica. Pese a que en las últimas décadas las interrupciones democráticas han sido contadas excepciones, nada asegura que la democracia no ceda y se fracture como ya ha sucedido en el pasado. A los neopatriotas no les incomodaría.

En este contexto, la epidemia ultra se manifiesta como un agente infeccioso que reactiva viejas heridas y fantasmas autoritarios. La alianza entre neopatriotas y militares muestra que la enfermedad nunca se ha erradicado del todo: mutó, se escondió en la memoria selectiva y hoy vuelve a circular con narrativas nuevas, disfrazadas de sentido común, patriotismo y promesas de orden.

Tercera parte
SECUELAS: CUANDO LA EPIDEMIA ULTRA LLEGA AL PODER

12

El profeta ultra

Viktor Orbán no ha necesitado gritar o exaltarse para lograr sus objetivos. Su estilo es el opuesto al histrionismo de Milei, la impostura de Abascal, la desfachatez de Salvini o la arrogancia de Trump. El jefe de Fidesz, en realidad, tiene bastante más en común con Giorgia Meloni. No solo en las formas, sino también en su agenda social y moral. El húngaro y la italiana comparten una cruzada contra la igualdad de género y el discurso identitario, nacionalista y xenófobo, así como una visión sesgada y selectiva de la memoria histórica de sus respectivos países.

Pero a diferencia de Meloni, Orbán se ha constituido como un contrapoder de los defensores de la democracia liberal. Prácticamente, lo opuesto a lo que predicaba antes de la caída del muro de Berlín, cuando era un joven militante liberal convencido de la necesidad de salvar del autoritarismo a su país. En aquella época, incluso recibió el apoyo de George Soros, un filántropo millonario creador de la Hungarian Soros Foundation.

La biografía de Soros estuvo marcada por los horrores de la ocupación nazi en Hungría y, más tarde, por la represión del régimen comunista de posguerra. Para él, cualquier sistema político totalitario debía ser combatido, y por eso destinó parte de su fortuna a enfrentar esas ideologías. En 1984 creó la mencionada fundación, con el propósito de formar líderes democráticos mediante becas de

estudio, cursos de idiomas y acceso a redes internacionales. Soros incluso logró negociar un acuerdo con el régimen comunista para legalizarla, lo que convirtió a la institución en una de las pocas iniciativas privadas permitidas dentro del bloque prosoviético.

Por su parte, Viktor Orbán era una de aquellas jóvenes promesas que la Fundación Soros quería empoderar. Nacido en el seno de una familia muy pobre, creció en un pequeño pueblo rural a unos 30 kilómetros de Budapest. Pero su situación mejoró poco a poco cuando su padre, miembro del Partido Socialista de los Trabajadores de Hungría (Magyar Szocialista Párt o MSZP), obtuvo un puesto relevante dentro del sistema de las cooperativas agrícolas. Esa posición le permitió ganar influencia política dentro del partido y ciertos privilegios, como el acceso a los mejores centros educativos para Viktor y sus hermanos. Si bien es cierto que Orbán hijo destacó por méritos propios en el plano académico, sin la influencia de su padre no hubiese llegado demasiado lejos en el rígido sistema húngaro de aquellos años.

En ese contexto, era de esperar que participase en las juventudes del partido y, por consiguiente, no fuese crítico con ellas. Su familia no había sufrido la opresión del régimen y su situación era bastante cómoda. Sin embargo, algo cambió cuando tuvo que realizar el servicio militar en 1981. Orbán padeció en carne propia la discrecionalidad y la violencia con la que actuaba el Estado, en este caso, a través de los militares. Fue arrestado en varias ocasiones por indisciplina y protagonizó enfrentamientos con oficiales superiores.

Tras esta experiencia, en 1982 y hasta 1987, inició sus estudios en la Universidad Eötvös Loránd y allí se introdujo en un ambiente muy diferente al que se vivía en su casa. Orbán comenzó a leer literatura liberal, a participar en debates críticos con el régimen y a integrarse en grupos de intelectuales disidentes. Era el despertar anticomunista

de la joven promesa. De hecho, encajaba a la perfección en el perfil de becado de la Fundación Soros. En 1988 recibió el financiamiento para estudiar en Pembroke College, en la Universidad de Oxford. Tenía veinticinco años y su investigación se centraba en el pensamiento liberal británico y la idea de sociedad civil. Ese mismo año, junto con un pequeño grupo de estudiantes, fundó la Alianza de los Jóvenes Demócratas (Fiatal Demokraták Szövetsége), cuyo acrónimo en húngaro es Fidesz. Su objetivo político era luchar por construir un país libre del yugo comunista, que garantizase derechos y libertades y que se alejase del autoritarismo soviético para dar paso a una nueva etapa. El mero hecho de pertenecer a la agrupación ponía en riesgo la reputación de todos sus miembros, ya que se definían abiertamente como opositores al régimen dictatorial del Partido Socialista de los Trabajadores de Hungría.

Si aquel joven Orbán idealista, liberal y enemigo del totalitarismo pudiese viajar en el tiempo unos treinta años a 2022 y se encontrase consigo mismo asumiendo su quinto mandato como primer ministro, seguramente se alegraría. Al ver a su yo adulto sonriente ante las cámaras descubriría que su sueño se había vuelto realidad. Que había valido la pena luchar y poner todo en riesgo. Sin embargo, no tardaría en darse cuenta de que aquellos principios que defendía de joven ya no eran tan importantes. Le indignaría saber que con los años había abandonado las ideas de la libertad. Y lo buscaría con desesperación para increparlo, para preguntarle mil cosas: ¿por qué no hay alternancia política en la Hungría actual? ¿Por qué sigues en el poder desde 2010? ¿Qué te ha llevado a abanderar el nacionalismo y a apoyarte en teorías conspirativas para construir tu discurso? ¿Qué sentido tiene atacar a Soros, quien financió tus estudios? ¿Qué significa exactamente eso que llamas «iliberalismo»? ¿Qué te ha pasado, Viktor? ¿En qué te has convertido?

Pero hay una pregunta que el joven Orbán sería incapaz de formular. No por falta de lucidez, sino porque en los años ochenta esa inquietud no era tan relevante como ahora. Y, en efecto, es precisamente esa pregunta la que encierra la clave de su metamorfosis. Porque para alguien que creía en el liberalismo y sus valores, el mayor reproche que podría dirigirle al actual presidente de Hungría sería: ¿por qué te has convertido en el profeta de la epidemia ultra?

La dura transición hacia el capitalismo

Orbán compartía las aspiraciones de toda una generación, o al menos de una parte que no comulgaba con el régimen comunista. En aquel entonces, Hungría pertenecía al bloque oriental ubicado en la órbita de influencia de la Unión Soviética. En este lado del telón de acero se habían desarrollado sistemas de partido único con un férreo control político en todos los ámbitos de la vida pública y privada. La represión era absoluta, y expresar descontento o críticas al gobierno podía acarrear graves represalias, que incluían castigos de toda índole: vigilancia estatal constante, impedimentos para ejercer tu profesión, desprestigio social y detención por tiempo indeterminado, entre otros.

Para jóvenes como Orbán, que tenían en mente otro modelo de sociedad, incluso la militancia pacífica era motivo de sospecha. Sus ideas liberales representaban una amenaza en aquel sistema donde el autoritarismo era la norma. Con la caída del muro de Berlín aquellos jóvenes movilizados y activos políticamente encontraron la oportunidad histórica de cumplir su sueño. Orbán no fue la excepción. No dudó en abandonar sus estudios en Inglaterra y

regresar a su país para participar en el gran cambio político que comenzaba a gestarse.

Tras su retorno en junio de 1989 pronunció un discurso ante unas 200.000 personas en la Plaza de los Héroes de Budapest. El evento tenía lugar por la reinhumación de Imre Nagy, ex primer ministro de Hungría que lideró la Revolución húngara de 1956 y fue ejecutado ese mismo año por el régimen. Un comunista reformista que había sido destituido de su cargo un año antes por sus decisiones no alineadas con la línea dura del partido. El levantamiento buscaba liberar al país del régimen y la influencia soviética. El conflicto se zanjó con la llegada de las tropas desde la Unión Soviética, que aplastaron la revolución. Después de que lo engañaran mientras huía a través de la embajada yugoslava fue arrestado y sometido a un juicio secreto y sin garantías. Días más tarde fue condenado por traición y colgado en la horca.

Los organizadores del acto consideraron necesario que los jóvenes tuviesen voz en el acto y decidieron que fuera Orbán, uno de los líderes del recientemente fundado Fidesz, quien se ocupara de la tarea. Este expresó que su generación tenía la posibilidad de lograr por medios pacíficos lo que a los héroes de 1956 les había costado sangre y sacrificio.

El discurso del joven cautivó a los presentes y a los que lo escucharon a través de la retransmisión televisiva. Parecía que en Hungría surgía un prospecto político prometedor para la nueva etapa que comenzaba.

Así fue como Orbán, en calidad de representante de Fidesz, se sumó a la Mesa Redonda, un organismo constituido por el partido de gobierno, representantes de los grupos opositores y otros actores como, por ejemplo, algunos sindicatos. El objetivo era delimitar el complejo proceso de transición política, económica, social y cultural

que sobrevendría en el país. Se inspiraba en el modelo polaco llevado a cabo meses antes. El resultado final fue la introducción de un sistema multipartidista, la elección indirecta de presidente y la formación de un Tribunal Constitucional. División de poderes, elecciones libres, Estado de derecho, libertad de expresión... el sueño de cualquier liberal, incluyendo a Orbán, se hacía realidad.

El siguiente paso fueron las elecciones de 1990, en las que el partido de centroderecha conservadora Foro Democrático de Hungría (Magyar Demokrata Fórum o MDF) se llevó el triunfo. En alianza con los democratacristianos y el Partido Independiente Cívico de los Pequeños Propietarios y de los Trabajadores Agrarios (Független Kisgazda, Földmunkás és Polgári Párt o FKgP) formaron el primer gobierno democrático, que tuvo que hacerse cargo de una larga lista de desafíos: la construcción de una nueva república, el establecimiento de instituciones y representación política o el fin de la persecución del pensamiento. Pero ese fue apenas el primer paso de un camino lleno de obstáculos. Las dificultades económicas heredadas del sistema comunista tampoco desaparecieron de un plumazo. La abrupta transición de una economía planificada a una de mercado trajo consigo reformas drásticas, entre ellas privatizaciones y liberalización de precios. El impacto social fue brutal: en apenas tres años el PIB cayó un 20 por ciento, el desempleo —casi desconocido en la era comunista— superó el 13 por ciento en 1992, y la inflación anual se disparó por encima del 30 por ciento.

Esta situación tuvo dos consecuencias bastante esperables. En primer lugar, el ejecutivo se volvió impopular en tiempo récord y con ello la conflictividad social se disparó. En segundo término, en las elecciones de 1994, el partido de gobierno no solo fue derrotado, sino que cayó al tercer lugar tras perder más de la mitad de su

electorado. Pero eso no es todo, la decepción con su desempeño contribuyó a un efecto rebote favorable para el nuevo partido de izquierdas poscomunista, heredero del Partido de los Trabajadores Socialistas que había gobernado el país entre 1956 y 1989.

Cual ironía del destino, una importante porción de aquellas élites expulsadas del poder en 1989 regresaba tras un breve receso. El impacto de la transición había dejado mella en la población, que en gran parte optó por volver a lo malo conocido.

La primera metamorfosis: de liberal a conservador

Se podría afirmar que el Fidesz de Orbán se mantuvo como fuerza testimonial durante ese primer gobierno porque su relevancia era todavía pequeña. No logró llegar al 9 por ciento de los votos en 1990. A pesar de ello, dentro de la organización el clima era dinámico, aunque también comenzaba a gestarse cierto desánimo, especialmente a raíz de una decisión de Orbán que algunos interpretaron como una jugada estratégica y otros como un giro ideológico de fondo.

En el congreso de Fidesz de 1993, el partido abandonó su perfil estrictamente liberal en términos económicos y sociales —como la promoción de la apertura de mercados o la defensa de libertades individuales—, a un posicionamiento más centrista y moderado. Esto evidenciaba el inicio de un movimiento ideológico hacia la derecha del espectro político, uno que nunca acabaría. En cualquier caso, la decisión provocó la renuncia de varios miembros y dejó como jefe único del partido a Viktor. El primero, ya que hasta ese momento Fidesz tenía un liderazgo colectivo.

La estrategia apuntaba a ocupar un espacio huérfano del espectro político de la centroderecha. El MDF se caía a pedazos y Orbán vio allí una oportunidad. Las elecciones de 1994 hicieron pensar que la decisión había sido un craso error: el Fidesz rescató poco más del 7 por ciento de los votos. Esto convertía al partido en el más pequeño del Congreso y desataba la furia de los sectores opositores dentro de la organización.

Pero Orbán no solo mantuvo el rumbo, sino que lo intensificó. El tono conservador y nacionalista creció en sus discursos. Aunque la llave de la recuperación tras el golpe electoral la encontró en su decisión de rivalizar con los comunistas. En efecto, el pacto entre comunistas y liberales le permitía al jefe de Fidesz adueñarse completamente del concepto de anticomunismo, es decir del rechazo al pasado autoritario y a las décadas de yugo comunista. Al mismo tiempo, se posicionaba como una alternativa centrista y conservadora al fracasado MDF que, según su discurso, había empobrecido a Hungría aún más.

Desde un punto de vista pragmático, Orbán lo tenía servido en bandeja y no dudó en aprovecharlo. Comenzó a desarrollar un discurso que unificaba a sus adversarios políticos en un único enemigo, cuyo objetivo era contrario a los intereses nacionales. Esa estrategia de antagonización contra las élites sentó las bases para su narrativa populista posterior. Se iniciaba así la siguiente transformación del líder húngaro.

«La nación no puede estar en la oposición»

El discurso anticomunista era una buena señal para la comunidad internacional en Occidente que se ocupaba de felicitar a los buenos

alumnos del ex bloque soviético. El acelerado camino del autoritarismo del partido único a la democracia liberal era aplaudido al igual que la dolorosa transición hacia el capitalismo y la economía de mercado. En ese contexto, en 1998, Orbán llegaba al poder por primera vez. En ese primer periodo consiguió lo que les había sido esquivo a sus antecesores: bajar la inflación. En el plano internacional, preparó el terreno para el ingreso del país en la Unión Europea y en 1999 firmó la adhesión a la OTAN, un hito simbólico para una nación que había sido miembro fundador del Pacto de Varsovia. En resumen, Orbán también era uno de aquellos «buenos alumnos», percibido por la población como líder de un gobierno que contrastaba con las tensiones y las desigualdades que habían dejado los anteriores.

Lo que no imaginaba entonces era que los poscomunistas regresarían al poder en los siguientes comicios. De hecho, Fidesz obtuvo más escaños y casi un millón de votos más que en las elecciones anteriores, pero no fue suficiente para contrarrestar la recuperación de los más nostálgicos con el antiguo régimen, que le arrebataron el gobierno gracias a una nueva alianza con los liberales. Está claro que esa no fue la única razón que le hizo perder el poder. La oposición se reforzó gracias a otras variables, como ciertos escándalos de corrupción con sus socios de coalición del FKgP y, sobre todo, las tendencias autoritarias y la falta de diálogo que comenzaba a mostrar el primer ministro. Esa multiplicidad de factores se alinearon para llevarlo a la inesperada derrota. Así, pese a ser el partido más votado, Fidesz pasaba a la oposición y tendría que esperar ocho años para volver al poder.

Durante ese tiempo en el llano, Orbán intensificó su retórica nacionalista y la combinó con el estilo populista que ya venía ensayando desde hacía tiempo. Desde el primer día en la oposición

ese cambio quedó en evidencia: «La nación no puede estar en la oposición». Pronunció esta frase inmediatamente después de la derrota electoral, en abril de aquel 2002. Sus palabras encerraban una nueva estrategia, además de expresar la decepción y la indignación de perder el gobierno. En ellas se reflejaban las intenciones de convertir el antagonismo inherente de su retórica populista en una causa nacionalista. En ese sentido, Orbán retomaba aquella narrativa de 1989 cristalizada en el discurso que lo hizo famoso cuando era apenas un joven político. En aquel momento, la esencia de su activismo había sido la lucha contra el comunismo, por elecciones libres y por la instauración de una democracia. Trece años después, Orbán volvía a manifestar una cruzada, en este caso contra los poscomunistas herederos de aquella dictadura de posguerra, aunque con un cambio fundamental en el eje del antagonismo: ya no se trataba de luchar por los valores democráticos, sino por los valores nacionales. No era una reivindicación de libertades, tan solo una advertencia sobre la nación en peligro.

La consecuencia directa de dicho planteamiento fue la transformación del adversario político en enemigo de la nación. Se trazaba una línea divisoria en la historia que separaba a los «malos» de los «buenos», a «ellos» de «nosotros» y, en este caso, a «esos políticos» de la «nación húngara».

Este antagonismo extremo es un rasgo característico de la epidemia ultra. No se plantea la competencia entre proyectos de país en un marco democrático, ordenado y controlado por instituciones, que ofrece ciertos márgenes para el debate pero también para el consenso. Por el contrario, la epidemia ultra nos obliga a elegir en qué lado de la historia queremos permanecer. Como si no hubiese grises, como si la unicidad del pensamiento fuera un valor que proteger, como si todos debiéramos aceptar ese modelo de sociedad

que, en este caso, Orbán ha decidido que es el correcto para Hungría.

Los académicos Anna Szilágyi y András Bozóki plasman esta metamorfosis de la retórica del líder de Fidesz en un artículo publicado en 2015. En su análisis detectan que a partir de 2002, cuando Orbán pasa a la oposición, se observa un cambio llamativo en su discurso, ya que deja de referirse a Fidesz y a Hungría por separado. Es decir, desaparece la distinción entre partido y nación, los reemplaza por el «nosotros». El uso del pronombre buscaba equiparar a su partido —y por consiguiente a los intereses de este— con los del país. Así, aquellos que estaban en su contra engordaban la lista de élites explotadoras y opresoras que solo perjudicaban el sentir nacional. De todos modos, la llave discursiva de esta etapa radicaba en su comparación de esa élite con el comunismo anterior a los años noventa. Se establecía así una suerte de enemigo transtemporal que, según Orbán, siempre había estado, estaba y estará, contra Hungría.

El irredentismo

Antes de perder las elecciones, en junio de 2001, el primer gobierno de Fidesz dictó la Ley de Estatus, también conocida como la ley Orbán. Con ella se otorgaba una serie de beneficios a las personas de origen étnico húngaro que residían permanentemente en las naciones vecinas, incluso si poseían la ciudadanía de ese otro país. La medida buscaba fomentar el sentido de pertenencia magiar en esos grupos ubicados en Croacia, Eslovenia, Eslovaquia, Serbia, Rumanía y Ucrania, entre otros, y con ello despertar la identidad nacional húngara.

La decisión de Orbán, que causó un profundo malestar en los países mencionados, fue la primera señal de que el rumbo de su carrera política apuntaba hacia un nacionalismo exacerbado. El entonces primer ministro sabía que ocupar ese espacio era una oportunidad política y no dudó en aprovecharla. La Ley de Estatus, en realidad, provocaba la reactivación de una vieja narrativa nacionalista histórica que afecta emocionalmente al sentimiento patriótico magiar: «La gran Hungría».

Este irredentismo, que comenzó a promover Orbán y que nunca abandonó, evoca un evento concreto en la historia del país que se conoce como el «trauma de Trianón». En 1920, tras la Primera Guerra Mundial, se firmó un acuerdo que fijaba las actuales fronteras de Hungría. El Tratado de Trianón determinó que la nación magiar perdía más del 70 por ciento de su territorio y cerca de dos tercios de sus habitantes —entre ellos millones de personas de etnia húngara— en favor de Checoslovaquia, Yugoslavia, Austria y Rumanía. Este pacto fue considerado un robo y en la memoria colectiva permanece como una humillación histórica.

Orbán encontró en ese resentimiento y necesidad de redención la posibilidad de construir un patriotismo *ad hoc* que le sirviese de arma política, que lo ubicase como un héroe moderno y carismático que se oponía a cualquier nueva afrenta que pudiera llegar a sufrir Hungría. Y aquí es donde se refuerza su intención de instalarse como único representante legítimo del sentir magiar y, por consiguiente, como portador inequívoco de la voluntad general de su pueblo.

Sobre esa forzada conexión entre el pasado de entreguerras y el siglo XXI, el entonces ex primer ministro húngaro construyó las bases para regresar al poder en 2010. Fue un tiempo en el que se comenzó a promover cierta nostalgia por las políticas revanchistas y

ultranacionalistas que llevó adelante a partir de los años veinte Miklós Horthy, almirante que se convirtió en regente de Hungría e instauró un régimen autocrático. Orbán procuraba no mencionar que este regente del país fue aliado hasta 1944 de la Alemania nacionalsocialista y colaboró con la deportación de judíos a través de leyes antisemitas aprobadas bajo su gobierno. En su lógica, la historia pasaba a ser material manipulable según la conveniencia política del momento.

En abril de 2010, Viktor Orbán regresó al gobierno tras imponerse con más del 50 por ciento de los votos. Esto supuso además la obtención de la mayoría calificada, es decir, dos tercios de la cámara, lo que le brindó la oportunidad de aprobar cualquier reforma constitucional sin mayores inconvenientes. Una ocasión que no iba a desaprovechar.

«Soy uno de aquellos que quieren un país húngaro, es decir, no oriental, no occidental, sino húngaro; un país que se sostenga por sí mismo y siga su propio camino.» Apenas había pasado un mes de las elecciones de 2010, cuando Orbán pronunció esa frase en la plaza Kossuth, en el centro de Budapest. Dos días antes se había modificado la ley de ciudadanía para permitir que cualquier persona de origen húngaro fuera del país pudiese solicitarla y, con ella, ejercer sus derechos políticos. Una acción que le valió al líder del Fidesz un gran rédito electoral en el futuro.

Pero más allá de la aritmética parlamentaria, lo que estaba construyendo iba más allá y se parecía mucho al trabajo realizado por la ultraderecha en otras latitudes: el delineamiento de una identidad nacional que no solo se apoya en aquellos fundamentos históricos, en parte manipulados y sesgados, sino también en las pautas morales sobre lo que está bien o mal, en términos políticos pero también culturales, sociales y hasta de conducta. Y como

hemos visto a lo largo de este libro, triunfar en ese plano, es decir, lograr la hegemonía, justifica cualquier deriva autoritaria, tal como había teorizado la *Nouvelle Droite* francesa. Así, Orbán se constituía como el gran líder simbólico de la derecha radical, el profeta de la epidemia ultra.

La metamorfosis final: profeta ultra

Al inicio de este capítulo mencionamos que la imagen de Orbán no se parece al típico líder de la derecha radical que destaca por un estilo exaltado y disruptivo. Tampoco es un *outsider* que llegó a la política a cambiarlo todo. Al contrario, podríamos afirmar que más allá de sus bandazos ideológicos, el líder de Fidesz ha hecho la carrera habitual de muchos representantes públicos: desde la militancia juvenil hasta convertirse en el típico político de traje y corbata. Sin embargo, pese a esas diferencias con los máximos exponentes de la ultraderecha, Orbán se ha convertido en un punto de referencia para la mayoría de ellos. Hungría es citada como ejemplo a seguir, y su primer ministro, como un modelo a imitar. Es posible que esta posición simbólica de contrapoder que se le atribuye se deba a su capacidad para constituirse conceptualmente como el polo opuesto de la democracia liberal y todo lo que ella representa.

No es casual, por tanto, que haya sido el primer ministro húngaro quien ha consolidado el *iliberalismo* como un elemento fundamental para entender el desarrollo actual de la epidemia ultra. Su discusión ocupa hoy un lugar central en los debates contemporáneos sobre el populismo, la derecha radical y la situación actual de la democracia en todo el mundo.

El concepto, sin embargo, no se lo inventó él. Hacia finales de 1997, el periodista Fareed Zakaria publicó en la revista *Foreign Affairs* un artículo titulado: «El ascenso de la democracia iliberal». Allí analizaba una tendencia global marcada por la constitución de sistemas políticos que, pese a celebrar elecciones democráticas, terminaban derivando en el autoritarismo y la desaparición de las garantías constitucionales, las libertades civiles y hasta el Estado de derecho. Esto demostraba que el «fin de la historia» pronosticado por Francis Fukuyama tras la caída del muro de Berlín no era el esperado. Por eso, Zakaria advertía del peligro de identificar la democracia con la mera celebración de elecciones. La evolución de Rusia, de Turquía o de la propia Hungría representarían esta deriva señalada por el periodista.

Marlène Laruelle, directora del Illiberalism Studies Program de la Universidad George Washington, sostiene que el iliberalismo no se reduce a un conjunto de prácticas autoritarias, sino que puede entenderse como una verdadera ideología. Su lógica se construye en oposición a los principios del liberalismo, apelando a la idea de una supuesta «verdadera democracia» basada en un pueblo homogéneo y conservador. Orbán aprovecha esta herramienta para darle mayor densidad intelectual a su propia visión política. Tal vez el trasfondo académico de su biografía se lo exigiese internamente o, sencillamente, lo veía como otra herramienta más para consolidar su poder. Así, el iliberalismo del jefe de Fidesz se articula en los términos del nacionalismo irredentista que hemos desarrollado previamente, a lo que se suman valores cristianos y una percepción ultraconservadora y tradicionalista de los temas sociales.

Todo lo mencionado hasta aquí quedó inmortalizado en el año 2014, en los cursos de una escuela de verano de Balvanyos, en Rumanía, cuando el jefe de Fidesz recordó sus épocas de académico

en Pembroke College y brindó una clase magistral sobre iliberalismo: «Rompiendo con los dogmas e ideologías adoptados por Occidente y manteniéndonos independientes de ellos, estamos intentando encontrar una forma de organización comunitaria, un nuevo Estado húngaro».

En su discurso, Orbán no tenía intenciones de disfrazar sus intenciones políticas y su ataque a esas ideologías foráneas:

> Tuvimos que hacer una afirmación que [...] fue considerada una blasfemia por el mundo liberal. Tuvimos que declarar que una democracia no tiene por qué ser liberal, que el hecho de que un Estado no sea liberal no significa que no pueda ser democrático, y también tuvimos que afirmar [...] que las sociedades basadas en el principio organizador del Estado liberal democrático probablemente no serán capaces de mantener su competitividad global en las próximas décadas [...]. Significa que debemos romper con los principios y métodos liberales de organización social, y en general con la visión liberal de la sociedad.

La estocada de Orbán apuntaba a un doble objetivo: primero, buscaba separar democracia de liberalismo; segundo, hablaba sobre el peligro que representa este último en el contexto actual. Pero lo más importante llega *a posteriori*:

> Lo que hoy pasa en Hungría puede ser interpretado como un intento del liderazgo político de armonizar la relación entre los intereses de los individuos y los intereses de la comunidad. La nación húngara no es simplemente un grupo de individuos, sino una comunidad que debe ser organizada, fortalecida y, de hecho, construida. Y en este sentido, el nuevo Estado que estamos construyendo en Hungría es un Estado iliberal, un Estado no liberal. No rechaza los principios fundamentales del liberalismo, como la libertad, y podría mencionar algunos otros, pero no convierte esa ideología en el elemento central de la organización estatal, sino que incorpora un enfoque diferente, especial, nacional.

En estas palabras está el núcleo del pensamiento que pretende aplicar Orbán en su idea de estado iliberal: la subordinación de los intereses individuales al bien colectivo de la nación. Pero ¿quién determina ese bien colectivo? ¿La voluntad del pueblo? ¿Cuáles

serían esas necesidades superiores que deberían imponerse sobre otras? Para el primer ministro la respuesta es muy simple: todo se define a través de la democracia. Aunque el líder húngaro entiende esa democracia en términos electoralistas, casi plebiscitarios, lo que deja fuera todo lo demás. A través de ella se elegiría al más apto para ejecutar dicha tarea de determinar la «voluntad del pueblo». En ese esquema ya no serían necesarios otros controles o instancias de equilibrio democrático, como la división de poderes, la justicia independiente, los organismos autónomos de revisión, una oposición política no perseguida, o bien, la libertad de prensa y de expresión sin presiones. En otras palabras, en su propuesta los fundamentos de una democracia liberal quedan en jaque.

La deriva autoritaria que se ha observado en la Hungría de Orbán es un fiel espejo de los esbozos teóricos del líder de Fidesz, plasmados en las quince reformas constitucionales que llevó adelante su gobierno entre 2010 y 2025. La primera tuvo lugar apenas había regresado al gobierno. Aprovechando la supermayoría de dos tercios, logró aprobar un nuevo texto que entró en vigor en 2012 y sustituyó la Constitución anterior, vigente desde 1949. Otras fuerzas políticas y actores de la sociedad civil se quejaron de la inexistencia de un proceso de debate para construir consensos sobre el nuevo texto. Sostenían que la reforma se había ejecutado como si fuera una decisión casi unilateral de Fidesz, pese a tratarse de la ley fundamental para todos los húngaros. Pero fueron ignorados, Orbán estaba dispuesto a ejercer el poder sin miramientos.

Tanto esa como otras reformas posteriores avanzaron sobre todos los temas posibles. Se ocuparon de modificar el sistema político, el judicial y el electoral. También abordaron ciertos aspectos ideológicos y hasta religiosos. Un ejemplo revelador de la discrecionalidad con la que se modificaba la carta magna fue el

incidente con el Tribunal Constitucional. Dicho órgano judicial declaró inconstitucional una ley que criminalizaba a las personas sin techo que se instalaban en ciertos espacios públicos. La reacción del gobierno no se hizo esperar y reformó la Constitución en 2013 para incorporar al texto esa disposición y otras que también habían sido anuladas por los jueces. Así se evitaban futuros bloqueos, ya que dicho órgano judicial no podía intervenir si la medida estaba plasmada en la carta magna. El resultado era una reducción notable del poder de control que debía ejercer el Tribunal Constitucional.

A lo anterior se sumaba la estrategia de *court packing*, es decir, la incorporación de nuevos jueces cercanos al gobierno, que Orbán ya había desplegado desde su regreso y mediante la cual ganaba influencia progresivamente en la justicia. Para ello, amplió la corte y forzó la jubilación anticipada de unos cuatrocientos jueces, que fueron reemplazados naturalmente por magistrados fieles a la política gubernamental.

Otra controversia surgió en 2013 con la enmienda que se refería a la libertad de expresión en el artículo IX, que reza: «El derecho a la libertad de expresión no podrá ejercerse con el propósito de violar la dignidad de la nación húngara ni de ninguna comunidad nacional, étnica, racial o religiosa». Si bien se puede argumentar que el espíritu del artículo busca proteger a las minorías, la pregunta sobre quién determina qué significa concretamente violar la dignidad de la nación húngara no tiene respuesta. Dicha formulación alimenta sospechas sobre la intención de generar espacios para ejercer presión sobre la libre expresión o incluso la libertad de prensa. Algo que efectivamente ha tenido lugar en la Hungría de Orbán.

Esta progresiva e ininterrumpida sucesión de reformas y cambios constitucionales ha impactado en todos los órdenes del Estado y, en consecuencia, en la vida cotidiana de la ciudadanía. Más allá de las

limitaciones al Estado de derecho que han alimentado la concentración de poder, el avance sobre cuestiones sociales y morales ha sido igualmente relevante, así como la profundización de una visión identitaria que rechaza al multiculturalismo y deriva en posturas antiinmigración propias de la ultraderecha.

La especialidad de Orbán: construir enemigos

Primero fueron los poscomunistas, luego George Soros, posteriormente la Unión Europea, y más tarde la canciller Angela Merkel o el globalismo. Orbán siempre ha orientado su estrategia en torno a la construcción de un enemigo.

Esta táctica supone una herramienta fundamental para la ultraderecha y en especial para el líder húngaro, que siempre ha apuntado a la polarización discursiva con el enemigo de turno. En el capítulo 7 hemos comentado el caso de la teoría conspirativa creada para desprestigiar a George Soros. Dicha narrativa fue potenciada en 2019, en el marco de las elecciones europeas.

La campaña de Orbán combinó aquella teoría con euroescepticismo e incluso con un antisemitismo encubierto que levantó controversia. Los carteles que invadieron las calles de Hungría desde febrero de ese año como parte de la campaña oficial del gobierno mostraban la imagen de Soros junto a la de Jean-Claude Juncker, el entonces presidente de la Comisión Europea, acompañadas del siguiente texto:

> Usted también tiene derecho a saber qué está planeando Bruselas. Quieren introducir cuotas obligatorias de reubicación. Quieren debilitar los derechos de protección fronteriza de los Estados miembros. Facilitarían la inmigración con un visado para migrantes.

Esta campaña fue muy criticada, no solo por la desinformación que difundía, al incluir afirmaciones falsas o exageradas, sino también por sus connotaciones antisemitas, ya que los rostros de ambos fueron caricaturizados digitalmente según los estereotipos visuales de la propaganda en contra de los judíos. El Partido Popular Europeo (PPE) inició un proceso disciplinario contra el Fidesz que culminó en una suspensión.

Este ha sido uno de los tantos desencuentros y conflictos entablados entre la Unión Europea y el gobierno de Orbán. Sin embargo, esto nunca ha representado una inquietud para el húngaro. Ni la salida del grupo parlamentario del Partido Popular Europeo (PPE) en marzo de 2021, ni las sanciones económicas impuestas por Bruselas, como el congelamiento de fondos por violaciones a las cláusulas sobre el Estado de derecho y los mecanismos anticorrupción, han logrado alterar su estrategia ni su retórica.

La figura de Orbán se ha alimentado de las acciones de sus enemigos, de aquellos castigos y de esa reputación que se le asignó de autoritario y populista. En todo el mundo, distintos representantes de la ultraderecha lo aplauden y lo toman de ejemplo. Los portavoces de la derecha radical suelen citar tanto su estrategia como sus políticas en cada uno de los encuentros y foros internacionales que celebran.

Poco queda ya de aquel Orbán de 1989 que se horrorizaría de sí mismo al ver su versión de treinta años más tarde. De hecho, es posible que aquel Orbán idealista, al toparse con el estado actual de Hungría, iniciara una revolución. Pelearía para restablecer el Estado de derecho y las libertades en su país, trabajaría para eliminar el autoritarismo y la concentración de poder, lucharía para recuperar

las libertades de su pueblo. En otras palabras, haría todo lo que hizo cuando combatió al régimen comunista.

O no. Tal vez no haría nada. Quizá nunca se haya interesado auténticamente por esos valores. A lo mejor aquella lucha digna y justa no haya sido más que un medio para lograr sus ambiciones políticas. Tal vez el joven Orbán, al encontrarse con el viejo, no haga más que darle un abrazo.

13

El dictador más *cool* del mundo mundial

Los discursos en la Asamblea General de las Naciones Unidas han servido históricamente para dar visibilidad global a conflictos, debates y situaciones políticas que de una u otra forma hubiesen quedado en el olvido. Por allí han pasado cientos de líderes mundiales que han utilizado este escenario para amplificar sus voces y sus causas. Muchos de ellos han apelado a gestos simbólicos y a frases icónicas, como el presidente de la Autoridad Nacional Palestina Yasir Arafat en 1974 al decir que había venido «con una rama de olivo en un mano y una pistola en la otra», en relación al conflicto en Medio Oriente; el grito de «patria o muerte» por parte del guerrillero Ernesto «Che» Guevara diez años antes; o los «átomos para la paz» del presidente estadounidense Dwight Eisenhower al proponer el uso pacífico de la energía nuclear en 1953.

Esta forma de aprovechar el estrado de la ONU no ha cambiado a lo largo del siglo XXI; al contrario, parece haberse intensificado. En 2006, el venezolano Hugo Chávez dijo que el lugar olía a azufre porque el día anterior había hablado allí el presidente estadounidense George W. Bush; ese mismo año, el líder libio Muamar el Gadafi criticó las acciones del Consejo de Seguridad de la ONU, al que denominó «consejo del terror»; en 2010, el presidente iraní Mahmud Ahmadineyad provocó aún mayor indignación cuando

sugirió que los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York fueron orquestados por el gobierno estadounidense; o en 2012, Benjamín Netanyahu, primer ministro israelí, mostró el dibujo de una bomba para referirse a la amenaza del programa nuclear iraní.

El 26 de septiembre de 2019, el recién nombrado presidente de El Salvador, Nayib Bukele, inscribió su nombre en esa larga lista de discursos que fueron más allá de la mera retórica política tradicional. Y lo hizo, curiosamente, sin pronunciar palabra. Al menos no al inicio. Subió lentamente al estrado. Dio las gracias brevemente, pidió a los asistentes que le esperasen un momento, buscó algo en su bolsillo y sacó su iPhone. A continuación lo levantó y se tomó un *selfie* en medio de la sala atónita y en silencio. Luego prosiguió de la siguiente manera:

> Estar aquí ante ustedes en esta Asamblea General número 74 es un privilegio y un honor que quise compartir con el mundo, ya que el mundo, el nuevo mundo, ya no está en esta asamblea general, sino en el lugar a donde irá esta foto, a la red más grande del mundo [...] créanme que muchas más personas verán este *selfie* que las que escucharán este discurso.

En la web oficial de la ONU se publicaba horas más tarde una breve crónica de la intervención destacando que había propuesto mejorar el formato de la Asamblea con un concurso mundial de ideas entre la juventud para recabar nuevas soluciones para los problemas del mundo.

Bukele era en ese momento uno de los presidentes más jóvenes del mundo, con apenas treinta y ocho años. En lugar de un debate político, su intervención buscaba escenificar una discusión generacional entre la juventud, representada por él mismo, y lo anticuado de la política. Un planteamiento que le había dado el triunfo en su país y que lo llevaría a ocupar la portada de los medios de comunicación internacionales. Todos se preguntaban lo mismo:

¿estamos ante la siguiente generación de políticos? ¿Es Nayib Bukele el modelo a seguir? ¿Representa este presidente milenial el futuro de la democracia?

En septiembre de 2021, dos años más tarde, cambiaba su perfil de Twitter y ponía: «El dictador más *cool* del mundo mundial». Se trataba de una ironía que buscaba desactivar las acusaciones de sus críticos. Con ese típico tono provocador que acostumbraba a emplear en la red social, donde poseía más de 2,9 millones de seguidores, Bukele intentaba relativizar y hasta ridiculizar las protestas que crecían en las calles de su país. Y es que, en ese momento, pese a que sus niveles de popularidad seguían siendo muy altos, sufría la ola de manifestaciones más grande desde su llegada al poder. Las críticas apuntaban a su acelerado proceso de concentración de poder, al debilitamiento de la independencia judicial, al nepotismo, a los escándalos de corrupción y al aumento del coste de vida.

¿Qué había pasado con el presidente milenial que venía a renovar la política y se había convertido en un ejemplo? ¿Cuándo y por qué había mutado en un «dictador *cool*», cuyo gobierno evidenciaba una deriva autoritaria sin frenos? ¿Qué fue lo que lo convirtió en uno de los exponentes más relevantes de la proliferación de la epidemia ultra en Latinoamérica?

Experto en comunicación

Nueve años antes, en septiembre de 2012, Nayib Bukele llevaba menos de seis meses como alcalde de Nuevo Cuscatlán, un pequeño distrito de menos de diez mil habitantes a las afueras de la capital de El Salvador. «Soy de izquierda radical. Toda la vida he sido de

izquierda y mi pensamiento es de izquierda», expresaba en una entrevista. En ese entonces, el joven alcalde pertenecía al Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), un partido político descendiente de la guerrilla salvadoreña que combatió en la guerra civil. Para esta formación, Bukele era un diamante en bruto. Su carisma y, sobre todo, su estilo comunicativo sumamente profesionalizado, lo convertían en un proyecto de futuro.

La relación de Bukele con el FMLN se originó a través de las campañas electorales que su empresa desarrolló para el partido desde los años 2000. La agencia de comunicación política, parte del conjunto de compañías que manejaba su familia, fue el espacio donde el joven encontró la posibilidad de desarrollar sus habilidades en estrategia, imagen y discurso. De hecho, su interés por la política lo llevó a abandonar el mundo de los negocios. Ya como alcalde, explicaba así su decisión: «En lo personal sentía que no me llenaba del todo; creo que la política trasciende más que la empresa privada; se involucra más gente y los proyectos tienen más importancia para el país».

Tres años más tarde, en 2015, el FMLN decidió que era hora de que su joven promesa demostrara sus capacidades ante un desafío mayor: la alcaldía de San Salvador, la capital del país. Con el 50,3 por ciento de los votos, Bukele se impuso al otro gran partido político del país, la derechista Alianza Republicana Nacionalista (ARENA), y se transformó oficialmente en la figura más importante del partido. Una situación que pronto ahogó las sonrisas en lamentos. En apenas unos meses, el nuevo alcalde comenzó a generar resquemores en la cúpula del FMLN. Su tono mesiánico, el nombramiento de familiares y amigos en puestos clave y su progresivo alejamiento del aparato del partido encendieron las alarmas en la formación, que comenzaba a arrepentirse de haberle

dado alas. Y es que tanto Bukele como los dirigentes del FMLN sabían que la alcaldía de la capital no era algo menor; al contrario, podía convertir a quien la ocupara en un potencial candidato presidencial.

Dos años más tarde, la relación se rompió oficialmente tras el anuncio del FMLN de expulsarlo del partido por sus conductas personalistas, sus peleas con otros militantes y demás cuestiones que al propio Bukele le importaban entre poco y nada. Él ya había logrado la visibilidad suficiente para apuntar al objetivo que tenía a la vista: la presidencia de la República. Su primer paso fue fundar un partido político al que bautizó como Nuevas Ideas. El nombre revelaba con claridad su estrategia, que puede leerse como un manual de populismo contemporáneo: trascender la división ideológica tradicional izquierda-derecha y presentarse como representante de la nueva política. Así agrupaba al FMLN y a ARENA bajo las etiquetas de «élite oligárquica» o «los mismos de siempre» y se les oponía con su estilo novedoso, que aprovechaba el hartazgo generalizado hacia el histórico bipartidismo, especialmente entre amplios sectores de la ciudadanía que buscaban una alternativa.

La estrategia no solo funcionó, sino que fue todo un éxito: obtuvo el triunfo en la primera vuelta con el 53 por ciento de los votos, superando por 21 puntos a ARENA y por casi 40 al FMLN. El 1 de junio de 2019, Nayib Bukele se convertía en el primer presidente milenial de la historia.

FANS Y *TROLLS* DEL NUEVO LÍDER

El nuevo presidente de El Salvador fue construyendo poco a poco una imagen cercana, juvenil y moderna. Como experto en

comunicación, entendía que en cada escenario los detalles eran decisivos. Sabía, por ejemplo, que podía obtener mayor rédito si su vestuario era el correcto. Así, las chaquetas de cuero, la gorra blanca, los vaqueros ajustados y las gafas de sol se convirtieron en accesorios potentes que agregaban contenido visual a un discurso deliberadamente desideologizado. Esa puesta en escena se complementaba con una retórica que empezó ya durante su campaña electoral y que evitaba cualquier posicionamiento entre la izquierda y la derecha. Su lucha era por el pueblo y contra las élites.

Dicha estrategia comunicativa se vio potenciada por las habilidades del presidente a la hora de usar las redes sociales, una práctica que transformó en política de Estado. Y es que, desde sus inicios, entendió que podía copiar a personajes como Trump o Narendra Modi, quienes, a través de Twitter, Facebook o cualquier otra plataforma se saltaban el filtro de los medios tradicionales. De esta forma, la generación de narrativas gubernamentales cobraba un impacto enorme a través de las cuentas del propio Bukele, de los organismos de gobierno y, sobre todo, de la difusión que ofrecían sus fans y sus *trolls*, dos categorías que necesitamos explicar brevemente.

El perfil del salvadoreño, su estilo moderno basado en lo digital, en lo tecnológico y en esas intervenciones monumentales como si fuese un concierto de *rock* más que un acto público —como veremos más adelante—, han logrado un tipo de apoyo que excede a la militancia tradicional propia de un candidato o partido. Bukele tiene fans, seguidores que lo defienden y lo apoyan sin esperar nada a cambio y profundamente enamorados de lo que representa. No se trata de una pertenencia ideológica o política en particular, sino que constituye una suerte de culto al líder.

Asimismo, desde que llegó al poder, Bukele ha desplegado una operación de comunicación digital en torno a la creación de granjas de *trolls* digitales. Se trata de una red de cuentas falsas en redes sociales cuya tareas principales consisten en publicar y retuitear mensajes positivos sobre el presidente y su partido, y atacar, insultar y desacreditar a los críticos, incluyendo periodistas, opositores y otras cuentas disidentes.

Una investigación especial de la agencia Reuters publicada en 2022 profundizó en el tema y descubrió cómo el gobierno contrataba jóvenes con experiencia en redes sociales para trabajar como *trolls* pro-Bukele por unos seiscientos dólares mensuales.[1] También alertó del contenido de un informe del Departamento de Estado de Estados Unidos que analizaba la estrategia de manipulación de la opinión pública que lleva adelante el presidente. Según ese análisis, el gobierno buscaba inundar El Salvador con propaganda.

«Y Dios me dijo: paciencia»

Que el discurso de Bukele sea liviano desde el punto de vista ideológico no quiere decir que sea hueco. Desde un inicio, el presidente milenial apostó por revertir la situación de inseguridad que sufre el país. Una decisión bastante razonable si tenemos en cuenta que se trata del principal problema de El Salvador desde hace décadas. En 2015 el país había alcanzado una tasa de 106 homicidios por cada 100.000 habitantes convirtiéndose en el más violento del continente. Antes de la llegada de Bukele, en 2019, la situación había mejorado: la tasa había caído a 38 asesinatos por cada 100.000 habitantes, pero seguía ocupando los primeros puestos del ranking.

Al cumplir un mes de mandato, más precisamente el 20 de junio de ese año, el gobierno de Bukele lanzó el Plan Control Territorial (PCT). El objetivo principal era combatir la inseguridad a partir de la desarticulación de las pandillas. Mediante una estrategia estructurada en varias fases, incluyendo la intervención en las zonas controladas por esos clanes, la modernización de las fuerzas de seguridad, acciones represivas y programas de integración social, el nuevo presidente apostaba por lo que podía representar el mayor logro político en décadas.

Sin embargo, en lugar de ser un símbolo de la eficiencia de su gobierno, el plan se convirtió en el punto de partida de una deriva autoritaria. Los acontecimientos del 9 de febrero de 2020 fueron el primer gran ejemplo de que Bukele no tenía intenciones de respetar las competencias institucionales correspondientes de cada poder del Estado. Ese día, el presidente irrumpió en el Congreso acompañado de cuarenta soldados y policías armados con el fin de presionar a los diputados del FMLN y de ARENA para que votasen un préstamo de 109 millones de dólares para su plan de seguridad. Los diputados de la oposición tenían dudas al respecto, lo que despertó la ira de Bukele, quien tras ingresar en el recinto de la Asamblea Legislativa se sentó sin permiso en la silla del presidente del pleno y espetó: «Creo que está muy claro quién tiene el control de la situación y la decisión que vamos a tomar ahora la vamos a poner en manos de Dios. Así que vamos a hacer una oración».

Minutos después salió del edificio y pronunció otro discurso frente a los seguidores que le esperaban fuera. Teniendo en cuenta su capacidad comunicativa, resulta difícil saber si estaba actuando o si realmente sentía que su plan más importante estaba en riesgo y con él su capital político. Pero, por una razón u otra, a Bukele se lo veía

visiblemente alterado y fuera de sí. Sus palabras refuerzan esa imagen:

> Con toda humildad..., ustedes saben, el pueblo salvadoreño completo lo sabe, nuestros adversarios lo saben, la comunidad internacional lo sabe, nuestra Fuerza Armada lo sabe, nuestra Policía Nacional Civil lo sabe, todos los poderes fácticos del país lo saben, si quisiéramos apretar el botón..., solo apretamos el botón. Pero yo le pregunté a Dios... y Dios me dijo: «Paciencia».

Una amenaza explícita contra un cuerpo legislativo elegido democráticamente que terminó de la siguiente forma:

> Si estos sinvergüenzas no aprueban esta semana el Plan Control Territorial nos volvemos a convocar aquí el domingo y le volvemos a pedir sabiduría a Dios y le decimos: «Dios, tú me pediste paciencia, pero esos sinvergüenzas no quieren trabajar para el pueblo» [...]. Y si no, yo no me voy a poner entre el pueblo y el artículo 87 de la Constitución, yo no me voy a poner en medio.

Su voluntad es la del pueblo. Se refugiaba en un artículo de la carta magna de su país que habla del derecho del pueblo a la insurrección. De lo que se deduce que, a menos de un año de asumir la primera magistratura, el presidente de El Salvador consideraba insurrecto a todo aquel que osara no acompañar sus propuestas de gobierno. En otras palabras, se había decretado extraoficialmente el inicio del autoritarismo.

EL MANUAL DEL AUTORITARISMO

Los ataques al Estado de derecho no se detuvieron desde aquel accidentado inicio de 2020. Aun así, un año más tarde se celebraron elecciones legislativas y el partido de Bukele arrasó en las urnas, logrando el 68 por ciento de los votos. La popularidad del líder de Nuevas Ideas estaba en su pico más alto tras la primera parte de la pandemia. Su estilo comunicativo centrado en las redes sociales,

incluyendo el mencionado uso activo de *trolls*, superaba ampliamente el despliegue de sus competidores. Además, se veía beneficiado por la preeminencia y centralidad de ocupar el poder ejecutivo en un momento clave como fue aquella emergencia sanitaria global. Bukele transmitía un relato que ponía a El Salvador como el país que mejor había manejado la pandemia y lo reforzaba con su narrativa en la crítica a los viejos partidos, que habrían abandonado el sistema de salud en su tiempo como gobernantes.

Tres meses más tarde, tras la constitución de la nueva Asamblea Legislativa, el gobierno de Bukele contaba literalmente con una mayoría automática. Y el presidente no dudó en usarla. Como si siguiera un manual para instaurar un régimen autoritario, Bukele siguió al pie de la letra cada paso. Uno de ellos fue el de interferir en el poder judicial y reformarlo a su gusto. Así, en la primera acción de la nueva Asamblea Legislativa, bajo control total del Ejecutivo, destituyó a los magistrados de la Sala Constitucional de la Corte Suprema de Justicia y al fiscal general. Tanto la oposición como los jueces, diversas organizaciones no gubernamentales como Amnistía Internacional, Human Rights Watch y hasta la Organización de Estados Americanos (OEA) criticaron la jugada para capturar al poder judicial. Bukele, no obstante, tenía una respuesta preparada que publicó en Twitter, su red predilecta:

> A nuestros amigos de la Comunidad Internacional: queremos trabajar con ustedes, comerciar, viajar, conocernos y ayudar en lo que podamos. Nuestras puertas están más abiertas que nunca. Pero con todo respeto: estamos limpiando nuestra casa... y eso no es de su incumbencia.

Más allá de la controversia que despertó esta medida a nivel nacional e internacional, la decisión no se modificó. La justificación apuntó al supuesto mal desempeño del órgano judicial durante la pandemia al contradecir decisiones del Ejecutivo. A menos de dos

años de asumir el poder, Bukele ya controlaba los tres poderes de la República.

> La destitución de los magistrados de la Sala de lo Constitucional, por parte de la @AsambleaSV [Asamblea Legislativa] es una facultad INCONTROVERTIBLE expresada CLARAMENTE en el artículo 186 de la Constitución de la República.

Con ese tuit, también del 2 de mayo de 2021, el presidente amparaba las decisiones de su tropa legislativa en una interpretación bastante conveniente de la Constitución. Lo que no mencionó fue que la destitución tuvo lugar de manera acelerada, sin realizar el trámite parlamentario habitual y con una clara intencionalidad política de cooptar a la justicia. Esto se vio reflejado tras la reforma legal de septiembre de ese mismo año, que derivó en una purga judicial. La medida determinó que los jueces mayores de sesenta años o con más de treinta de servicio debían retirarse. Esto representó el cese de más de doscientos magistrados, alrededor de un tercio del total.

Otro paso del manual tiene que ver con la voluntad de perpetuarse en el poder. Y esto, en El Salvador, era complicado, ya que la Constitución prohíbe la reelección inmediata del presidente. Cuando todavía era alcalde de Nuevo Cuscatlán, el propio Bukele estaba de acuerdo con ello. Sin embargo, la gente cambia, y el presidente encontró la forma de sortear el obstáculo legal gracias a la mencionada reforma judicial y, especialmente, a la nueva composición de la Sala Constitucional, ahora acólita del gobierno. Esta emitió un comunicado con una reinterpretación del artículo 152 de la Constitución que avalaba una eventual reelección presidencial. Fue una puerta abierta que Bukele estaba dispuesto a aprovechar cuando llegase el momento. El hecho de dominar los tres poderes del Estado es una conquista estratégica en el camino hacia el autoritarismo, aunque el manual que estaba siguiendo Bukele

demandaba algunos pasos intermedios. Uno de ellos se refiere al ataque a la libertad de prensa. El presidente de El Salvador, como se ha mencionado, no es propenso a aceptar las críticas a sus decisiones, algo que representa un problema a la hora de lidiar con los medios de comunicación. Acusaciones de *fake news*, al estilo Trump, de lavado de dinero o incluso de representar intereses extranjeros han sido algunas de sus herramientas discursivas para desprestigiar a la prensa. Medios como *El Faro* han tenido conflictos desde los inicios de su presidencia hasta el punto de sufrir la expulsión del país de su editor, Daniel Lizárraga, en julio de 2021.

A lo anterior se suma la Ley de Agentes Extranjeros propuesta en noviembre de 2021 por los diputados bukelistas para vigilar, sancionar y clausurar a cualquier organización que pueda poner en riesgo la seguridad y la soberanía nacionales. La medida se aprobó en mayo de 2025 y emula la estrategia de Nicaragua para silenciar aquellas voces que denuncien violaciones de los derechos humanos, casos de corrupción y cualquier tipo de situación irregular que incomode al gobierno.

El manual para el autoritarismo, tal como lo ha desarrollado Bukele, no solo le ha permitido obtener el control de los tres poderes en tiempo récord, sino que ha significado el desguace del Estado de derecho en El Salvador. Las consecuencias son evidentes: la democracia, más allá de la convocatoria regular a elecciones, ya no funciona como debería y nadie que tenga la osadía de criticar al presidente está a salvo de represalias.

Proyecto faraónico: Bitcoin City

La idea de dictador *cool*, como hemos visto, fue asumida por el propio Bukele como parte de su marca personal, al menos en lo que respecta a su estilo comunicativo irónico y provocador. La primera parte del concepto quedaba evidenciada en la deriva autoritaria que acabamos de describir. Ahora bien, ¿alcanzaba una gorra blanca y un uso intensivo de las redes sociales para justificar la parte *cool* de aquella descripción? El presidente necesitaba cierto refuerzo y para ello tomó una serie de iniciativas que han hecho que el mundo entero hable de él y de su país.

En septiembre de 2021, El Salvador se transformó en el primer Estado que tomaba el bitcoin como divisa oficial junto con el dólar. La supermayoría bukelista aprobó la medida rápidamente y el presidente incorporó así un aspecto llamativo y disruptivo a la construcción de su liderazgo. En efecto, el bitcoin ofrecía supuestas facilidades a la población, puesto que les evitaba costes de transacción, por ejemplo abaratando y facilitando el envío de remesas desde el exterior. Un recurso vital para la economía del país, ya que representa el 24 por ciento de su PIB.

Pero además del impacto en la vida cotidiana, Bukele tenía otro objetivo en la mira: restaurar la imagen de El Salvador en el exterior. Tras meses de discusión sobre la erosión del Estado de derecho, la persecución de voces críticas y la concentración de poder, el presidente necesitaba un golpe de efecto. Para él, el bitcoin era la respuesta, pues brindaba un cambio de imagen en la marca salvadoreña, que aportaba al país una dimensión novedosa, rupturista y tecnológica. Una estrategia de *marketing* para volver atractiva a la pequeña nación, lo que nos recuerda el pasado publicista de Bukele.

Así, mientras en el mundo de la tecnología financiera los *cryptobros* festejaban las exenciones impositivas que ofrecía el

gobierno y la residencia permanente para quienes invirtieran tres bitcoins en el país, los salvadoreños de a pie se preguntaban cómo usar la Chivo Wallet, la cartera digital oficial, y qué representaba eso para su vida cotidiana. Pero para culminar su estrategia de *rebranding* de El Salvador como el país de la innovación tecnológica, Bukele necesitaba algo más. Un elemento más concreto y palpable que aportara aún mayor impacto a su decisión, un símbolo de modernización tan grande que revolucionara el mundo, en otras palabras, un proyecto faraónico en medio de América Central.

> Deberíamos hacer un gran anuncio. Pero ya hicimos del bitcoin una moneda legal..., ¿qué puede igualar eso? Pensé: ¿traemos a Satoshi? Difícil... Entonces recordé que cuando Alejandro Magno conquistaba el mundo, estableció ciudades llamadas Alejandrías. No eran grandes, pero eran faros de esperanza. Hubo unas veinte en todo su imperio. La idea era que cada Alejandría representara lo que el mundo podía llegar a ser. Claro, Alejandro murió y el imperio se dividió, pero esa era la idea. Así que pensé: si queremos que el bitcoin se extienda por todo el mundo, deberíamos construir nuestras propias Alejandrías. Vamos a construir la primera... aquí, en El Salvador. Bitcoin City.

En el discurso que tuvo lugar el 21 de noviembre de 2021 en Playa Mizata, a pocos metros del océano Pacífico, el presidente Bukele, vestido completamente de blanco, con su gorra hacia atrás y actuando como una estrella de *rock* o un CEO *cool* de una *start-up* de Silicon Valley, se comparaba con Alejandro Magno y anunciaba la creación de su «Alejandría»: Bitcoin City. Los aires megalómanos presentes dejaban en evidencia ese perfil mesiánico y narcisista que Bukele siempre ha tenido. Pero lo interesante de su alocución es que también sintetizó el perfil de su gobierno y de su concepción de la democracia. Por un lado, se sorprendía de tener oposición y de que alguien criticara sus planes. Por otro, descalificaba la crítica en tono sarcástico y arrogante.

Bukele siempre considera que sus ideas son perfectas. No existe debate en ninguna instancia, ni en la concepción, ni en la aplicación,

ni en las consecuencias de aquellas. Todo viene de su excepcionalidad y todo está condenado a dar buenos resultados. Sin embargo, la realidad no siempre es bukelista, aunque le pese al presidente. El bitcoin no se ha utilizado tan ampliamente como se esperaba, de hecho la Chivo Wallet sirvió para que los salvadoreños se descargaran el bono de treinta dólares que ofreció el gobierno al inicio, para luego terminar abandonada por los usuarios.

Los académicos Titus Meijering y Antulio Rosales publicaron en 2025 un artículo que analiza lo que sucedió con la moneda digital en El Salvador y concluyen que la medida no cumplió con la promesa de inclusión financiera ni de facilitación para quienes envían remesas; de hecho, en este último punto, tuvo un impacto insignificante. Lo que sí señalan es que a Bukele le ha funcionado la segunda parte de su plan: Bitcoin ha servido como un notable agente de relaciones públicas para capturar apoyos en el exterior, esencialmente de aquellos sectores ávidos de escapar de controles estatales y cargas impositivas. Entusiastas de un tecnocapitalismo libertario que, paradójicamente, llegaron a buscar refugio a un país donde el Estado interviene como pocos en las libertades ciudadanas.

De la Alejandría bukelista no hay rastros hasta la fecha. La construcción de Bitcoin City se ha pospuesto y sigue en fase de planificación. De hecho, la de Alejandro Magno en Egipto también se demoró bastante tiempo, incluso se extendió más allá de la vida del macedonio.

La excepción sin límites

Mientras Bitcoin City seguía existiendo solo en los discursos del presidente, otro proceso mucho más cercano a la vida cotidiana del

país se convertía en protagonista de la política: la violencia de las pandillas. El frágil acuerdo que había sellado el gobierno con las maras durante sus primeros años estallaba por los aires y ponía en crisis el relato del presidente como aquel que estaba pudiendo controlar la inseguridad. Sin embargo, Bukele fue muy hábil y transformó la situación en su mejor excusa para consolidar un poder sin restricciones.

Entre el 25 y el 27 de marzo de 2022, tuvo lugar un baño de sangre en El Salvador. La mara Salvatrucha asesinó al menos a 86 personas, incluyendo mujeres y niños, en un ataque coordinado y repentino. Según el artículo de los politólogos Manuel Meléndez-Sánchez y Alberto Vergara sobre el «modelo Bukele», la pandilla buscaba venganza tras la ruptura del pacto que mantenían con el gobierno. *El Faro*, entre otros medios, había investigado estas reuniones y acuerdos entre pandilleros y representantes gubernamentales, a las que se suele adjudicar la caída en la tasa de homicidios mencionada previamente. Sin embargo, el gobierno niega todo tipo de negociaciones con las maras.

Más allá del móvil de los ataques, la masacre generó una reacción inmediata y estricta por parte del presidente, quien desplegó una estrategia de mano dura sin precedentes. Tomando como base aquel Plan Control Territorial lanzado a inicios de su gobierno, Bukele agregó una nueva fase denominada «Extracción». El objetivo era la captura y eliminación de pandilleros en todo el país, costase lo que costase. Una medida que involucraba a las fuerzas armadas y la Policía Nacional Civil. En el anuncio se decretó el estado de excepción en todo el territorio, lo que provocó una ola de encarcelamientos masivos sin parangón en la historia del país.

Según la ONG Washington Office on Latin America (WOLA), desde la declaración de la guerra contra las pandillas el gobierno de Bukele

encarceló a 85.000 personas hasta marzo de 2025, lo que representa un total de detenidos de 110.000. Un número que representa más del 1 por ciento de la población del país. Así, El Salvador consiguió un nuevo récord: la tasa de presos por cada mil habitantes más alta del mundo. Estos datos coinciden con lo que han informado diversas fuentes periodísticas, que citan números oficiales, así como con los reportes de distintas organizaciones no gubernamentales como la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA, Amnistía Internacional o Human Rights Watch.

Aquel dato podría interpretarse como positivo si se tiene en cuenta el récord anterior que ostentaba El Salvador antes de la llegada del actual presidente: la tasa de homicidios por cada cien mil habitantes. En efecto, la caída en los asesinatos ha sido continua y sostenida. Algo que ya había comenzado tras el pico de 2015 y que se sostuvo con Bukele en el poder. De los 106 homicidios por cada cien mil habitantes en 2015, el número se ha reducido a 51 en 2018; 36 en 2019; 22 en 2020; 15 en 2021; 7,8 en 2022; 2,4 en 2023, y 1,9 en 2024, según los datos oficiales.

Es evidente que el gobierno ha conseguido lo que ningún otro ha logrado en su país y hasta en la región. Son cifras que reflejan un cambio radical en la vida cotidiana de cientos de miles de salvadoreños que vivían aterrados por las pandillas desde hacía décadas. Una violencia constante que se arrastraba desde la guerra civil y no parecía tener expectativas de cesar. Contra todo pronóstico, Bukele revirtió esa situación y, sin lugar a dudas, estaba dispuesto a capitalizarlo.

Posiblemente el mundo entero haya visto las cuidadas y cinematográficas imágenes que el gobierno de El Salvador se encargó de difundir, donde se observa al presidente inspeccionando las nuevas instalaciones carcelarias a punto de inaugurarse. Una

megacárcel con capacidad para cuarenta mil presos que simbolizaba el puño de acero de un Estado que no está dispuesto a seguir tolerando la criminalidad de las pandillas. Los vídeos de cientos de detenidos en ropa interior y con grilletes moviéndose rápidamente en fila bajo la estricta mirada de los vigilantes inundaron las redes y se hicieron tendencia en pocos días. Bukele volvía a ocupar el centro del debate político, ya no por ser el presidente más *cool*, el más joven o el primer milenial. Ahora se lo valoraba por su mano dura implacable.

El problema que derivó de esta política fue la intensificación de las características anteriores de su gobierno que enunciamos previamente. Y es que el autoritarismo, la concentración de poder, la falta de garantías y la exigencia de sumisión total por parte de la oposición, la prensa y las organizaciones no gubernamentales ganaron ciertos niveles de legitimidad. Muchos estaban dispuestos a pagar el precio de ceder en todo lo anterior para evitar la violencia de tiempos pasados. Un dilema que Bukele no dudaba en explotar:

> El régimen de excepción a quien más ayuda es a los jóvenes. Ahora alguien me dice «sí, presidente, pero dicen las estadísticas que la mayoría de los presos son jóvenes». Lastimosamente es así porque las pandillas estaban formadas mayoritariamente de jóvenes [...] era un problema que generó un país que estaba roto, que todavía sigue roto, pero que estamos pagando, arreglando poco a poco para que no vuelva a pasar lo que pasó. Muchos de los jóvenes se fueron por el mal camino por culpa de un Estado que no les cumplió, que no les dio oportunidades. [...] Lastimosamente nosotros no podemos perdonar el crimen, no podemos decir: «Sí, esta persona asesinó porque la sociedad le falló o esta persona asesinó porque no tenía oportunidades». Es verdad, por eso pasó. Pero él debe pagar su pena porque asesinó [...] debe haber justicia y también debe haber imperio de la ley.

En ese discurso de enero de 2023, Bukele da cuenta de una problemática palpable en su país y que ha marcado la biografía de cientos de miles de familias salvadoreñas. Con ello empatiza con el

miedo, la tristeza y el dolor de muchos que sufrieron la violencia de las pandillas. Resalta la dimensión moral del debate. ¿Quién puede evaluar los sentimientos y el sufrimiento ajeno? ¿Quién puede discutir sobre los derechos humanos de los pandilleros con alguien que padeció su crueldad? ¿Cómo plantear un debate si el recuerdo de un ser querido asesinado está presente?

En esos términos, la intervención de Bukele parece irrefutable y posiblemente lo sea si no partiera de un dilema engañoso. Intenta establecer que el problema de la criminalidad solo puede solucionarse mediante el régimen de excepción, es decir, la suspensión de las libertades individuales. Un trueque forzoso al que estaríamos condenados *sine qua non*. Sin embargo, el dilema es falso, el estado de excepción, como tal, pudo haber sido una decisión necesaria en un contexto tan particular como el de marzo de 2022. Sin embargo, no puede extenderse indefinidamente, como sucede en El Salvador. Desde el 27 de marzo hasta al término de la redacción de este capítulo el régimen de excepción sigue vigente en El Salvador. Esta situación se profundizó con medidas como la ley mordaza que, entre otros puntos, penalizaba a quienes transmitiesen mensajes que pudieran generar pánico a la población, lo que impactó negativamente en la libertad de expresión. Dicha ley fue tan criticada que seis meses después, y tras la denuncia de las organizaciones no gubernamentales, el gobierno dio marcha atrás y la modificó.

Las condiciones de detención han sido condenadas por diversas organizaciones, así como las violaciones de los derechos humanos. Además, el peligro de las actuaciones indiscriminadas que lleva adelante Bukele también genera abuso de autoridad, detenciones arbitrarias o por error y, sobre todo, un profundo sentimiento de inseguridad. En este caso no hacia las pandillas, sino hacia la

discrecionalidad gubernamental para ejercer el poder de la policía. En agosto de 2023, el ministro de Justicia y Seguridad Pública de El Salvador, Gustavo Villatoro, reconoció públicamente que más de siete mil personas habían sido liberadas. Cuando se le preguntó por las razones, explicó que se debía a la retirada de cargos por falta de pruebas o bien a una detención por error, por denuncias anónimas infundadas o por perfiles equivocados.

Castigo y poder: cuando la mano dura seduce al electorado

El modelo de Bukele se apoya en gran parte en la línea del «populismo punitivo». Este es un concepto para definir la labor estatal caracterizada por utilizar el derecho penal y el castigo correspondiente como remedio general de todos los problemas sociales. El populismo punitivo le otorga al gobierno un instrumento político para satisfacer la necesidad de justicia inmediata de esa porción de la población que se ha visto afectada por la inseguridad. Sin embargo, no representa una solución de largo plazo, porque no ataca las raíces de los problemas sociales que han derivado en la actividad delictiva.

Es cierto lo que expresaba Bukele en aquel discurso de inicios de 2023, cuando sostenía que las injusticias sociales no justifican el delito. Sin embargo, castigarlo no es la única función del gobierno. Este debe también trabajar en la prevención, en el acompañamiento, en el desarrollo de políticas públicas que eviten que el camino de las pandillas sea el predilecto entre los jóvenes. Esto incluye la generación de condiciones de vida dignas, algo que demanda inversión y un enfoque distinto al del populismo punitivo, enfocado

en inaugurar más prisiones y publicar vídeos de miles de presos en condiciones de sometimiento absoluto.

Resulta evidente que el modelo punitivo de Bukele se nutre del fracaso de las políticas de seguridad del pasado. Su éxito en términos de reducción de la violencia y el impacto simbólico de los miles de pandilleros humillados tras las rejas de la megacárcel han generado réditos electorales para el presidente.

Bukele aprovechó la oportunidad de acceder a una reelección gracias a aquella reinterpretación forzada de la Constitución que realizó la Sala Constitucional nombrada por él mismo y que mencionamos páginas atrás. Esta sala determinó que era posible postularse a la primera magistratura si en los anteriores seis meses no se ha ejercido la presidencia de la República. Así, Bukele sencillamente se tomó una excedencia por ese periodo y con ello cumplió el requisito.

La burla del político al sistema culminó con su reelección en febrero de 2024, tras obtener una cifra apabullante: el 84,6 por ciento de los votos. El resultado, digno de países con sistema de partido único, representa un cheque en blanco para Bukele, que interpretó la votación como un plebiscito. Una confirmación absoluta de que el rumbo de sus políticas y, en especial, de su forma de ejercer el poder es lo que demanda la voluntad popular.

Posiblemente, ese respaldo le dio el impulso para avanzar en el último paso del manual del autoritarismo que parece seguir al pie de la letra. El 31 de julio de 2025, de noche, la Asamblea Legislativa aprobó una reforma constitucional que habilita la reelección indefinida del presidente. Solo tres de los sesenta representantes se opusieron.

Su éxito implacable ha sido leído en muchos países como una correlación directa de su política de mano dura. Lo que ha llevado a

algunos políticos de la región a evaluar la idea de copiar al salvadoreño, e incluso de importar el «modelo Bukele». La ministra de Seguridad de Argentina, Patricia Bullrich, visitó el país para estudiar el caso; también el presidente ecuatoriano, Daniel Noboa, ha expresado interés, entre otros mandatarios. Incluso el propio Bukele ha mencionado la posibilidad de asesorar a otros gobiernos sobre la materia, por ejemplo, en Haití.

El problema es que optar por el combo de «soluciones bukelistas» implica otras consecuencias. Su deriva autoritaria es innegable y, más allá de haber conseguido reducir la criminalidad, su forma de actuar ha llevado a graves violaciones de las libertades, los derechos y las garantías de los ciudadanos de su país. Si efectivamente el «dictador *cool*» se convierte en referencia política para otros gobiernos, estaremos frente al factor de contagio más grave de la epidemia ultra en la región. ¿Acaso eso también es digno de admiración para quienes le elogian desde otros países latinoamericanos?

14

De vendedor de té a líder del supremacismo hindú

En 1923 se publicó un libro que posiblemente cambió el rumbo político de India. Su título original era *Essentials of Hindutva*, aunque cinco años después se reimprimió como *Hindutva: Who is a Hindu?* [*Hindutva:* ¿quién es hindú?]. Su autor, Vinaiak Dámodar Savarkar, tenía cuarenta años cuando su obra comenzó a circular por todo el país. El texto contenía ideas capaces de impulsar una revolución, no solo contra el poder colonial que ejercían los británicos en el territorio, sino en favor de una visión muy particular de país. Una visión excluyente y limitada a un solo grupo étnico de los tantos que habitan India; una propuesta inspirada en el fascismo europeo y seducida por su ultranacionalismo, en especial, por su exclusión de las minorías. En su libro, Savarkar fundó las bases de lo que él definió como *hindutva*, o en otras palabras, «nacionalismo hindú».

Savarkar llevaba encarcelado desde 1910 por decisión de las autoridades coloniales británicas. Había participado en diversas actividades subversivas e incluso en ataques con víctimas mortales. Lo sentenciaron a dos cadenas perpetuas por ello. En la cárcel tuvo tiempo para escribir su libro y reflexionar a fondo sobre sus ideas. Lo que probablemente nunca imaginó es que, casi un siglo después, estos postulados alcanzarían las más altas esferas del poder en su

país. Lo harían de la mano de Narendra Modi, una figura política que llegó en 2014 para renovar el sistema tras la casi ininterrumpida hegemonía del Partido del Congreso (INC). Así, el supremacismo hindú pasaba a convertirse en política de Estado, y con ello, la India cambiaría para siempre.

¿QUÉ ES EL SUPREMACISMO HINDÚ?

Hindutva es un neologismo sánscrito que Savarkar utilizó para sintetizar los principios que consideraba innegociables a la hora de construir la nación india y, sobre todo, para determinar quién debía gobernarla. Su obra plantea algo más que la independencia de los británicos; en realidad, propone una idea de sociedad donde aquellos que no sean hindúes —como musulmanes, cristianos o budistas— quedan excluidos. Para Savarkar, ser indio es ser hindú. De este modo, convierte la religión en un elemento inseparable de la identidad nacional y las otras comunidades religiosas quedan automáticamente fuera. Solo los hindúes pueden liderar legítimamente el país: por ser mayoría, por considerarse nativos, pero sobre todo por derecho propio, puesto que Savarkar veía al hinduismo superior al resto de las religiones.

El libro de la académica italiana Marzia Casolari titulado *In the Shadow of the Swastika* [A la sombra de la esvástica] explica que existe una conexión ideológica y discursiva entre el supremacismo hindú y el fascismo e incluso el nazismo, ya que tanto Savarkar como otros pensadores de esta corriente expresaron su admiración por Benito Mussolini y Adolf Hitler. Casolari sostiene que esos ideólogos se inspiraron en el modelo del nazismo, en especial respecto al uso organizado de la violencia y la exclusión de minorías.

Y es que al igual que los extremismos europeos, Savarkar y sus seguidores también necesitaban construir un enemigo poderoso al cual hacer frente.

Ese enemigo, sin embargo, ya no era el Imperio británico. En 1924, Savarkar pidió clemencia a las autoridades coloniales y prometió no volver a actuar ni a expresar críticas contra los británicos, lo que le valió la amnistía. A partir de entonces, la *hindutva* que él defendía dejó de centrarse en la lucha contra el dominio extranjero y pasó a enfocarse en cristianos, judíos, parsis y, muy especialmente, musulmanes. De hecho, en el nacionalismo hindú, el islam se señala como la causa de todos los males que se viven en el país.

Este giro hacia los enemigos internos se complementa con otro rasgo central del pensamiento de Savarkar: su carácter marcadamente *racialista*. En la literatura, esta perspectiva también se ha definido como «nacionalismo étnico» y guarda similitudes claras con el planteamiento del nacionalsocialismo. Ambos modelos se basan en la idea de una comunidad unida por lazos de sangre, reflejados en una cultura compartida, considerada superior y gloriosa, y en una presencia histórica en el territorio. Para la *hindutva*, ese territorio no se limita solo a las fronteras de India, sino que abarca también Pakistán, Bangladesh, Sri Lanka, Nepal, Bután y Myanmar. Juntos conformarían *Akhand Bharat*, o bien la 'Gran India'.

Los asesinos de Mahatma Gandhi

Es obvio que este tipo de ideología que fomenta el supremacismo y el desprecio por determinados grupos étnicos y religiosos estaba destinado a facilitar procesos de radicalización. Son varios los grupos

y movimientos que se crearon en torno a las ideas del nacionalismo hindú, pero el más importante y relevante para la historia política de India es la Rashtriya Swayamsevak Sangh (RSS); en español, la Organización Nacional de Voluntarios.

Fue fundada en 1925 por Keshav Baliram Hedgewar y su fin último es la promoción de la *hindutva*. La organización se apoya en una estructura jerárquica con un liderazgo centralizado. Presenta elementos paramilitares, con uniformes, entrenamiento y reuniones diarias obligatorias llamadas *shakhas*, donde las células locales se reúnen para la formación ideológica, la realización de ejercicios y otras actividades comunitarias. Algunas de esas características están inspiradas en las juventudes fascistas mussolinianas, conocidas como la Balilla. De hecho, líderes de la RSS viajaron a Italia en 1931 y se reunieron personalmente con el dictador italiano. Les impresionó la disciplina de la Balilla y sobre todo el hecho de reclutar y adoctrinar niños desde los seis años de edad.

La visión de la RSS era constituir un cuerpo paramilitar que fuera capaz de fortalecer a los hindúes y, mediante la violencia, amedrentar a las minorías, en especial a los musulmanes. Madhavrao Sadashivrao Golwalkar, jefe de la RSS que sucedió a Hedgewar tras su muerte en 1940, profundizó esa obsesión por eliminar cualquier rastro del islam y en su libro *We, or Our Nationhood Defined* [Nosotros, o nuestra nación definida] se refirió a la política de «pureza racial» de Hitler como el posible camino de un país para lograr la homogeneidad. Si bien posteriormente la RSS se distanció de estas posturas, en la práctica, los niveles de radicalización no dejaban de aumentar.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el Imperio británico no estaba en condiciones de seguir sosteniendo su dominación en territorio indio. Esto fue el punto de partida para un plan que

determinó la partición de India y la creación de dos Estados: India, propiamente dicha, y Pakistán. Como sucedió en otras regiones del mundo, la división promovida por la potencia en retirada no obedeció criterios que tuviesen en cuenta la realidad y la complejidad social de la excolonia. Esto fue el punto de partida para la intensificación de conflictos de larga duración entre hindúes y musulmanes, que hasta entonces compartían el mismo país. En ese contexto, la narrativa radicalizante de organizaciones como la RSS ganaba potencia, ya que a la lucha por la homogeneidad de la identidad nacional, dictada por el hinduismo y la inexistencia del islam, se le agregaba otra causa nacionalista: la pérdida de territorios. El discurso del nacionalismo hindú señalaba el robo y la injusticia que había nacido de aquella última acción británica antes de abandonar su colonia. La independencia de India del 14 de agosto de 1947 aceptaba las fronteras cercenadas y con ello, más que en motivo de orgullo, se transformaba en símbolo de un expolio para los nacionalistas hindúes.

La partición generó una ola de violencia inusitada, con millones de refugiados obligados a abandonar sus lugares de origen para instalarse donde su religión era mayoría: Pakistán, si eran musulmanes; India, en caso de ser hindúes. Por el camino, se atacaban sus trenes y sus aldeas se destruían. También se organizaban turbas que perseguían a las minorías a ambos lados de la frontera. Se sucedían los saqueos, los secuestros, las conversiones forzosas, las violaciones y los asesinatos. No hay consenso sobre la cantidad de fallecidos en esos primeros meses de independencia, pero se calcula que al menos un millón de personas perdieron la vida.

En medio de este caos, Mahatma Gandhi, un abogado y político considerado en India el «padre de la nación», comenzó a luchar

contra aquel horror, implorando por la reconciliación y la convivencia pacífica entre hindúes y musulmanes. Gandhi se había hecho mundialmente conocido durante su activismo por la independencia de su país mediante la resistencia pacífica. Pese a que siempre estuvo en contra de la idea de la partición de India, hacia el final del proceso no vio otra solución que apoyar ese plan como un mal menor ante la imposibilidad de lograr una unidad pacífica. Un hecho imperdonable para los más radicalizados.

A seis meses de la independencia y con el conflicto ya en curso, el 30 de enero de 1948, un nacionalista hindú vinculado con la RSS asesinó a Gandhi en medio de una reunión de oración en Nueva Delhi. La conmoción fue total y dio rienda suelta a otra ola de conflictos y protestas callejeras con resultados fatales. El asesinato del político evidenció la amenaza real que representaba el discurso radicalizado de la RSS, razón por la cual el gobierno de Jawaharlal Nehru decidió prohibirla. Una medida que levantaría diecisiete meses más tarde.

Más allá de la amnistía, la prohibición fue el disparador de un debate interno en la RSS sobre la estrategia a seguir para alcanzar sus objetivos ideológicos y políticos. Para algunos miembros de la organización, había llegado el momento de crear un brazo político que continuase el trabajo realizado, pero esta vez en el terreno de las instituciones. Así fue como se fundó el partido Bharatiya Jana Sangh en 1951. Desde el punto de vista ideológico, la formación compartía todas las premisas del nacionalismo hindú. Por ejemplo, rechazaba tajantemente la adopción de un sistema secular por parte del Partido del Congreso (PI), liderado por el primer ministro Nehru. Esto se interpretó como otra ofensa a la integridad hindú, tanto entre los miembros de la RSS como en los del nuevo partido.

Durante muchos años, el desempeño electoral del Bharatiya Jana Sangh fue modesto, hasta que en 1977 se unió a otras fuerzas políticas para derrotar a la entonces primera ministra Indira Gandhi (que no guarda parentesco con Mahatma Gandhi). La líder del Partido del Congreso (PI) llevaba en el poder desde 1967 y, por diversas razones, tanto ella como su partido atravesaban una profunda crisis de popularidad. El resultado fue contundente: la coalición —que incluía a los nacionalistas hindúes— obtuvo más del 50 por ciento de los votos y logró formar el siguiente gobierno de India. Pero la aventura duró poco. Las luchas internas hicieron que la alianza política perdiese la mayoría en el Parlamento y convocase elecciones anticipadas en 1980. Esto devolvió a Gandhi al poder y, a la vez, destruyó por completo el pacto opositor. Sin embargo, para los nacionalistas hindúes ese año marcó un nuevo comienzo: el brazo político de la RSS se refundó con el nuevo nombre de Bharatiya Janata Party (Partido Popular Indio o BJP). Una fuerza que representaría de manera aún más fiel los principios ideológicos de la *hindutva*.

El laboratorio del nacionalismo hindú

Narendra Modi tenía apenas ocho años cuando empezó a asistir con regularidad a las *shakhas* locales de la RSS. Vivía en el antiguo estado de Bombay, en lo que hoy es Gujarat, al oeste de la India. Su participación resultaba inusual, ya que la organización solía reclutar jóvenes a partir de los dieciséis años. En 1958, Modi comenzó a familiarizarse con las ideas de la *hindutva* y a los veintidós ya se había incorporado a tiempo completo como *pracharak*, un propagandista entregado por completo a la causa. Ese recorrido fue

el que lo formó y, con el tiempo, lo impulsó a escalar posiciones dentro del renombrado BJP.

Esa trayectoria dentro del nacionalismo hindú sentó las bases para su ascenso político. En 2001, Modi fue designado gobernador de Gujarat, su estado natal. Y no tardó en enfrentarse a una crisis que pondría a prueba su liderazgo y revelaría, de forma contundente, el peso de las ideas absorbidas en su paso por la RSS.

En febrero de 2002, un tren que transportaba hindúes que regresaban de la ciudad sagrada de Ayodhya acabó incendiado tras una disputa en una estación. La situación dejó 59 muertos, incluidos mujeres y niños. La causa del fuego nunca se aclaró, y mientras que algunos sostuvieron que se había tratado de un accidente, otros acusaron a un grupo de musulmanes como instigadores del hecho. Esto último desató una ola de violencia en Gujarat que duró tres días y dejó un saldo de más de mil muertos según las cifras oficiales, aunque posteriormente algunas investigaciones indicaron que dicho número ascendía a casi el doble. Diversas organizaciones extremistas, como la RSS y la Vishwa Hindu Parishad (Consejo Mundial Hindú), fundada por Golwalkar, estuvieron involucradas en los ataques.

En el libro *The Rise of Hindu Authoritarianism* [El ascenso del autoritarismo hindú], el escritor Achin Vanaik describe aquellas jornadas como «un pogromo masivo contra los musulmanes» que derivó también en el desplazamiento forzoso de más de 150.000 personas, que terminaron refugiadas en campos improvisados. Según Vanaik, estas acciones fueron producto de una planificación previa.

En cualquier caso, lo sucedido generó fuertes críticas al desempeño de Modi como gobernador, ya que había fallado a la hora de frenar la violencia. En un informe de Human Rights Watch

titulado «No tenemos órdenes de salvarte: Participación estatal y complicidad en la violencia comunal en Gujarat», de abril de 2002, se señala que la policía estuvo implicada en casi todos los incidentes documentados y que, además, fueron observadores pasivos y activos de los incendios, saqueos y hasta asesinatos de musulmanes. Algunos testigos indicaron que al pedir ayuda a los agentes del Estado presentes las respuestas habían sido «no tenemos órdenes de salvarte» o «son órdenes de arriba». El Tribunal Superior de Gujarat criticó la inacción y negligencia del gobierno estatal; sin embargo, al entonces gobernador Modi no se lo consideró culpable de haber sido cómplice, por acción u omisión, de los ataques a musulmanes.

Otro experto, el politólogo Christophe Jaffrelot, coincide con varios analistas en la idea de que Gujarat funcionó como un laboratorio del nacionalismo hindú. No solo por los incidentes de 2002, sino también porque allí Modi ensayó su forma de construir poder. En su libro *Gujarat under Modi: Laboratory of Today's India* [Gujarat bajo Modi: el laboratorio de la India actual], Jaffrelot identifica una serie de elementos clave para entender el devenir político del líder del BJP. Entre otros puntos, destaca la clara estrategia polarizante, que buscaba transmitir una idea de la identidad hindú opuesta a la musulmana. Es decir, un «otro» identificable en quien personificar el mal.

También destaca un proceso paulatino de ideologización del aparato estatal. En ese sentido, se fomentaba que la policía y los oficiales de justicia se alineasen con la visión ideológica del nacionalismo hindú. También se promovía el *vigilantismo*, una práctica en la que grupos o individuos particulares toman la justicia por su mano y asumen funciones de control y castigo. Una labor al margen de la ley que apuntaba contra las minorías religiosas.

En definitiva, la metáfora del «laboratorio» de Jaffrelot, aplicada al Gujarat de Modi, demuestra que el auge del nacionalismo hindú no se explica únicamente por las decisiones de los líderes del BJP, sino que se sostiene en un proceso social gestado en comunidades rurales y urbanas. Mientras Modi y su gobierno se encargaban de polarizar y de alinear al Estado con la *hindutva*, organizaciones como la RSS trabajaban desde el territorio. El resultado fue la progresiva normalización de una ideología excluyente.

El triunfo del vendedor de té

En plena campaña electoral de 2014, Narendra Modi, el candidato del BJP, incorporó una innovación tecnológica nunca antes vista: hologramas en tres dimensiones. En decenas de puntos a miles de kilómetros de distancia entre sí, el candidato a primer ministro aparecía como por arte de magia. Esta técnica le permitía estar «presente» en todos los rincones del país, una acción clave si tenemos en cuenta que el electorado de India asciende a más de 830 millones de ciudadanos y que su territorio comprende casi 3,3 millones de kilómetros cuadrados.

Pero lo más importante de los hologramas no era solo llegar a los lugares más recónditos, sino reforzar el principal deseo de Modi: la identificación con el líder. El candidato del BJP se presentaba como alguien cercano, que no provenía de las élites privilegiadas, sino del pueblo. Y es que había nacido en una familia de casta baja y trabajó como vendedor de té desde su juventud. Su biografía contrasta con las de sus oponentes del Partido del Congreso, por ejemplo, la de Rahul Gandhi —su contrincante en esa elección—, que estaba asociado a las clases adineradas, la vieja política y un estilo de vida

excéntrico, privilegiado y alejado de la realidad social de la mayoría de los votantes.

Finalmente, Modi ganó las elecciones, consiguió la mayoría absoluta e inició un nuevo ciclo político. Su llegada al poder no solo significaba el fin del dominio del Partido del Congreso —una fuerza que había visto dañada su reputación por diversos casos de corrupción y por la propia erosión del ejercicio del poder—, sino también el inicio de una propuesta de transformación más profunda. El nuevo primer ministro anunció cambios con los que ya había tenido éxito en Gujarat. Durante sus trece años de gobierno allí, había construido una imagen de mandatario austero e incorruptible, eficiente y capaz de atraer inversiones, carismático y modernizador.

Además, Modi incorporó una retórica más directa que atacaba problemáticas urgentes como la inflación, el desempleo o la corrupción. Esto sedujo a gran parte del electorado, que decidió darle la espalda al Partido del Congreso, cuyo discurso se centraba en el secularismo, la defensa de las minorías y en intentar debilitar al presidente. Los estrategas de dicho partido recurrieron durante la campaña al episodio más oscuro y controvertido de su gestión como gobernador de Gujarat. La respuesta negligente y pasiva ante el pogromo de 2002 contrastaba con la imagen de gestor eficiente que intentaba proyectar, y revelaba, en cambio, una faceta polarizante del líder del BJP. Una figura que se alejaba del relato del humilde y amable vendedor de té que había salido adelante con esfuerzo, superando todo tipo de dificultades. Aunque la estrategia no logró detener su ascenso, terminó funcionando como una advertencia temprana de lo que vendría después.

Desde que Modi alcanzó el poder, la ideología del nacionalismo hindú ha ido contaminando poco a poco la labor del gobierno. En otras palabras, el regreso del BJP no ha sido una revolución, sino

más bien un paulatino proceso de penetración cultural de la *hindutva*. Por ejemplo, no fue hasta después de asegurarse la reelección en 2019 cuando el ejecutivo impulsó cambios en la Ley de Ciudadanía. En esta orden, la versión original de 1955 establecía que cualquier persona que entrase en el territorio indio sin documentos o que hubiese permanecido en el país durante más tiempo del permitido sería considerada un migrante irregular y por ello no podría solicitar la ciudadanía. Pero el primer ministro introdujo una enmienda para aquellos refugiados que hubiesen llegado huyendo de la persecución religiosa en Afganistán, Bangladesh y Pakistán. Ellos tendrían derecho a solicitar la ciudadanía india.

Lo llamativo es que esta excepción solo incluía a hindúes, budistas, jainistas, sijs, parsis y cristianos, lo que dejaba fuera a los musulmanes. Esta omisión desató fuertes críticas por discriminación religiosa, por violar el principio de igualdad ante la ley y, sobre todo, por ignorar el secularismo anclado en la Constitución de India. A pesar de la polémica, Modi no dio marcha atrás. Al contrario, la ley sigue vigente con la enmienda de 2019 como símbolo de victoria de los principios de la *hindutva* sobre los valores constitucionales.

Pero más allá de ese tipo de decisiones evidentemente discriminatorias, el gobierno de Modi avanzó en otras pequeñas batallas simbólicas, como la modificación de los nombres de algunos lugares muy relacionados con la religión del islam o la decisión de construir un templo hindú sobre las ruinas de una mezquita demolida. De esta manera, el discurso y las decisiones marcadas por el tono discriminador y nocivo del nacionalismo hindú tuvieron esperables consecuencias en la sociedad. El aumento de incidentes violentos y crímenes de odio contra musulmanes se hizo exponencial. Según un informe de la iniciativa FactChecker, el 91 por ciento de los crímenes de odio registrados entre 2009 y 2019

ocurrieron después de la asunción de Modi, y el 61 por ciento de sus víctimas fueron musulmanes.

La imagen lo es todo

El liderazgo de Modi no se entiende únicamente por sus decisiones políticas, sino también por un particular estilo comunicacional que ha desarrollado durante más de una década.

El primer ministro de India siempre ha prestado extrema atención a su imagen. Su objetivo ha sido mantener la coherencia integral de su mensaje, no solo con lo que dice, sino también con cómo se muestra en público. Modi cultiva la austeridad en todos los aspectos, en su vestimenta, su peinado, su barba y el uso de colores específicos. De hecho, su atuendo es tan particular que ha generado una línea de moda llamada *modi kurta*, que emula el estilo sencillo de las camisas que suele vestir el jefe del BJP, a lo que se agregan los *modi jackets*, su característico chaleco. Esto refuerza aspectos de su biografía a los que nos hemos referido, como su origen humilde y su pasado como vendedor de té. Con ello transmite el contraste con los sectores más privilegiados de la sociedad. Esto se potencia con el uso de las redes sociales. Después de Barack Obama, Modi es el político con mayor cantidad de seguidores en X, con 108,8 millones.

Camino a la autocracia

Durante la campaña electoral de 2014, cuando la prensa criticó su papel como gobernador en la matanza de Gujarat, Modi evito responder directamente a las acusaciones. Optó por calificar a los periodistas como herramientas de la élite que buscaban

desprestigiarle. En efecto, el líder indio —al igual que otros dirigentes que representan la epidemia ultra alrededor del mundo— no aprecia el trabajo de la prensa. La ve con desconfianza y prefiere volcar sus energías en las redes sociales para evitar así intermediarios. Desde su llegada al poder, la situación de la libertad de prensa ha empeorado significativamente, según la organización Reporteros Sin Fronteras.

Pero ¿por qué? Por un lado, su estrategia de acercamiento hacia los magnates dueños de los medios de comunicación ha surtido efecto y las coberturas críticas pierden terreno frente a los reportajes favorables al gobierno. Por otro, los periodistas han sufrido restricciones para ejercer su profesión a través de otros recursos del gobierno, por ejemplo, herramientas legales de disuasión que amenazan con penas o castigos. Esto último no es un problema exclusivo de los medios de comunicación, sino que afecta a todas las voces disidentes en India.

Según el análisis de la politóloga Krishna K. Tummala en su artículo «¿La democracia constitucional en India está en crisis?», el régimen de Modi ha aplicado instrumentos legales como el de la «sedición» para reprimir a quienes le critiquen, ya sean políticos de la oposición o sencillamente periodistas, intelectuales o activistas. En el código penal de India, heredado en parte del gobierno colonial británico, se define la sedición como «odio o desprecio, o incitar (o intentar incitar) el descontento o la hostilidad hacia el gobierno». La académica señala que entre 2010 y 2020 hubo un total de 10.938 personas acusadas de sedición; el 65 por ciento de estos casos tuvo lugar después de 2014, es decir, durante su gobierno. En 2021, la Suprema Corte de India suspendió temporalmente la Ley de Sedición a causa del uso abusivo e indebido de esa figura legal.

Esta tendencia autoritaria se ha intensificado con el paso de los años en paralelo al peso cada vez mayor del nacionalismo hindú en sus políticas. El declive se refleja en los diversos índices que miden la calidad democrática de los países, como V-Dem Institute o Freedom House. Según estas métricas, India ha dejado de ser una democracia plena y ahora se clasifica como una «autocracia electoral»: un sistema donde se vota, pero en el que el ejercicio del poder vulnera los principios básicos del Estado de derecho. Bajo su gobierno, el derecho a protestar, criticar u oponerse al gobierno se ha erosionado. Expresarse libremente, antes un componente esencial de la democracia india, hoy implica un riesgo real para quienes se atreven a hacerlo.

En este sentido, la oposición política ha desaparecido como tal para convertirse en una amenaza hacia la voluntad del pueblo indio. Y si tenemos en cuenta que la voluntad popular está dictada por la *hindutva*, es decir, por la premisa de que India es igual a hindú, lo que en realidad estaría amenazado es el hinduismo en su conjunto. Incluidos los musulmanes, el 14 por ciento de la población (unos doscientos millones de personas) pasan a ser un peligro existencial en el relato del primer ministro. Este silogismo le permite al jefe del BJP emplear una narrativa victimista.

Según el académico Mario López Areu, en su texto «El populismo hinduista de Narendra Modi: reimaginando la nación india», el líder del BJP ha transformado esta narrativa en «una forma de propaganda de baja intensidad». El autor se refiere a la estrategia del partido de Modi para distribuir noticias falsas y rumores que definen a los musulmanes como agresivos, causantes de conflictos o perpetradores de crímenes y violencia. La «yihad del amor» es mencionada por López Areu como un ejemplo de este tipo de campañas de desinformación. En ella se anuncia una supuesta

conspiración en la que jóvenes musulmanes seducen a mujeres hindúes para, luego de casarse, convertirlas al islam. Por ejemplo, durante la pandemia del covid-19 se observó otro ejemplo de esta estrategia de desprestigio impulsada por el nacionalismo hindú, donde los mensajes contra los musulmanes se multiplicaron y se los usó de chivo expiatorio constante al culparlos de haber potenciado, supuestamente, el contagio a través de eventos religiosos masivos.

En 2024, Modi se impuso por tercera vez consecutiva en las elecciones generales de un país que, por distintas razones, ocupa un lugar cada vez más relevante en la política global. Consciente de ese rol, Modi sabe que debe cuidar la imagen de India y, para ello, ha desplegado lo que se conoce como la diplomacia del yoga: una estrategia de *soft power* o 'poder blando' destinada a suavizar las críticas internacionales y a proyectar una imagen positiva. India patrocina eventos mundiales, conferencias y celebraciones como el Día Internacional del Yoga para difundir su cultura milenaria y, al mismo tiempo, desviar la atención de su política represiva y de la evidente consolidación autoritaria.

15

La arquitectura del contagio internacional

Prestó servicio durante siete años en la Marina de Estados Unidos. Fue productor en Hollywood durante quince. Entre 2012 y 2017 lideró el portal de noticias *Breitbart*, el medio de comunicación al que él mismo bautizó como la «plataforma de la ultraderecha». Fue cofundador de Cambridge Analytica, una compañía de minería y análisis de datos, en 2013. Y en 2016 se convirtió en el jefe de campaña de Donald Trump. Su nombre es Steve Bannon.

A simple vista, cualquiera pensaría que debe estar orgulloso de semejante currículum. Sin embargo, en ese listado hay un título que falta, uno que Bannon buscó con tenacidad, pero fue incapaz de conseguir. Podríamos llamarlo de muchas formas, pero en la práctica se trataba de convertirse en el líder de la internacional ultraderechista.

Bannon entendió que lo que se estaba gestando en Estados Unidos no se limitaba a las fronteras de su país. Al contrario, el fenómeno era global y estaba en franco crecimiento. En otras palabras, podríamos decir que Bannon se percató de la epidemia ultra antes que nadie. Y al hacerlo entendió que él estaba en condiciones de dirigirla. Su experiencia, su capacidad estratégica, sus resultados... quién mejor que él para hacerse cargo de cambiar el mundo y llevar el contagio a cada rincón del planeta. Él había sido clave en la victoria de Trump, había impulsado la normalización de

las narrativas de la *alt-right* con un medio digital y contribuido al Brexit indirectamente mediante el uso de *big data* a través de Cambridge Analytica. La valía de Bannon estaba probada con creces.

Por ello nadie le detuvo cuando en 2017 lanzó The Movement, una agrupación para fomentar alianzas entre las distintas ultraderechas, con sede en Bruselas. Unos meses antes había abandonado la Casa Blanca para iniciar este proyecto transnacional que buscaba exportar el populismo trumpista a Europa. Tal vez recordando su tiempo como productor de cine, Bannon se empeñó en fichar a las estrellas de la ultraderecha europea y sumarlas al elenco: Matteo Salvini, de Italia; Viktor Orbán, de Hungría, y Geert Wilders, de los Países Bajos, entre otros.

Uno a uno, ya fuera por ego, pragmatismo o simple curiosidad, los distintos líderes ultraderechistas fueron dejándose seducir por el guion de Bannon. Su objetivo inmediato era reunir tras de sí a las fuerzas de ultraderecha europeas y lograr el control de al menos un tercio del Parlamento Europeo en las elecciones de mayo de 2019. Pero ese era apenas el primer paso, porque la historia de Bannon no terminaba ahí. Entre sus planes figuraba la creación de The Academy for the Judeo-Christian West (Academia para el Occidente judeocristiano), a la que también llamaban «Escuela de Gladiadores». Ubicada en una abadía italiana del siglo XIII cerca de Roma, Bannon quiso emular el proyecto de George Soros de la Universidad Central Europea. Allí se formarían los líderes ultraderechistas del futuro. Otra idea era desarrollar un *think tank* especializado en gestión de datos, estrategias de comunicación política y asesoría a grupos de ultraderecha. A todo lo anterior se agregaba el trabajo de coordinación internacional y generación de espacios de intercambio y *networking* para el tráfico de narrativas entre los representantes de las fuerzas políticas, así como una

recaudación de fondos a nivel global para causas e iniciativas concretas.

The Movement era un plan integral tan ambicioso que incluso Bannon pensó en expandirlo al sur global. Por ejemplo, en 2018 se reunió con Eduardo Bolsonaro, hijo del entonces candidato a la presidencia Jair Bolsonaro, quien después de convertirse en presidente se sumó como representante latinoamericano a la iniciativa de Bannon.

Todo parecía ser parte de una coreografía perfecta, y en todos los medios de comunicación el nombre Bannon aparecía asociado a la figura de estratega en las sombras o con apodos como el «gran manipulador», en la portada de la revista *Time*. Era cuestión de tiempo que la epidemia ultra se institucionalizara tras The Movement.

Sin embargo, algo falló. No fue un momento concreto, sino una cascada de problemas y contratiempos que fueron erosionando el impulso inicial. La primera señal negativa importante tuvo lugar en enero de 2019, cuando se canceló el gran evento de lanzamiento. Todo estaba pensado para que decenas de jefes ultraderechistas de toda Europa se reunieran en el acto inaugural de The Movement en Bruselas, pero tras la negativa de varios líderes, el evento se pospuso sin nueva fecha.

La película que se había imaginado Bannon fallaba el mismísimo día del preestreno, y con ello quedaba herida la credibilidad del exproductor de cine. Ya no contaba su rol en la campaña de Trump o su experiencia como propagandista de las ideas ultraderechistas, los europeos no confiaban en él, o bien no querían acercarse a su figura, que conforme ganaba notoriedad también acumulaba un creciente rechazo ante la opinión pública. Después de todo, lo que querían los partidos ultraderechistas eran votos, mucho más que

cumplir el sueño de grandeza de un estadounidense recién llegado. El gran manipulador terminó derrotado y The Movement implosionó.

Pese a todo, la idea de Bannon dejó huella. En los últimos años hemos visto surgir, de forma menos centralizada y más orgánica, una red ultraderechista atomizada. Esta no posee una coordinación general y está sostenida en ciertas coincidencias discursivas y algunos intereses pragmáticos más que en un objetivo político común y global. Sin embargo, con el paso de los años parece crecer poco a poco, desarrollando cada uno de los elementos que se proponía Bannon con aquella idea prepandémica: crear *think tanks* e institutos de formación política, establecer redes y espacios de intercambio internacionales, cooperar en la generación de narrativas y el financiamiento de iniciativas concretas, por ejemplo, elaborar leyes para la defensa de la «familia tradicional» o incluso en la importación de políticas públicas desde aquellos lugares en los que han llegado al gobierno.

La fábrica de élites ultraderechistas

En mayo de 2017, la sobrina de Marine Le Pen, Marion Maréchal anunció su retirada de la política. La decisión sorprendió a propios y extraños, ya que solo faltaba un mes para la celebración de las elecciones legislativas y no solo era candidata, sino que era la gran favorita. Nunca se aclararon las razones. Mientras que ella adujo cuestiones personales, no tardaron en aparecer rumores sobre desacuerdos estratégicos con su tía respecto al rumbo que debía seguir el partido. Apenas unos días antes, Marine había sido derrotada en la segunda vuelta por Emmanuel Macron.

Durante todo el año en que Marion estuvo ausente de la política activa, su figura siguió siendo protagonista en los debates políticos internos de la derecha radical. Algunos cuestionaban la estrategia de desdiabolización de Le Pen (véase capítulo 2) y exigían un recambio en la cúpula de la mano de Maréchal; otros apoyaban su estilo más carismático y su línea de pensamiento más conservadora y tradicional que la de su tía, menos abierta al populismo social (estado de bienestar chauvinista) y más relacionada con el catolicismo.

«Nuestra lucha no puede tener lugar solo en las elecciones. Tenemos que transmitir nuestras ideas a través de los medios de comunicación, la cultura y la educación para frenar la dominación de los liberales y los socialistas. Por eso he lanzado recientemente una escuela de administración y ciencia política.» Con estas declaraciones en la Conferencia Política de Acción Conservadora de 2018, Maréchal anticipaba los próximos pasos para regresar a la arena pública. Si bien no tenía interés en volver a la política institucional, sus esfuerzos estaban concentrados en la fundación del ISSEP (Institut de Sciences Sociales, Économiques et Politiques), que se oficializaría en mayo de ese mismo año en Lyon, exactamente un año después de su renuncia al partido de su tía. Su objetivo era formar marcos conservadores y nacionalistas para alimentar una nueva generación de líderes. La visión era amplia, puesto que, además de la formación en el ámbito político, el ISSEP debía ser capaz de construir liderazgos para los medios de comunicación y el mundo empresarial. En otros términos, Maréchal estaba literalmente trabajando en las piezas fundamentales para crear una hegemonía cultural. Parecía estar siguiendo al pie de la letra las enseñanzas de la *Nouvelle Droite* y el camino era la formación.

La unión de las derechas, un nuevo intento

La estrategia de Maréchal y de Orbán para formar e instaurar nuevas élites políticas, económicas y culturales propone iniciativas independientes entre sí, aunque podemos ver que con el tiempo se han generado vínculos e incluso se ha expandido su influencia en otros países. Las coincidencias ideológicas y el objetivo estratégico similar enfocado a construir hegemonía a través del concepto de metapolítica de Alain de Benoist son evidentes. Pero, más allá de estas, se ha establecido también un espacio de cooperación y alianzas bastante institucionalizado que procura incrementar el alcance y la propagación de su visión del mundo. Se trata de la «unión de las derechas».

Este concepto nace en Francia y tiene como objetivo principal unificar a las distintas derechas del país. Esto involucra tanto a la Agrupación Nacional de Le Pen como a Reconquista (Reconquète o REC) de Éric Zemmour y la propia Maréchal, ahora rebautizado Identidad-Libertades (Identité-Libertés o IDL), e incluso al ala más radical de Los Republicanos (Les Républicains o LR), el partido conservador tradicional e histórico. Pese a ese enfoque en la realidad política francesa, Maréchal ha querido exportar esa idea de «unificación» a otros países.

Por ejemplo, en octubre de 2020 la líder francesa inauguró una sucursal del ISSEP en Madrid y explicitó su intención de internacionalizar su estrategia en alianza con Vox. Se trata de una cooperación transnacional que gira en torno a un concepto clave: la derecha civilizatoria. Su programa busca trascender los enfoques más tradicionales de izquierda-derecha y plantear la política en torno a la batalla cultural y civilizatoria. Es una idea que, una vez más, nos lleva al pensamiento de aquella *Nouvelle Droite* de finales de los

años sesenta en términos estratégicos, aunque con una actualización retórica y temática. Maréchal se refiere a una derecha anti-*woke*, que rechaza el asistencialismo y propone bajar impuestos. Pero lo más importante es que la derecha civilizatoria tiene como tarea principal la defensa del Occidente cristiano. Según la líder francesa, existirían amenazas existenciales entre las que enumera a la inmigración, la islamización de Europa, las políticas públicas progresistas y la agenda *woke*. Este conglomerado de peligros que condenan a la civilización occidental a la decadencia tiene como consecuencia la creación de una perspectiva que comparten otras fuerzas políticas en el mundo.

La unión de las derechas representa el intento por constituir una plataforma transnacional que permita conectarlas. En otras palabras, un catalizador de la epidemia ultra. No se trata de una organización supranacional que formule directrices a sus miembros, sino de la verbalización de un objetivo común y superior a todos en torno a la civilización, el estilo de vida occidental y los valores cristianos que, según Maréchal, rigen la moral y las buenas costumbres. Esto le permite lograr algo que otros proyectos internacionales como este no habían conseguido: reconciliar identidades nacionales con proyectos supranacionales. Este es un trabajo intelectual y complejo que demanda la inclusión de otros actores para generar masa crítica alrededor de aquella idea que de otra manera podría quedar como un mero plan sin sustancia, justificado por el afán de poder de algún partido o líder ultraderechista.

LAS MENTES ULTRADERECHISTAS DEL SIGLO XXI

En el desarrollo del proyecto de Maréchal tienen un papel fundamental los *think tanks*. A partir de su trabajo intelectual, sus publicaciones, sus debates y seminarios, estos laboratorios de ideas han contribuido a la penetración de las tesis ultraderechistas en los debates de masas y, al mismo tiempo, en fortalecer la retórica y el argumentario de sus líderes y portavoces.

Existen varios ejemplos de peso para ilustrar este trabajo clave. Uno es el Mathias Corvinus Collegium (MCC), que fue fundado en 1996 en Budapest como una institución educativa y formadora para financiar a estudiantes de secundaria y universitarios con el apoyo financiero del grupo empresarial de la familia de András Tombor, un millonario con negocios en la industria aeronáutica checa. Durante muchos años, esta institución mantuvo un perfil discreto, hasta que en 2020 el gobierno de Viktor Orbán le otorgó activos y fondos estatales por aproximadamente 1.400 millones de euros. Esto provocó un cambio radical en la estructura del MCC, en su alcance y en su capacidad de acción. Asimismo, y por obvias razones, su vínculo con el programa político de Fidesz, el partido de gobierno, se estrechó al mismo tiempo que comenzaba a tomar forma su actual formato de laboratorio de ideas. De hecho, el presidente del consejo del MCC es Balázs Orbán, un diputado del Fidesz considerado el arquitecto de la expansión internacional del instituto.

La importancia del MCC para el gobierno húngaro es tal que, según datos de la Fundación Friedrich Naumann, el total del dinero que recibió este *think tank* en 2020 fue mayor al gasto total del país en educación en todo ese año. Este financiamiento inédito le ha impulsado a operar a gran escala y ofrecer grandes incentivos a académicos, intelectuales y grupos políticos que se benefician de su oferta académica. Y al mismo tiempo le ha permitido que dicha oferta sea absolutamente gratuita para los admitidos en sus

programas. Esto también ha repercutido en su capacidad para establecer convenios con prestigiosas instituciones alrededor del mundo y expandirse mediante una red internacional en múltiples países europeos y del resto del planeta.

El objetivo detrás de semejante inversión por parte del gobierno de Orbán obedece a una estrategia de *soft power* o 'poder blando' que busca proyectar los valores políticos y sociales que defiende Fidesz. Es decir, utilizar las instancias académicas generadas en el MCC para transmitir y reproducir la ideología ultraconservadora, nacionalista, tradicionalista y, especialmente, iliberal del líder húngaro.

Asimismo, también posee un aspecto instrumental en términos de producción de material para justificar y legitimar posiciones políticas concretas. Ejemplo de ello es el Instituto de Investigación sobre Migración del MCC, creado en 2015 en plena crisis por la llegada de miles de refugiados a Europa. Fue diseñado para contrarrestar la narrativa humanitaria sobre inmigración y proporcionar material y datos que sostengan posiciones restrictivas sobre el tema. Es revelador que la primera frase en su página web sea: «preservar nuestra cultura es un valor», con la que queda evidenciado el sesgo preexistente en el posicionamiento del instituto.

Las figuras que vertebran el MCC también dan cuenta de esta cercanía ideológica con distintas caras relacionadas con la ultraderecha de otros países. Uno de estos casos es el del director de investigación del MCC Brussels, Werner Patzelt. Este politólogo alemán ha trabajado en la redacción de informes a petición de Alternativa para Alemania. En una ocasión, su recomendación a la Unión Demócrata Cristiana (CDU) para saltarse el cordón sanitario y pactar con AfD en el este del país generó una gran controversia. Por otra parte, el MCC ha invitado en calidad de ponentes para algunos

eventos a personajes como Tucker Carlson, un conocido comentarista estadounidense divulgador de las ideas de la *alt-right*, Hans-Georg Maaßen, exfuncionario alemán y actual exponente de los sectores más radicalizados del conservadurismo, Jaime Mayor Oreja, exministro español y actual profesor del ISSEP Madrid; Roland Tichy, periodista alemán y fundador de medios de comunicación alternativos muy cercanos a la ultraderecha de su país; Jordan Peterson, conferencista y exponente del discurso anti-*woke*, y hasta la propia Marion Maréchal.

El MCC funciona como un *think tank* que, aunque se proclama independiente, en la práctica provee a Orbán de herramientas políticas y conceptuales para reforzar su legitimidad tanto en el plano nacional como en el internacional. Esta institución se inserta en una red más amplia que incluye al ISSEP de Marion Maréchal y al Collegium Intermarium (CI), una universidad privada fundada en 2021 en Varsovia con la ambición de influir en la región geopolítica del Intermarium, que abarca desde el Báltico hasta el Adriático y el mar Negro.

El CI, respaldado con 2,7 millones de euros por el gobierno polaco del partido Ley y Justicia, ha fracasado en consolidar una oferta educativa relevante, pero ha logrado tejer una sólida red internacional de organizaciones ultraconservadoras. Entre sus aliados figuran el European Center for Law and Justice y el Catholic Family & Human Rights Institute, junto con grupos afines de Croacia, Eslovaquia, Bulgaria, Hungría, República Checa e Italia, todos alineados en agendas antiinmigración, anti-LGTBIQ+ y favorables a una «reforma drástica» de la Unión Europea.

EL DISENSO COMO ESTRATEGIA

«Comienza a disentir.» Así titula la web de la Fundación Disenso su apartado «Internacional». Esta entidad se ofrece como un espacio de disenso frente a la «opinión dominante» y a lo «políticamente correcto», mientras propone «reabrir debates públicos que parecían cerrados y olvidados» y promete «forjar un nuevo consenso».

Esta declaración de intenciones de la Fundación Disenso es representativa de la capacidad de la ultraderecha para fomentar coincidencias ideológicas incluso pese a las distancias culturales, sociales o coyunturales. Podríamos decir que es una estrategia que condensa la esencia de la epidemia ultra con relación a su proliferación y, al mismo tiempo, a su consolidación actual.

La fundación fue creada en julio de 2020 y funciona como el *think tank* de Vox; de hecho, su presidente, Santiago Abascal, también es el líder del partido. En líneas generales, esta organización sostiene la agenda de la ultraderecha en todos sus aspectos, desde el revisionismo histórico hasta la agenda antiinmigración, incluyendo teorías conspirativas como la del gran reemplazo. También se pliega a la estrategia de la batalla cultural para arrebatarle al progresismo su hegemonía en el mundo de las ideas. Así, la disputa por conceptos como libertad, derechos humanos o Estado de derecho se convierte en verdadero campo de batalla simbólico.

Pero lo más interesante de la Fundación Disenso en relación con la configuración de una red internacional ultraderechista es su concepto de «Iberosfera». En el mismo año de su creación, la entidad adquirió *La Gaceta*, un periódico digital al que rebautizó como *La Gaceta de la Iberosfera*. En él se buscaba difundir noticias, análisis y opinión alineadas con la agenda de Vox, pero al mismo tiempo se ponía de manifiesto la visión internacionalista que pretendía desplegar el partido de ultraderecha. En efecto, la idea de Iberosfera busca apoyarse en la noción de Iberoamérica para

generar una nueva construcción geopolítica que resalte sus vínculos lingüísticos, históricos y culturales. Con ello, Vox intentaba establecer una identidad particular que, apoyada en lo mencionado previamente, derive también en la construcción de una identidad política que aglutine a millones de personas incluso más allá de las fronteras de España.

En ese sentido, la idea de hispanidad que difunde la Fundación Disenso es clave, puesto que ofrece una suerte de linaje cultural compartido del que se pueden hacer cargo tanto ibéricos como latinoamericanos. Dicho linaje habilita la legitimación de agendas comunes entre países, incluyendo la política, y con ello la necesidad de una cooperación internacional que fortalezca mutuamente a quienes se reconocen integrantes autóctonos de esa herencia. La pregunta es qué tipo de agenda pretende potenciar.

VOX COMO ARTICULADOR TRANSOCEÁNICO DE IDEAS

El 26 de octubre de 2020, la Fundación Disenso creó el Foro Madrid, una plataforma internacional para «defender la libertad, la democracia y el Estado de derecho ante el avance del comunismo en los países a ambos lados del Atlántico». Ese mismo día se publicó su documento fundacional titulado *Carta de Madrid*, donde se definían los ejes principales de la alianza. Obtuvo la firma de más de ocho mil personas, entre las que se encuentran representantes de Vox como Jorge Buxadé y Santiago Abascal, naturalmente, pero también portavoces de fuerzas o movimientos ultraderechistas de toda la Iberosfera, como Javier Milei, José Antonio Kast, Eduardo Bolsonaro, Keiko Fujimori, Eduardo Verástegui, y hasta algunos representantes

de países de fuera de Iberoamérica, como Giorgia Meloni y Marion Maréchal.

El lanzamiento del Foro Madrid, además de posicionar el liderazgo de Vox en este ámbito, respondía al impulso antiprogresista de todas las fuerzas ultraderechistas de la Iberosfera y, en algunos casos, hasta de sectores de la derecha tradicional. En Latinoamérica, servía para vehicular el rechazo hacia los gobiernos de izquierdas, la denominada marea rosa de inicios del siglo XXI, o sencillamente expresiones políticas progresistas. Todo se etiquetó como una amenaza a las libertades y la democracia, lo que se intentaba justificar extrapolando ejemplos concretos, como los regímenes autoritarios de Venezuela o Nicaragua, a cualquier otra fuerza de izquierdas o alejada de sus ideas. Lo mismo sucedía en España, donde gobernaba el PSOE. Mediante el Foro Madrid, Vox se ubicaba al frente de una cruzada contra un nuevo marxismo que ponía en peligro los valores fundamentales de la identidad hispana.

El desprestigio de esas fuerzas políticas se basa en el concepto de «narcocomunismo», explicado por Ariel Goldstein, especialista en el fenómeno ultraderechista en Latinoamérica, en su libro *La reconquista autoritaria*. Este investigador argentino coincide en que Vox y en particular la Fundación Disenso tienen un papel fundamental en el desarrollo de la red ultraderechista global. En su obra sostiene que la idea de hispanidad es solo uno de los tres pilares conceptuales de su estrategia. El segundo de ellos es el mencionado narcocomunismo, mediante el cual se asocia a la izquierda con el crimen organizado. Goldstein sostiene que esa estrategia permite deslegitimar a la izquierda y sus propuestas, ya que las convierte en criminales o cómplices de actividades ilícitas y, por lo tanto, en incapacitados morales para ejercer cualquier representación ciudadana. El investigador destaca que esa batalla

también ha sido calificada de «guerra santa», lo que aporta una dimensión religiosa a la narrativa.

El tercer pilar es el concepto de «reconquista», un término con una gran carga simbólica en el imaginario colectivo español y a la vez útil para la necesidad del espectro conservador de recuperar aquellos espacios perdidos. En otras palabras, la noción de reconquista activa la idea de batalla cultural y, a la vez, la enlaza con una narrativa histórica y épica que Vox no duda en incorporar a su discurso. Es evidente que la reconquista y la hispanidad son dos elementos inseparables y en conjunto refuerzan también los valores católicos preexistentes en ambos. Y aquí es donde se conecta la agenda social, tradicionalista y ultraconservadora de la ultraderecha con el relato de la Iberosfera.

La identidad que quiere construir Vox incluye los valores de la ultraderecha: la visión autoritaria sobre el conflicto social que es leído en clave de seguridad; el desconocimiento de la desigualdad de género en la sociedad, lo que también repercute en negar la violencia de género, por ejemplo; el uso del concepto de «ideología de género» para justificar tanto el antifeminismo como la censura a los derechos reproductivos; el desprecio por la justicia social y la redistribución de la riqueza; o el negacionismo del cambio climático, al que se califica de fluctuación natural del clima.

No es casual que la Agenda 2030 se haya convertido en el símbolo que condensa todos los males que denuncia la ultraderecha global. En efecto, se la considera la herramienta central de la estrategia política del globalismo, es decir de ese progresismo hegemónico que partidos como Vox o líderes como Bolsonaro, Milei o Kast pretenden destronar.

El símbolo del globalismo

La Agenda 2030 es un plan de acción lanzado en 2015 por la Organización de las Naciones Unidas para promover un desarrollo global sostenible. Se basa en 17 objetivos y 169 metas concretas que buscan resolver problemáticas fundamentales del planeta, como erradicar la pobreza, cuidar el medio ambiente o garantizar la igualdad, la paz y la prosperidad sin excluir a nadie. Posiblemente sea el consenso multilateral más amplio de la historia de la ONU, con 193 países firmantes.

Este impulso de la cooperación internacional ha sido tomado como punto de referencia por parte del discurso ultraderechista para expresar los valores a los que se opone. Es decir, en casi cada uno de sus diecisiete objetivos la ultraderecha encuentra la oportunidad de contraponer elementos específicos de su propia agenda. Mientras que la Agenda 2030 habla de igualdad de género, la derecha radical lo traduce como «ideología de género»; la producción y consumo responsables se convierten en «limitaciones, regulaciones y prohibiciones que dañan nuestra cultura y nivel de vida»; el trabajo decente y el crecimiento económico pasan a ser una «injerencia indeseable y un golpe a la soberanía nacional». En resumen, para la ultraderecha, la Agenda 2030 materializa al enemigo globalista.

Son varias las ideas que aborda esta corriente para desplegar su ataque retórico. Una de ellas tiene que ver con la pérdida de la libertad: se afirma que los objetivos de la Agenda 2030 afectan a la vida del individuo, la propiedad privada y la libertad de expresión, entre otros puntos. Otra alude a la supuesta organización de un nuevo orden mundial dominado por personajes como Bill Gates o George Soros, ambos señalados como líderes de una ideología progresista que ponen a las organizaciones internacionales a

trabajar en su propio beneficio. Una tercera teoría habla de «comunismo por goteo», que no sería más que una campaña mundial para insertar lentamente las ideas comunistas en Occidente.

Los investigadores Sanahuja y López Burian han abordado esta cuestión y la ilustran con el ejemplo de Vox, que desarrolló su «Agenda España», una propuesta política diseñada para contradecir los principios de la iniciativa de la ONU y, a través de ello, legitimar su propio programa político. Según los autores, el partido español plantea que la Agenda 2030 encarna una «moral universal impuesta por una tecnoburocracia no electa, funcional e integrada a los intereses de las élites transnacionales».

Esa «moral universal», además de su carácter espurio por provenir de burócratas «no electos» por la voluntad popular, apunta a la destrucción de valores básicos para el discurso ultraderechista. Esto se fundamenta con la interpretación sesgada y manipulada de varios aspectos de la agenda. Por ejemplo, aquellos relativos al objetivo de la igualdad de género. Eliminar la violencia contra las mujeres y las niñas, asegurar la participación femenina plena y efectiva en los niveles decisorios de la vida política, económica y pública o garantizar el acceso universal a la salud sexual y reproductiva son metas de aquel objetivo que contradicen diametralmente la concepción tradicionalista de la ultraderecha. Ya hemos visto en capítulos anteriores que Vox, al igual que otros partidos similares, rechaza la idea de violencia de género. En efecto, el discurso antifeminista en general ignora la existencia de esta o la banaliza. Asimismo, la ultraderecha entiende la promoción de políticas que fomenten la igualdad como una injusticia contra los hombres; otras corrientes, como la libertaria, consideran estas medidas contrarias a los principios de la meritocracia.

El propio presidente de Argentina ha argumentado públicamente que la desigualdad entre mujeres y hombres no existe. En la CPAC de México de 2022, Milei sostenía que si fuese verdad que las mujeres ganan menos que los hombres, las compañías deberían estar «llenas de mujeres». Su explicación es que ya que el objetivo de cualquier compañía es ganar dinero, entonces cualquier empresario que contrate a mujeres estaría bajando los costes en personal obteniendo el mismo resultado. En su relato, las mujeres optan por profesiones distintas a los hombres y ello repercute en una supuesta falsa percepción de desigualdad: «Cuando ustedes desagregan las series y miran profesión por profesión, comparable en términos de estudios, en términos de experiencia, el resultado desaparece», argumentaba Milei en aquella conferencia. El problema es que su historia solo cuenta una parte del problema, ignora la evidencia empírica de estudios que contradicen su argumento y además deja fuera problemáticas de otra naturaleza, como las barreras invisibles que sufren las mujeres. Por ejemplo, la maternidad representa para la vida profesional de las mujeres una dificultad extra a la que los hombres no se enfrentan. En cualquier caso, y sin intenciones de profundizar en este punto en particular, este tipo de expresiones ilustran el relato sesgado con el que se argumenta en contra de la búsqueda de la igualdad entre hombres y mujeres.

La ideología de género también está presente en este ataque retórico a la Agenda 2030. La ultraderecha le achaca la supuesta descomposición moral que representa esta iniciativa y justifica, además, otras teorías conspirativas como la del ginocentrismo. Así, denuncia una imposición ideológica por parte del «feminismo radical», la «ideología *woke*» y el «*lobby* abortista», en la que los

valores tradicionales cristianos, como la familia tradicional, correrían serio peligro.

En el discurso de Vox y de los que se adhieren a su concepto geopolítico de la Iberosfera en Portugal y Latinoamérica, el antiglobalismo representado en el rechazo a la Agenda 2030 es parte fundamental del concepto de hispanidad mencionado anteriormente. En la redefinición que hace la fuerza ultraderechista española a través de la Fundación Disenso, sus foros y demás instancias políticas, se busca establecer una conexión directa y cultural entre la identidad hispana y los valores antiglobalistas. En ese sentido, la Agenda 2030, considerada una moral impuesta por una organización internacional, no solo afecta la agenda ultraderechista sino que, por extensión, también daña la esencia cultural de toda la Iberosfera.

Este rechazo a la iniciativa de las Naciones Unidas es similar al desprecio por el trabajo de otras organizaciones internacionales y supranacionales. La ultraderecha ve cada una de ellas como un agente del pensamiento ideológico de izquierdas, generador de supuestas desviaciones morales innegociables. Pero sobre todo, cada intervención de esas organizaciones representa una transferencia de la soberanía nacional, lo que implica la entrega del país y, en particular, una capitulación de los valores fundamentales de Occidente. Las virtudes cristianas, la patria y la familia tradicional estarían amenazadas por el globalismo. No es casual que, como indica Ariel Goldstein en el artículo «La internacional reaccionaria y su influjo sobre América Latina» (2024), se busque «construir una cultura política común en el espacio transnacional, nucleada alrededor de la idea de "Dios, patria y familia"». Tres palabras que suelen estar relacionadas con el eslogan omnipresente en todas las

oficinas públicas, escuelas y propaganda del fascismo italiano durante el régimen de Benito Mussolini.

MÉXICO, ¿EL ÚLTIMO POR CONTAGIARSE?

Este capítulo comenzó con la historia de Steve Bannon y su intento de unificar a la ultraderecha bajo su coordinación. Decíamos que el estadounidense, además de haber sido clave en la campaña de Trump, entre otros puntos relevantes de su currículum, se había desempeñado mucho tiempo como productor de cine. Al sur de su país, una figura naciente del mundo de la ultraderecha latinoamericana, más precisamente de los neopatriotas, tiene ciertas similitudes con Bannon: el mexicano Eduardo Verástegui. Este actor, director y productor de diversas películas tanto en México como en Estados Unidos tiene intenciones de generar una red de intercambio de influencias y tráfico de narrativas mediante la importación del CPAC a Latinoamérica.

Como activista político, Verástegui es la cara visible de los primeros atisbos de un movimiento de derecha radical en México. En los últimos años se ha convertido en un exponente del contagio de la epidemia ultra en un país que hasta ahora no parecía afectado. En 2019, Verástegui fundó el Movimiento Viva México, con intenciones de establecer un partido político que defendiese una agenda ultraconservadora. Su emergencia respondía a la llegada al poder de Andrés Manuel López Obrador, líder de la formación izquierdista Morena. Verástegui proponía un programa político basado en el lema «Dios, patria, familia y libertad», y asumía como líneas fundamentales la lucha contra el aborto y la concepción tradicional de la familia. A ello se sumaba el fuerte componente cristiano y el

rechazo al socialismo y el populismo que, según el actor, encarnaban el nuevo gobierno de su país.

Sus intenciones no se comparan con la multifacética idea de The Movement de Bannon, que incluía erigir todo un sistema de *think tanks*, institutos de formación y plataformas de articulación política internacional. Sin embargo, sin llegar a ser equivalente, la idea de Verástegui busca establecer ciertas bases para la cooperación y puesta en marcha de agendas similares a varios niveles, y ahí es donde radica la importancia de su figura.

Verástegui es el nodo de conexión entre el mundo de la Iberosfera, con el concepto de hispanidad como elemento cultural articulador entre Europa y América Latina, y el trumpismo estadounidense. Si bien entre ambos mundos existe un claro solapamiento de agendas en temas sociales —como la oposición al aborto, al matrimonio igualitario y a los derechos de la comunidad LGTBIQ+, así como en la visión nacionalista, contraria al multilateralismo, y las propuestas antiinmigración—, el activista mexicano ha conseguido establecer espacios institucionalizados de contacto e intercambio entre ellos.

Esta tarea ya había sido iniciada en Brasil, bajo el impulso de Eduardo Bolsonaro, hijo del expresidente de dicho país, al organizar dos ediciones de la CPAC en 2019 y 2021. Sin embargo, la edición de México en 2022, promovida por Verástegui, tuvo un impacto aún mayor en el ecosistema ultraderechista de América Latina. Por un lado, por ser la primera edición realizada en un país hispanohablante; por otro, por reunir en dicho evento a una cantidad de figuras relevantes, incluso internacionales. Tal fue el caso de Lech Wałęsa, premio Nobel de la Paz de 1983, cofundador del sindicato Solidaridad —clave en la lucha contra el régimen comunista polaco— y presidente de ese país; Javier Milei, entonces

diputado y posteriormente presidente de Argentina; Santiago Abascal, líder de Vox, y Ted Cruz, entonces senador de Estados Unidos y excandidato presidencial. Además, Donald Trump envió un mensaje felicitando a Verástegui y hasta el propio Steve Bannon participó de forma remota.

En la conferencia inaugural de aquel CPAC de noviembre de 2022, Verástegui no dejaba dudas sobre el objetivo del encuentro:

> Nos visitan procedentes de diversos países [para que] podamos diagnosticar claramente las amenazas socialistas que enfrentamos y compartir ideas y estrategias de cómo combatirlas. Es también una oportunidad para forjar alianzas estratégicas en nuestra lucha por la democracia y la libertad. Que no quepa duda: aquí en este encuentro se levanta un movimiento de gente valiente, gente dispuesta a dar la batalla por sus respectivas naciones.

A diferencia de las ediciones brasileñas, utilizadas generalmente para fortalecer y movilizar a la ultraderecha local, la de México fue un símbolo hacia la totalidad del conjunto de partidos y líderes ultraconservadores. Más allá de los obvios intereses particulares de Verástegui, que pretendía ser candidato a presidente de su país, cosa que no consiguió por no tener los avales necesarios, esa CPAC en México mostró a una ultraderecha cohesionada que buscaba contrastar con la derecha tradicional de la región. Verástegui la denostó en sus dos discursos de esas jornadas llamándola «derechita cobarde»:

> Por demasiado tiempo los conservadores en la región hemos estado desamparados. Muchos de los líderes que dicen ser de derecha, pero que no lo son, no han tenido la fortaleza de luchar por nuestras culturas y por nuestros derechos fundamentales. Muchos incluso han acogido las ideas y agendas promovidas por intereses globalistas que socavan nuestra soberanía así como los valores de nuestros pueblos. A esos yo les llamo lobos disfrazados de oveja [...] la derecha está huérfana, la verdadera derecha, no la derechita cobarde. Y es por culpa de sus acciones que se daña la reputación de los conservadores los verdaderos conservadores.

Se trata de una narrativa que también utilizan otras ultraderechas en el mundo y que contribuye a la expansión de la epidemia ultra en al menos dos sentidos. Primero, se establece la necesidad de un cambio en la representación política, en este caso del conservadurismo, tal como exige Verástegui. Este planteamiento se parece bastante a la escisión dentro del partido republicano que esbozaban Samuel Francis y Paul Gottfried cuando criticaban al neoconservadurismo y proponían una alternativa paleoconservadora (véase el capítulo 6).

En segundo lugar, el mexicano explicita la estrategia de disputa del significado de palabras fundamentales como *libertad* y *vida*. Por ejemplo:

> Pero poco a poco está surgiendo una nueva generación de líderes coherentes. Comprometidos en dar la batalla por una sociedad verdaderamente libre, en la que se atesora la libertad de expresión sin censuras ni cancelaciones, la libertad religiosa, el derecho a la vida desde la concepción hasta la muerte natural. ¡Familia! Si no protegemos la vida de los más vulnerables de los mexicanos por nacer, ¿a quién vamos a proteger entonces?

Estos fragmentos de la intervención de Verástegui marcan los raíles sobre los que la ultraderecha transnacional debería transitar. Y los eventos como los de la CPAC y otros similares como el Foro Madrid o la Cumbre Transatlántica organizada por la organización Political Network for Values son el escenario perfecto para fijar los puntos en común y, sobre todo, para traficar narrativas radicalizantes.

A la narrativa de la «derechita cobarde», que le permite a la ultraderecha buscar un espacio de legitimación en el espectro político al intentar ocupar el rol que, en teoría, la derecha tradicional ha abandonado, se le suman varias más.

Por ejemplo, la que demoniza al progresismo o las posiciones de izquierdas. En ella, todo se etiqueta de neomarxismo, comunismo o

socialismo empobrecedor. Esta narrativa la desarrollamos en el capítulo 11 al explicar el anticomunismo zombi que caracteriza al discurso de los neopatriotas. También se han mencionado otras igual de potentes como las que niegan el cambio climático o redefinen al concepto de igualdad como algo negativo que nos lleva a la tiranía (véase el capítulo 8).

Pero tal vez una de las más llamativas es la que Verástegui llama «colonialismo cultural». El mexicano, en su intervención en aquella conferencia, realiza una enumeración casi interminable de las libertades que se ven cercenadas por la «agenda radicalmente progre». Menciona limitaciones a las libertades de conciencia, religión y expresión, las imposiciones en la educación, el despojo de las tradiciones y el desprecio hacia el «sentido común». Todo eso y más responde a pensamientos foráneos: «Estas ideas proceden de afuera, del extranjero. Estas ideas no son mexicanas. Atentan contra nuestra soberanía y la identidad de nuestro pueblo. Esto no es otra cosa que colonialismo cultural».

En la batalla por las palabras, o mejor aún, por la construcción de la hegemonía cultural, Verástegui toma el relevo y, pese a referirse siempre a México, su relato es válido para el discurso de cualquier otro líder ultraderechista. Por ejemplo, resignifica el concepto de colonialismo de tal forma que las ideas de Verástegui pasan a ser víctimas de un poder exterior y, al mismo tiempo, propiedad intransferible de la esencia nacional. Es decir, no compartir la agenda del activista equivale a no estar del lado de México, a traicionar a tu país.

La victimización como arma

Una de las particularidades de Verástegui es su activismo político aplicado al mundo del cine. En 2004 fundó su productora, Metanoia Films, cuyas películas promueven el enfoque moral cristiano, en línea con la agenda ultraconservadora. La película que generó más controversia fue *Sound of Freedom*, que aborda la trata de menores y el tráfico sexual. Fue presentada en 2023 y pronto se transformó en una bandera de sectores ultraderechistas. También recibió fuertes críticas por el enfoque reduccionista del tema y, en especial, por las referencias a teorías conspirativas, como la de QAnon, realizadas por su protagonista y por Tim Ballard, el activista real en el que se basa el argumento. En efecto, pese a no mencionarse directamente, la trama refuerza ideas sensacionalistas sobre el tráfico de menores bastante similares a las de la teoría conspirativa.

Lo más importante es que *Sound of Freedom* le sirvió a Verástegui para ganar visibilidad durante su campaña a la presidencia de México y, a la vez, para posicionarse en el mundo de la ultraderecha, tanto en América Latina como en Estados Unidos. En agosto de 2023 presentó la película en Costa Rica. El evento tuvo lugar en el marco de un acto político organizado por Fabricio Alvarado, diputado del Partido Nueva República, y expastor neopentecostal. Alvarado es uno de los ejemplos más relevantes del paso que han dado las iglesias evangélicas hacia el mundo de la política en América Latina. Su influencia ha crecido significativamente y en algunos países centroamericanos hasta han superado en fieles a la Iglesia católica. Su potencia comunicativa y la inmensa red de templos esparcidos por todo el territorio han reforzado su presencia y le otorgan un margen de relevancia política que han sabido aprovechar. El investigador argentino Ariel Goldstein analiza este fenómeno en su libro *Poder evangélico*, donde explica cómo las iglesias evangélicas actúan políticamente de forma pragmática, apoyando a partidos

tanto de izquierdas como de derechas. Sin embargo, los vínculos con estos últimos son más sólidos, ya que suelen compartir su visión del mundo más conservadora.

Fabricio Alvarado ratificó el progresivo y creciente ascenso del poder político evangélico. En 2018 compitió por la presidencia de Costa Rica, uno de los países con índices de estabilidad y fortaleza democrática más altos de América Latina, junto con Uruguay. Contra todo pronóstico, el evangélico se impuso en la primera vuelta, relegando a los partidos tradicionales. Su campaña giró en torno a un discurso ultraconservador, cuyo pilar principal era su agenda de valores tradicionalistas, con menciones a la «ideología de género», el rechazo a la educación sexual y hasta la retirada de su país del Sistema Interamericano de Derechos Humanos. Esto último obedecía a su desacuerdo con la decisión del organismo de 2017 que obligaba a Costa Rica a reconocer el matrimonio entre personas del mismo sexo. Pese al éxito inicial, en la segunda vuelta fue derrotado. No obstante, en 2022 consiguió un escaño como diputado nacional de la Asamblea Legislativa.

En el marco de la presentación de la película de Verástegui, el político centroamericano utilizó la ocasión para firmar una carta de compromiso para la erradicación de la trata y la explotación sexual de los niños, entre otros puntos. La carta venía acompañada de un proyecto de ley que el costarricense presentó en el Parlamento, pese a que en Costa Rica ya existe un marco legal al respecto.

Verástegui utilizó el evento para narrar cómo los grandes estudios, como Disney, Netflix y Amazon, se negaron a apoyar su proyecto por la temática tratada en su film. Casi como si fuese una cruzada heroica, el mexicano construyó un relato victimista que repitió seis meses más tarde en la edición del CPAC de 2024 en Washington. En este caso con la complicidad de la moderadora de la entrevista, se

profundiza en la narrativa conspirativa al hablar de fuerzas que no querrían que se exponga la verdad sobre el tráfico infantil.

Verástegui recurre con frecuencia al victimismo para justificar tanto sus acciones como sus fracasos políticos. El hecho de conseguir apenas 139.000 firmas de las 961.000 requeridas por el Instituto Nacional Electoral (INE) mexicano para convertirse en candidato presidencial independiente en 2024 fue una gran derrota para el cineasta. Sin embargo, lejos de atribuir el fracaso al débil desempeño de su plataforma para conseguir los avales, o de entender que la base social real de su movimiento no era comparable con los millones de seguidores en las redes sociales, Verástegui optó por culpar al INE por supuestos errores en la aplicación para recoger las firmas.

Pese a todo, Verástegui ha dado pasos en la constitución de un partido político para participar en elecciones futuras. Aunque lo más importante de sus acciones políticas y su activismo en general tiene que ver con su impacto simbólico, tanto dentro como fuera de su país. Por un lado, está sentando las bases discursivas para la llegada de la epidemia ultra a México. No solo critica a la derecha tradicional, sino que plantea la polarización total con la izquierda en su discurso cargado de descalificaciones y valoraciones morales y discriminatorias. Todo ello enmarcado en una disputa por la hegemonía cultural a partir de la que resignifica palabras como *libertad.* Por otra parte, Verástegui se erige como un vaso comunicante entre distintas expresiones de la epidemia ultra a nivel global. Tiene contacto con casi todos sus representantes actuales, desde Trump, hasta Milei, pasando por Bukele, Alvarado, Bolsonaro, Abascal y Kast. Sus CPAC de 2022 y 2024, también en México, representan hitos para la internacionalización de la ultraderecha.

Es posible que Bannon vea con envidia a Verástegui, o quisiera ser el que puso en pie al Mathias Corvinus Collegium de Orbán, o tal vez le hubiese gustado compartir con Marion Maréchal la dirección del ISSEP. Pero más allá de sus deseos y de cuanto se parece su plan inicial a la situación actual, está claro que la ultraderecha global ha configurado una red universal. Y es innegable que a través de sus conexiones circula el virus de la epidemia ultra.

16

El caballero de la ilustración oscura

La imagen de la segunda toma de posesión de Donald Trump, el 20 de enero de 2025, simboliza como pocas el ascenso de la epidemia ultra. Sentadas detrás del republicano se distinguían figuras como Elon Musk, CEO de Tesla, X y SpaceX; Mark Zuckerberg, presidente de Meta; Sundar Pichai, director ejecutivo de Google; Tim Cook, jefe de Apple, e incluso Jeff Bezos, fundador de Amazon.

¿Qué hacían tan sonrientes los barones de Silicon Valley flanqueando al nuevo presidente? ¿Por qué ocupaban ese lugar tan simbólico? ¿Acaso Trump los estaba usando para transmitir una imagen de poder ante la opinión pública? ¿Intentaba escenificarse como el líder de los empresarios más innovadores, prominentes y exitosos de Estados Unidos y tal vez del mundo? ¿O era exactamente lo contrario? ¿Sería exagerado afirmar que esa imagen en realidad representaba la claudicación de la política y con ello el triunfo de los *tecnobros*?

Si esto último era cierto, había una persona que, sin duda, estaría particularmente feliz. No estaba físicamente en ese salón, pero su presencia se podía sentir; de una u otra manera, era el denominador común entre casi todos los mencionados. Ese hombre se llama Peter Thiel. Fue fundador de PayPal, inversor inicial en Facebook y es uno de los representantes más poderosos de la denominada «ilustración oscura», una ideología antidemocrática, antiigualitaria y reaccionaria

que se posiciona contra los valores de la Ilustración y que propone una suerte de regreso a formas de gobiernos tradicionales como la monarquía absoluta.

El poder detrás del poder

Para Thiel esa imagen representaba un triunfo, pues condensaba una idea que ya había expresado en un artículo publicado en 2009 en un periódico libertario: «Estamos en una carrera mortal entre la política y la tecnología». En ese mismo texto, el empresario se mostraba decepcionado con la democracia y convencido de que no era compatible con la libertad.

Dieciséis años más tarde, los capos de Silicon Valley rodeaban al presidente. Y Thiel estaba en condiciones de llevar adelante un plan que superase los valores democráticos en los que no cree. Ya no tendría que hacerlo desde la tribuna o desde fuera del sistema, como un *outsider*. La escena del Capitolio demostraba que la situación había cambiado y que ahora podía erosionar el sistema desde dentro y para siempre. Es el efecto más devastador de la epidemia ultra que hemos visto a lo largo de todo este libro.

Por un lado, el multimillonario conoce a todos los personajes que secundan a Trump. En el pasado trabajó con varios de ellos en algunos proyectos, a otros los apoyó en sus inicios, pero lo más importante es que con muchos comparte la cercanía por los preceptos de la ilustración oscura. Por otro lado, ha jugado a favor del magnate desde 2016, algo que lo distingue de algunos de los mencionados directivos, que hasta hace pocos meses se mostraban reticentes a apoyar su regreso. Sin embargo, en esta segunda elección había una diferencia importante. Thiel ya no se limitaba al

papel de promotor e inversor, como en la campaña anterior. En este caso había conseguido colocar a uno de sus hombres en un cargo clave: la vicepresidencia de Estados Unidos. El empresario ha invertido millones en la carrera política de J. D. Vance. Posiblemente su apuesta más arriesgada y a la vez satisfactoria. En la figura de Vance, el empresario se ha asegurado que su pensamiento neorreaccionario esté siempre presente en la Casa Blanca.

Thiel ha movido sus fichas y, pese a no estar en la cima del poder político tradicional, ha conseguido ocupar un lugar trascendental con el que cree estar en condiciones de modificar el modelo de sociedad actual. Una visión que contempla países convertidos en corporaciones, directivos digitales devenidos en tecnomonarcas y ciudadanos que tendrán presencia en todos los ámbitos, salvo en el político.

Llegados a este punto, la pregunta que sigue es: ¿quién es Peter Thiel y por qué se ha convertido en el caballero de la ilustración oscura?

EL VISIONARIO

Peter Thiel nació en 1967 en Fráncfort, Alemania, pero emigró a Estados Unidos con su familia siendo muy pequeño. El trabajo de su padre como ingeniero químico lo llevó a pasar parte de su infancia en Sudáfrica y Namibia. En 1977 regresó a Estados Unidos y destacó rápidamente tanto por su inteligencia como por su timidez. Era un joven solitario que practicaba ajedrez a gran nivel, aunque lo que más le interesaba en su adolescencia era todo lo que tuviese que ver con la ciencia ficción y la fantasía, como el juego *Dungeons & Dragons*.

Ser el mejor de la clase lo llevó a ser aceptado en Stanford, una de las universidades privadas de élite más prestigiosas del país. Allí se alejó rápidamente de la típica vida de estudiante que acudía a fiestas y buscaba divertirse. Nunca se sintió identificado con el espíritu progresista del campus, que promovía visiones liberales respecto a la orientación sexual, el uso de lenguaje inclusivo o la corrección política en general. Thiel era homosexual y se podría haber sentido atraído por esa visión del mundo, pero su pensamiento iba en otra dirección. De hecho, fundó un periódico estudiantil, *The Stanford Review*, en el que abogaba por la diversidad de perspectivas y consideraba que las ideas multiculturales de aquel progresismo universitario estaban sobrerrepresentadas. Así fue como comenzó a elaborar su argumentario conservador y libertario, que con el tiempo se volvería cada vez más radical.

Pero más allá de su espíritu provocador, la publicación se convirtió en algo más que un medio creado para contradecir las versiones de la prensa *mainstream*. Poco a poco pasó a ser un espacio de encuentro para mentes similares a la de Thiel: desde incipientes emprendedores que forjarían la leyenda de Silicon Valley con sus *start-ups* hasta algún futuro senador. Casi sin esperarlo, el tabloide se transformó en un eje clave para el *networking*, una suerte de cantera de talentos tecnoconservadores. Con ese círculo, Thiel logrará algo más que colegas intelectuales con quienes discutir sus ideas rupturistas y publicarlas, también sumará futuros socios para sus proyectos.

El primer gran paso lo dio con Confinity, una empresa que fundó en 1998 junto con miembros de aquel grupo, con el objetivo de desarrollar una idea revolucionaria aunque bastante difícil de vender. En realidad, el concepto era simple: realizar transferencias de dinero

por internet. Pero lo que ahora nos parece obvio, en aquella época despertaba muchas suspicacias. ¿Quién querría invertir en algo tan innovador y, al mismo tiempo, tan abstracto que costaba incluso imaginar? ¿Era seguro, viable... o siquiera realista? Thiel y sus colegas lo tenían claro. Lo llamaron PayPal.

En esa fase coincidió con un joven Elon Musk que, casualmente, trabajaba en una idea parecida, el banco *online* X.com. Para evitar competir y perjudicarse mutuamente, decidieron asociarse. Así fue como el propio Musk fue nombrado el primer CEO de la empresa. Sin embargo, la relación no fue fácil y Thiel terminó por elaborar una maniobra interna para destituirlo mientras estaba de luna de miel con su mujer. Él mismo asumió su lugar.

Se podría decir que PayPal fue el primer gran éxito empresario de Thiel como fundador, tal vez el único de esa magnitud. Cuando en 2002 decidió venderla a eBay por alrededor de 1.500 millones de dólares, decidió dejar de lado sus proyectos personales y se dedicó a invertir en los de otros. Estaba convencido de tener un talento especial: detectar ideas revolucionarias que, en el presente, podían parecer imposibles, ridículas o inentendibles, pero cuyo valor futuro sí era capaz de adivinar. En otras palabras, Thiel se concebía a sí mismo como un visionario. Y en algunas cosas tuvo razón, como cuando apoyó a Mark Zuckerberg en 2004 en su disparatada idea de desarrollar una red social donde la gente pudiese poner su foto, contar quién era y leer lo que escribían sus amigos. Lo financió con medio millón de dólares a cambio del 10 por ciento de la compañía, lo que impulsó su crecimiento, que en pocos años multiplicó sus usuarios y se convirtió en una de las plataformas más influyentes a nivel mundial. O cuando se puso al frente de Palantir Technologies, una empresa de software y análisis de *big data* que tiene como clientes a agencias de inteligencia y defensa de Estados Unidos.

LIBERTAD Y DEMOCRACIA SON INCOMPATIBLES

Pese a estar ocupado en esas inversiones, Thiel nunca abandonó su intención de divulgar sus posiciones políticas, tal y como lo hacía en *TheStanford Review* durante su época de estudiante. En uno de sus textos más famosos, del que ya hemos citado una frase, titulado «La educación de un libertario» y publicado en 2009 en Cato Unbound —el portal del Cato Institute, un *think tank* libertario fundado, entre otros, por Murray Rothbard—, Thiel confiesa:

> Me opongo a los impuestos confiscatorios, a los colectivos totalitarios y a la ideología de que la muerte de cada individuo es inevitable [...]. Pero debo confesar que en las últimas dos décadas he cambiado radicalmente en cuanto a la manera de alcanzar estos objetivos. Lo más importante: ya no creo que la libertad y la democracia sean compatibles.

El camino para Thiel, al menos para su visión del mundo, no pasaba por la vía democrática. Para justificar esta postura, cita la depresión de 1920-1921, cuando —según él— no hubo una intervención estatal inmediata. Por el contrario, se produjo lo que denomina una «destrucción creativa schumpeteriana» que, de haberse dejado avanzar, podría haber impulsado un auténtico auge económico. Sin embargo, ante esa oportunidad histórica, la política —en lugar de capitalizar el momento— tomó una serie de decisiones equivocadas que, a su juicio, frustraron el avance del ideal libertario. Thiel señala especialmente dos:

> Desde 1920, el gran aumento de beneficiarios del bienestar social y la ampliación del sufragio a las mujeres, dos grupos notoriamente difíciles para los libertarios, han convertido la noción de «democracia capitalista» en un oxímoron.

Para Thiel, una democracia ampliada y un reparto más equitativo de la riqueza no eran buenas noticias, sino todo lo contrario,

representaban un obstáculo para la verdadera libertad, al menos como él la concibe. En su opinión, cuantas más personas votan, más demandas aparecen: más protección, mayor redistribución, más servicios públicos. Todo eso implica más intervención del Estado, justo lo que desprecia un libertario como él.

Durante la crisis financiera de 2008, Thiel interpretó que la historia se repetía. En particular, la decisión política de rescatar a empresas que él mismo llamaba «irresponsables». Algo que le llevó a concluir que «estamos en una carrera mortal entre la política y la tecnología [...] A diferencia del mundo de la política, en el mundo de la tecnología las decisiones individuales aún pueden ser determinantes. El destino de nuestro mundo puede depender del esfuerzo de una sola persona que construya o difunda la maquinaria de la libertad que haga del mundo un lugar seguro para el capitalismo».

Una sola persona, un lugar seguro, un proyecto alternativo basado en avances tecnológicos y escenarios futuristas como colonizar el espacio exterior, donde la jurisdicción de los gobiernos sea inexistente, dominar el ciberespacio interactuando y comerciando con monedas virtuales y libres de todo control estatal, o incluso construir colonias flotantes en los océanos. Varios de estos puntos que Thiel insinuó hace dieciséis años hoy ya no parecen tan lejanos. Al contrario, cada vez se sienten más posibles. Sobre todo a partir de 2009, cuando el libertarismo comenzaba a circular con fuerza en el incipiente mundo de los blogs dentro de la todavía inexplorada inmensidad de internet.

La fábula del bloguero y el filósofo

El 24 de abril de 2007, el usuario Mencius Moldbug publicó el primer post de un nuevo blog al que bautizó *Unqualified Reservations*. El texto comienza con la siguiente frase: «El otro día estaba trasteando en mi garaje y decidí construir una nueva ideología». Así, como quien se propone hornear un pastel o salir a dar un paseo, un bloguero desconocido inició una historia que llega hasta nuestros días. Tal vez sin ser del todo consciente, Moldbug sentó las bases del movimiento neorreaccionario.

Pero Moldbug, en realidad, es un pseudónimo. Su verdadero nombre es Curtis Yarvin, un ingeniero informático. En ese primer post, la nueva ideología aún no tenía nombre, pero su esencia ya estaba presente. En primer lugar, declaraba agotadas las ideologías tradicionales. Tanto el progresismo como el conservadurismo, decía, estaban atrapados en inercias históricas, sin capacidad de renovación ni aspiraciones de futuro. Y si bien cuestionaba a los conservadores por su falta de iniciativa y su pasividad, el blanco de sus críticas era la izquierda. Según el bloguero, el pensamiento intelectual estaba dominado por un progresismo obsesionado con justificar la imposición de la igualdad.

En segundo término, y como consecuencia de lo anterior, rechazaba la justicia social por provocar una «violencia permanente». Según su razonamiento, las diferencias naturales entre las personas hacen que una distribución inicial igualitaria también derive en desigualdad. Esto último, además de demostrar que Yarvin no manejaba bien el concepto de equidad, manifiesta la cercanía del autor con los planteamientos libertarios.

> Es difícil no reparar en dos hechos básicos del universo. Uno es que el libertarismo es una idea extremadamente obvia. El otro es que nunca se ha implementado con éxito [...] lo que sugiere que el libertarismo es, como sus detractores dicen enseguida, una ideología impracticable de por sí. Me

encantaría vivir en una sociedad libertaria. La pregunta es: ¿hay un camino desde aquí hasta allí?

Aquí entra en juego el tercer punto clave del bloguero. Para lograr una propuesta superadora —una nueva ideología—, lo más importante es reconocer que la democracia es un problema y no el valor más importante. Para Yarvin, la democracia no constituye más que una forma de violencia ritualizada que obliga a aceptar imposiciones. Y para apuntalar su definición se refugiaba en que «la mayoría de los pensadores anteriores al siglo XIX» coincidían en que es un sistema de gobierno ineficaz y destructivo.

Finalmente, el post de Yarvin proponía como casos de éxito algunas ciudades que se citan una y otra vez en cualquier debate sobre este tema: Dubái, Hong Kong y Singapur. Se trata de una afirmación aventurada. Según él, en estos tres lugares el Estado es eficiente sin democracia y, supuestamente, solo hay restricciones para prevenir el desarrollo de esta, algo que en realidad es falso, ya que estos países aplican limitaciones que no son solo políticas. Más que Estados, Yarvin considera que Dubái, Hong Kong y Singapur son corporaciones que ofrecen excelentes servicios a los clientes, antes llamados «ciudadanos». Esto elimina la concepción democrática de gobierno del pueblo y para el pueblo.

Este texto fue el primero de tantos otros que se sucedieron entre 2007 y 2014. Con cada uno de ellos Yarvin (o Moldbug) fue dando forma a su nueva ideología. En algún momento indeterminado de ese periodo, el filósofo Nick Land se vio cautivado por los pensamientos del bloguero y decidió darle forma teórica. Hasta acuñó el pomposo nombre de «ilustración oscura», una concepto bastante más vendible que los ensayados por Yarvin y, sobre todo, muy atinado, ya que resume la esencia de esta corriente.

El resultado del trabajo del filósofo inglés se aglutina en un ensayo publicado en marzo de 2012 titulado justamente *Dark Enlightenment* [Ilustración oscura]. Allí, Land deja claro que el rechazo a los valores de la Ilustración es el eje articulador de una serie de ideas y argumentos que apuntan a un modelo de sociedad antidemocrático, autoritario y anarcolibertario. A lo largo del texto de Land, así como en las decenas de posts de Yarvin, se puede apreciar un tono conspirativo constante. Como si más que de la construcción de una ideología se tratase de una revelación sobre la decadencia provocada por la democracia, la política y la igualdad.

Esto se ve reflejado en la construcción de la idea de la «catedral». Con ella se refieren al sistema de poder hegemónico que, según ellos, imponen las democracias liberales occidentales. La catedral es una metáfora que aprovecha la connotación religiosa del término, que a la vez representa a un *establishment* inmutable y poderoso, para aglutinar discrecionalmente un conjunto de actores e instituciones que reproducen la ideología democrática. Tanto para el bloguero como para el filósofo, la catedral controla la opinión pública, la mantiene adormecida y atontada y, lo que es todavía más importante, nos convence de que no hay alternativa. El sistema educativo, los medios de comunicación, los *think tanks* y las ONG progresistas, la academia y los intelectuales de izquierdas son algunos de los pilares de esta catedral, cuyo verdadero objetivo es fomentar lo que Land llama «universalismo», una ideología que promueve la igualdad, los derechos humanos, el multiculturalismo y el antirracismo, entre otros valores.

Los neorreaccionarios consideran que el trabajo subterráneo de la catedral, que penetra en las mentes de las personas a través de las acciones de sus agentes, es tan eficaz que pocos se percatan de lo que está sucediendo. El punto álgido de esta labor oscura tiene lugar

cuando ese universalismo se legitima a través de elecciones democráticas. Algo que consideran un simulacro de soberanía popular ya que, según ellos, desde el inicio estuvo contaminada y controlada por la ideología dominante. Y ya que estamos en el terreno de las metáforas, se puede recurrir a la película *Matrix*. En el fondo, lo que nos ofrecen los ideólogos de la ilustración oscura con su diagnóstico revelador no es otra cosa que la pastilla roja de Morpheus: la que te hace despertar y ver la realidad tal como es.

Así, la historia del bloguero y el filósofo, al igual que toda fábula, concluye con una suerte de moraleja o, al menos, un plan de acción. Parten de la premisa de que reformar la democracia desde dentro es un esfuerzo inútil. En sintonía con los pensadores de la Revolución Conservadora de hace un siglo, que buscaban diseñar un mundo distinto al que ofrecía el liberalismo, los neorreaccionarios también apuestan por una alternativa. Alzar la voz es vano, la única opción es la salida del sistema.

Tecnoperfección autoritaria

En el libro *Key Thinkers of the Radical Right* [Pensadores clave de la derecha radical], el investigador Joshua Tait plantea una idea clave para entender el contexto en el que germina esta ideología. Según él, los primeros neorreaccionarios surgieron al calor de las promesas de los inicios de internet, aquella primera versión de la red que representaba una sociedad libertaria digital en la que todos sus miembros tenían «privacidad, librepensamiento e interacción ordenada, pero libre». Ese esquema originario que ofrecía internet moldeó en gran medida las concepciones de usuarios como Yarvin. Muchos en Silicon Valley recorrieron el camino del bloguero y

también empezaron a explorar el libertarismo que luego derivó en la ilustración oscura. No se trata de personas que guarden nostalgia por un pasado mítico, sino que se esfuerzan en imaginar una sociedad de corte autoritario y basada en tecnología futurista, más cercana a la ciencia ficción que a los límites reales de la industria tecnológica. Según sus análisis, existen ejemplos de éxito. En particular, se suelen referir a los casos nombrados por el mismísimo Peter Thiel en aquel mítico artículo de 2009 y que el propio Land cita en su ensayo tres años más tarde. De nuevo: Dubái, Hong Kong y Singapur.

Sin embargo, la utopía neorreaccionaria aspira a ir más allá. En principio, se han apoyado en ideas como las de Hans-Hermann Hoppe (véase el capítulo 8), que rechaza la democracia por su ineficiencia y carácter corrupto y propone la aplicación del anarcocapitalismo. Es decir, una sociedad regida por el «orden natural», similar al existente en el mercado, en el que las partes acuerdan y se relacionan entre sí de forma justa y libre a través de contratos bilaterales sin intervención estatal alguna. Al mismo tiempo, en dicho modelo también existen élites naturales que de forma orgánica por sus logros, su sabiduría o su carácter emergen como líderes o jueces. Se trata de un liderazgo orgánico sostenido por el reconocimiento voluntario del resto, sin mediar ni elecciones, ni partidos políticos, ni títulos de nobleza heredados.

Bajo el modelo de Hoppe, Yarvin desarrolla la idea del *neocameralismo*, que luego expande Land. En esta concepción, el Estado es una empresa que posee un país. Esto implica que su propiedad constituye un paquete de acciones con sus respectivos accionistas. Ellos eligen un directorio y un CEO-monarca. Los ciudadanos no son tales, sino que pasan a ser clientes en su calidad de residentes.

A este modelo se lo conoce como *Gov-Corp*, es decir, un Estado que funciona como una corporación en todos los sentidos. En lugar del bien común, lo que rige las decisiones del gobierno es el principio de maximización del valor a largo plazo. Esto tiene como consecuencia el fin de la necesidad de los clientes-ciudadanos de interesarse por la política, lo que evita, según los neorreaccionarios, corrupción e ineficiencia. Su optimización también funciona como en una empresa privada. Land menciona un servicio de atención al cliente para informar sobre un desempeño deficiente del *Gov-Corp*, mientras que Yarvin habla de «votar con los pies», es decir, en caso de seguir descontento, el cliente-ciudadano puede tomar sus cosas y llevarse su consumo a otra ciudad, al igual que en el mercado.

¿Quiénes son los accionistas de este Estado privado? ¿Cómo se determina quién ese el CEO-monarca? ¿Cuáles son sus responsabilidades y qué sucede si abusa de su poder? Son interrogantes que los neorreaccionarios no terminan de responder con solvencia. Por un lado, porque este modelo nunca se ha aplicado más que en películas o libros de ciencia ficción, tal como reconoce el propio Land. Ni siquiera los ejemplos de las mencionadas ciudades en Asia terminan de representar de forma fidedigna ese sistema. Por otro lado, la verdadera motivación que empuja a los neorreaccionarios a desarrollar este modelo es su obsesión con la democracia, en especial con el principio básico de la igualdad, del cual derivan los derechos humanos, la justicia social y el multiculturalismo, entre otros valores.

En uno de los post del blog *Unqualified Reservations* de mayo de 2008, firmado naturalmente por Moldbug, Yarvin sostiene que el igualitarismo progresista produce inestabilidad y desorden al desmantelar las jerarquías morales, políticas y sociales necesarias en cualquier sociedad. Frente a ese escenario, el bloguero argumenta a

favor de la restauración de estas. Lejos de sostener que la jerarquía sea buena en un sentido ético o divino, el bloguero señala que su importancia radica en su carácter funcional, es decir, reduce el conflicto y garantiza previsibilidad. En otras palabras, si cada uno conoce y respeta su lugar en el mundo, por encima y por debajo de otros, el sistema funciona.

Esto lleva al escritor a concluir que las monarquías absolutas y los regímenes autoritarios son mucho más coherentes y sostenibles que las democracias liberales, en las que el poder está fragmentado y en disputa constante por múltiples actores. Aquellos modelos serían los más funcionales hasta que la prometida utopía tecnolibertaria logre reemplazarlos por un orden perfecto.

La segunda consecuencia de esta línea de pensamiento es la cercanía que se ha construido entre el pensamiento neorreaccionario y otras tribus y tendencias de la *alt-right*. Como vimos en capítulos anteriores, las corrientes y grupos del movimiento de la derecha alternativa tienden a superponerse. Por eso, los neorreaccionarios comparten terreno con quienes creen en teorías conspirativas como QAnon, también coinciden en buena parte con el público que simpatiza con la manosfera y, en ciertos aspectos, incluso respaldan o se alinean con el supremacismo blanco y sus reivindicaciones.

¡DESPEDID A TODOS LOS EMPLEADOS PÚBLICOS!

Si bien los neorreaccionarios no creen en los cambios desde el interior del sistema, sus exponentes no han dejado de hacer propuestas libertarias radicales para intentar modificarlo o para generar la chispa inicial de un cambio total. Una de ellas lleva el acrónimo de RAGE (*Retire All Government Employees*), cuya

traducción al castellano es 'Despedid a todos los empleados públicos'. Obviamente no es casual que la palabra *rage* del inglés signifique 'furia violenta o extrema', ya que la propuesta refleja precisamente ese tono. La indignación con el Estado alcanza en el discurso niveles emocionales extremos, en sintonía con la retórica exacerbada que suele caracterizar a sus seguidores en internet.

RAGE, una idea de Yarvin, podría ser el primer paso hacia la utopía de la ilustración oscura. El plan no es complejo en absoluto; al contrario, parece bastante simplista, así como profundamente radical. Apunta a una serie de medidas que debería llevar adelante un gobierno que quiera dar un paso refundacional, en este caso, en la historia de Estados Unidos. Yarvin lo presentó en la BIL2012, un formato de conferencias similar al de TED pero gratuito, bajo el título «How to Reboot the US Government» [Cómo reiniciar el gobierno de Estados Unidos].

Además del desmantelamiento de todas las agencias del Estado y su reemplazo por corporaciones privadas, RAGE exige la retirada de todos los trabajadores federales y, en donde sea necesario mantener empleados, colocar personas leales a las ideas del gobierno. Por otra parte, se avanzaría en la eliminación o erosión de todos los pilares de «la catedral», como las universidades, los medios públicos, las organizaciones no gubernamentales y cualquier institución o iniciativa financiada con dinero público.

Apenas trece años después de aquella intervención de Yarvin, el nuevo gobierno de Donald Trump, de la mano de su entonces leal amigo Elon Musk, puso en marcha un plan muy similar que también llevaba un acrónimo por nombre: DOGE. Los objetivos de este Departamento de Eficiencia Gubernamental (Department of Government Efficiency) se acercaban bastante a aquella idea del «reinicio». Despidos masivos y dimisiones voluntarias a lo largo y

ancho de todas las agencias gubernamentales, desmantelamiento de iniciativas históricas como la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID) y rescisión de contratos del Estado fueron algunas de las medidas que el CEO de Tesla llevó adelante.

La comunicación de la constitución del DOGE generó un gran debate público. En primer lugar, el simple hecho de que Elon Musk sea mundialmente conocido y haya desempeñado un papel clave durante toda la campaña de Trump es una razón de peso. En segundo término, además de las intervenciones antes y después de la elección en actos oficiales del candidato republicano, Musk también participó en algunos encuentros de la esfera de la ultraderecha, como la Conferencia Política de Acción Conservadora 2025, celebrada en Maryland. Allí recibió de parte del presidente de Argentina, Javier Milei, una motosierra de regalo, en clara referencia a sus intenciones de recortar al Estado. Algo que el argentino ya estaba ensayando en su país.

En tercer término, a través del DOGE, un departamento que no pertenece a la estructura oficial del gobierno de Estados Unidos, sino que actúa como asesor temporal de la Administración, el sudafricano accedió a información sensible de las bases de datos gubernamentales. Esto último generó profundas críticas, a las que se sumaron la falta de transparencia o las dudas sobre la idoneidad del equipo de trabajo del jefe de Tesla, formado exclusivamente por personal de la industria tecnológica y con nula experiencia gubernamental.

Más allá de la posterior renuncia de Musk y su pelea con Trump, no hay que perder de vista que la creación del DOGE deja en evidencia que el pensamiento neorreaccionario había ganado terreno. Su influencia había llegado a lo más alto de la política. Algo

que tiene bastante sentido si tenemos en cuenta quién es el vicepresidente del país.

El experimento Vance: cómo Thiel invierte en política

En septiembre de 2021, J. D. Vance —fundador de la firma de capital de riesgo Narya y candidato al Senado por Ohio— fue entrevistado en el pódcast *Jack Murphy Live*, conducido por un conocido *influencer* de la manosfera estadounidense.

En los noventa minutos que duró la entrevista, Vance dejó varios titulares. Habló sobre la «degenerada cultura liberal elitista», sobre restricciones a la inmigración e incluso llamó a desobedecer decisiones judiciales que bloqueen las acciones del gobierno. Hasta elogió la política de Viktor Orbán de prohibir los estudios de género en su país. Sin embargo, algo importante pudo haber pasado desapercibido entre tantas frases rimbombantes:

> Hay un tipo llamado Curtis Yarvin que ha escrito sobre algunas de estas cosas, y una de las ideas es aceptar que todo este sistema se va a derrumbar por sí solo. Así que la tarea de los conservadores ahora mismo es preservar todo lo que se pueda.

Cuatro años más tarde, Vance se convertiría en el candidato a la vicepresidencia de Estados Unidos, acompañando a Donald Trump.

¿Acaso Vance estaba familiarizado con estas ideas? Por los puntos que aborda, pareciera que sí. Pese a no compartir el pesimismo de Yarvin, continuaba su alocución refiriéndose a ideas y postulados neorreaccionarios como si los conociera de memoria. No habló de «la catedral» pero mencionó todos sus pilares: universidades, organizaciones no gubernamentales, medios de comunicación y la necesidad de combatirlos, desfinanciarlos y quitarles el control de las

instituciones. También establecer una guerra cultural contra empresas progresistas a las que tildó de «capital *woke*». Y hasta mencionó la posibilidad de desmantelar la Administración, según él, cooptada por aquella ideología:

> Yo creo que lo que Trump debería hacer, si pudiera darle un solo consejo, es despedir a todos y cada uno de los burócratas de nivel medio [...] y reemplazarlos con nuestra gente.

En ese 2021, Vance ya llevaba una década acompañado por Peter Thiel. Y no solo con buenas intenciones, sino también con los 15 millones de dólares que el empresario invirtió en su campaña para senador. Una suma que representaba más del 75 por ciento de lo recaudado por el candidato.

Los dos se habían conocido en 2011, cuando Vance todavía estudiaba en Yale. El entonces futuro vicepresidente quedó deslumbrado por las ideas del fundador de PayPal hasta tal punto que en alguna entrevista afirmó que fue «el momento más significativo» de su tiempo en la universidad. Más adelante trabajó para Thiel en una de sus empresas de capital de riesgo.

Así, el empresario se transformó en el mentor que propició el desarrollo de Vance, especialmente tras ingresar en el Senado en 2022. Además de financiarle, Thiel facilitó encuentros clave para la carrera política de Vance, por ejemplo al organizar una reunión con Donald Trump en Mar-a-Lago, la residencia de este último. Posteriormente, Thiel tuvo un papel crucial para que Vance fuera el elegido para la fórmula presidencial.

Todo el esfuerzo y apoyo de Thiel no parece haber sido en vano. El alineamiento de Vance con los intereses de Silicon Valley es evidente y lo ha demostrado desde que ha accedido a la vicepresidencia. Puso en duda el apoyo de Estados Unidos a la OTAN si la Unión Europea imponía regulaciones a las plataformas de redes

sociales, también advirtió sobre otras dificultades que podrían generar los europeos en relación con el desarrollo de proyectos de inteligencia artificial. Y lo repitió en la Conferencia de Seguridad de Múnich, donde también provocó irritación al criticar la democracia en Europa y la erosión de la libertad de expresión.

Pero lo más importante sobre el rol de J. D. Vance es que a través de su figura y, especialmente, de su discurso, las narrativas de la ilustración oscura se vuelven *mainstream*. Se trata de un proceso de normalización que fortalece la expansión de la epidemia ultra, ya que hace más cercana y palpable la posibilidad de aceptar, como hace cien años en Europa, un régimen antidemocrático, reaccionario y excluyente en todo sentido.

El operador entusiasta

Thiel, mediante sus apoyos, sus influencias y su acaudalada cuenta bancaria, ha conseguido que una ideología conspiracionista y minoritaria creada por un bloguero indignado con el progresismo se haya convertido en una referencia intelectual. En particular, ha conseguido instalarla en dos espacios clave situados en extremos opuestos del país: Silicon Valley y Washington D. C.

Hemos mencionado que en el hábitat de los grandes popes de la industria tecnológica las ideas neorreaccionarias han ganado muchos adeptos. Para muchas almas libertarias desilusionadas, este pensamiento surge como solución y, a la vez, como promesa de futuro. Una que encaja con los gustos por la tecnología, la ciencia ficción y hasta la fantasía. Una utopía por la cual luchar y comprometerse —en principio desde la seguridad del teclado—, para

construir ese mundo sin Estado ni política donde la eficiencia es la regla máxima.

Recordemos que Peter Thiel es uno más de esos libertarios convencidos y desilusionados. Y no solo impulsó esta visión —la financió apoyando lateralmente proyectos como Tlon, una *start-up* de Yarvin—, sino que la adoptó como horizonte propio. Porque al fundador de PayPal el modelo de Estado autoritario sin democracia le convence, sirve a sus fines y le satisface intelectualmente.

En 2014 publicó el libro *De cero a uno: cómo inventar el futuro*. En él argumenta que las empresas monopolizadoras son deseables. A diferencia de lo que comúnmente se piensa, el millonario sostiene que un monopolio provee de los beneficios y la libertad necesaria para que una compañía pueda innovar, optimizar y ofrecer mejores productos y soluciones para la población. Esta idea la sintetiza en una de sus frases más conocidas: «La competencia es para perdedores». En un Estado sin política, que funcione como una corporación, esta concepción es totalmente compatible y hasta necesaria.

Otro punto interesante del ensayo tiene que ver con la importancia que les da a los «secretos». Descubrir el valor en algo que ninguna otra persona ha sabido apreciar es fundamental. Thiel escribe: «Me gustaría hacer esta pregunta: ¿qué verdad importante consideras cierta, aunque casi nadie más esté de acuerdo contigo?». Este planteamiento da cuenta de esa faceta del empresario que procura ubicarse en el lugar del vanguardista incomprendido, de ese genio considerado delirante pero que en realidad está por delante del pensamiento reinante. Para Thiel la ilustración oscura es la siguiente fase de la humanidad, o al menos la deseada en términos políticos, culturales, teóricos y prácticos.

Tal vez esto último sea la motivación principal del empresario para donar millones en campañas electorales, algo bastante incongruente con su *a priori* rechazo hacia la política. Sin embargo, es evidente que desde hacía tiempo consideraba poner un pie en Washington como una condición necesaria para cumplir sus objetivos.

Ya hemos mencionado que Donald Trump, tanto en 2016 como en 2020 y 2024, recibió su apoyo. Sin embargo, también patrocinó a otros republicanos en sus respectivas carreras electorales. En esa lista se destacan dos en particular, el ya mencionado J. D. Vance y Blake Masters, ambos con intenciones de acceder a un escaño en el Senado.

Masters fue coautor con Thiel en aquel texto de 2014 y es otro de sus protegidos. Al igual que sucedió con Vance, se conocieron en el ambiente universitario, en este caso en Stanford. Masters participó en las clases de Thiel sobre *start-ups* y a partir de sus notas surgió la idea del libro que vio la luz dos años después. Su relación ha crecido rápidamente hasta el punto de convertirse en jefe operativo de Thiel Capital y, posteriormente, en presidente de la Thiel Foundation.

Tanto Masters como Vance pertenecen a la línea dura del espectro republicano. Son nacionalistas, su discurso suele solaparse con el de varios sectores de la *alt-right*, difunden teorías conspirativas como la del gran reemplazo y respaldan posiciones ultraconservadoras en materia social, como la oposición al aborto y los derechos reproductivos, entre otras.

En 2021, ambos protegidos de Thiel se convirtieron en candidatos. La intención del empresario era insertar elementos disruptores en el corazón de la política estadounidense. Era el primer paso para poner en la agenda pública los postulados de la ilustración oscura. Su éxito se refleja en aquella imagen de la toma de posesión de Trump en

enero de 2025, con Vance de vicepresidente y los *tecnobros* de Silicon Valley a su alrededor.

En algunas de sus clases magistrales, Thiel expresa la importancia del pensamiento de largo plazo. Cuando toma decisiones no evalúa solo el rédito inmediato, sino que las ejecuta en función de un plan de largo aliento. Es preciso pensar en términos de décadas para lograr impacto profundo y duradero, para adelantarse a la época y descubrir lo que todavía nadie es capaz de ver, pero también para construir una propuesta sólida. Sin duda, el caballero de la ilustración oscura también aplica su receta para el éxito en el mundo político. Y lo hace en el momento exacto en el que la proliferación de la epidemia ultra es total. No solo desde el punto de vista global, sino desde el mundo de las ideas. Actualmente se discute una agenda mucho más afín y beneficiosa para la ultraderecha. Peter Thiel se ha encargado de sentar las bases para que pasemos a una nueva fase de la patología: aceptar un mundo tecnoautoritario en busca de una libertad ficticia.

Cuarta parte
EL TRATAMIENTO: ENSAYO Y ERROR

17

¿Ignorarlos o combatirlos?

A lo largo de los siglos, la ciudad portuaria de Amberes ha sufrido saqueos, bloqueos, invasiones y bombardeos. Situada en la región de Flandes, en el norte de Bélgica, alcanzó su mayor esplendor durante el Renacimiento, al convertirse en uno de los centros comerciales más prósperos del continente europeo. De hecho, los impuestos que recaudaba para la Corona española en el siglo XVI —cuando todavía eran parte de los Países Bajos españoles— eran comparables con los ingresos de las minas de plata en Potosí, hoy Bolivia. Su relevancia ha perdurado hasta nuestros días: actualmente es el segundo puerto más grande de Europa y el sexto a nivel mundial.

Pero, a pesar de haber resistido múltiples crisis a lo largo de su historia, Amberes nunca había experimentado un terremoto. Al menos, no hasta el 9 de octubre de 1988. Aquel día se celebraron elecciones municipales en Bélgica y los resultados convirtieron a la ciudad en el epicentro político del país.

En esos históricos comicios, el partido de derecha radical Bloque Flamenco (Vlaams Blok) obtuvo el 17,7 por ciento de los votos, convirtiéndose en la tercera fuerza de la ciudad y poniendo en alerta a todas las demás opciones políticas, que se preguntaban: ¿qué podemos hacer frente a un partido que propone una agenda de exclusión, que profesa la xenofobia disfrazada de defensa de la

identidad nacional y que guarda lazos con la extrema derecha que fue derrotada hace 43 años? La respuesta inmediata fue la creación de un «cordón sanitario». Todos los partidos democráticos, a iniciativa de los Verdes, acordaron meses después que no iban a compartir el poder con el Bloque Flamenco. Ese era el límite y debía ser infranqueable.

Sin embargo, todo terremoto da lugar a réplicas y Amberes no fue la excepción. Tres años más tarde, el 24 de noviembre de 1991, se celebraron elecciones federales en Bélgica y el Bloque Flamenco obtuvo el 6,6 por ciento de los votos a nivel nacional; casi medio millón de ciudadanos optaron por esa opción, lo que les permitió pasar de dos a doce escaños en la Cámara de Representantes. A esta réplica se la conoce como el «domingo negro».

El éxito electoral envalentonó al Bloque Flamenco, que bajo el liderazgo de Filip Dewinter publicó en junio de 1992 un programa de setenta medidas titulado «Inmigración: las soluciones». Este fue el punto de inflexión que llevó al resto de los partidos a endurecer el cordón sanitario. Aunque esta vez no solo se limitaron a excluir a los ultraderechistas, sino que emitieron una declaración en la que consideraban su programa contrario a la Convención Europea de Derechos Humanos. En ella, destacaron que varias de sus propuestas eran una copia del Frente Nacional francés de Jean-Marie Le Pen, que querían impulsar un *apartheid* en Europa y que proponían un modelo para expulsar a los inmigrantes de la vida social y tratarlos como a los judíos de la Alemania nazi. Las acusaciones eran implacables y el acuerdo se hizo oficial con la firma de un nuevo protocolo. Tiempo después, en 2000, los partidos flamencos reforzaron ese compromiso con la firma de la «Carta para la democracia».

El académico neerlandés Cas Mudde señala este cordón sanitario como una de las varias estrategias que han aplicado los partidos políticos en el marco de las democracias liberales para combatir el avance de la ultraderecha. Su objetivo es aislar políticamente al partido en cuestión para impedir su llegada al Gobierno. Pero, según Mudde, esta estrategia funciona mejor cuando el apoyo a este tipo de fuerzas políticas es reducido, ya que conforme su electorado crece, puede resultar inútil o problemático. Es el caso, por ejemplo, del este de Alemania, donde el voto ultra que apoya a Alternativa por Alemania supera el 30 por ciento, lo que dificulta la conformación de mayorías y da lugar a gobiernos en minoría o inestables. Este escenario favorece el discurso radical y victimista que argumenta que al aislarlos se está violando la voluntad popular. Y, al mismo tiempo, crecen las probabilidades de que algún otro partido considere oportuno romper el cordón sanitario en función de sus propios intereses políticos.

La excepción de Valonia

Pese a todo, siempre hay excepciones. Y es precisamente en Bélgica donde encontramos otro caso de estudio, en la región francófona de Valonia. Allí se implementó un cordón sanitario, como ya se había hecho en Flandes, y también se firmó una «Carta para la democracia». Lo interesante es que, a diferencia de lo ocurrido en el lado flamenco, ese compromiso se fue actualizando y ampliando de forma progresiva.

En 1998 se dio un paso más al establecer la negativa a apoyar o votar propuestas de la extrema derecha. Un año después se promovió un «Código de buena conducta», con reglas concretas

sobre la aplicación del cordón sanitario tanto en el ámbito parlamentario como fuera de él. Se prohibía, por ejemplo, participar en debates o eventos junto con representantes de la ultraderecha. La última actualización, en 2022, incluso incorpora disposiciones sobre el comportamiento en redes sociales.

Pero lo más curioso de este caso es la extensión del cordón sanitario a los medios de comunicación, una situación inédita en toda Europa. Todo comenzó tras el «domingo negro» de 1991. Ese mismo año, las autoridades de la RTBF (Radio Télévision Belge de la Communauté française) decidieron impedir que cualquier partido, movimiento o líder político que no respetase la Convención Europea de Derechos Humanos apareciera en sus emisiones. La resolución se apoyaba en la ley de 1973 sobre el pacto cultural, que indica que los medios públicos deben hacer partícipes a todas las corrientes ideológicas y filosóficas «siempre que acepten los principios y reglas de la democracia y se ajusten a ellas».

Ocho años después, en 1999, una sentencia judicial respaldó esta decisión al establecer que una cadena de televisión tiene derecho a rechazar a partidos que no respeten los principios democráticos. Y, lo que es aún más relevante, reconocía que son las televisiones quienes tienen la potestad de determinarlo. Basándose en discursos, publicaciones y campañas, un medio de comunicación puede concluir que una fuerza política defiende principios o actitudes antidemocráticas y, en consecuencia, puede negarle espacio en su programación. En términos concretos, no existe una prohibición de informar sobre la extrema derecha, sino que lo que se plantean son reglas sobre su presencia en antena. Por ejemplo, no se permite que los ultras aparezcan en directo en la televisión o la radio, lo que incluye programas de tertulia; tampoco se pueden citar sus contenidos o frases sin ofrecer contextualización.

Esta iniciativa se ha extendido también a otros formatos audiovisuales e incluso a la prensa escrita de Valonia. En un inicio, la adopción de estas prácticas fue voluntaria, pero tras más de treinta años de aplicación se han convertido en una norma integrada en la cultura mediática y política de la región.

El resultado de este cordón sanitario mediático, además de la obvia reducción del tiempo de exposición de discursos incendiarios, discriminadores y xenófobos, se refleja en las diferencias electorales que existen entre Valonia y Flandes. Mientras que en la primera la representación política ultraderechista es prácticamente inexistente, en Flandes, donde no existen limitaciones a su presencia mediática, el Bloque Flamenco, renombrado más tarde como Interés Flamenco (Vlaams Belang), ha conseguido resultados electorales por encima de los dos dígitos.

Recientemente ha sido llamativa la extensión de esta práctica a la cobertura de las expresiones radicales fuera de la política local. En enero de 2025 se llevó a cabo una cobertura mediática sobre la investidura de Donald Trump pero con una diferencia importante respecto del resto. En los medios valones se realizó en diferido, con el objetivo de facilitar un espacio para la contextualización del discurso del presidente estadounidense.

La aplicación del cordón sanitario mediático también recibe críticas sobre su compatibilidad con la democracia; no obstante, la insignificancia de las formaciones ultraderechistas en esa región impide que se justifique dar espacio a partidos sin representación alguna. También es cierto que no se debe atribuir solo a esta práctica que en esta región belga no haya crecido este tipo de partidos. Es evidente que la cuestión de la identidad nacional unida al debate histórico sobre el idioma ha sido un factor que partidos como Interés Flamenco han sabido aprovechar (véase el capítulo 3).

Por otra parte, las plataformas digitales podrían generar efectos adversos que mengüen el poder de este cordón sanitario, especialmente aquellas de carácter global que escapan a la legislación y el código de comportamiento de los medios valones. En la Bélgica francófona, la debilidad de la ultraderecha es tal que ni siquiera ha podido hacer uso de esta potencialidad, al menos por ahora.

En cualquier caso, el modelo belga en Valonia puede servir de ejemplo para verificar si debe existir una revisión general sobre el rol de los medios de comunicación y sus responsabilidades democráticas. De ello también depende la propia libertad de prensa y la posibilidad de ejercer el periodismo, o cualquier otra forma de producción de contenidos, ya que en un marco autoritario donde el Estado de derecho sea inexistente, los riesgos a los que quedan expuestos son enormes.

La confrontación directa

Mudde explica que la confrontación directa y abierta en el debate público es otra de las estrategias para hacer frente con éxito a la derecha radical: denunciar sus propuestas y sus consecuencias, refutar sus supuestos y diagnósticos, someter a escrutinio sus datos y estadísticas y, sobre todo, señalar su carácter e intenciones antidemocráticas. Esta práctica parte de la idea de que, al exponer los elementos perjudiciales e intrínsecos de la ultraderecha y de su programa, el electorado acabará por darle la espalda.

Si bien es lógico mostrar el «verdadero rostro» de estos partidos para alertar sobre el peligro que representan, la propagación de la epidemia ultra demuestra que esta estrategia ya no funciona. El

proceso de normalización que hemos mencionado a lo largo de este libro impide que sea ampliamente vista como una expresión negativa; al contrario, la confrontación directa puede incluso volverse contraproducente al alimentar su discurso victimista o reforzar el relato populista que presenta a las élites —encarnadas en los partidos tradicionales— como enemigas del pueblo. Las teorías conspirativas también colaboran en este último punto, ya que transforman los argumentos de quienes critican a la ultraderecha en piezas de un complot diseñado para evitar que la ciudadanía despierte y rechace a los viejos partidos.

La batalla por la hegemonía cultural termina de cerrar este punto en tanto, como hemos visto, establece una aceptación de las tesis de la ultraderecha. Por ejemplo, se define la búsqueda de la igualdad como algo negativo, se promueve la idea de que el cambio climático es una exageración o se disfraza al feminismo como «ideología de género».

Así, la indignación política por el triunfo electoral de una fuerza ultraderechista ha mermado con el tiempo. El repudio hacia estos partidos se ha reducido por diferentes razones. Los ejemplos de Bukele, Orbán o Modi nos muestran los casos más obvios, pero también ocurre en otros países. Para algunos sectores, votar a la ultraderecha se ha convertido en la forma de realizar «llamadas de atención» al resto de la clase política; para otros, en un experimento político cuyas consecuencias están dispuestos a asumir.

El simple escándalo ante las victorias, los discursos y las políticas de la ultraderecha no ha impedido ni impedirá que la epidemia ultra siga avanzando.

18

¿Una socialdemocracia de ultraderecha?

«Si no puedes vencerles, únete a ellos.» Pocas frases representan mejor el pragmatismo en su forma más cruda. En situaciones de vida o muerte, podría tener cierto sentido; pero en otros contextos no hace más que evidenciar una falta de coherencia, e incluso la renuncia a principios fundamentales en busca de algún beneficio. En política hasta podría ser un craso error.

Dinamarca tuvo que enfrentarse a ese dilema y el resultado sigue siendo objeto de debate. Durante años, los partidos tradicionales observaron cómo la ultraderecha dominaba la agenda, polarizaba cada debate y sumaba adeptos. Llegado un punto, la clase dirigente concluyó que la confrontación ya no tenía sentido y optó por un camino drástico para intentar neutralizarla: imitarla. Pero lo más llamativo es que la fuerza política que dio el paso no fue la más próxima ideológicamente, sino el partido que, en teoría, representaba lo opuesto. Así comenzó la historia de una socialdemocracia muy particular que, para algunos, se ha vuelto rojiparda.

En las elecciones de 2015, el bloque de izquierdas liderado por la socialdemocracia danesa perdió la mayoría parlamentaria y, por consiguiente, el poder en Dinamarca. Fue reemplazado por el partido liberal Venstre, que optó por gobernar en minoría con el apoyo del bloque de derechas, entre los que se encontraba el

Partido Popular Danés (Dansk Folkeparti o DF), representante de la derecha radical populista en el país.

Aquel fue, de hecho, el punto más alto del DF: obtuvo el segundo lugar con el 21 por ciento de los votos y sumó quince escaños más en el Parlamento. Todo indicaba que era cuestión de tiempo que esta formación, marcada por su discurso ultranacionalista, islamófobo y antiinmigración, alcanzara el poder.

Fundado veinte años antes con una agenda euroescéptica y contraria a la inmigración, el partido supo aprovechar un sentimiento xenófobo en crecimiento entre ciertos sectores de la población, alimentado por las imágenes de refugiados que llegaban a Europa Occidental desde Oriente Medio y África.

Tras la derrota electoral y la pérdida del gobierno, el Partido Socialdemócrata (Socialdemokratiet) —probablemente la fuerza más emblemática de Dinamarca— decidió reinventarse. Al frente se situó Mette Frederiksen, que asumió el liderazgo con un objetivo claro: recuperar el poder cuatro años más tarde.

Su plan, ortodoxo solo en apariencia para una tradición socialdemócrata, consistía en endurecer la posición del partido respecto al asilo y la inmigración. Era una deriva que ya se intuía en la política danesa, pero que nunca había sido enunciada con tanta claridad. Desde hacía tiempo, el país mostraba un giro restrictivo en materia migratoria y de integración social, un rumbo que la socialdemocracia había tolerado, cuando no acompañado, a pesar de que sus principios apuntaban en dirección opuesta.

En ese escenario, Frederiksen apostó fuerte: entendió que la estrategia más efectiva para regresar al poder y consolidar a su partido pasaba por apropiarse, sin ambages, de postulados que hasta entonces habían sido patrimonio de la ultraderecha.

El punto de inflexión llegó en febrero de 2019 con la votación de una modificación de la Ley de Extranjería que cambiaba el paradigma vigente hasta ese momento. Se pasaba de un enfoque centrado en la integración de los solicitantes de asilo a uno cuyo objetivo principal era su retorno. En este marco, los permisos de residencia para refugiados pasaban a ser temporales y revocables en cuanto fuera posible. Se limitaban los tiempos de estancia y, si la situación en el país de origen se consideraba estable o no peligrosa, las autorizaciones podían revocarse inmediatamente. Además, a la hora de evaluar una renovación de dichos papeles, ya no se tendrían en cuenta los esfuerzos de los migrantes para mejorar su adaptación, como aprender danés o sumarse al mercado laboral, algo que perjudicaba tanto a los migrantes como a los daneses. En resumen, el objetivo era desmotivar a los potenciales solicitantes de asilo y reducirlos a cero. A esto se sumaban recortes en prestaciones sociales para refugiados, que quedaban ubicadas muy por debajo de la línea de la pobreza.

Esta reforma fue impulsada y votada por el gobierno junto con sus aliados ultraderechistas del DF. Y con esos votos hubiese bastado para su aprobación. Sin embargo, la oposición socialdemócrata también decidió apoyar la medida. La epidemia ultra no solo se expandía en Dinamarca de la mano del DF y sus exitosos resultados electorales, sino que lograba contagiar a partidos cuya ideología, en teoría, los hacía inmunes. La socialdemocracia se convertía en portadora del virus.

Victorias pírricas

En junio de 2019, pocos meses después, Dinamarca celebró elecciones y sucedió lo que Frederiksen había calculado: un derrumbe brutal de la ultraderecha. El DF apenas alcanzó el 8,7 por ciento, casi trece puntos por debajo de su marca de 2015. La formación perdía más de la mitad de sus votos y la socialdemocracia consideró que su giro estratégico había sido justificado.

Todo parecía indicar que el movimiento de imitación de la agenda ultraderechista había neutralizado la necesidad de la población de apoyarla. Justamente Cas Mudde menciona esta cooptación como otra de las estrategias históricas para enfrentarse a la ultraderecha. El problema de este remedio son sus efectos adversos: un impacto a corto plazo que se refleja en resultados electorales inmediatos puede estar ocultando consecuencias subterráneas mucho más duraderas y dañinas en el tiempo, no solo para la democracia, sino también para la convivencia social en general.

En un estudio sobre el caso danés elaborado por la Fundación Friedrich Ebert en febrero de 2024, titulado «¿Modelo de éxito o trampa mortal?», se detallan varios de los efectos negativos que han derivado de esta estrategia. El carácter nativista adoptado por el gobierno de Frederiksen se ha intensificado, especialmente tras su segundo triunfo electoral en noviembre de 2022. Ese mismo año se había discutido la idea de establecer centros de asilo fuera de Dinamarca para enviar a los solicitantes a un tercer país hasta que su situación se resuelva. Ruanda fue uno de los lugares mencionados. Sin embargo, en 2023 el proyecto quedó temporalmente paralizado.

Incluso la primera ministra ha asumido marcos propios de la ultraderecha de una forma muy natural. En febrero de 2025 recibió a David Leonhardt, de *The New York Times*, quien publicó un reportaje en el que Frederiksen afirmaba:

> Hay un precio que pagar cuando demasiada gente entra en tu sociedad. Quienes pagan el precio más alto por esto son la clase trabajadora o las clases bajas. No son, déjame ser totalmente directa, no son los ricos. No somos nosotros, los que tenemos buenos sueldos y buenos trabajos.

Una declaración que podría haber pronunciado cualquier portavoz ultraderechista, ya que agita la falsa idea de la competencia por los recursos del Estado. Un argumento que personas como Jean-Marie Le Pen se han cansado de esgrimir en todo debate público. Un mes después, en marzo, la constatación de la postura socialdemócrata danesa se confirmó cuando en otra entrevista, esta vez con el medio *Politico*, Frederiksen dijo que el vicepresidente de Estados Unidos J. D. Vance tenía razón en lo referido a la migración y la limitación de la llegada masiva de extranjeros.

Volviendo al estudio mencionado de la Fundación Friedrich Ebert, este relativiza la correlación entre la estrategia de cooptación de la agenda ultraderechista y los resultados electorales de 2019 y 2022. En primer lugar, alega que el apoyo a la socialdemocracia proviene principalmente de sus posiciones en materia de redistribución de la riqueza y otras cuestiones sociales, un aspecto histórico y característico de su identidad política. En segundo término, argumenta que la caída del DF no se explica necesariamente por la apropiación de su agenda por parte de otros partidos, sino por debilidades propias de su propuesta política. En 2019, por ejemplo, la crisis climática ocupaba un lugar prioritario en la agenda pública, y la población esperaba propuestas concretas al respecto, algo que la ultraderecha danesa no supo ofrecer con solvencia. En tercer lugar, la aparente caída del voto ultraderechista, reflejada en el desempeño electoral paupérrimo del DF, fue en realidad un espejismo. Tres años después, en 2022, el conjunto de partidos de derecha radical superó, en suma, los mejores niveles históricos alcanzados por el DF, con la única excepción de 2015. En este

sentido, más que un retroceso, lo que se observa es una tendencia creciente del voto a opciones ultras.

Finalmente, el estudio pone de manifiesto que el impacto más profundo del cambio de paradigma impulsado y sostenido por la socialdemocracia ha traído consecuencias sociales negativas y profundas en Dinamarca. Por un lado, la aceptación y apropiación de la agenda ultraderechista —además de normalizarla por completo— ha intensificado el clima hostil y la estigmatización de los inmigrantes. Definir a las minorías étnicas como amenaza para la seguridad, la viabilidad del país y hasta la identidad nacional se ha vuelto algo habitual. Por otro lado, como ya se ha mencionado, los procesos de integración se han visto paralizados o se han vuelto mucho más difíciles, y el impacto no solo es para aquellos a quienes les cuesta más vivir en el país y entender cómo funciona la sociedad que los acoge. Al contrario, que la integración sea más difícil perjudica a los locales, ya que limita el entendimiento mutuo y genera tensiones innecesarias. Algo que alimenta la desconfianza y refuerza percepciones negativas, como la idea de las sociedades paralelas o la supuesta falta de responsabilidad por parte de los migrantes.

Además, el objetivo principal de este plan inicial, que consistía en reducir las demandas de asilo a cero, se estaría cumpliendo, según las cifras históricamente bajas registradas entre 2024 y 2025.

Pareciera que la estrategia de cooptación de la agenda ultraderechista ha generado efectos perjudiciales. Ha sido un espejismo que llevó a la socialdemocracia a traicionar parte de sus ideales poniéndose al frente de un pragmatismo ilusorio. No obstante, y pese a todo, el partido de Frederiksen se mantiene en su postura y algunas otras fuerzas de su espectro ideológico hasta miran con interés el caso danés para evaluar si deberían copiarlo.

Algo que en caso de suceder representaría el dominio total de la epidemia ultra, que habría contagiado a todo el espectro político de punta a punta.

La incorporación de la ultraderecha

El 4 de febrero del año 2000, el nuevo gabinete de gobierno en Austria juró su cargo. El histórico Partido Popular (Österreichische Volkspartei u ÖVP) lograba volver a nombrar al canciller por primera vez en más de treinta años. Sin embargo, este logro político representaba un alto precio, no solo para el ÖVP, sino también para el país en su totalidad. El canciller Wolfgang Schüssel (ÖVP) acababa de pactar con el Partido de la Libertad de Austria (Freiheitliche Partei Österreichs o FPÖ), una formación ultraderechista. El impacto fue tan grande que los catorce miembros restantes de la Unión Europea reaccionaron con la implementación de un aislamiento inédito hasta ese momento. Todos los países redujeron al mínimo sus relaciones diplomáticas con el país alpino. Esto llevó incluso a crear mecanismos formales dentro de la UE para proteger sus valores democráticos fundamentales.

El problema era que el FPÖ, dirigido por Jörg Haider, era uno de los máximos exponentes de la derecha radical en Europa. Durante años había promovido un discurso abiertamente xenófobo y ultranacionalista. Frases como «alto a la infiltración extranjera», «contra el abuso del asilo» o «primero Austria» eran habituales entre sus portavoces y reflejaban su ideología nativista.

Tras siete meses de aislamiento, la Unión Europea decidió levantar la medida después de realizar un informe que concluía, pese a todo, que Austria cumplía los valores europeos democráticos. El informe

señalaba además que la sanción había servido para generar conciencia sobre la importancia de esos principios comunes. También advertía que prolongar la medida podría resultar contraproducente: se corría el riesgo de victimizar al FPÖ, que podría presentarse como perseguido y afirmar que Europa estaba en contra de Austria y de la voluntad de su pueblo, lo que habría beneficiado a los nacionalistas.

Más allá de los aspectos anteriores, también existían otras presiones y dinámicas políticas coyunturales que demandaban evitar una escalada del conflicto. En este contexto, el informe fue benigno al definir al FPÖ como un «partido populista de derechas con elementos radicales». Se reconocía que la formación había apelado a actitudes xenófobas en sus campañas electorales y debates públicos del pasado, pero pese a ese trasfondo, se dictaminó que sus ministros habían respetado sus obligaciones de gobierno y no había reproducido aquellas actitudes durante el ejercicio de su cargo. En resumen, se aceptaba la presencia de la ultraderecha en el poder, aunque se advertía que su actitud podía cambiar, por lo que convenía mantener una vigilancia constante.

Lo sucedido en Austria fue un ejemplo de otra de las estrategias de la democracia liberal para lidiar con la ultraderecha. En este caso, en lugar de combatirla o copiar su programa, se optó por incorporarla al sistema. Esa decisión se basa en una serie de suposiciones que no siempre responden a datos objetivos, sino a interpretaciones —e incluso a expresiones de deseo— por parte de otros actores políticos.

En sistemas parlamentarios como el austríaco, un buen resultado electoral de una fuerza ultraderechista puede obligar a otros partidos a tenerla en cuenta para formar gobierno, como ya vimos al analizar el cordón sanitario. La aritmética parlamentaria empuja a algunas formaciones a considerar pactos o colaboraciones con partidos

ultras, incluso si estos han demostrado un discurso o una plataforma marcadamente radical o extremista.

Además, suele asumirse que estos partidos se moderarán una vez que accedan al gobierno. Se da por hecho que las responsabilidades del cargo imponen límites y exigen un comportamiento más realista, que les impide aplicar medidas extremas que sí pueden proponer desde la oposición. Sin embargo, no son pocos los casos que han demostrado que esos excesos no necesariamente se ven condicionados por el ejercicio del poder.

Pero el verdadero problema de la incorporación es la normalización, el proceso por el cual la epidemia ultra se ha expandido en todo el mundo. A lo largo de estas páginas hemos visto que el mayor éxito de la ultraderecha en cada país no han sido sus resultados electorales, ni siquiera sus victorias, todo eso queda como una anécdota puntual. Su verdadera conquista es que sus ideas han ganado aceptación y se han convertido en el contenido de un proyecto político que hoy recibe apoyos mucho más amplios que hace una década.

Cas Mudde explica que ningún partido mayoritario ha logrado «domesticar» a la ultraderecha, sino que más bien ha sucedido lo contrario. Y posiblemente el ejemplo más ilustrativo sea nuevamente Austria. Pero no el de comienzos del siglo XXI que acabamos de repasar, sino uno más reciente. Un caso que comienza en 2017 y que pronto pasó de ser la promesa de un nuevo conservadurismo europeo a convertirse en una nueva pesadilla para las democracias liberales.

LA ÚLTIMA (DES)ESPERANZA

Tras una década en el poder, la canciller alemana Angela Merkel dejaba entrever su retirada de la política. No parecía interesada en batir récords de permanencia y, al mismo tiempo, percibía que el respaldo del sector conservador comenzaba a resquebrajarse. Para 2015, las críticas internas ya se filtraban a los medios; no siempre eran altisonantes, pero sí persistentes. Algunos incluso la tildaban de socialdemócrata de alma que, por azares del destino, había acabado en la Unión Demócrata Cristiana.

Más allá de estas subestimaciones, Merkel se había convertido en la principal exponente de un sector político que, sin embargo, parecía incapaz de imaginar su propio futuro. ¿Quién representaba entonces a la centroderecha conservadora, cristiana y democrática en Europa?

En Francia, la derrota de Nicolas Sarkozy había apagado cualquier esperanza de liderazgo continental. En Italia, esa corriente política prácticamente había desaparecido, devorada por la figura de Berlusconi. En España, aunque gobernaba con mayoría absoluta, el Partido Popular de Mariano Rajoy arrastraba una seria crisis de credibilidad, marcada por escándalos de corrupción. Y en Hungría, la deriva autoritaria emprendida por Viktor Orbán lo alejaba de cualquier posibilidad de encarnar ese espacio.

Pocos podían sospechar entonces que en un país pequeño como Austria surgiría una nueva promesa. Un niño prodigio que, en un futuro no tan lejano, no solo aspiraría a reemplazar a Merkel, sino también a recuperar el perfil ideológico original de la derecha democrática europea.

Sebastian Kurz fue el ministro de Exteriores del gobierno austríaco durante la crisis humanitaria desatada en Europa en 2015, tras la llegada masiva de miles de refugiados, principalmente sirios y afganos. Su figura cobró un enorme protagonismo al encarnar el

discurso más alineado con las posiciones más restrictivas. Como miembro del ÖVP, la centroderecha austríaca, tomó el rol de portavoz y exigió el control estricto en las fronteras o la reducción de beneficios sociales a extranjeros, para desalentar a nuevos migrantes o refugiados a iniciar su viaje.

Poco a poco fue construyendo un perfil duro pero con un marcado carisma, algo poco usual para un partido como el ÖVP. De hecho, el ministro Kurz tenía apenas veintinueve años cuando el gobierno del que formaba parte afrontó aquella crisis y él, pese a ser apenas un ministro, se atrevía a confrontar a Angela Merkel, negándose a aceptar el reparto proporcional de refugiados que proponía la canciller alemana.

Kurz supo aprovechar la coyuntura para establecerse como un líder decidido en una situación muy particular. Primero, a nivel europeo, donde no había consenso sobre cómo afrontar el fenómeno; y segundo, a nivel nacional, donde su partido sufría una crisis de identidad por haberse convertido en el socio minoritario eterno de la socialdemocracia. En efecto, ¿qué propuesta alternativa podría ofrecer el ÖVP si desde 2007 cogobernaba con el SPÖ? Kurz no dejó pasar la oportunidad y gracias a la visibilidad que le dio el debate europeo se convirtió en el candidato a canciller de su partido para las elecciones de 2017.

Desde la concepción misma de la campaña, el propio Kurz entendió que era necesario un cambio conceptual, visual y comunicativo completo para lograr el objetivo de imponerse a la centroizquierda. Interpretó que la imagen del ÖVP estaba tan dañada que era preciso ocultarla y reemplazarla por la suya, la de un líder joven, decidido, dispuesto a enfrentarse a nuevos desafíos y con la experiencia de haberse hecho cargo de una crisis. Sin mayores eufemismos, se optó por cambiar el nombre del partido de

cara a las elecciones: de ÖVP pasó a denominarse Lista de Sebastian Kurz – El nuevo Partido Popular (Liste Sebastian Kurz – Die neue Volkspartei u ÖVP). Era evidente que no quería dejar lugar a dudas. Tan profundo fue el *rebranding* que hasta se cambió el color del partido, del histórico negro al turquesa.

El 15 de octubre de 2017, el ÖVP de Kurz volvió a ganar unas elecciones tras quince años de derrotas. Más de un millón y medio de ciudadanos optaron por el exministro y lo convirtieron así, con apenas treinta y un años, en el canciller más joven de la historia del país. El nuevo jefe del Ejecutivo optó por aliarse con el FPÖ y, a diferencia de los sucedido diecisiete años atrás, en la Unión Europea no hubo mayores quejas. De hecho, en función de las propuestas y posiciones de Kurz durante su tiempo como ministro de Exteriores en el tema migratorio, tenía mucho más sentido un acuerdo con la ultraderecha y, efectivamente, eso fue lo que sucedió. La alianza consolidó una agenda conservadora que despertó esperanza en muchos sectores decepcionados con el rumbo de la centroderecha en el continente, en ese momento bajo la dirección de Merkel. Por un lado, se veía a Kurz como la renovación del conservadurismo y el único líder capaz de restituir su perfil ideológico histórico, y por otro, se creyó que en este pacto se hallaría la solución al problema de la ultraderecha. La estrategia de la incorporación podía finalmente neutralizarla o al menos volverla democrática al normalizar algunas de sus demandas.

Fiel a sus promesas de campaña y a sus decisiones durante el gobierno anterior, la nueva coalición de Kurz puso en marcha políticas públicas para restringir la inmigración y la admisión de refugiados en Austria. A esto le sumó la cuestión de la seguridad, y anunció prisión preventiva para los solicitantes de asilo considerados peligrosos. Su énfasis en este tema lo llevó a convertirse en aliado

temporal del húngaro Viktor Orbán, que en ese momento también buscaba situarse como el contrapeso de Merkel en la Unión Europea.

Sin embargo, el primer gobierno de Kurz terminó de forma abrupta en mayo de 2019. Un escándalo conocido como Ibizagate salpicó a los principales dirigentes del FPÖ, implicándolos en prácticas de tráfico de influencias y corrupción. El jefe del partido, Heinz-Christian Strache, y un diputado fueron filmados con cámaras ocultas cuando ofrecían contratos a una supuesta sobrina de un oligarca ruso. Cuando los medios publicaron las imágenes se generó inmediatamente una crisis en la fuerza ultraderechista que llevó a la caída del gobierno.

Kurz se desligó del hecho y se presentó como otra víctima de las malas prácticas de sus socios de coalición. De este modo, no solo se deshacía del FPÖ, sino que aprovechaba que sus líderes habían quedado profundamente desacreditados para adueñarse de un electorado huérfano. La convocatoria de elecciones anticipadas fue su siguiente jugada. Kurz veía una oportunidad única: ¿qué mejor opción tenía ese ciudadano indignado y decepcionado con el FPÖ que votar al ÖVP de Kurz y su agenda ultraderechista?

Así fue como en septiembre de 2019 Kurz resultó reelecto con el 37,5 por ciento de los votos, seis puntos más que en 2017. Los Verdes fueron el partido con el que se construyó la nueva alianza para dar inicio al nuevo gobierno. Las negociaciones fueron largas, ya que eran muchos los puntos en los que no había consenso entre las dos formaciones. Sin embargo, cada partido pudo establecer sus prioridades. Mientras que los ecologistas impusieron metas climáticas ambiciosas, como la neutralidad de las emisiones de carbono para 2040, el ÖVP se limitó a mantener sus políticas de migración restrictivas y de seguridad fronteriza, entre otros puntos.

Más allá de que este segundo gobierno de Kurz duró unos meses más que el anterior, su finalización también se produjo antes de cumplirse los dos años. Fue el propio canciller el que dimitió tras ser investigado por parte de la Fiscalía Anticorrupción, que tenía indicios de que habría utilizado fondos públicos para comprar cobertura periodística favorable.

La esperanza austríaca se evaporó en poco tiempo y la nueva estrella del conservadurismo europeo se transformó en otro agente de contagio de la epidemia ultra. Su paso fugaz por la alta política dejó en evidencia los efectos negativos de la incorporación. Si bien es cierto que Kurz se adueñó de la agenda ultraderechista y con ello opacó al FPÖ, la razón principal del derrumbe del partido en 2019 fue el Ibizagate. En este sentido, el efecto que perduró no fue neutralizar a la ultraderecha, sino contribuir a la absoluta normalización de las visiones identitarias y xenófobas de la derecha radical. En otras palabras, el ÖVP aplicaba las políticas del FPÖ, pero sin el FPÖ. Ya no cogobernaban, pero sus ideas sí lo hacían.

¿Y qué significa eso? Básicamente que se preparó el terreno para un efecto rebote que llevó a la ultraderecha de ese país a ganar por primera vez las elecciones federales en 2024, con el 28,8 por ciento de los votos. Bajo el liderazgo de Herbert Kickl, una de las voces más radicalizadas del partido, el FPÖ no solo se recuperó, sino que se transformó en la primera fuerza y condicionó la formación de gobierno, hasta el punto de que casi logra convertirse en canciller él mismo.

El empeño de Kurz y su ÖVP en incorporar a la ultraderecha y hacer política con sus propuestas, en lugar de construir un perfil de derechas sin componentes xenófobos, estigmatizantes y ultranacionalistas, terminó pavimentando el camino para su avance.

La epidemia ultra vive gracias a sus enemigos

Los casos de Austria y Dinamarca que hemos explorado previamente demuestran que gran parte del contagio de la epidemia ultra —es decir, de la normalización de la ultraderecha— se alimenta de los errores de las propias formaciones políticas. El exceso de confianza y la tendencia de los partidos tradicionales a asumir contenidos que no les son propios les ha jugado en contra en términos electorales y, al mismo tiempo, ha erosionado los valores democráticos y de convivencia social incluso en democracias liberales consideradas fuertes y estables.

Guiados por el miedo a decepcionar a su electorado, muchos líderes optan por el camino fácil de reproducir consignas que no necesariamente forman parte de su propio programa de partido. En Austria, el ÖVP de Sebastian Kurz asumió la agenda antiinmigración de la ultraderecha, pero lejos de neutralizarla, allanó el terreno para que el FPÖ ganara por primera vez unas elecciones federales en 2024. En Dinamarca, la socialdemócrata Mette Frederiksen endureció tanto las políticas de asilo que terminó superando al propio Partido Popular Danés, transformando a su partido en portavoz de un discurso que históricamente le era ajeno.

No obstante, sería un error pensar que el problema se limita a los partidos. También entran en juego los medios de comunicación. Allí leemos, escuchamos y vemos constantemente noticias, análisis y opiniones sobre los llamados «problemas de la gente». Como si existiera un denominador común universal capaz de marcar la agenda política, económica y social que nos afecta a todos por igual. Así, los titulares se llenan de términos como *migración*, *inseguridad* o *crisis*, que más que reflejar un análisis profundo, ofrecen

interpretaciones superficiales y reduccionistas. ¿Y dónde queda la reflexión sobre la responsabilidad que implica elegir esas palabras?

En 2021 tuve la oportunidad de entrevistar a Melanie Amann, integrante del consejo de redacción del diario alemán *Der Spiegel*. Ella fue una de las periodistas que siguió de cerca, casi día a día, el crecimiento de Alternativa por Alemania. Me relató que uno de los aprendizajes más importantes de aquella etapa estuvo directamente ligado a esa responsabilidad. Hubiese sido fácil apoyarse en las constantes provocaciones, falsedades y desinformaciones que recibía a raudales en cada congreso del partido, rueda de prensa o acto al que asistía. Reconoce que, en ocasiones, ante semejante avalancha no era sencillo diferenciar entre un hecho realmente noticiable y una jugada malintencionada destinada a instalar una mentira o un dato manipulado en la agenda de la semana.

Esa experiencia la llevó a impulsar en su medio una suerte de código periodístico que permitiera filtrar el «pescado podrido» y, al mismo tiempo, evitar convertirse en un mero amplificador de los mensajes de la ultraderecha.

El ejemplo del medio alemán deja en claro la relevancia de las palabras y su uso en el debate público. Tanto en la arena política como en la mediática —incluyendo aquí también las redes sociales— suele pasarse por alto que determinados conceptos están cargados de un enorme peso político. Y precisamente esa carga es la que puede ser aprovechada por el discurso ultraderechista para fortalecerse.

La epidemia ultra efectivamente contagia más cuando aceptamos y discutimos con sus conceptos, en sus términos y bajo sus condiciones. Cuando, por ejemplo, normalizamos que nuestros

problemas sociales se basan en la llegada de inmigrantes y no en la desigualdad subyacente. Ese es posiblemente uno de los problemas más grandes de los «tratamientos» aplicados para combatirla: el hecho de aceptar sus postulados.

Podemos consensuar que los reclamos que plantea parte del discurso ultraderechista son válidos, graves y, en muchos casos, manifiestan que durante mucho tiempo se les ha dado la espalda a millones de personas. Entre los ciudadanos se percibe la decepción con el sistema, con sus resultados y con las promesas incumplidas. Y es innegable que existen miedo e inseguridades de todo tipo, como hemos mencionado.

Que todo eso sea cierto no significa que la agenda ultraderechista sea la solución y que copiarla o acercarse a ella constituya la única forma de recuperar la confianza de la gente. En primer lugar, porque no ataca las causas de los problemas. El discurso ultraderechista se apoya en lo que va mal como vehículo para transmitir su ideología, pero no busca una solución, sino la instauración de un sistema diferente. Uno de exclusión, autoritario y con menos libertades. Casos como el de Hungría, El Salvador o India, repasados previamente, lo demuestran.

Copiar, cooptar o integrar a la ultraderecha a un gobierno no la neutraliza. Nunca lo ha hecho. Solo la vuelve más fuerte. Solo contribuye a la expansión de la epidemia ultra.

Epílogo

Pronóstico reservado

Una de las cosas que más trabajo me llevó cuando decidí lanzar el pódcast de *Epidemia Ultra* fue el subtítulo. Esa frase que acompaña al nombre del programa y que explica de qué trata y, a ser posible, cuál es su objetivo. Mi sesgo académico chocaba con mi necesidad de formular algo interesante y a la vez preciso. No podía ser muy descriptivo, pero tampoco valía otra metáfora como la que contiene el título. Por suerte, tengo buenos amigos que saben mucho de publicidad y di con la idea perfecta: «Lo que esconde la derecha radical». El problema es que los *claims* envejecen y, al contrario de lo que sucede con el vino, no suelen mejorar. En este caso, sencillamente perdió vigencia a causa de la propia ultraderecha.

Hace no mucho tiempo, esta corriente política intentaba pasar desapercibida, no mostrarse radicalizada en sus propuestas y ocultar los principios racistas y de exclusión que yacen en las raíces de su ideología. Sin embargo, algo ha cambiado. La ultraderecha ya no oculta nada.

Años atrás suponíamos que revelar el «verdadero rostro» de estos partidos radicales, sus intenciones ocultas, sus planes para construir una sociedad menos democrática, más desigual y menos justa, era el camino correcto. Bastaba con explicar bien lo que representaban, hacer una buena labor de divulgación y confiar en que eso sería suficiente.

Pero si esto fue alguna vez cierto —cosa que me atrevo a dudar—, es evidente que hoy ya no tiene sentido alguno. Todas las expresiones ultraderechistas alrededor del globo no esconden nada, ni temen a la opinión pública. Las acusaciones por parte de la prensa, de otras fuerzas políticas o de otros actores sociales por incitar al odio o la discriminación se han convertido en una especie de combustible que no hace más que motivarles aún más, a la vez que son fácilmente desmentidas o ridiculizadas por sus portavoces. Los ultras han encontrado la fórmula para esquivar cualquier tipo de castigo o reproche que puedan recibir por mentir, exagerar, manipular, descalificar o incluso insultar. Ofrecen disculpas selectivas, se escudan en supuestas malas interpretaciones del resto, explican que tienen derecho a expresarse y opinar sobre cualquier tema sin importar las consecuencias. Para ellos, cualquier investigación fundamentada —ya sea de la prensa o incluso de la justicia— obedece a intereses ocultos creados por conspiraciones incomprobables que buscan perjudicarles. Se presentan como víctimas, retorciendo conceptos como democracia y libertad de expresión para justificar la validez de su discurso.

La actual epidemia ultra ha superado la fase del eufemismo y la pretensión de querer mejorar el sistema atacando sus supuestos males. No hay una disputa por la verdad, por ofrecer un proyecto político que compita con otros democráticamente, no hay intenciones de debatir para llegar a consensos. Se trata de exactamente lo opuesto: del disenso absoluto y la ruptura con lo anterior. Todo aquello que sea definido como el enemigo, por la razón que sea, no tiene lugar en la idea de sociedad que plantean. Eso justifica la mentira, la violencia y la deshumanización. Bajo la excusa de amenazas existenciales, sustentadas por datos inexistentes pero justificadas por miedos muy profundos, la

ultraderecha ha legitimado su existencia, su estilo, su agenda y su proyecto político.

A lo largo de este libro hemos explicado cómo se ha expandido, cómo los síntomas se han ido manifestando en países de todo el mundo pese a que su germen parecía largamente erradicado tras la derrota del fascismo. Tal vez debido a la falta de vigilancia, al exceso de confianza o a la incomprensión del fenómeno, el pensamiento de la derecha radical ha vuelto un siglo más tarde. Pero lo que nos cuesta aceptar es que todas estas razones y todos los síntomas de la segunda parte del libro —como el populismo, el paleoconservadurismo, el libertarismo de derechas, el antifeminismo o el revisionismo— jamás hubiesen configurado una epidemia ultra como la que vivimos si no existiera una causa más importante que los ha unido a todos: las injusticias del sistema actual. De nuestra democracia.

Durante décadas se ha argumentado que vivimos en el mejor modelo posible: uno que garantiza la libertad, nos permite elegir a nuestros representantes, desarrollar nuestro proyecto de vida y contar con la garantía de los derechos humanos. Y probablemente sea así. Pero eso no impide reconocer que esta forma de gobierno arrastra problemas sin resolver —a menudo ignorados deliberadamente—, que han sido generados desde dentro y que constituyen una deuda pendiente.

El hecho de que quienes han sufrido la cara B del sistema democrático —sus injusticias estructurales o la marginalidad constante— hayan terminado convertidos en los excluidos, en los ignorados, en los de «fuera», dice mucho del fracaso de la democracia liberal para darles una respuesta. Lo que han hecho los partidos ultraderechistas ha sido, sencillamente, ofrecerles una alternativa. Un proyecto que pone el énfasis mucho más en lo que

rechaza que en lo que propone. Un discurso que se aprovecha de la decepción y el enojo, que simula atención y empatía, pero que en realidad solo utiliza ese malestar como vehículo para difundir su ideología.

Así es como encuentra su espacio la idea de decadencia. Un concepto que ha regresado cien años después, y que fue en su momento emblema de una corriente de pensamiento que prefería el autoritarismo a la democracia, ideas que nutrieron intelectualmente a las peores tragedias del siglo XX: el nazismo y el fascismo. Ese concepto de decadencia se ha recuperado para revivir el germen de la epidemia ultra, pero sobre todo para ofrecer una interpretación del mundo actual que satisfaga a aquellos marginados. La decadencia les explica por qué están fuera y, al mismo tiempo, justifica la necesidad de acabar con ella y con el sistema que la produce. Se articula en torno a una amenaza existencial, latente y perenne. Y ante problemas tan inconmensurables son las propuestas radicales las que ganan terreno.

¿DISPUESTOS A TODO?

El avance de la ultraderecha nos lleva a plantearnos importantes interrogantes que van más allá de la recurrente y casi desesperada exigencia de recetas, fórmulas y antídotos para combatirla. No solo porque esas respuestas no existen, sino porque gran parte de la fuerza de esta epidemia radica más en qué nos pasa como sociedad y cómo estamos siendo víctimas —y en parte cómplices—, del mayor triunfo de la ultraderecha: la eficiente construcción de una hegemonía cultural.

Parece increíble que aquel viejo planteamiento de la *Nouvelle Droite* haya estado en lo correcto, pese a ser apenas una ínfima expresión política en el marco del Mayo francés y de la poderosa revolución silenciosa que dio a luz una sociedad más justa en muchos aspectos. Su propuesta de disputar las palabras, de dar la batalla cultural en el mundo de las ideas, de adueñarse de los términos en los que se realiza un debate, supuso más que una reactivación del germen nacido entre guerras. En efecto, fue la estrategia de contagio y proliferación más potente.

Esto se refleja en la forma en que las narrativas de la ultraderecha se han normalizado en nuestra vida cotidiana. Vemos cómo llegan al poder propuestas políticas que nos piden que pensemos solo en nosotros mismos, que lo único relevante es el individuo y sus propios intereses personales, que la solidaridad no es un valor sino una muestra de debilidad. Nos llevan a pensar que todo depende del esfuerzo individual, sin explicarnos que son miles los factores que afectan al resultado. Y todo esto nos parece normal, razonable y hasta lógico. Por eso aceptamos que se eliminen políticas públicas de las cuales no conocemos ni sus objetivos, ni sus beneficios ni a sus beneficiarios. Exigimos que se expulsen personas de nuestro país porque nos han convencido de que nuestra supuesta identidad autóctona está en peligro, y hasta confiamos en teorías conspirativas que nos aseguran que el sistema en realidad está amañado para perjudicar nuestro desarrollo personal en favor de «otros» que no lo merecen.

Este tipo de pensamiento nos conduce a una atomización extrema que nos vuelve seres displicentes y desentendidos de lo que nos rodea. Personas que, en su individualismo, no encuentran las razones para obedecer acuerdos sociales que permiten la convivencia y estructuran nuestra vida desde todo punto de vista.

Consensos como los valores democráticos que nos brindan el marco para elegir a nuestros representantes, pero también para asegurarnos mecanismos de pesos y contrapesos que los controlen, que impidan su corrupción y a la vez la deriva autoritaria que conlleva la concentración del poder.

La ultraderecha ha logrado que se pongan en duda los valores fundamentales de la democracia. Ha alimentado una desconfianza tal en el sistema que todo parece cuestionable: desde sus aspectos informales, como la existencia de una prensa libre, de organizaciones no gubernamentales que protegen los derechos humanos o de colectivos que luchan por los derechos de minorías, hasta los más formales, como la justicia independiente, las elecciones libres o incluso la existencia de una oposición política al gobierno.

Hemos sido testigos de presidentes que han denunciado fraude electoral y no han reconocido los resultados de las urnas porque no les favorecían. Pero esos son los casos más evidentes. En este libro hemos visto cómo la erosión de todas esas instituciones democráticas se activa a partir de la llegada al poder de la derecha radical. Hungría, India o El Salvador son ejemplos de ello. Y también hemos recorrido otros que muestran cómo los ultras construyen narrativas antidemocráticas y radicalizantes. Relatos que buscan deslegitimar a todos los actores políticos y sociales que no se alinean con sus filas.

La epidemia se expande allí donde la confianza en el sistema se resquebraja. Ya sea por las injusticias del propio sistema o por las acciones de las fuerzas ultraderechistas, la promesa democrática comienza a ponerse en duda. Pero entonces, ¿debemos cambiar esta forma de gobierno? Posiblemente esta sea la gran pregunta. La que definirá el futuro de la próxima generación. Nos encontramos

ante una bifurcación, y si tomamos el camino equivocado será difícil dar marcha atrás.

Uno de esos dos caminos es el que proponen —con matices— las distintas expresiones de la ultraderecha: una deriva autoritaria en la que un líder, o a lo sumo un partido, se haga cargo de interpretar el «sentido común» o la «voluntad del pueblo» y tome las decisiones sin más límite que su propia conciencia. Da igual si ese poder surge de una aclamación popular, de elecciones manipuladas o carentes de competencia real, o incluso de un consejo de expertos, como plantean los delirios neorreaccionarios. Tampoco importa si ese poder lo ejerce un presidente, un dictador o un CEO con aspiraciones monárquicas. Lo importante es que nos encontraremos en manos de personas que consideran que algunos ciudadanos están por encima de otros, que valen más y que tienen privilegios. En esa sociedad la igualdad no existe, pero sí un pensamiento único que impide la crítica y el disentimiento. En ella creeremos que nuestros méritos y esfuerzos nos harán crecer y desarrollarnos, pero en realidad estaremos a merced de los caprichos e interpretaciones de un pensamiento retrógrado y limitante.

Este mundo distópico, hacia el que nos conduce uno de los dos caminos, me obliga a pensar en el planteamiento del académico Matthew Rose en su libro *A World after Liberalism* [Un mundo después del liberalismo]. En él, el autor explica que los ideólogos de la derecha radical, la mayoría miembros de la Revolución Conservadora, pero también otros como Julius Evola, Francis Parker Yockey, Alain de Benoist o Samuel Francis, tenían un objetivo común: pensar cómo debería ser la ideología que sucediera del liberalismo. Es decir, tal como ha pasado históricamente, en algún momento la doctrina política dominante, aquella que estructura nuestra vida, se agotará. La intención de aquellos pensadores era

diseñar el modelo que debía continuarla. La epidemia ultra lo representa en la actualidad.

¿Serán esas ideas las que finalmente triunfen? ¿Existe una alternativa real? ¿Está el sistema realmente agotado? ¿Somos capaces de imaginar y construir uno nuevo? Son preguntas que no tienen respuesta. Y aunque se podría plantear de forma más optimista y decir que estamos ante una oportunidad, tal vez el primer paso sea pensar qué hay que cambiar y entender que defender el sistema actual a ultranza no nos va a llevar a ningún lado. O en todo caso, nos llevará a convertirnos en defensores de un *statu quo* que deja fuera a muchas personas.

Necesitamos un replanteamiento (*reframing*), un nuevo marco, que demuestre que el sistema puede mejorar y volverse más justo. Pero no podemos solo enfocarnos en defenderlo mientras gritamos a los cuatro vientos que es mejor que el modelo autoritario que plantea la ultraderecha. Eso significa ignorar que a muchos ciudadanos el sistema actual les afecta, les perjudica y les hace sufrir. Es innegable. No importa con qué lo comparemos, lo que importa es lo que esas personas sienten y por qué se enfrentan a diario a una realidad que los ha dejado en la marginalidad o que les amenaza con la posibilidad de que eso suceda. Ese miedo no desaparece criticando a la ultraderecha y sus estrategias. Tampoco reciclando promesas que para muchos ya están rotas.

La única forma de sostener el sistema democrático —y con ello impedir que avance uno abiertamente autoritario— es mejorando el actual. Es nuestra única oportunidad de tomar el otro camino en la bifurcación: el que nos aleja de la epidemia ultra. El valor más importante, el de la igualdad, debe reflejarse en todos los aspectos, desde los materiales hasta los más simbólicos. La brecha entre ricos y pobres no puede seguir ampliándose indefinidamente.

Necesitamos una sociedad más equitativa que detenga esa tendencia. No se trata de ser Robin Hood, sino de ser más solidario y entender que la igualdad terminaría beneficiando a todos.

Lo mismo se podría decir sobre otras injusticias, como la discriminación por cuestiones de género, por pertenecer a minorías o por la razón que sea. Podríamos hablar sobre el acceso a la educación, la salud o cualquier otro aspecto que hoy existe pero que debería resultar más fácil, más cercano, más sencillo y, sobre todo, más equitativo. Sin embargo, la intención de este libro nunca ha sido tan pretenciosa. Sencillamente porque, como hemos dicho previamente, es imposible y carece de sentido intentar escribir un manual sobre lo que hay que hacer para curarse de la epidemia ultra. Las diferencias contextuales, temporales o geográficas son tan grandes entre caso y caso que la tarea es irrealizable. Lo hemos visto en los diferentes países analizados. ¿Qué podemos decirle a un ciudadano de El Salvador que sufrió la violencia de las pandillas durante décadas y hoy cree en el liderazgo de Bukele? ¿Qué le explicaríamos a alguien que nació y creció en el este de Alemania y ve como él, sus hijos y seguramente sus nietos seguirán viendo incumplidas las promesas de la reunificación? ¿Cómo discutir con un joven argentino que vio como la situación de su familia empeoró sin importar el signo político del gobierno? Los casos son muchos y complejos. Pero estoy convencido de que, en cada uno de ellos, es posible encontrar puntos de entrada que permitan plantear al menos una alternativa frente a lo que propone la ultraderecha. Porque, al fin y al cabo, no hay un manual con pasos definidos, pero sí hay un propósito: ofrecer una alternativa.

Volviendo a la metáfora de la bifurcación, también nosotros podemos contribuir a tomar el camino correcto. Y tal vez esa sea la pregunta que más nos inquieta en lo personal. Podemos ejercer

nuestro derecho al voto —aunque en algunos lugares ya se está limitando—, pero incluso así, cabe preguntarse: ¿es suficiente con eso para cambiar algo?

EL OTRO PUNTO DE VISTA

Desde la comodidad o, quizá, desde el desconocimiento del valor de nuestro papel en la sociedad, tendemos a pensar que poco podemos hacer ante el avance de la epidemia ultra. Y entonces surgen las preguntas: ¿cómo debemos abordarla desde nuestra posición? ¿Qué podemos hacer si no somos quienes toman las decisiones políticas o económicas con capacidad real de cambiar el rumbo? Son interrogantes que generan angustia, porque nos hacen sentir irrelevantes. Pero creo que ese enfoque es erróneo.

En 2025 me invitaron dar una charla de diez minutos en TEDx, en Vitoria-Gasteiz. La idea era que contase según mi experiencia cómo podíamos combatir el avance de la ultraderecha. Una tarea bastante más difícil que dar una clase o incluso escribir una tesis sobre el tema. Aunque se trata de un fenómeno complejo y muy atado a la realidad y al contexto de cada caso, podría haberme limitado a mencionar algunas buenas prácticas. Porque, en efecto, existen ejemplos que, aunque muy puntuales y más inspiradores que replicables, pueden servir como disparadores de ideas interesantes y efectivas en otros ámbitos. Sin embargo, opté por abordarlo de manera diferente. Me propuse hablar sobre nosotros, sobre lo que vivimos en cada casa, en cada cena de Navidad, en cada discusión con amigos sobre política. El crecimiento de la epidemia ultra tiene una consecuencia obvia y que en ocasiones nos cuesta asumir: cada vez tenemos más gente cercana que opta por apoyar a un partido

de ultraderecha. Ante esta situación me planteé: ¿qué hacemos frente a eso?

Para comenzar la charla, le planteé al público una pregunta: «¿Qué le decimos a esa persona que en general conocemos muy bien cuando se manifiesta a favor de la ultraderecha?». Les pedí que levantaran la mano si su reacción era indignarse, exigir explicaciones, increparla por votar a ese partido o manifestar decepción por su actitud. Puedo asegurar sin temor a equivocarme que el 85 por ciento de la sala levantó la mano. Yo también.

Nuestra reacción, en la mayoría de los casos espontánea y sin mala intención, tiene efectos negativos en quien la recibe. En primer lugar, porque no cambia en absoluto su actitud ni sus preferencias; al contrario, las refuerza. En segundo término, crea una distancia mucho mayor. Porque quien es objeto de nuestra indignación no entenderá nuestra postura, sino que recibirá un mensaje más directo y doloroso: que ya no lo respetamos, que lo consideramos ignorante o equivocado, y que no queremos seguir vinculados a él.

Seguramente esa no sea nuestra intención, pero nuestra indignación nos lleva a la descalificación sin reflexionar qué estamos diciendo y con quién estamos hablando. Pero sobre todo nos hace ignorar lo que sucede con esa persona y cerrar toda posibilidad de puente para establecer un diálogo. Estamos haciendo lo que más le conviene a la epidemia ultra: eliminar las posibilidades de encontrar puntos de acuerdo.

Ante esta situación, existe una alternativa, muy difícil de llevar a cabo pero no imposible. Si partimos de la premisa de que con esas personas podemos encontrar valores en común, principios que ambos respetamos y que consideramos importantes, entonces hay esperanza. Puede ser algo grande y simbólico como la libertad, la justicia o la necesidad de sentirse escuchado, o puede ser algo más

concreto como el acceso a una buena atención sanitaria o la posibilidad de que un niño pueda educarse para tener oportunidades en la vida. A partir de esos puntos compartidos es posible entablar un acuerdo.

En esa conversación debemos abordar los problemas que la ultraderecha suele poner sobre la mesa, pero desde una perspectiva distinta. Eso se logra, sobre todo, preguntando antes de descalificar. Por ejemplo, si la ultraderecha afirma que con menos inmigración las escuelas serían mejores, podríamos empezar por coincidir en que el sistema educativo no está funcionando como debería. Y partir de ahí, abrir el debate sobre las verdaderas causas del problema: ¿es una cuestión de financiación, de ineficiencia, de falta de apoyo a los docentes o de la necesidad de revisar los planes de estudio?

Si nos dicen que los jubilados cobran poco porque el dinero se desperdicia en otras políticas públicas, podemos coincidir en que resulta injusto que nuestros abuelos, después de haber aportado toda su vida, se vean en esa situación. A partir de ahí, se abre la posibilidad de explorar juntos las verdaderas razones: desde un sistema de pensiones obsoleto hasta la evasión fiscal que impide recaudar lo suficiente.

No creo que nadie cambie de opinión radicalmente de un día a otro. Tal vez tampoco en el medio plazo. Pero sí estoy convencido de que observar y discutir sobre un mismo problema desde otro punto de vista nos puede brindar la oportunidad de tomar decisiones diferentes, incluyendo aquellas que nos llevan a apoyar a un partido ultraderechista. En esas charlas podemos generar un impacto, inocular un anticuerpo.

Nos toca atravesar este momento de la epidemia ultra en su fase de mayor expansión. Me gustaría decir que simplemente «nos ha tocado», como si fuera una cuestión de azar, pero no quiero mentir:

su avance es, en gran parte, resultado de nuestra subestimación, de nuestro exceso de confianza y de nuestra incapacidad para resolver las desigualdades profundas del modelo actual. Pese a todo, sigo creyendo que estamos a tiempo de revertir el contagio. Todavía no es demasiado tarde para optar por un cambio que nos aleje del modelo de sociedad que propone la ultraderecha y, a la vez, nos obligue a construir uno mejor.

Tal vez no nos toque vivirlo, pero si hacemos el esfuerzo, otras generaciones estarán agradecidas.

Lecturas recomendadas

Primera parte. El proceso de incubación

Coulmas, Florian, *Identity: A Very Short Introduction*, Oxford University Press, Reino Unido, 2019.

Mudde, Cas, *La ultraderecha hoy*, Paidós, Barcelona, 2021.

—, *The Populist Radical Right: A Reader*, Routledge, Reino Unido, 2017.

Pfahl-Traughber, Armin, *Intellektuelle Rechtsextremisten: Das Gefahrenpotenzial der Neuen Rechten*, Dietz, Alemania, 2022.

Rose, Matthew, *A World After Liberalism: Philosophers of the Radical Right*, Yale University Press, Estados Unidos, 2021.

Segunda parte. Los síntomas de la epidemia ultra

«Plan secreto contra Alemania», CORRECTIV, 10 de enero de 2024, <https://correctiv.org/aktuelles/neue-rechte/2024/01/10/plan-secreto-contra-alemania/>.

Broder, David, *Mussolini's Grandchildren: Fascism in Contemporary Italy*, Pluto Press, Reino Unido, 2023.

Casullo, María Esperanza; y Ostiguy, Pierre, *Left versus Right Populism: Antagonism and the Social Other*, ponencia presentada en PSA Annual International Conference, 2017.

Cuesta, Micaela; y Wegelin, Lucía, *Prejuicio y política: Para una crítica sociológica del autoritarismo contemporáneo*, UNSAM Edita,

Buenos Aires, 2024.
Farris, Sara R., *In the Name of Women's Rights: The Rise of Femonationalism*, Duke University Press, Reino Unido, 2017.
Forti, Steven (coord.), *Mitos y cuentos de la extrema derecha*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2023.
García-Mingo, Elisa; y Díaz Fernández, Silvia, *Jóvenes en la Manosfera. Influencia de la misoginia digital en la percepción que tienen los hombres jóvenes de la violencia sexual*, Fundación Fad Juventud, Madrid, 2022.
Griffin, Roger, *Fascismo*, Alianza Editorial, Madrid, 2019.
Hongoltz-Hetling, Matthew, *Un libertario se encuentra con un oso*, Capitán Swing, Madrid, 2025.
Jerez, Andreu; y Delle Donne, Franco, *Factor AfD: El retorno de la ultraderecha a Alemania*, autopublicación, Madrid, 2017.
Lakoff, George, *The Political Mind: A Cognitive Scientist's Guide to Your Brain and Its Politics*, Penguin Books, Reino Unido, 2004.
Levitsky, Steven; y Ziblatt, Daniel, *Cómo mueren las democracias*, Ariel, Barcelona, 2018.
Miller-Idriss, Cynthia, *Hate in the Homeland: The New Global Far Right*, Princeton University Press, Estados Unidos, 2022.
Mudde, Cas; y Kaltwasser, Cristóbal Rovira, *Populismo: una breve introducción*, Alianza Editorial, Madrid, 2017.
Prooijen, Jan-Willem van, *The Psychology of Conspiracy Theories*, Routledge, Reino Unido, 2018.
Revelli, Marco, *The New Populism: Democracy Stares into the Abyss*, Verso, Reino Unido, 2019.
Sidera, Alba, *Fascismo persistente*, Virus, Barcelona, 2024.
Stern, Alexandra Minna, *Proud Boys and the White Ethnostate: How the Alt-Right Is Warping the American Imagination*, Beacon Press, Estados Unidos, 2019.
Taleb, Nassim Nicholas, *El cisne negro*, Editorial Paidós, Barcelona, 2024.
Tanscheit, Talita São Thiago, *La ultraderecha en Uruguay: Guido Manini Ríos y Cabildo Abierto*, Friedrich-Ebert-Stiftung, Alemania, 2023.

Tercera parte. Secuelas. Cuando la epidemia ultra llega al poder

Casolari, Marzia, *In the Shadow of the Swastika: The Relationships Between Indian Radical Nationalism, Italian Fascism and Nazism*, Routledge, Reino Unido, 2020.

Fuchs, Christian; y Middelhoff, Paul, *Das Netzwerk der Neuen Rechten. Wer sie lenkt, wer sie finanziert und wie sie die Gesellschaft verändern*, Rowohlt Polaris, Alemania, 2019.

Goldstein, Ariel, *La reconquista autoritaria: Cómo la derecha global amenaza la democracia en América Latina*, Marea Editorial, Buenos Aires, 2022.

—, *Poder Evangélico*, Marea Editorial, Buenos Aires, 2020.

Hermansson, Patrik; Lawrence, David; Mulhall, Joe; y Murdoch, Simon, *The International Alt-Right: Fascism for the 21st Century?*, Routledge, Reino Unido, 2020.

Meléndez-Sánchez, Manuel, «La ultraderecha en El Salvador: El peculiar caso de Nayib Bukele», Friedrich-Ebert-Stiftung, Alemania, 2023.

Sedgwick, Mark (ed.), Key *Thinkers of the Radical Right*, Oxford University Press, *Reino Unido*, 2019.

Vanaik, Achin, *The Rise of Hindu Authoritarianism: Secular Claims, Communal Realities*, Verso, Reino Unido, 2017.

Zakaria, Fareed, «The Rise of Illiberal Democracy», *Foreign Affairs*, noviembre-diciembre 1997.

Cuarta parte. El tratamiento. Ensayo y error

Franco Delle Donne, «La ultraderecha y el día de la marmota» [vídeo], YouTube, 14 de mayo de 2025, <https://www.youtube.com/watch?v=qbU8WhcV3_I>.

Mudde, Cas; y Kaltwasser, Cristóbal Rovira, *Populismo: una breve introducción*, Alianza Editorial, Madrid, 2017.

Schwörer, Jakob; y Birke Daniels, Kristina, *Cautionary tale or model for success? Social Democrats and their migration policy in*

Denmark, Friedrich-Ebert-Stiftung Nordic Countries, Dinamarca, 2024.

Notas

6. La revolución trumpista

1. La gran mayoría de las corrientes del movimiento de la *alt-right* serán abordadas en capítulos posteriores. Lo que aquí queremos destacar es el efecto simbiótico que se dio en la relación entre Trump y este movimiento, ya que ambos obtuvieron réditos, aunque desde puntos de vista diferentes.

9. La manosfera, puerta de entrada a la ultraderecha

1. Seminario organizado por el Laboratorio de Estudios sobre Democracia y Autoritarismos (LEDA) de la Universidad Nacional de San Martín de Argentina y la Werkstatt für Sozialforschung e.V. de Berlín.

13. El dictador más cool del mundo mundial

1. Véase: <https://www.reuters.com/investigates/special-report/el-salvador-politics-media>.

Epidemia ultra. Del fascismo europeo a Silicon Valley: anatomía de un fenómeno que está conquistando el mundo
Franco Delle Donne

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Primera edición: noviembre de 2025

© Franco Delle Donne, 2025

Diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2025
Ediciones Península
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2025

ISBN: 978-84-1100-421-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta